Con este tercer volumen se completa la edición de todos los textos en castellano de la revista francesa *Internationale Situationniste* emprendida hace más de un año. El lector en castellano está ahora en disposición de evitar una doble mitificación muy corriente: por un lado, el contenido objetivo de la I.S. no se 'reduce' al que Guy Debord quiso darle, sino que supuso numerosos enfrentamientos, contradicciones y derivas de un proyecto en absoluto lineal y homogéneo, sino problemático y lo bastante rico como para seguir buscando en él líneas de apertura y posibilidades olvidadas. Por otra parte, lo que siempre se ha interpretado como el autoritarismo de Debord se manifiesta más bien en cada caso concreto como un esfuerzo (finalmente inútil) consciente y creador por mantener su proyecto a salvo de las dinámicas inertes de la ideología y del espectáculo, en un tiempo en que basta pronunciar la verdad para que deje de serlo. Frente a los escritos sistemáticos de la I.S. y el estilo enunciativo de Debord, esta colección de textos puede leerse en cambio como un relato cargado de peripecias y anécdotas, pero también de enseñanzas prácticas, de ejemplos. De otro modo se capta mejor la forma de su legado; así, el contenido de su 'mensaje'.

literatura gris, 2000

136
INT
int-3

0104862 64

Internacional Situacionista

textos completos en castellano de la revista

Internationale Situationniste
(1958-1969)

R. 175781

vol. 3

LA PRÁCTICA DE LA TEORÍA
Internationale Situationniste # 11-12

más

Tesis sobre la Internacional Situacionista y su tiempo

título: *Internacional Situacionista. Textos íntegros en castellano de la revista Internationale Situationniste (1958-1969)*

Vol. 1: La realización del arte. Internationale Situationniste # 1-6 más "Informe sobre la construcción de situaciones"

Vol. 2: La supresión de la política. Internationale Situationniste # 7-10 más "Las tesis de Hamburgo de septiembre de 1961"

Vol. 3: La práctica de la teoría. Internationale Situationniste # 11-12 más "Tesis sobre la Internacional Situacionista y su tiempo".

Portada: Asalto a la Bolsa (detalle)
Traducción: Luis Navarro
ISBN: 84-931520-3-X
Depósito legal: M. 1.679-2001
Imprime: Queimada
c/ Salitre, 15; 28012 Madrid
Edita: Literatura Gris, enero 2001.
Apdo. 36455; 28080 Madrid
tel. 915549252 - 616167226

número 11

EL PUNTO DE EBULLICIÓN DE LA IDEOLOGÍA EN CHINA

La disolución de la asociación internacional de burocracias totalitarias es ya un hecho verificado. Por retomar los términos de la *Llamada* publicada por los situacionistas de Argelia en julio de 1965, el irreversible "desmoronamiento de la imagen revolucionaria" que la "mentira burocrática" oponía al conjunto de la sociedad capitalista como pseudo-negación, y en realidad como apoyo, se ha hecho patente en primer lugar allí donde más le interesaba al capitalismo oficial apoyar la impostura de su adversario: en el enfrentamiento global entre la burguesía y el supuesto "campo socialista". A pesar de todo tipo de intentos de recomposición, *lo que en su momento ya no era socialista ha dejado de ser también un campo*. La pulverización del monolitismo estaliniano se manifiesta ahora en la coexistencia de una veintena de "líneas" independientes de Rumania a Cuba, de Italia al bloque de partidos vietnamita, coreano y japonés. Rusia, incapaz de reunir este año una conferencia de todos los partidos *europeos*, prefiere olvidar la época en que Moscú reinaba en el Komintern. *Izvestia* acusaba a los dirigentes chinos en septiembre de 1966 de lanzar un descrédito "sin precedentes" sobre las ideas "marxistas-leninistas", y lamentaba virtuosamente ese estilo de confrontación "donde los insultos ocupan el lugar del intercambio de opiniones y experiencias revolucionarias. Quienes eligen esta vía confieren un valor absoluto a su experiencia y demuestran un espíritu dogmático y sectario en la interpretación de la teoría marxista-leninista. Semejante actitud está ligada necesariamente a la intromisión en los asuntos internos de los partidos hermanos..." La polémica entre Rusia y China, en la que cada potencia tiene que imputar a la adversaria todos los crímenes antiproletarios sin mencionar la *verdadera injusticia* que constituye el poder de clase de la burocracia, ha de concluir por tanto, de una parte y de otra, con el resacoso descubrimiento de que un mero espejismo revolucionario inexplicable ha vuelto a caer, a falta de otra realidad, en su viejo punto de partida. Este simple retorno a las fuentes se expuso perfectamente en febrero en Nueva Delhi, cuando la embajada china calificó a Brejnev y Kossyguin de "nuevos zares del Kremlim" y el gobierno

indio, aliado antichino de Moscovia, descubría simultáneamente que "los actuales dueños de China se han puesto el manto imperial de los Manchúes". Voznessenski, el poeta modernista del Estado al que "acosa Koutchoum" y sus hordas y no dispone de más escudo que la "Rusia eterna" para hacer frente a los mongoles que amenazan con vivaquear entre "las joyas egipcias del Louvre", refinó aún más este argumento contra la nueva dinastía imperial china en Moscú. La descomposición acelerada de la ideología burocrática, tan evidente en los países en los que el estalinismo ha tomado el poder como en los demás -en los que ha perdido toda posibilidad de tomarlo-, debe comenzar naturalmente por el capítulo del internacionalismo, pero éste no es más que el *principio* de una disolución general sin retorno. El internacionalismo de la burocracia sólo era una proclamación ilusoria al servicio de sus intereses reales, una justificación *ideológica* entre otras, puesto que la sociedad burocrática es precisamente el *mundo invertido* de la comunidad proletaria. La burocracia es un poder establecido esencialmente sobre la propiedad estatal nacional, y debe finalmente seguir la lógica de los intereses concretos que impone el grado de desarrollo del país que posee. Su época heroica pasó con los felices años ideológicos del "socialismo en un solo país" que Stalin procuró mantener de 1927 a 1937 destruyendo las revoluciones de China y España. La revolución burocrática autónoma en China -y poco antes en Yugoslavia- introdujo en la unidad del mundo burocrático un germen de disolución que la ha dislocado en menos de veinte años. El proceso general de descomposición de la ideología burocrática alcanza en este momento su fase culminante en el país en que, debido al retraso general de la economía, la pretensión ideológica revolucionaria subsistente debía plantearse también en su máxima expresión, allí donde la ideología era más necesaria: en China.

La crisis que se ha desarrollado de forma cada vez más amplia en China desde primavera de 1966 constituye un fenómeno sin precedentes en la sociedad burocrática. Sin duda, la clase dominante del capitalismo burocrático de Estado que ejerce naturalmente el terror sobre la mayoría explotada se ha visto ella misma a menudo desgarrada, en Rusia o en Europa del Este, por enfrentamientos y ajustes de cuentas derivados de dificultades objetivas, así como del estilo subjetivamente delirante con que se inviste un poder igualmente mentiroso. Pero la burocracia, obligada por su modo de apropiación de la economía a centralizarse, ya que tiene que extraer de sí misma la garantía jerárquica de cualquier participación en su apropiación colectiva del subproducto social, es siempre depurada *desde la cima*. La cima de la burocracia debe permanecer quieta, ya que en ella reposa toda la legitimidad del sistema. Debe guardar para sí sus disensiones (práctica constante desde los tiempos de Lenin y Trotsky), y aunque los hombres pueden ser eliminados o cambiados, su función ha de mantener siempre la misma majestad indiscutible. La represión sin explicación y sin réplica desciende a continuación los sucesivos escalones del aparato como simple complemento de lo que se ha decidido *instantáneamente* en la cima. Béria debe ser primero ejecutado, luego juzgado, después se persigue a su facción o lo que sea, ya que el poder que mata define a su voluntad la facción y se redefine también con ello como poder. He aquí lo que ha faltado en China, donde la permanencia de adversarios declarados a pesar de la fantástica escalada de pujas en la lucha por la totalidad del poder evidencia que *la clase dominante se ha partido en dos.*

Un accidente social de este alcance no puede explicarse, al gusto anecdótico de los observadores burgueses, por desacuerdos provocados por una estrategia exterior. Es evidente por otra parte que la burocracia china soporta pacíficamente el insulto que constituye el aplastamiento de Vietnam delante de sus narices. Y que las pugnas personales de sucesión no habrían supuesto tales envites. Cuando se reprocha a algunos dirigentes haber "apartado a Mao Tse-toung del poder" a finales de los años cincuenta, todo lleva a creer que se trata de otro de esos crímenes retrospectivos que acostumbran a fabricar las depuraciones burocráticas -Trotsky al poner en guerra civil el orden del Mikado, Zinoviev al secundar a Lenin para complacer al Imperio británico, etc-. Quien apartase del poder a un personaje tan poderoso como Mao no hubiese podido conciliar el sueño mientras pudiese volver. Mao hubiese muerto ese mismo día, y nada hubiese impedido a sus fieles sucesores atribuir esta muerte por ejemplo a Jruchtchev. Aunque los gobernantes y polemistas de los estados burocráticos comprenden mucho mejor la crisis china, sus declaraciones no merecen por ello más atención, puesto que deben tener cuidado al hablar de China de no revelar demasiado sobre sí mismos. Finalmente, los residuos izquierdistas de los países occidentales, siempre dispuestos a ser embaucados por cualquier propaganda con sabor subleninista, son los que más inocentemente se engañan al sopesar la importancia en la sociedad china de vestigios de renta conservados a los capitalistas reunidos o al seleccionar de esta mixtura al representante del izquierdismo o la autonomía obrera. Los más estúpidos creían que había algo "cultural" en este asunto, hasta que la prensa maoísta les jugó en enero la mala pasada de confesar que se trataba "desde el principio de una lucha por el poder". El único debate serio consiste en examinar por qué y cómo pudo partirse la clase dominante en dos campos enemigos, y toda investigación a este respecto se encuentra vedada a quienes no admiten que la burocracia sea una clase dominante o a quienes ignoran la especificidad de esta clase y la reducen a las condiciones clásicas del poder burgués.

En cuanto al *porqué* de la ruptura en el interior de la burocracia, sólo podemos decir con certeza que la propia dominación de la clase reinante planteaba tal cuestión *puesto que, para zanjarla, las dos partes, inquebrantablemente pertinaces, no temían arriesgar el poder común de su clase* poniendo en peligro las condiciones existentes de su administración de la sociedad. La clase dominante sabía que ya no podía dominar como antes. Es indudable que el conflicto afecta a la gestión de la *economía*, y que el enfrentamiento de las sucesivas políticas económicas de la burocracia es la causa de su agudización extrema. El fracaso de la política llamada del "gran salto hacia delante" -debido principalmente a la resistencia del campesinado- no solo cerró la posibilidad de una recomposición ultravoluntarista de la producción industrial, sino que trajo forzosamente consigo una desorganización desastrosa, perceptible durante años. El aumento de la producción agrícola desde 1958 parece muy leve y la tasa de crecimiento de la población sigue siendo superior a la de los recursos. Menos fácil resulta decir en qué opciones económicas concretas se escindió la clase dirigente. Probablemente un lado (que comprendía a la mayor parte del aparato del partido, a los responsables de los sindicatos y a los economistas) quería proseguir o incrementar más o menos considerablemen-

te la producción de bienes de consumo apoyando con incentivos económicos el esfuerzo de los trabajadores, y esta política implicaba, además de algunas concesiones a los campesinos y sobre todo a los obreros, el incremento del consumo jerárquicamente diferenciado de una base amplia de la burocracia. El otro (que comprendía a Mao y a gran parte de los cuadros superiores del ejército) quería sin duda continuar la industrialización del país a cualquier precio, extremar el recurso a la *energía ideológica* y al terror, la sobreexplotación sin límite de los trabajadores y tal vez el sacrificio "igualitario" de una capa notable de la burocracia inferior. Las dos posiciones están igualmente orientadas hacia el mantenimiento de la dominación absoluta de la burocracia y calculadas en función de la necesidad de crear una barrera a las luchas de clases que la amenazan. En todo caso, la urgencia y el carácter vital de esta elección eran tan evidentes para todo el mundo que los dos campos creyeron necesario arriesgarse a agravar inmediatamente el conjunto de las condiciones en las que se encontraban con el desorden de su propia escisión. Es muy posible que el ensañamiento de uno y otro bando se justifique por el hecho de que no existe solución para los insuperables problemas de la burocracia china, y por tanto había que elegir entre dos opciones enfrentadas igualmente inaplicables.

En cuanto a *cómo* pudo descender una división en la cima de la burocracia, peldaño a peldaño, hasta los niveles inferiores, recreando en todas las etapas enfrentamientos teledirigidos en sentido inverso en todo el aparato del partido y del Estado, y finalmente en las masas, hay que tener en cuenta sin duda la supervivencia del viejo modelo de administración de China en provincias que tienden a una semiautonomía. La denuncia de los "reinos independientes" lanzada en enero por los maoístas de Pekín sugiere claramente esto y el desarrollo de los problemas en los últimos meses lo confirma. Es posible que la autonomía regional del poder burocrático, que durante la contrarrevolución rusa no se manifestó más que débil y episódicamente en la organización de Leningrado, encontrase en la China burocrática múltiples y sólidas bases, traduciéndose en la posibilidad de coexistencia en el gobierno central de clanes y clientelas que detentaban en propiedad directa regiones enteras del poder burocrático y se transmitían compromisos entre ellas sobre esta base. El poder burocrático de China no nació del movimiento obrero, sino del encuadramiento militar de los campesinos a lo largo de una guerra de veintidós años. El ejército permaneció imbricado en el partido, cuyos dirigentes eran también mandos militares, y siguió siendo para éste la principal escuela de selección de las masas campesinas que educa. Parece, por otra parte, que la administración local instalada en 1949 fuese tributaria de zonas de paso de diferentes cuerpos del ejército que descienden de norte a sur dejando en su estela hombres ligados a él por su origen regional (o familiar, factor de consolidación de las bandas burocráticas que la propaganda contra Liu Shao-chi y otros sacó completamente a la luz). A partir de tales bases locales habría podido formarse en China un poder semiautónomo de la administración burocrática que combinaba estructuras organizacionales del ejército conquistador y de las fuerzas productivas por controlar que encontraba en el país conquistado.

Cuando la tendencia de Mao comenzó su ofensiva pública contra las sólidas posiciones de sus adversarios haciendo marchar a los estudiantes y escolares embriagados no esperaba en lo inmediato ninguna refundición "cultural" o "civilizadora" de las masas

trabajadoras amarradas a la argolla ideológica del régimen. Las majaderías contra Beethoven o el arte Ming, así como las invectivas contra las posiciones ocupadas o reconquistadas por la burguesía china claramente aniquilada como tal, no se presentaban más que para divertir al foro -no sin calcular que este izquierdismo sumario podía encontrar cierto eco entre los oprimidos, que tienen razones para pensar que existen todavía muchos obstáculos para el advenimiento de una sociedad sin clases. El objetivo de la operación era hacer aparecer en la calle, al servicio de esa tendencia, *la ideología del régimen*, que es por definición maoísta. Los propios adversarios tenían que ser maoístas y se encontraban a priori en una posición incómoda para desencadenar una disputa. Esto se debía a que sus insuficientes "autocríticas" expresaban en realidad su resolución para defender los puestos que controlaban. Podemos describir por tanto la primera fase de la lucha como un enfrentamiento entre los *propietarios oficiales de la ideología* y la mayoría de los *propietarios del aparato* económico y estatal. Pero, para mantener su propiedad colectiva de la sociedad, la burocracia necesitaba tanto de la ideología como del aparato administrativo y represivo, de forma que la aventura de tal separación era muy peligrosa si no se culminaba pronto. Sabemos que la mayoría del aparato, y Liu Shao-chi en persona a pesar de su posición crítica con Pekín, resistieron obstinadamente. Tras su primer intento de bloquear la agitación maoísta en la fase de las universidades, donde tomaron la iniciativa "grupos de trabajo", esta agitación se extendió a la calle en todas las grandes ciudades y en todas partes empezó a atacar mediante periódicos murales y acción directa a los responsables que le habían asignado, lo que no excluía errores y excesos de celo. Estos responsables organizaron la resistencia allí donde pudieron. Los primeros choques entre obreros y "guardias rojos" tuvieron que ser dirigidos en las fábricas por *activistas* del partido a disposición de los notables locales del aparato. Muy pronto los obreros, exasperados por los excesos de los guardias rojos, comenzaron a intervenir por su cuenta. En todos los casos en que los maoístas hablaron de "extender la revolución cultural" a las fábricas, y luego al campo, se arrogaron la *decisión* de un *deslizamiento* que se les había escapado en otoño de 1966 y que ya se había operado en realidad a pesar de sus planes. La caída de la producción industrial, la desorganización de los transportes, del riego y de la administración estatal, incluídos los ministerios (a pesar de los esfuerzos de Chou En-lai), las amenazas que pesaron sobre las cosechas de otoño y primavera, la interrupción total de la enseñanza -particularmente grave en un país subdesarrollado- durante más de un año, todo ello no fue más que el resultado inevitable de una lucha cuya prolongación se debe únicamente a la resistencia de la parte de la burocracia en el poder a la que los maoístas querían derribar.

Los maoístas, cuya experiencia política apenas está ligada a la lucha en el medio urbano, tendrán ocasión de verificar el precepto de Maquiavelo: "Cuidarse de excitar una sedición en una ciudad vanagloriándose de poder detenerla o dirigirla a voluntad." (*Historias florentinas*). Tras meses de pseudorevolución pseudocultural, lo que se manifestó en China al comenzar los obreros y los campesinos a actuar por su cuenta fue la lucha de clases. Los obreros no ignoran lo que significa para ellos la perspectiva maoísta; los campesinos, que ven amenazada su parcela individual, han comenzado a repartirse en varias provincias los terrenos y el material de las "comunas populares" (el nuevo

disfraz ideológico de las unidades administrativas preexistentes que corresponde generalmente a los antiguos cantones). Las huelgas de ferrocarriles, la huelga general de Shanghai -calificada, como la de Budapest, de arma privilegiada de los capitalistas-, las huelgas del gran polígono industrial de Wuhan, de Canton, de Hupeh, de los metalúrgicos y de los obreros textiles de Chungking, los ataques de los campesinos de Szechwan y de Fukien, alcanzaron su cima en enero poniendo a China al borde del caos. Al mismo tiempo, siguiendo la huella de los obreros de Kwangsi organizados en "guardias púrpura" en septiembre de 1966 para combatir a la guardia roja, y de las revueltas antimaoístas de Nankin, se constituyeron "ejércitos" en diferentes provincias, como la "Armada del 1° de agosto" en Kwangtung. El ejército nacional tenía que intervenir en todas partes en febrero-marzo para aplastar a los trabajadores, dirigir la producción de las fábricas mediante "control militar" e incluso, apoyado por la milicia, para ordenar el trabajo en los campos. La lucha de los obreros por mantener o aumentar su salario, la famosa tendencia "economicista" maldecida por los dueños de Pekín, fue aceptada e incluso estimulada por algunos cuadros locales del aparato en su resistencia a los burócratas maoístas rivales. Pero una corriente irresistible de la base obrera mantuvo la lucha: lo demuestra la disolución autoritaria en marzo de las "asociaciones profesionales" que se formaron tras la disolución de los sindicatos del régimen cuya burocracia se salía de la línea maoísta. *Jiefang Ribao* condenaba en marzo en Shanghai "la tendencia feudal de las asociaciones formadas no sobre una base de clase (*la cualidad que define esta base es el puro monopolio del poder maoísta*), sino de oficio, que tienen como objetivos de su lucha los intereses parciales e inmediatos de los obreros que ejercen esos oficios". Esta defensa de los verdaderos poseedores de los intereses generales y permanentes de la colectividad fue claramente expresada el 11 de febrero por un directivo del Consejo de Estado y de la Comisión militar del Comité Central: "Todos los elementos que han tomado o robado las armas deben ser arrestados".

En el momento en que se ha confiado al ejército chino la resolución de este conflicto, que ha entrañado decenas de miles de muertos al enfrentarse grandes unidades militares con todo su equipamiento y buques de guerra, este mismo ejército se ha dividido. Debe asegurar la prosecución y la intensificación de la producción cuando ya no está en disposición de asegurar la unidad del poder en China. Por otra parte, su intervención directa contra el campesinado presentaba el mayor riesgo, al ser su reclutamiento esencialmente campesino. La tregua buscada en marzo-abril por los maoístas, declarando que todo el personal del partido era recuperable con excepción de un "puñado" de traidores y que la principal amenaza era en lo sucesivo "el anarquismo" supone, más que una inquietud contingente ante la dificultad de frenar la liberación de la juventud tras la experiencia de la guardia roja, *la inquietud esencial de haber llegado al borde de la disolución de la propia clase dirigente*. El partido, las administraciones central y provincial se descomponen. Hay que "restablecer la disciplina en el trabajo". "El principio de la expulsión y el derribo de todos los cuadros debe ser condenado sin reservas", declara *Bandera Roja* en marzo. Pero ya en febrero *China Nueva* señalaba: "Aplastad a todos los responsables... y cuando controléis un organismo, ¿qué tendréis en vuestras manos aparte de una sala vacía y sellos de caucho?". Las rehabilitaciones y los nuevos

compromisos a lo que salga se suceden. La supervivencia de la burocracia es la causa suprema que hace pasar a segundo plano sus diversas opciones políticas como simples medios.

En primavera de 1967 podemos decir que el movimiento de la "revolución cultural" ha alcanzado un fracaso desastroso, y que este fracaso es ciertamente el más inmenso de la larga serie de fracasos del poder burocrático de China. Pese a su extraordinario coste la operación no ha alcanzado ninguno de sus objetivos. La burocracia está más dividida que nunca. Todo nuevo poder instalado en las regiones mantenidas por los maoístas se divide a su vez: la "triple alianza revolucionaria" ejército-guardia roja-partido no deja de descomponerse por antagonismos entre estas tres fuerzas (manteniéndose aparte el partido, sobre todo, o no entrando en la alianza más que para sabotearla) y por antagonismos cada vez más pronunciados dentro de cada una de ellas. Parece tan difícil recomponer el aparato como edificar otro. Y ante todo, *al menos dos tercios de China no están controlados en ningún grado por el poder de Pekín.*

Junto a los comités gubernamentales de partidarios de Liu Shao-chi y de movimientos de lucha obrera que continúan afirmándose, reaparecen los *Señores de la Guerra* con uniforme de generales "comunistas" independientes que negocian directamente con el poder central y mantienen su propia política, particularmente en las regiones periféricas. El general Chang Kuo-hua, dueño del Tíbet en febrero, tras los combates en las calles de Lhasa emplea los blindados contra los maoístas. Tres divisiones maoístas son enviadas para "aplastar a los revisionistas". No parecen conseguirlo más que parcialmente, ya que Chang Kuo-hua controla todavía la región en abril. El 1 de mayo es recibido en Pekín y las negociaciones desembocan en un acuerdo por el que se encarga de constituir un comité revolucionario para gobernar Szechwan, donde una "alianza revolucionaria", influenciada por un tal general Hung, tomó el poder en abril y encarceló a los maoístas. En junio, los miembros de una comuna popular se apoderaron de armamento y atacaron a los militares. En Mongolia Interior el ejército se pronunció en febrero contra Mao, dirigido por Liu Chiang, comisario político adjunto. Lo mismo sucedió en Hopeh, Honan y Manchuria. En Kansu, el general Chao Yung-Shih llevó a cabo con éxito un putsch antimaoísta en mayo. Sinkiang, donde se encuentran las instalaciones atómicas, fue declarado neutral en marzo de común acuerdo y puesto bajo la custodia del general Wang Enmao; a este general se le reputa no obstante haber atacado a los "revolucionarios maoístas" en junio. Hupeh se encuentra en julio en manos del general Chen Tsai-tao, comandante del distrito de Wuhan, uno de los más antiguos centros industriales de China. Al viejo estilo del "incidente de Sian", Tsai-tao hizo detener a dos de los principales dirigentes de Pekín que habían ido a negociar con él. El Primer Ministro tiene que emprender viaje a Hupeh, y se anuncia como una "victoria" la restitución de sus emisarios. Al mismo tiempo 2.400 fábricas y minas se verán paralizadas en esa provincia inmediatamente después del levantamiento armado de 50.000 obreros y campesinos. Se comprueba a principios del verano que el conflicto continúa en todas partes: en junio los "obreros conservadores" de Honan atacan una hilandería con bombas incendiarias, en julio la cuenca hullera de Fushun y los trabajadores del petróleo de Tahsing están en huelga, los mineros de Kiangsi dan caza a los maoístas, se llama a la lucha contra "el

ejército industrial de Chekiang" calificado de "organización terrorista antimarxista", los campesinos amenazan con marchar sobre Nankin y Shanghai, se combate en las calles de Canton y de Chungking, los estudiantes de Kweiyang atacan al ejército y se apoderan de dirigentes maoístas. Y el gobierno, dispuesto a prohibir la violencia "en las regiones controladas por las autoridades centrales", parece tener mucho que hacer también en éstas. Al no poder detener los problemas se detienen *las informaciones* expulsando a la mayoría de los escasos residentes extranjeros.

Pero a primeros de agosto la ruptura en el ejército se ha hecho tan peligrosa que las propias publicaciones oficiales de Pekín revelan que los partidarios de Liu quieren "erigir un reino reaccionario burgués independiente en el seno del ejército", y que (*Diario del pueblo* del 5 de agosto) "los ataques contra la dictadura del proletariado en China han venido no sólo de los peldaños superiores del ejército, sino también de los inferiores", llegando Pekín a confesar que se pronunció contra el gobierno central al menos un tercio del ejército y que gran parte de las dieciocho provincias de la vieja China se le ha escapado. Las consecuencias inmediatas del incidente de Wuhan parecen muy graves. Una intervención de los paracaidistas de Pekín, apoyada por seis cañoneros que remontaron el Yangtze desde Shanghai, se ve repelida tras una batalla campal, y se habrían enviado armas de los arsenales de Wuhan a los antimaoístas de Chungking. Conviene señalar además que las tropas de Wuhan pertenecían al grupo de ejércitos colocados bajo autoridad directa de Lin Piao, el único que se consideraba fiable. Hacia mediados de agosto las luchas armadas se generalizan hasta tal punto que el gobierno maoísta llega a reprobar oficialmente esta especie de continuación de la política por medios que se vuelven contra ella, y afirma preferir la convicción, que el gobierno lograría de mantenerse una "lucha con la pluma". Simultáneamente anuncia la distribución de armas a las masas en "las zonas seguras". Pero ¿dónde están las zonas seguras? Se lucha de nuevo en Shanghai, presentada hace meses como una de las pocas ciudadelas del maoísmo. Los militares de Shantung incitan a los campesinos a la revuelta. La dirección del ejército del aire es denunciada como enemiga del régimen. Y como en tiempos de Sun Yat-sen, en Canton, mientras la 47ª Armada realiza movimientos para restablecer allí el orden, se desata de polo a polo la revuelta, al estar en armas los obreros de ferrocarriles y transportes urbanos: los presos políticos han sido liberados, las armas destinadas a Vietnam han sido tomadas de los cargueros en el puerto y un número indeterminado de individuos han sido colgados en las calles. China se hunde lentamente en una confusa guerra civil que es a la vez un enfrentamiento entre diversas regiones del poder burocrático-estatal desmigajado y un enfrentamiento de las reivindicaciones obreras y campesinas contra las condiciones de explotación que deben mantener en todas partes las direcciones burocráticas desgarradas.

Debido a que los maoístas han demostrado ser, como hemos podido ver, los líderes de la ideología absoluta, han encontrado hasta el momento la más fantástica estima y aprobación entre los intelectuales occidentales, que nunca dejan de salivar ante tales estímulos. K. S. Karol, en el *Nouvel Observateur*, recordaba doctamente a los maoístas el 15 de febrero que "los verdaderos estalinianos no son aliados potenciales de China, sino sus enemigos más irreductibles: la revolución cultural, con sus tendencias antiburocráticas,

les recuerda el trotskismo..." ¡Había más trotskistas para reconocerse en ella y hacerse así justicia! *Le Monde*, el periódico más abiertamente maoísta que aparece fuera de China, ha anunciado día a día la toma inminente por el señor Mao Tse-toung de ese poder que se le creía adquirido hace dieciocho años. Los sinólogos, casi todos ellos estalino-cristianos (la mezcla se ha extendido por todas partes, pero principalmente entre ellos) han resaltado el alma china para testimoniar la legitimidad del nuevo Confucio. Lo que siempre hubo de ridículo en la actitud de los intelectuales burgueses de la izquierda moderadamente estalinófila tuvo ocasión de enriquecerse con cuentos chinos del tipo: esta revolución "cultural" durará tal vez 1.000 o 10.000 años. El *Librito Rojo* ha conseguido finalmente "achinar el marxismo". "El rumor de hombres recitando citas con voz fuerte y clara se escucha en todas las unidades del ejército". "La aridez del estilo no tiene nada de espantoso, el pensamiento de Mao Tse-toung es nuestra lluvia fecundadora". "El Jefe del Estado ha sido juzgado responsable... por no haber previsto el giro del mariscal Chiang Kai-shek cuando lanzó su ejército contra las tropas comunistas" (*Le Monde* de 4-4-1967); se trata del golpe de 1927, que cualquiera hubiese previsto en China, pero que hubo que esperar pasivamente para obedecer las órdenes de Stalin. Un coro canta el himno titulado: *Cien millones de personas toman las armas para criticar el siniestro libro del autoperfeccionamiento* (obrita hace poco oficial de Liu Shao-chi). La lista no tiene fin, podemos interrumpirla con esta sentencia del *Diario del pueblo* el 31 de julio: "La situación de la revolución cultural proletaria en China es excelente, pero la lucha de clases se agrava".

Después de tanto ruido, las conclusiones históricas a extraer de este período son simples. Vaya donde vaya ahora China, la imagen del último poder burocrático-revolucionario ha saltado en pedazos. El enfrentamiento interno se añade a los descalabros incesantes de su política exterior: la aniquilación del estalinismo indonesio, su ruptura con el estalinismo japonés, la destrucción de Vietnam por los Estados Unidos y, para acabar, la manifestación por parte de Pekín, en julio, de que "la insurrección" de Naxalbari, días antes de su dispersión por la primera operación de la policía, era el principio de la revolución campesina maoísta en toda la India. Al apoyar esta extravagancia, Pekín rompió con la mayoría de sus partidarios indios, es decir con el último gran partido burocrático que le seguía siéndo fiel. Lo que se apunta ahora en la crisis interna de China es su fracaso al industrializar el país y ofrecerse como modelo a los países subdesarrollados. La ideología llevada al grado absoluto *estalla.* Su uso absoluto es también su grado cero: la noche en que todas las vacas ideológicas son negras. En el momento en que, en la confusión más completa, los burócratas se combaten en nombre del mismo dogma y denuncian por todas partes a "los burgueses escondidos tras la bandera roja", el *doble pensamiento* se ha desdoblado a sí mismo. Es el cómico fin de las mentiras ideológicas, su caída mortal en el ridículo. No es China, es nuestro mundo el que ha producido ese ridículo. Decíamos en el número de *I.S.* aparecido en agosto de 1961 que sería "a todos los niveles cada vez más penosamente ridículo hasta el momento de su completa reconstrucción revolucionaria". Vemos que lo está siendo. La nueva época de la crítica proletaria sabrá que no hay nada que aprovechar en ella, y que todo confort ideológico se le habrá arrebatado con la vergüenza y el miedo. Al descubrir que está desposeída de los

falsos bienes de su mundo mentiroso, esta crítica debe comprender que ella es la negación determinada de la totalidad de la sociedad mundial, y lo sabrá también en China. Es la dislocación mundial de la *Internacional burocrática* lo que se reproduce en este momento a escala de China en la fragmentación del poder en provincias independientes. De esta forma China reencuentra su pasado, que le vuelve a plantear las verdaderas tareas revolucionarias del movimiento antiguamente vencido. El momento en que, parece ser, "Mao recomienza en 1967 lo que hacía en 1927" (*Le Monde* de 17-2-67) es también el momento en que, por primera vez desde 1927, la intervención de las masas obreras y campesinas se ha desplegado en todo el país. Aunque son difíciles la toma de conciencia y la puesta en práctica de sus objetivos autónomos, algo ha muerto en la dominación total que sufrían los trabajadores chinos. El *Mandato del Cielo proletario* está agotado.

Este texto, publicado como panfleto el 16 de agosto, se reproduce aquí sin modificaciones. Las noticias más recientes solo han confirmado la magnitud de los problemas.

DOS GUERRAS LOCALES

La guerra árabe-israelí ha sido una mala pasada jugada por la historia moderna a la buena conciencia de izquierdas, que comulgaba en el gran espectáculo de su protesta contra la guerra del Vietnam. La falsa conciencia, que veía en el F.N.L. al líder de la "revolución socialista" contra el imperialismo americano, hubo de embrollarse y sumirse en insuperables contradicciones cuando tuvo que desempatar entre Israel y Nasser. Sin embargo no ha dejado, a través de sus cómicas polémicas, de proclamar que uno u otro tenían razón absolutamente, e incluso que tal o cual de sus perspectivas era revolucionaria.

Es que la lucha revolucionaria ha sido objeto de una doble alienación al inmigrar a las zonas subdesarrolladas: la de la izquierda impotente ante un capitalismo subdesarrollado que no puede combatir y la de las masas laboriosas de los países colonizados que han heredado los restos de una revolución desfigurada y han tenido que sufrir sus taras. La falta de un movimiento revolucionario en Europa ha reducido a la izquierda a su expresión más simple: una masa de espectadores pasmados cada vez que los explotados de las colonias toman las armas contra sus amos y no puede abstenerse de ver en ello el *no va más* de la Revolución. Igualmente, la falta de vida política del proletariado en tanto que clase-para-sí (y para nosotros el proletariado es revolucionario o no es nada) ha permitido a esta izquierda convertirse en *caballero de la virtud* en un mundo sin virtud. Pero cuando se lamenta y se queja del "orden del mundo" que se halla en conflicto con sus buenas intenciones y cuando mantiene sus míseras aspiraciones frente a este orden se vincula de hecho a él como a su esencia, y si le es arrebatado o si ella misma se excluye de él lo pierde *todo*. La izquierda europea se muestra tan mísera que, al igual que el viajero en el desierto anhela una gota de agua, ella parece aspirar para reconfortarse únicamente a la magra sensación de una objeción abstracta. Con la facilidad con la que se satisface puede medirse la amplitud de su indigencia. Es ajena a la historia, igual que el proletariado es ajeno a este mundo. La falsa conciencia es su estado natural, el espectáculo, su elemento y el enfrentamiento aparente entre sistemas, su referencia universal: en todo lugar y momento en que se da un conflicto se trata del bien contra el mal, de la "Revolución absoluta" contra la "Reacción absoluta".

La adhesión de la conciencia espectadora a las causas *extranjeras* sigue siendo irracional, y sus protestas virtuosas se atascan en los meandros de su culpabilidad. La mayor parte de los "Comités Vietnam" de Francia se fragmentaron durante la "guerra de los seis días", y algunos grupos de resistencia a la guerra de Vietnam de los Estados Unidos conocieron también *su verdad*. "No se puede estar a la vez a favor de los vietnamitas y en contra de los judíos amenazados de exterminio", se lamentan los unos. "¿Luchái contra los americanos en Vietnam y apoyáis a sus aliados sionistas agresores?", redarguyen los otros, y se lanzan a discusiones bizantinas... Sartre no ha vuelto a levantarse. En realidad, el que condena este bello mundo no lo combate efectivamente, y el que lo aprueba no lo conoce. Su oposición a la guerra americana se confunde casi siempre con el apoyo incondicional al Vietcong, pero en cualquier caso sigue siendo espectacular. Quienes se oponían realmente al fascismo español iban a combatirlo; ninguno ha partido todavía a luchar contra el "imperialismo yanquí". Toda una exposición de alfombras voladoras se ofrece a la elección de los consumidores de la participación ilusoria: el nacionalismo estalino-gaullista contra el americano (sólo durante la visita de Humphrey se manifestó el P.C.F. con los fieles que le quedan), la venta del *Courrier Vietnam* o de los folletos publicitarios del Estado de Ho Chi Minh y finalmente las manifestaciones pacifistas. Ni los provos (antes de su disolución) ni los estudiantes de Berlín han sabido superar el estrecho marco de la "la acción" antiimperialista.

La oposición americana a la guerra es en general más seria, ya que tiene delante al verdadero enemigo. Sin embargo, para una parte de la juventud supone su identificación *mecánica* con los enemigos aparentes de sus enemigos reales, lo que acentúa la confusión de una clase obrera sometida ya a los peores embrutecimientos y mistificaciones y contribuye a mantenerla en ese estado de espíritu "reaccionario" del que se extraen argumentos contra ella.

La crítica de Guevara parece tener más peso porque arraiga en luchas auténticas, pero peca por defecto. El Ché es seguramente uno de los últimos leninistas consecuentes de nuestra época. No obstante, semejante Epiménides parece haber estado durmiendo este último medio siglo para creer que existe todavía un "campo progresista" y que se encuentra extrañamente "desfalleciente". Este revolucionario burocrático y romántico sólo ve en el imperialismo la fase suprema del capitalismo en lucha contra una sociedad que es socialista, aunque con defectos.

La debilidad de la U.R.S.S., vergonzosamente reconocida, parece cada vez más "natural". En cuanto a China, según una declaración oficial, sigue estando "dispuesta a consentir cualquier sacrificio nacional para apoyar a Vietnam del Norte contra U.S.A. (*a*

falta de los obreros de Hong-Kong), y constituye la *retaguardia* más sólida y segura para el pueblo vietnamita en lucha contra el imperialismo". Nadie duda en efecto que cuando el último vietnamita haya muerto la China burocrática de Mao seguirá intacta. (Según *Izvestia*, China y los Estados Unidos habrían cerrado un acuerdo de no intervención recíproca).

Ni la conciencia maniquea de la izquierda virtuosa ni la de la burocracia son capaces de percibir la unidad profunda del mundo actual. La dialéctica es su común enemigo. En cuanto a la crítica revolucionaria, comienza más allá del bien y del mal, hunde sus raíces en la historia y tiene como terreno la totalidad del mundo existente. No puede aplaudir en ningún caso a un *Estado* beligerante ni apoyar a la burocracia de un Estado explotador en formación. Antes tiene que desvelar la *verdad* de los actuales conflictos incorporándolos a su historia y desenmascarar los fines inconfesados de las fuerzas *oficialmente* en lucha. El arma de la crítica es el preludio de la crítica de las armas.

La coexistencia pacífica de las mentiras burguesa y burocrática ha llevado a la mentira de sus enfrentamientos. El equilibrio del terror se rompió en Cuba en 1962 con la desbandada rusa. Desde entonces, el imperialismo americano es dueño incontestado del mundo. Y no puede serlo más que mediante la agresión, puesto que no tiene posibilidad alguna de atraer a los desheredados, más inclinados por el modelo ruso-chino. El capitalismo de Estado es la tendencia natural de las sociedades colonizadas, donde el Estado se constituye generalmente antes que las clases -en el sentido histórico del término-. La eliminación total de sus capitales y de sus productos del mercado mundial es justamente la amenaza mortal que pesa sobre la clase poseedora americana y su economía de libre empresa y la clave de su agresividad.

A partir de la gran crisis de 1929, la intervención del Estado en los mecanismos del mercado se hace cada vez más visible; la economía ya no puede funcionar regularmente sin los desembolsos masivos del Estado, principal "consumidor" de toda la producción no comercial (sobre todo con la industria de armamento). Lo que no le impide seguir estando en crisis y necesitar siempre expandir su sector público a costa del privado. Una lógica implacable empuja al sistema hacia un capitalismo cada vez más controlado por el Estado engendrando graves conflictos sociales.

La profunda crisis del sistema americano se debe a su incapacidad para producir suficientes bienes a escala social. Ha de conseguir por tanto *en el exterior* lo que no produce en el interior, es decir, debe aumentar la masa de bienes de forma proporcional a la de capitales existentes. La clase poseedora, que también posee en alguna medida el Estado, cuenta entre sus proyectos imperialistas con realizar este sueño demente. Para esta clase el capitalismo de Estado significa la muerte tanto como el *comunismo*, porque es esencialmente incapaz de ver entre ellos ninguna diferencia.

El funcionamiento artificial de la economía monopolista como "economía de guerra" asegura por el momento a la política de la clase dirigente el apoyo benévolo de los obreros, que se benefician del pleno empleo y de la abundancia espectacular: "La proporción actual de mano de obra empleada en trabajos relacionados con la defensa nacional representa el 5,2% de la mano de obra americana total, frente al 3,9% de hace dos años (...). El número de empleos civiles en el sector de defensa ha pasado de 3.000.000 a cerca de

4.100.000 en dos años". (*Le Monde*, 17-9-67). Entretanto, el capitalismo de mercado percibe vagamente que al extender su control territorial alcanzará una expansión acelerada capaz de compensar las exigencias siempre crecientes de la producción no útil. La encarnizada defensa de países del mundo "libre" en los que tiene a menudo intereses mínimos (en 1959 la inversión americana en Vietnam del Sur no sobrepasaba los 50 millones de dólares) corresponde a una estrategia que pretende a largo plazo convertir los gastos militares en simples gastos de explotación, asegurando a los Estados Unidos no sólo un mercado, sino el control monopolístico de los medios de producción de la mayor parte del globo. Pero todo se opone a este proyecto. Por una parte, las contradicciones internas del capitalismo privado: los intereses particulares se oponen al interés general de la clase poseedora en conjunto, como ocurre con los grupos que se enriquecen a corto plazo con los encargos del Estado (fabricantes de armas en cabeza) o de empresas monopolistas que rechazan invertir en países subdesarrollados, donde la productividad es muy baja a pesar de la mano de obra barata, en lugar de hacerlo en la parte avanzada del mundo y sobre todo en Europa, mucho más rentable que la saturada América. Por otra parte, choca con los intereses inmediatos de las masas desheredadas, cuyo primer movimiento no puede ser otro que la eliminación de sus capas explotadoras, las únicas capaces de asegurar a U.S.A. algún tipo de infiltración.

Según Rostow, especialista en "desarrollo" del Departamento de Estado, Vietnam no es por el momento más que el campo de pruebas de una gran estrategia -llamada a multiplicarse- que, para asegurar su paz explotadora, ha de comenzar con una guerra destructora que no tiene muchas posibilidades de rematar. La agresividad del imperialismo americano no es una aberración de un gobierno malvado, sino algo necesario para las relaciones entre las clases del capitalismo privado que, si no le pone término un movimiento revolucionario, evoluciona inexorablemente hacia un capitalismo tecnocrático de Estado. En este marco general de la economía mundial que sigue sin estar dominado hay que insertar la historia de las luchas alienadas de nuestra época.

La destrucción de las viejas estructuras "asiáticas" mediante la penetración colonial produjo al nacimiento de una nueva capa urbana y al aumento de la pobreza de grandes porciones del campesinado sobreexplotado. El encuentro entre estas dos fuerzas sociales constituyó el motor principal del movimiento vietnamita. Entre las capas urbanas -pequeña burguesía e incluso burgueses- se formaron en efecto los primeros núcleos nacionalistas y el marco de lo que llegó a ser, a partir de 1930, el Partido Comunista Indochino. Su adhesión a la ideología bolchevique (en su versión estaliniana) reprodujo el programa puramente nacionalista como programa esencialmente agrario, y permitió al P.C.I. convertirse en el principal dirigente de la lucha anticolonial y alinear a la masa campesina espontáneamente sublevada. Los "soviets campesinos" de 1931 fueron la primera manifestación de este movimiento. Pero al unir su suerte a la de la III[a] Internacional, el P.C.I. se sometió a las vicisitudes de la diplomacia estaliniana y a las fluctuaciones de los intereses nacionales y estatales de la burocracia rusa. A partir del séptimo Congreso del Comintern (agosto de 1935) "la lucha contra el imperialismo francés" desapareció de su programa y fue reemplazada por la lucha contra el pujante partido trotskista. "En lo que concierne a los trotskistas, basta de alianzas y concesiones;

deben ser desenmascarados por lo que son: agentes del fascismo". (*Informe de Ho Chi Minh al Comintern*, julio de 1939). El tratado germano-soviético y la prohibición de los P.C. en Francia y ultramar permitieron al P.C.I. cambiar de dirección: "Nuestro partido entiende que es cuestión de vida o muerte... luchar contra la guerra imperialista y la política de saqueo y masacre del imperialismo francés (*lease: contra la Alemania nazi*)... pero lucharemos también contra los fines agresivos del fascismo japonés".

Al acabar la segunda guerra mundial, el Vietminh controlaba la mayor parte del territorio con la ayuda de los americanos y era reconocido por Francia como único representante de Indochina. En ese momento Ho prefirió "resignarse a un poco de roña francesa a comer toda la vida la de los chinos", y para facilitar la tarea de sus camaradas-amos firmó el monstruoso acuerdo de marzo de 1946 que reconocía a Vietnam a la vez como "estado libre" y como "parte" de la "Federación Indochina de la Unión Francesa". Este compromiso permitió a Francia reconquistar parte del país y forzar, mientras los estalinianos perdían su parte del poder burgués en Francia, una guerra de ocho años al final de la cual el Vietminh entregó el sur a las capas más retrógradas de la sociedad vietnamita y a sus protectores americanos y ganó definitivamente el norte. Después de haber eliminado sistemáticamente a los elementos revolucionarios que quedaban (el último líder trotskista, Ta Tu Thau, fue asesinado en 1946) la burocracia vietminh estableció su poder totalitario sobre el campesinado y fomentó la industrialización del país en el marco de un capitalismo de Estado. La mejora de la suerte de los campesinos que siguió a sus conquistas durante la larga lucha de liberación debía, según la lógica burocrática, ponerse al servicio del Estado naciente aumentando la productividad de la que éste era dueño incontestado. La aplicación autoritaria de la reforma agraria dio lugar a violentas insurrecciones y a una sangrienta represión en 1956 (sobre todo en la provincia de Ho Chi Minh). Los campesinos que llevaron a la burocracia al poder resultaron ser sus primeras víctimas. Una "orgía de autocríticas" ha tratado durante años de hacer olvidar este "grave error".

Pero los acuerdos de Génova permitieron a los Diem instalar al sur del paralelo 17 un Estado burocrático, feudal y teocrático al servicio de los terratenientes y de la burguesía compradora. Este Estado liquidó en pocos años todos los logros del campesinado con algunas "reformas agrarias" adecuadas, y los campesinos del sur, de los que una parte no depuso nunca las armas, volvieron a caer en la opresión y en la sobreexplotación. Es la segunda guerra de Vietnam. También allí la masa campesina sublevada, que vuelve a tomar las armas contra los mismos enemigos, reencuentra a los mismos jefes. El Frente Nacional de Liberación sucede al Vietminh heredando a la vez sus cualidades y sus graves defectos. Al convertirse en el líder de la lucha nacional y de la guerra campesina, el F.N.L. ganó desde el principio la campaña y se hizo con la base principal de la resistencia armada. Sus victorias sucesivas sobre el ejército oficial provocaron la intervención cada vez más masiva de los americanos, hasta reducir el conflicto a una guerra colonial abierta donde los vietnamitas se ven enfrentados al ejército de invasión. Su resolución en la lucha, su programa claramente antifeudal y sus perspectivas unitarias siguen siendo las principales cualidades del movimiento. La lucha del F.N.L. no se sale en absoluto del marco clásico de las luchas de liberación nacional y su programa sigue estando

basado en el compromiso de una amplia coalición de clases dominada por el único objetivo de liquidar la agresión americana (no por casualidad rechaza la denominación *Vietcong* -comunistas vietnamitas- para insistir en su carácter nacional). Sus estructuras son las de un Estado en formación, puesto que en las zonas que controla recauda impuestos e instituye el servicio militar obligatorio.

Este mínimo de cualidades en la lucha, los objetivos y los intereses sociales que expresa, siguen estando totalmente ausentes en el enfrentamiento entre Israel y los árabes. Las contradicciones específicas del sionismo, así como las de la sociedad árabe dividida, se añaden a la confusión general.

Desde sus orígenes, el movimiento sionista ha sido lo contrario de la solución revolucionaria de lo que conocemos como *cuestión judía*. Producto directo del capitalismo europeo, no ha pretendido subvertir una sociedad que necesitaba perseguir a los judíos, sino crear una entidad nacional judía a salvo de las aberraciones antisemitas del capitalismo decadente; no la abolición de la injusticia, sino su traspaso. Lo que constituye el pecado original del sionismo es haber razonado siempre como si Palestina fuese una isla desierta. El movimiento obrero revolucionario veía la solución de la cuestión judía en la comunidad proletaria, es decir, en la destrucción del capitalismo y de "su religión, el judaísmo", no pudiendo llevarse a cabo la emancipación del judío al margen de la del hombre. El sionismo partía de la hipótesis contraria. Seguramente el desarrollo contrarevolucionario de este medio siglo le ha dado la razón, pero de la misma forma que el desarrollo del capitalismo europeo se la ha dado a las tesis reformistas de Bernstein. El éxito del sionismo, y corolariamente la creación del Estado de Israel, es un avatar del triunfo de la contrarrevolución mundial. Al "socialismo en un solo país" hacía eco la "justicia para un solo pueblo" y la "igualdad en un solo kibboutz". Con el capital de Rothschild se organizó la colonización de Palestina, y gracias a la plusvalía europea se lanzaron los primeros kibboutzim. Los judíos recrearon entonces *en su provecho* todo aquello de lo cual fueron víctimas: el fanatismo y la segregación. Quienes sufrían por ser apenas tolerados en su sociedad luchaban por convertirse *en otra parte* en propietarios que disponen del derecho de tolerar a los demás. El kibboutz no ha sido la superación revolucionaria de la "feudalidad" palestina, sino una fórmula cooperativa de autodefensa de los trabajadores-colonos judíos *contra las tendencias de explotación capitalista de la Agencia Judía*. Como era el principal propietario judío de Palestina, la Organización Sionista se definía como la única representante de los intereses superiores de "la nación judía". Si acabó por conceder el derecho a cierta autogestión es porque estaba segura de que estaría basada en el retroceso sistemático del campesino árabe.

En cuanto a la Histadrut, desde su creación en 1920 estuvo sometida a la autoridad del sionismo mundial, es decir precisamente a lo contrario de la emancipación de los trabajadores. Los trabajadores árabes estaban estatutariamente excluidos y la actividad de la Histadrut consistía a menudo en prohibir a las empresas judías contratarlos.

El desarrollo de la lucha triangular entre árabes, sionistas e ingleses favorecería a los segundos. Gracias a la paternidad activa de los americanos (a partir de la segunda guerra mundial) y a la bendición de Stalin (que veía en Israel la constitución del primer bastión "socialista" en el Medio Oriente, pero que por eso mismo quería desembarazarse de

algunos judíos que le estorbaban), el sueño herzliano no tardó en concretarse y el Estado judío se proclamó arbitrariamente. La recuperación de todas las formas "progresistas" de organización social y su integración en el ideal sionista permite desde entonces a los más "revolucionarios" trabajar con la conciencia tranquila en la edificación del Estado burgués, militarista y rabínico en que se ha convertido el Israel moderno. El sueño prolongado del internacionalismo proletario ha engendrado una vez más un monstruo. La injusticia fundamental cometida con los árabes de Palestina se ha vuelto inmediatamente contra los propios judíos: el Estado del pueblo escogido no era otra cosa que una vulgar sociedad de clases, donde se hallaban reconstituidas todas las anomalías de las sociedades antiguas (división jerárquica, oposición étnica entre ashkenazes y sefardíes, persecución racista de la minoría árabe, etc.). La central sindical reencontró allí su función habitual de integrar a los obreros en la economía capitalista de la que se ha convertido en principal propietaria. Contrata a más asalariados de los que posee el propio Estado. Constituye actualmente la cabeza de puente de la expansión imperialista del joven capitalismo israelí ("Solel Boneh", importante sucursal en la construcción de la Histadrut, invirtió 180 millones de dólares en África y en Asia en 1960-66, y emplea actualmente a 12.000 obreros africanos).

Así como el Estado jamás hubiera podido ver la luz sin la intervención directa del imperialismo anglo-americano y la ayuda masiva del capitalismo financiero judío, hoy no puede equilibrar su *economía artificial* más que con ayuda de las mismas fuerzas que lo crearon (el déficit de la balanza de pagos se eleva a 600 millones de dólares, es decir más de la renta media de un trabajador árabe por cada habitante israelí). A partir de la instalación de las primeras colonias de inmigrantes los judíos constituyeron, paralelamente a la sociedad árabe económica y socialmente atrasada, una sociedad moderna de corte europeo. La proclamación del Estado no hizo más que completar este proceso con la expulsión pura y simple de los elementos atrasados. Israel es el bastión de Europa en el corazón del mundo afroasiático. De esta forma se ha hecho doblemente *extranjero*: a la población árabe, reducida al estado de refugiados permanentes o de minoría colonizada, y a la población judía que creyó ver por un momento la realización terrenal de todas las ideologías igualitarias.

Pero esto se debe sólo a las contradicciones de la sociedad israelí. Esta situación no ha dejado de agravarse desde el principio debido a su mantenimiento por el entorno árabe, incapaz hasta el momento de aportar un principio de solución real.

Desde el comienzo del mandato británico, la resistencia árabe en Palestina ha estado totalmente dominada por la clase poseedora, es decir, por las clases dirigentes árabes y por sus protectores británicos. El acuerdo Sykes-Picot puso fin a todas las esperanzas del nacionalismo árabe naciente y sometió la región, astutamente dividida, a una dominación extranjera que está aún lejos de haber finalizado. Las mismas capas que asegurasen la servidumbre de las masas árabes al Imperio Otomano pasaron al servicio de la ocupación británica y se hicieron cómplices de la colonización sionista (con la venta de sus terrenos a precios muy elevados). El retraso de la sociedad árabe no permitía aún que emergiesen nuevas direcciones más avanzadas y los levantamientos populares espontáneos volvían siempre a encontrar los mismos recuperadores: los notables "feudo-burgueses" y su mercancía, la unión nacional.

La insurrección armada de 1936-39 y la huelga general de seis meses (la más larga de la historia) fueron decididas y ejecutadas a pesar de la oposición de todas las direcciones de los partidos "nacionalistas". Espontáneamente organizadas, tuvieron gran alcance, lo que obligó a la clase dirigente a unirse a ellas y a tomar la dirección del movimiento. Pero era para ponerle freno y conducirlo a una tabla de negociaciones y a acuerdos reaccionarios. Sólo la victoria de este levantamiento hasta sus últimas consecuencias hubiese podido a la vez liquidar el dominio británico y el proyecto sionista de constituir un Estado judío. Su fracaso anunciaba *a contrario* las futuras catástrofes y en definitiva la derrota de 1948.

Ésta hizo sonar las campanadas de muerte de la "burguesía-feudal" como clase dirigente del movimiento árabe. Fue el momento para la pequeña burguesía de emerger al poder y de constituir el motor del movimiento con los cuadros del ejército derrotado. Su programa era simple: unidad, cierta ideología socialista y la liberación de Palestina (el Retorno). La agresión tripartita de 1956 le proporcionó la mejor oportunidad de consolidarse como clase dominante y de descubrir un líder-programa en la persona de Nasser, propuesto para la admiración colectiva de las masas árabes desposeídas de todo. Él era su religión y su opio. Sólo que la nueva clase explotadora tenía sus propios intereses y sus fines autónomos. Las consignas que popularizaron al régimen burocrático militar de Egipto eran malas en sí mismas, y éste era incapaz de realizarlas. La unidad árabe y la destrucción de Israel (una y otra vez invocadas como liquidación del Estado usurpador y como expulsión pura y simple de su población al mar) constituían el núcleo de esa ideología-propaganda.

La decadencia de la pequeña burguesía árabe y de su poder burocrático se originó ante todo en sus propias contradicciones internas y en la superficialidad de sus opciones (Nasser, le Baas, Kassem y los partidos llamados comunistas no dejaron de luchar unos contra otros mediante acuerdos y alianzas con las fuerzas más turbias).

Veinte años después de la primera guerra de Palestina, esa nueva capa demostrará una incapacidad total para resolver el problema palestino. Ha vivido de la sobrepuja demente, ya que sólo el mantenimiento permanente del pretexto israelí le permitía sobrevivir, impotente para dar cualquier solución radical a los innumerables problemas internos. El problema palestino sigue siendo la clave de los males árabes. Todos los conflictos giran en torno a él y todo el mundo comulga con él. Constituye la base de la solidaridad objetiva de *todos* los regímenes árabes. Lleva a cabo la "Unión sagrada" entre Nasser y Hussein, Fayçal y Boumedián, le Baas y Aref.

La última guerra acaba de disipar todas las ilusiones. La absoluta rigidez de la "ideología árabe" ha sido pulverizada al contacto con una realidad igualmente dura, pero permanente. Los que hablaban de hacer la guerra no la querían ni la preparaban, y los que sólo hablaban de defenderse preparaban la ofensiva. Cada uno de los dos campos seguía su propia pendiente: la burocracia árabe, la de la mentira y la demagogia; los dueños de Israel, la de la expansión imperialista. La guerra de los seis días tuvo capital importancia como elemento negativo, ya que reveló las debilidades y taras secretas de lo que se quiso presentar como "la revolución árabe". El "poder" burocrático militar egipcio se

desmoronó en dos días desvelando de golpe la *verdad* de sus realizaciones: el pivote alrededor del cual se han operado todas las transformaciones socioeconómicas, el ejército, siguió siendo fundamentalmente el mismo. Por una parte quería cambiar todo en Egipto (y en toda la zona árabe), y por otra hacía todo lo posible para que nada cambiase en su seno, en sus valores y costumbres. El Egipto nasseriano está dominado todavía por fuerzas prenasserianas y su "burocracia" es un magma sin coherencia ni conciencia de clase al que sólo une la explotación y el reparto de la plusvalía social.

En cuanto al aparato político-militar que gobierna la Siria baasista, se cierra cada vez más en el extremismo de su ideología. Sólo que su fraseología no engaña ya a nadie (¡aparte de Pablo!). Todo el mundo sabe que no hizo la guerra y que abandonó el frente sin resistencia, ya que prefirió mantener las mejores tropas en Damasco para su propia defensa. Quienes consumían el 65% del presupuesto sirio para defender el territorio han desenmascarado definitivamente su cínica mentira.

Finalmente, mostró por última vez, a quienes todavía tuviesen necesidad de ello, que la Unión sagrada con los Hussein llevaba a la catástrofe. La Legión Árabe se retiró el primer día y la población palestina, que sufrió durante veinte años el terror policial de sus verdugos, se encontró desarmada y desorganizada ante las fuerzas de ocupación. El trono hachemita había compartido desde 1948 la colonización de los palestinos con el Estado sionista. Al desertar Cisjordania le entregaba a éste los expedientes elaborados por la policía sobre todos los elementos revolucionarios palestinos. Pero los palestinos supieron siempre que no había mucha diferencia entre las dos colonizaciones y se sienten más cómodos hoy en su resistencia a la nueva ocupación.

Por otro lado, Israel se convirtió en lo que los árabes le reprochaban ser antes de la guerra: un Estado imperialista que se conduce como las clásicas fuerzas de ocupación (terror policial, dinamitación de viviendas, ley marcial permanente, etc.). En el interior se desarrolla un delirio colectivo dirigido por los rabinos en favor del "derecho imprescriptible de Israel a las fronteras bíblicas". La guerra ha interrumpido el movimiento de contestación que engendraban las contradicciones de esta sociedad artificial (en 1966 hubo decenas de motines y no menos de 277 huelgas sólo en el año 1965) y ha provocado una adhesión unánime alrededor de los objetivos de la clase dominante y de su ideología más extremista. Por otra parte ha servido para reforzar todos los regímenes árabes no implicados en el enfrentamiento armado. De esta forma Bumedián pudo participar tranquilamente en la sobrepuja a 5.000 km., hacerse aplaudir por la masa argelina ante la que no había osado siquiera presentarse la víspera y obtener finalmente el apoyo de una O.R.P. completamente estalinizada ("por su política antiimperialista"). Fayçal obtiene a cambio de algunos millones de dólares el abandono del Yemen republicano y la consolidación de su trono -etcétera etcétera.

Como siempre, la guerra, cuando no es civil, no hace más que congelar el proceso de revolución social. En Vietnam del Norte provoca la adhesión, nunca antes obtenida, de la masa campesina a la burocracia que la explota. En Israel liquida durante un largo periodo toda oposición al sionismo y en los países árabes es el refuerzo -momentáneo- de las capas más reaccionarias. Las corrientes revolucionarias no pueden reconocerse en ella de ninguna forma. Su tarea está en el otro extremo del movimiento actual, puesto que ellas deben ser su negación absoluta.

Es evidentemente imposible buscar hoy una solución *revolucionaria* a la guerra de Vietnam. Primero hay que poner fin a la agresión americana para dejar que se desarrolle de forma *natural* la verdadera lucha social de Vietnam, es decir, para que los trabajadores vietnamitas encuentren a sus enemigos del interior: la burocracia del norte y las capas poseedoras y dirigentes del sur. La retirada de los americanos significa al instante la toma de todo el país en manos de la dirección estaliniana: es la solución ineluctable, ya que los invasores no pueden prolongar indefinidamente su agresión. Como dice Talleyrand, podemos hacer cualquier cosa con las bayonetas excepto sentarnos sobre ellas. No se trata por tanto de apoyar incondicionalmente (o de forma crítica) al Vietcong, sino de luchar con consecuencia y sin concesiones contra el imperialismo americano. Los más eficaces son actualmente los revolucionarios americanos que preconizan y practican la insumisión a gran escala (ante la cual la resistencia a la guerra de Argelia en Francia es un juego de niños). Es que la raíz de la guerra de Vietnam se encuentra en América, y es allí donde hay que extirparla.

Al contrario que la guerra americana, la cuestión palestina no tiene solución inmediatamente a la vista. Ninguna es practicable a corto plazo. Los regímenes árabes no pueden sino venirse abajo sobre sus contradicciones e Israel será cada vez más presa de su lógica colonial. Los compromisos que los grandes poderes y sus aliados respectivos intenten remendar sólo pueden ser de todas formas contrarrevolucionarios. El *statu quo* espúreo -ni paz ni guerra- va a predominar probablemente por mucho tiempo, durante el cual los regímenes árabes seguirán la suerte de sus predecesores de 1948 (y probablemente en provecho de fuerzas abiertamente reaccionarias en un primer momento). La sociedad árabe que ha segregado todo tipo de clases dominantes, caricaturas de todas las históricamente conocidas, debe ahora segregar las fuerzas que la subviertan totalmente. La burguesía llamada nacional y la burocracia árabe han heredado todas las taras de estas dos clases sin haber conocido nunca sus realizaciones históricas en las demás sociedades. Las futuras fuerzas revolucionarias árabes que deben nacer de los escombros de la derrota de junio de 1967 sabrán que no tienen nada en común con ninguno de los regímenes árabes existentes ni nada que respetar de los poderes constituidos que dominan el mundo actual. Sólo en sí mismas y en las fuerzas reprimidas de la historia revolucionaria encontrarán su modelo. La cuestión palestina es demasiado seria para dejarla en manos de los Estados, es decir de los coroneles. Afecta demasiado de cerca a los dos problemas fundamentales de la revolución moderna, a saber el *internacionalismo* y el *Estado*, para que ninguna fuerza existente sea capaz de darle una solución adecuada. Sólo un movimiento revolucionario árabe resueltamente internacionalista y antiestatal puede disolver el Estado de Israel y ganar para sí a la masa de sus explotados. Únicamente por este mismo proceso podrá disolver todos los Estados árabes existentes y unificar a los árabes mediante el poder de los consejos.

NUESTROS FINES Y NUESTROS MÉTODOS EN EL ESCÁNDALO DE ESTRASBURGO

Aunque las diversas manifestaciones de estupor e indignación que hicieron eco al panfleto situacionista *Sobre la miseria en el medio estudiantil*, publicado a expensas de la sección estrasburguesa de la Unión Nacional de Estudiantes de Francia, tuvieron el oportuno efecto de hacer que fuesen bastante leídas las tesis contenidas en el mismo, no dejan de acumular contrasentidos en la exposición y el comentario de la actividad de la I.S. en aquella circunstancia. Frente todo tipo de ilusiones mantenidas por periodistas, autoridades universitarias y hasta por cierto número de estudiantes irreflexivos vamos a precisar aquí cuáles fueron exactamente las condiciones de nuestra intervención y a recordar qué fines perseguíamos por los medios que nos parecieron oportunos.

Aún más errónea que las exageraciones de la prensa o de ciertos abogados contrarios acerca de la magnitud de la suma que la I.S. habría sustraído de la caja del desdichado sindicato de estudiantes, resulta esa noticia aberrante, que los relatos periodísticos han hecho valer con frecuencia, según la cual la I.S. se habría rebajado a hacer campaña ante los estudiantes de Estrasburgo para persuadirles de la validez de sus puntos de vista y hacerles elegir un gabinete en base a su programa. Tampoco llevamos a cabo la menor infiltración en la U.N.E.F. deslizando subrepticiamente en ella partidarios nuestros. Basta leernos para comprender que no son estos nuestros intereses ni nuestros métodos. Lo que ocurrió fue que algunos estudiantes de Estrasburgo vinieron a nuestro encuentro en el verano de 1966 y nos hicieron saber que seis de sus amigos -y no ellos mismos- acababan de ser elegidos como directiva de la asociación estudiantil local (A.F.G.E.S.), sin programa de ningún tipo y a pesar de ser conocidos en la U.N.E.F. como extremistas en completo desacuerdo con todas las variantes de su descomposición y dispuestos a romper con ellas. Su elección, por lo demás completamente regular, manifestaba por tanto con claridad el desinterés absoluto de la base y la confesión definitiva de impotencia de los burócratas que permanecían en esta organización. Estos calculaban sin duda que el gabinete "extremista" no sabría dar expresión a sus intenciones negativas. Éste era el temor de los estudiantes que acudieron a nuestro encuentro y el motivo principal de que no creyesen necesario figurar personalmente en esa "dirección", ya que sólo un golpe de cierta amplitud, y no una justificación humorística, podía salvar a sus miembros del compromiso que comporta inmediatamente un papel tan mezquino. Para rematar la complejidad del problema, aunque los estudiantes que hablaron con nosotros conocían las posiciones de la I.S. y declaraban estar en general de acuerdo con ellas, los miembros del gabinete las ignoraban por completo, pero contaban con nuestros interlocutores para definir de la mejor forma posible la actividad que pudiese corresponder con su buena voluntad subversiva.

En ese momento nos limitamos a aconsejar la redacción y publicación, por parte de todos ellos, de un texto de crítica general del movimiento estudiantil y de la sociedad, ya que este trabajo serviría al menos para que clarificasen en común lo que siguiese estando confuso entre ellos. Por otra parte subrayamos que el hecho de disponer de dinero y de crédito era esencialmente lo más aprovechable de la ridícula autoridad que les había sido tan imprudentemente concedida, y que un empleo inconformista de estos recursos ofendería con seguridad a muchos y sacaría a la luz los aspectos inconformistas del contenido. Estos camaradas aprobaron nuestra opinión. Durante la realización del proyecto siguieron estando en contacto con la I.S., particularmente a través de Mustapha Khayati.

La discusión y los primeros esbozos de redacción realizados colectivamente por quienes se reunieron con nosotros y por los miembros del gabinete de la A.F.G.E.S. -dispuestos a llevar a buen puerto este asunto- suscitaron una importante modificación del plan. Todos asumían el fondo de la crítica, y particularmente los hilos conductores sugeridos por Khayati, pero se manifestaban incapaces de lograr una formulación satisfactoria, sobre todo por la brevedad del plazo que les imponía la fecha de la apertura universitaria. Esta incapacidad no ha de considerarse debida a una grave falta de talento o de experiencia, sino que era producto simplemente de la extremada *heterogeneidad* del grupo dentro y fuera del gabinete. Su reunión previa sobre la base de un vago acuerdo les hacía sentirse poco preparados para redactar la expresión conjunta de un teoría que no habían examinado juntos. Además surgían enfrentamientos y desconfianzas personales a medida que el proyecto avanzaba, al constituir la unión en torno a la variante más amplia y más seria que fuese posible concebir para este golpe su única voluntad común. En tales condiciones, Mustapha Khayati se vio obligado a asumir casi en solitario lo esencial de la redacción del texto, que fue simultáneamente discutido y aprobado por el grupo de estudiantes de Estrasburgo y por los situacionistas de París -limitándose estos últimos a introducir añadidos poco importantes y en poca cantidad.

Varias medidas preliminares anunciaron la aparición del panfleto. El 26 de octubre, el cibernético Moles (cf. *I.S.* 9, pág. 44), que había logrado finalmente una cátedra de psicosociología para dedicarse desde ella a la programación de jóvenes cuadros, fue interrumpido durante los primeros minutos de su curso inaugural por los tomates que le lanzaron una docena de estudiantes (el mismo tratamiento se le aplicó en marzo en el Museo de Artes Decorativas de París, donde este robot programado debía discurrir sobre control de la población con los métodos del urbanismo; esta última refutación le fue transmitida por unos treinta jóvenes anarquistas pertenecientes a grupos que quieren volver a plantear la crítica revolucionaria en torno a todas las cuestiones modernas). Poco después de este curso inaugural, tan insólito como el propio Moles en los anales de la Universidad, la A.F.G.E.S. realizó una pegada de carteles a guisa de publicidad del folleto con un *comic* realizado por André Bertrand, *El retorno de la columna Durruti*, documento que tenía la virtud de exponer en términos precisos lo que sus camaradas pensaban hacer de sus cargos: "la crisis general de los viejos aparatos sindicales y de las burocracias izquierdistas se deja sentir por todas partes y principalmente entre los estudiantes, donde el activismo no tiene desde hace tiempo otro resorte que el sacrificio más sórdido a ideologías marchitas y la ambición menos realista. La última promoción de profesionales que ha elegido a nuestros héroes no tiene siquiera la excusa de una mistificación. Han puesto su esperanza de renovación en un grupo que no oculta su intención de

hundir lo antes y lo mejor posible todo ese militantismo arcaico".

El panfleto se distribuyó a quemarropa entre personalidades oficiales durante la apertura solemne de la Universidad. Simultáneamente el gabinete de la A.F.G.E.S. hizo saber que su único programa "estudiantil" era la disolución inmediata de dicha asociación y convocó una asamblea general extraordinaria para votar al respecto. Como sabemos, la perspectiva horrorizó enseguida a muchos. "Sería la primera manifestación concreta de una revuelta que apunta claramente a destruir la sociedad", escribió un periódico local (*Dernières Nouvelles*, 4-12-1966). Y *L'Aurore* escribió el 26 de noviembre: "La Internacional situacionista es una organización que cuenta con miembros en las principales capitales de Europa. Estos anarquistas se pretenden revolucionarios y quieren 'tomar el poder' no para conservarlo, sino para sembrar el desorden y destruir hasta su propia autoridad". Y también en Turín la *Gazetta del popolo* manifestó ese día una inquietud desmesurada: "Habría sin embargo que considerar si eventuales medidas de represalia... no traerían consigo desórdenes... En París y en otras ciudades universitarias de Francia la Internacional situacionista, electrizada por el triunfo obtenido por sus adeptos en Estrasburgo, se dispone a desencadenar una gran ofensiva para asegurarse el control de organismos estudiantiles". En ese momento había que tener cuidado con un nuevo factor decisivo: los situacionistas debían defenderse de la *recuperación* en la actualidad periodística o la moda intelectual. El panfleto se había convertido finalmente en un texto de la I.S.. No creímos necesario negarnos a ayudar a estos camaradas en su deseo de golpear el sistema, y desgraciadamente esa ayuda *no pudo ser menor*. Este compromiso de la I.S. nos daba mientras durase la operación una dirección *de facto* que en ningún caso queríamos prolongar: poco nos importa, como todo el mundo puede sospechar, el lamentable *medio estudiantil*. Sólo tuvimos que actuar, en este caso como en cualquier otro, para hacer reaparecer la nueva crítica social que se constituye actualmente mediante la práctica sin concesiones que es su exclusivo soporte. El carácter no organizado del grupo de estudiantes de Estrasburgo hizo necesaria una intervención situacionista directa e impidió un diálogo ordenado, que es lo único que hubiese podido garantizar un mínimo de igualdad en las decisiones. El debate que define normalmente una acción común entre grupos independientes no se dio apenas en un aglomerado de individuos a los que unía la aprobación de la I.S. y separaba todo lo demás.

Es evidente que semejante carencia no era en nuestra opinión recomendable para el *conjunto* de este grupo de estudiantes, en la medida en que parecían querer integrarse de alguna forma en la I.S. para afirmarse a sí mismos. La falta de homogeneidad de los estrasburgueses tuvo otra ocasión de manifestarse en un grado que no pudimos prever a propósito de un problema inesperado: muchos cuestionaron súbitamente la conveniencia de distribuir brutalmente el texto en la ceremonia de apertura de la Universidad. Khayati tuvo que enseñarles que los escándalos no se hacen a medias, y que cuando se ha decidido asumir una acción como ésta no disminuye el compromiso porque la resonancia del golpe sea menor, sino que por el contrario el éxito de un escándalo constituye la única salvaguardia relativa para aquellos que lo han desencadenado con conocimiento de causa. Aún más inaceptable que esta duda tardía acerca de un punto táctico tan básico, nos pareció que algunos de estos individuos, tan poco seguros unos de otros,

hiciesen declaraciones en nuestro nombre. La I.S. encargó entonces a Mustapha Khayati que hiciese precisar a los miembros del gabinete de la A.F.G.E.S. que ninguno de ellos era situacionista, lo que hicieron en su comunicado del 29 de noviembre: "Ninguno de los miembros de nuestro gabinete forma parte de la Internacional Situacionista, movimiento que publica desde hace tiempo la revista del mismo nombre, pero nos declaramos completamente solidarios con sus análisis y opiniones". Sobre la base de esta *autonomía* asegurada, la I.S. envió entonces una carta a André Schneider, presidente de la A.F.G.E.S., y al vicepresidente Vayr-Piova para declarar su total solidaridad con lo que habían hecho. Esta solidaridad se mantuvo siempre, tanto con nuestra negativa inmediata a dialogar con quienes trataron de aproximársenos expresando una hostilidad envidiosa hacia los responsables del gabinete (cometiendo por ejemplo la estupidez de denunciar su acción por su naturaleza "espectacular"), como con ayuda financiera y apoyo público ante la represión subsiguiente (cf. a primeros de abril la declaración firmada por 79 estudiantes de Estrasburgo que se solidarizaban con Vayr-Piova, expulsado meses después de la universidad). Schneider y Vayr-Piova mantuvieron ante las sanciones y las amenazas una actitud bastante firme, pero no tuvieron la misma firmeza en su conducta con la I.S.

La represión judicial entablada pronto en Estrasburgo -que prosiguió después con una serie todavía abierta de procesos- se centró en la supuesta ilegalidad del gabinete de la A.F.G.E.S., que tras la publicación del panfleto situacionista fue considerado de repente "comité de hecho" que usurpaba la representación sindical de los estudiantes. Esa represión contra la A.F.G.E.S., tan necesaria como la unión sagrada de burgueses, estalinianos y curas, disponía entre los 18.000 estudiantes de la ciudad de una "fuerza" mucho menor que la del gabinete. Se abrió con la orden del tribunal de atestados del 13 de diciembre, que ponía bajo secuestro los locales y la gestión de la Asociación y prohibía la asamblea general convocada por el gabinete para el 16 para votar la disolución de la A.F.G.E.S. Esta sentencia, que reconocía implícita pero erróneamente que la mayoría de los estudiantes a los que se impedía votar hubiese aprobado la posición del gabinete, detuvo la evolución de los acontecimientos y obligó a nuestros camaradas -que no tenían otro propósito que liquidar sin demora su propia posición dirigente- a prolongar su resistencia hasta enero. La mejor actuación del gabinete había sido hasta entonces el tratamiento reservado a numerosos periodistas que se precipitaron pidiendo entrevistas: rechazo de la mayor parte y boicot insultante a aquellos que representaban a las peores instituciones (televisión francesa, *Planète*). Parte de la prensa dio así una versión más exacta del escándalo y reproducir con menos infidelidad los comunicados de la A.F.G.E.S. Como el gabinete de la A.F.G.E.S. existía *in partibus* para tomar medidas administrativas y mantenía el control de la sección local del Sindicato Nacional de Estudiantes, replicó el 11 de enero decidiendo, y ejecutando su decisión al día siguiente, el cierre del "Gabinete de Ayuda psicológica universitaria" (B.A.P.U.) que dependía de él, "al considerar que los B.A.P.U. son la realización en el medio estudiantil del control parapolicial de una psiquiatría represiva cuya evidente función es mantener... la pasividad de todas las categorías de explotados... y que la existencia de un B.A.P.U. en Estrasburgo es una vergüenza y una amenaza para todos los estudiantes de esta univer-

sidad que estén dispuestos a pensar libremente". El escalafón nacional de la U.N.E.F., al que la revuelta de su sección estraburguesa -hasta entonces considerada ejemplar- obligaba a reconocer su fracaso general, aunque sin defender evidentemente las viejas ilusiones de libertad sindical tan abiertamente negadas a sus oponentes por las autoridades, no podía reconocer de la misma forma la expulsión judicial del gabinete de Estrasburgo. A la asamblea general de la Unión Nacional mantenida en París el 14 de enero llegó una delegación de Estrasburgo que desde la apertura de la sesión exigió el voto previo de su moción de *disolución de toda la U.N.E.F.*, "considerando que la afirmación de la U.N.E.F. como sindicato que reúne a la vanguardia de la juventud (Carta de Grenoble, 1946) coincide con un período en que el sindicalismo obrero está desde hace tiempo vencido y convertido en un aparato de autoregulación del capitalismo moderno que trabaja para la integración de la clase obrera en el sistema mercantil... que la pretensión vanguardista de la U.N.E.F. es desmentida en todo momento por sus llamamientos al orden y su práctica subreformista... que el sindicalismo estudiantil es una pura y simple impostura y que es urgente ponerle fin". Esta moción concluía llamando "a todos los estudiantes revolucionarios del mundo... a preparar junto a todos los explotados de sus países respectivos una lucha despiadada contra todos los aspectos del viejo mundo que contribuya al advenimiento del poder internacional de los consejos obreros". Únicamente dos asociaciones, la de Nantes y la de "Estudiantes en casas de reposo", votaron con los de Estrasburgo para que se plantease esta condición previa antes de la audición del informe de gestión de la dirección nacional (hay que señalar, sin embargo, que en las semanas anteriores los jóvenes burócratas de la U.N.E.F. habían logrado subvertir otros dos gabinetes de la asociación espontáneamente favorables a la posición de la A.F.G.E.S. en Burdeos y en Clermont-Ferrand). La delegación de Estrasburgo abandonó inmediatamente un debate en el que no tenía nada más que decir.

La salida final del gabinete de la A.F.G.E.S. no fue sin embargo tan digna. En ese momento tres situacionistas resultaron expulsados por calumniar -y por verse obligados a confesarlo ante la I.S.- a Khayati, a quien esperaban hacer expulsar mediante esa bonito tergiversación (cf. el panfleto de la I.S. del 22 de enero: *¡Atención! Tres provocadores*). Su expulsión no tuvo nada que ver con el escándalo de Estrasburgo -en este punto, como en todos los demás, aprobaban ostensiblemente las conclusiones de los debates de la I.S.-, pero dos de ellos resultaron ser alsacianos. Por otra parte, lo hemos dicho muy claro, algunos estudiantes de Estrasburgo empezaban a no ver bien que la I.S. no recompensase sus carencias *reclutándolos*. Los mentirosos expulsados trataron de poner de su parte a un público poco exigente, y en ese círculo cubrieron sus anteriores mentiras y confesiones con una nueva inflación de mentiras. Los *rechazados* se unieron así con la pretensión mística de llevar más lejos esa *práctica* que les condenaba. Comenzaron a dar crédito a los periódicos e incluso a cargar las tintas. Se presentaron como masas que hubieran "tomado el poder" en una especie de Comuna de Estrasburgo. Se dijeron que no habían sido tratados como merece serlo el proletariado revolucionario. Se aseguraron que su acción histórica había superado toda la anterior teoría. Olvidando que la única "acción" discernible en este incidente fue en todo caso *la redacción del texto*, compensaron colectivamente con una inflación de ilusiones su deficiencia a este respecto. Toda

su ambición consistía en soñar juntos durante semanas, insistiendo cada vez más en la droga de los trucajes reiterados con precipitación. La docena de estudiantes de Estrasburgo que había apoyado efectivamente el escándalo se dividió en dos partes iguales. Este problema añadido actuó como *revelador*. A quienes siguieron siendo "partidarios de la I.S." no teníamos evidentemente *nada que prometerles* y no lo hicimos: sólo debían ser partidarios incondicionales de la verdad. Vayr-Piova y los demás se hicieron partidarios de la mentira con los expulsados "garnautinos" (sin saber lo burdo de las recientes maquinaciones de Frey y Garnault, pero sabiendo bastante en cualquier caso). André Schneider, a quien los mentirosos pidieron su apoyo porque mantenía el título de presidente de la A.F.G.E.S., abrevado de falsas noticias por todos ellos, tuvo la debilidad de creerlas sin mayor análisis y de refrendar una de sus declaraciones. Días después, al advertir algunas, no todas, de las indiscutibles falsedades que estas personas veían normal citar entre iniciados para sacar a flote su mala causa, Schneider no dudó un instante en afirmar públicamente su error: con el panfleto *Recuerdos de la casa de los muertos* denunció a quienes le habían engañado y hecho compartir la responsabilidad de un falso testimonio montado contra la I.S. El giro de la opinión de Schneider, cuyo carácter habían subestimado los mentirosos, resultaba ser un testimonio privilegiado de la última fase de su manipulación colectiva, trayendo así consigo también en Estrasburgo un golpe definitivo a los expulsados y a sus cómplices, desacreditados ya en cualquier otro lugar. A pesar de ello los desgraciados que la semana anterior habían invertido tantos recursos para obtener el aval de Schneider declararon que estaba claro que era un pobre de espíritu que cedía ante "el prestigio de la I.S." (Desde hace tiempo y cada vez más a menudo, en los debates más diversos, los falseadores identifican el "prestigio de la I.S." *con el mero hecho de decir la verdad*, amalgama que seguramente nos honra). Por otra parte, antes de que pasasen tres meses la asociación de Frey y consortes, con Vayr-Piova y todo el que quiso apoyar una adhesión violentamente solicitada (llegaron a ser 8 o 9), tuvo que mostrar en el gran día su triste realidad: cimentada en mentiras infantiles de individuos que se tienen recíprocamente por malos mentirosos, fue el ejemplo exacto e involuntariamente paródico de un tipo de "acción colectiva" que no hay que acometer en ningún caso, ¡y con personas que no conviene frecuentar en absoluto! Los vimos llevar a cabo juntos una ridícula *campaña electoral* ante los estudiantes de Estrasburgo. Llenaron sin el menor sentido del ridículo decenas de páginas utilizando pseudorecuerdos pedantes y residuales de ideas y frases situacionistas con el único fin *de mantener el "poder" en la sección estrasburguesa de la M.N.E.F.*, feudo microburocrático de Vayr-Piova, que volvió a presentarse el 13 de abril. Tan afortunados como en maniobras anteriores, fueron derrotados por los estalinianos y los cristianos, tan estúpidos como ellos, pero naturalmente entusiastas del electoralismo, que se dieron el gusto de denunciar a sus deplorables rivales como "falsos situacionistas". En el panfleto *La I.S. ya lo advirtió,* publicado al día siguiente, André Schneider y sus camaradas mostraron desahogadamente hasta qué punto ese intento frustrado de explotación publicitaria *de los restos* del escándalo ocurrido cinco meses antes ponía de manifiesto la total renegación del espíritu y las perspectivas afirmadas entonces. Vayr-Piova, en un comunicado difundido el 20 de abril, declaró para terminar: "Me alegra verme

finalmente denunciado como 'no situacionista', lo que he reconocido siempre abiertamente desde que la I.S. se erigió en poder oficial". Aquí tenemos un buen ejemplo de una inmensa literatura ya olvidada. La conversión de la I.S. en *poder oficial*, he aquí una de las tesis típicas de Vayr-Piova o Frey que pueden analizar los que tengan interés en hacerlo; y en virtud de las conclusiones que adoptaron, sabrán también lo que han de pensar de la inteligencia de tales teóricos. Pero además, el hecho de que Vayr-Piova declarase -¿"abierta" o más bien "clandestinamente", en una "publicación" reservada a los cómplices más discretos de estos mentirosos?- que no ha formado parte de la I.S. desde, cualquiera que sea la fecha que quiera asignarle, el día de nuestra transformación en "poder oficial", he aquí una *mentira característica*. Todos los que le conocen saben que Vayr-Piova *nunca* tuvo ocasión de llamarse "situacionista" (ver lo que hemos escrito más arriba sobre el comunicado de la A.F.G.E.S. del 29 de noviembre de 1966).

Lo mejor de este conjunto de incidentes se deriva, además de este nuevo ejemplo oportunamente señalado, de nuestro rechazo a reclutar todo lo que el neomilitantismo en busca de subordinación gloriosa pueda poner en nuestro camino. Tampoco hay que desdeñar que haya levantado acta de la irremediable descomposición de la U.N.E.F., más completa de lo que hacía pensar su piadosa apariencia: el golpe de gracia todavía se escuchaba en julio en su 56° Congreso de Lyon, en el curso del cual el triste presidente Vandenburie tuvo que confesar: "La unidad de la U.N.E.F. acabó hace tiempo. Cada asociación vive (*nota de la I.S.*: este término no deja de ser un tanto pretencioso) de forma autónoma, sin referencia alguna a las instrucciones del gabinete nacional. El creciente desfase entre la base y los órganos de dirección ha alcanzado un estado de degradación importante. La historia de las instancias de la U.N.E.F. es una secuencia de crisis... La reorganización y la reactivación de la acción no han sido posibles". Idéntica comicidad exhiben algunos alborotos constatados entre universitarios que creyeron tener que insistir una vez más en este fenómeno de actualidad: es comprensible que juzguemos la denuncia publicada por cuarenta profesores y asistentes de la facultad de letras de Estrasburgo de que había *falsos estudiantes* en el origen de esta "agitación aislada" en torno a falsos problemas "sin sombra de solución" (así como las vistas del juez Llabador) más lógica y socialmente racional que ese intento embaucador de aprobación incompetente que hicieron circular en febrero algunos residuos modernistas-institucionalistas agrupados alrededor del escaso mendrugo que roen las cátedras de "Ciencias humanas" de Nanterre (el audaz Touraine, el leal Lefebvre, el prochino Baudrillard, el sutil Lourau).

Queremos que las ideas vuelvan a ser *peligrosas*. No podemos permitir que se nos apoye con la molla blanda del falso interés ecléctico, como Sartre, Althusser, Aragon, Godard. Escuchemos la voz llena de sentido de un profesor de universidad llamado Lhuillier, recogida por *Le Nouvel Observateur* el 21 de diciembre: "Estoy a favor de la libertad de pensamiento. Pero si hay algún situacionista en la sala, que salga". Sin desdeñar en absoluto el servicio que la difusión de algunas verdades sumarias pudo prestar para acelerar muy ligeramente el movimiento que lleva a la renuente juventud francesa hacia la toma de conciencia de una próxima crisis más general de la sociedad, creemos que hay que atribuir mayor importancia a la difusión de este texto, como factor de cla-

rificación, en países donde se manifiesta ya un proceso semejante. Los situacionistas ingleses escribieron en la presentación de su edición del texto de Khayati: "La crítica más desarrollada de la vida moderna se ha producido en uno de los países modernos menos desarrollados, donde todavía no es patente la desintegración total de los valores y donde se engendran corolariamente las fuerzas de un rechazo radical. En el contexto francés, la teoría situacionista ha marcado en lo sucesivo a las fuerzas sociales por las que será realizada". Las tesis sobre *La miseria en el medio estudiantil* han alcanzado mayor difusión en los Estados Unidos o en Inglaterra (la huelga de la *London School of Economics* causó cierta impresión en marzo, descubriendo en ella con tristeza el comentador de *Times* el retorno de la lucha de clases, que él creía acabada), y en menor medida en Holanda -donde la crítica de la I.S., mezclada con la crítica aún más cruel de los hechos mismos, no dejó de influir en la reciente disolución del movimiento "provo"- y en los países escandinavos. También incidió en las luchas estudiantiles de Berlín Occidental de este año, aunque en un sentido todavía muy confuso.

La juventud revolucionaria no tiene otra opción que fundirse con la masa de trabajadores que, a partir de la experiencia de las nuevas condiciones de explotación, va a retomar la lucha por la dominación de su mundo, por la supresión del trabajo. Cuando la juventud empieza a conocer la forma actual de este movimiento real que brota espontáneamente en todas partes del suelo de la sociedad moderna, no se trata más que de un *momento* del proceso a través del cual esa crítica teórica unificada, si se identifica con una *unificación práctica* adecuada, intenta romper el silencio y la organización general de la separación. Únicamente en este sentido vemos resultados satisfactorios. De esta juventud excluimos evidentemente a la fracción alienada en los semiprivilegios de la formación universitaria: aquí se encuentra la base natural para el consumo admirativo de una supuesta teoría situacionista como última moda espectacular. No hemos acabado de decepcionar y desmentir este tipo de aprobación. La I.S. no ha de ser juzgada por los aspectos superficialmente escandalosos de sus manifestaciones, sino por su verdad *esencialmente escandalosa*.

LOS SITUACIONISTAS Y LAS NUEVAS FORMAS DE ACCIÓN EN LA POLÍTICA Y EN EL ARTE

Hasta ahora nos hemos vinculado a la subversión utilizando principalmente formas y categorías heredadas de luchas revolucionarias del siglo pasado. Propongo que completemos la expresión de nuestra contestación con medios que prescindan de toda referencia al pasado. No se trata de abandonar por ello formas en el interior de las cuales hemos librado el combate en el terreno tradicional de la superación de la filosofía, de la realización del arte y de la abolición de la política; se trata de concluir el trabajo de la revista allí donde todavía no es operativo.

Buena parte de los proletarios se dan cuenta de que no tienen ningún poder sobre el empleo de su vida; lo saben, pero no lo expresan con el lenguaje del socialismo y de revoluciones anteriores.

Escupamos de paso sobre esos estudiantes convertidos en militantes de base de grupúsculos con vocación de partidos de masas, que dan a veces por supuesto que la *I.S.* es ilegible para los obreros, que su papel es demasiado brillante para darlo a comer a los mulos y que su precio no tiene en cuenta el salario medio. Los más consecuentes difunden pues a multicopista la imagen que se hacen de la conciencia de una clase cuyo Obrero Albert buscan febrilmente. Olvidan, entre otras cosas, que cuando los obreros leían literatura revolucionaria llegaban a pagarla cara, más relativamente que una butaca en el Teatro Nacional, y que cuando vuelvan a sentir deseos de hacerlo no dudarán en gastar dos o tres veces lo que cuesta *Planète*. Pero lo que sobre todo no tienen en cuenta esos detractores de la tipografía es que los pocos individuos que cogen sus boletines son precisamente los que tienen referencias para comprendernos a la primera, y que lo que escriben es totalmente ilegible para los demás. Algunos, que ignoran la profundidad de los graffitis de los W.C., particularmente los de las cafeterías, han pensado muy justamente que con una escritura que parodiase la de la escuela comunal en papeles pegados sobre los canalones, a la manera de los anuncios de alquiler de apartamentos, sería posible hacer coincidir el significante y el significado de sus slogans. Aquí tenemos un ejemplo de lo que no hay que hacer.

Para nosotros se trata de unir la crítica teórica de la sociedad moderna con la crítica en actos de esta misma sociedad. Sobre el terreno, tergiversando las proposiciones del espectáculo, daremos las razones de las revueltas de hoy y de mañana.

Propongo que acometamos:

1. *la experimentación del desvío de fotonovelas* y de fotografías calificadas de pornográficas, a las que inflijiremos sin ambages su verdad restableciendo sus diálogos. Esta operación hará estallar en la superficie *pompas* subversivas que espontáneamente, aunque con más o menos consciencia, se forman para disolverse al instante ante quienes las contemplan. Con el mismo espíritu es igualmente posible desviar por medio de filacterias *todos* los carteles publicitarios; y en particular los de los pasillos del metro, que con-

forman secuencias excelentes.

2. *la promoción de la guerrilla en los mass media*, forma importante de contestación, no sólo en la fase de guerrilla urbana, sino antes. Los argentinos que ocuparon el puesto de mando de un periódico luminoso y lanzaron sus slogans y consignas abrieron el camino. Es posible aprovecharse todavía de que los estudios de radio y televisión no están por el momento vigilados por el ejército. Todo radioaficionado puede interferir de forma más modesta sin grandes gastos, cuando no emitir para todo un barrio, y el reducido tamaño del equipo necesario permite gran movilidad para esquivar la localización trigonométrica. En Dinamarca, un grupo de disidentes del P.C. pudo mantener hace años su propia radio pirata. Ediciones falsas de tal o cual periódico pueden aumentar la confusión del enemigo. Esta lista de ejemplos es vaga y limitada por razones evidentes.

La ilegalidad de tales acciones impide a toda organización que no haya elegido la clandestinidad mantener un programa continuado en este campo, puesto que tendría que constituir en su seno una *organización específica* que no puede concebirse (ni ser eficaz) sin compartimentación y que trae por tanto consigo jerarquías, etc. En una palabra, encuentra de nuevo la resbaladiza pendiente del terrorismo. Conviene referirse aquí más bien a la propaganda por los hechos, que es algo muy diferente. Se sabe que nuestras ideas están en todas las cabezas, y cualquier grupo sin relación con nosotros, o cualquier reunión de individuos con vistas a una acción determinada, puede improvisar y mejorar las fórmulas experimentadas en otros lugares por otros. Este tipo de acción no concertada no aspira a producir trastornos definitivos, pero puede ser útil para marcar la toma de conciencia que saldrá a la luz. Por otra parte no hay que obnubilarse con la palabra ilegalidad. La mayoría de las acciones en este campo no tiene por qué contravenir en absoluto las leyes existentes. Pero el miedo a tales acciones llevará a los directores de los periódicos a desconfiar de sus tipógrafos, a los de radio de sus técnicos, etc., a la espera de que se pongan a punto textos represivos específicos.

3. *la puesta a punto de comics situacionistas*. Las tiras cómicas son la única literatura verdaderamente popular de nuestro siglo. Cretinos marcados por años de instituto se han permitido disertar al respecto, pero sólo con desagrado van a leer y coleccionar los nuestros. Los comprarán sin duda para quemarlos. Quién no percibe inmediatamente lo fácil que será, para nuestra tarea de "hacer la vergüenza aún más vergonzosa", transformar por ejemplo 13, *rue de l'Espoir* en 1, *bd du Désespoir*, integrando en segundo término algunos elementos añadidos o simplemente cambiando los textos del bocadillo. Puede verse que este método hace lo contrario que el *Pop'art*, que descompone en trozos los comics. Éste aspira a devolver a los comics su grandeza y su contenido.

4. *la realización de películas situacionistas*. El cine, que es el medio de expresión más nuevo y sin duda más utilizable de nuestra época, se ha estancado durante tres cuartos de siglo. Para resumir, digamos que se ha convertido efectivamente en el "séptimo *arte*", caro a los cinéfilos, los cineclubs, y las asociaciones de padres de alumnos. Constatemos con nuestro uso que el ciclo ha acabado (Ince, Stroheim, la irrepetible *Edad de oro*, *Ciudadano Kane* y *M. Arkadin*, las películas letristas), aunque queden por descubrir entre distribuidores extranjeros o en las filmotecas algunas obras maestras de factura

clásica y recitativa. Apropiémonos de los balbuceos de esta nueva escritura, sobre todo de sus ejemplos más acabados, más modernos, los que han escapado a la ideología artística mejor que las series B norteamericanas: las revistas de actualidades, los anuncios, y sobre todo el cine publicitario.

Al servicio de la mercancía y del espectáculo, es lo menos que se puede decir, pero libre de sus medios, el cine publicitario ha sentado las bases de lo que entreveía Eisenstein cuando hablaba de filmar la *Crítica de la economía política* o *La ideología alemana*.

Me comprometo a rodar *Declive y caída de la economía espectacular-mercantil* de una forma inmediatamente comprensible para los proletarios de Watts que ignoran los conceptos implicados en este título. Y esta traducción a una forma nueva contribuirá sin duda a profundizar y a exacerbar la expresión "escrita" de los mismos problemas; lo que podremos comprobar, por ejemplo, rodando la película *Incitación al asesinato y al desenfreno* antes de redactar su equivalente en la revista, *Correcciones a la conciencia de una clase que será la última*. El cine se presta particularmente bien, entre otras posibilidades, al estudio del presente como problema histórico y al desmantelamiento del proceso de reificación. Ciertamente no puede alcanzarse, conocerse y filmarse la realidad histórica más que a través de un complejo proceso de mediaciones que permite a la conciencia reconocer un momento en el otro, su fin y su acción en el destino, su destino en su fin y su acción, su propia esencia en esta necesidad. Mediación que sería difícil si la existencia empírica no estuviera ya mediatizada y no adquiriese apariencia de inmediatez más que en la medida en que, y a causa de ello, por una parte falta la conciencia de la mediación, y por otra, los hechos han sido arrancados del haz de sus determinaciones, aislados artificialmente y mal empalmados en el montaje del cine clásico. Esta mediación ha faltado precisamente, y debía necesariamente faltar, en el cine presituacionista, detenido en formas llamadas objetivas, en la recuperación de conceptos político-morales, cuando no en el recitado académico con todas sus hipocresías. Eso es más complicado de leer que de ver filmado, y de ahí parten muchas banalidades. Pero Godard, el prochino suizo más célebre, no podrá entenderlo nunca. Podrá recuperar, como acostumbra a hacer, una frase o una idea anterior de películas publicitarias, pero no podrá nunca hacer otra cosa que agitar pequeñas novedades tomadas en otro sitio, imágenes o palabras-estrella de la época que tienen asegurada su resonancia, pero que él no puede aprehender (Bonnot, obrero, Marx, made in U.S.A., Pierrot le Fou, Debord, poesía, etc.). Es en efecto hijo de Mao y de la coca cola.

El cine permite expresar, como un artículo, un libro, un panfleto o un cartel. Por ello hay que exigir, de ahora en adelante, que todo situacionista esté en disposición de rodar una película igual que de escribir un artículo (cf. *Anti-public relations*, # 8, pág. 59). Nada es demasiado hermoso para los negros de Watts.

René VIENET

TENER POR FIN LA VERDAD PRÁCTICA

Cuando trata de presentar a las nuevas fuerzas revolucionarias un modelo teórico-práctico de coherencia, la I.S. puede siempre y necesita sancionar con expulsión o ruptura las faltas, insuficiencias y comprometimientos de quienes constituyen el estadio experimental más avanzado de su proyecto común o se reconocen en él. Si la generación rebelde, resuelta a fundar una nueva sociedad, se dispone a romper todo *intento* de recuperación en base a principios primeros e indiscutibles no es por afán de pureza sino por simple reflejo de autodefensa. La exigencia mínima que se impone a organizaciones cuyos rasgos esenciales prefiguran el tipo de organización social por venir consiste en no tolerar a personas que el poder se aviene a tolerar perfectamente.

En su aspecto positivo, la respuesta "expulsión" y "ruptura" plantea la cuestión de la adhesión a la I.S. y de su alianza con grupos e individuos autónomos. En su definición mínima de las organizaciones revolucionarias, la 7ª Conferencia insistió especialmente en lo siguiente: "Una organización revolucionaria rechaza toda reproducción dentro de sí misma de las condiciones jerárquicas del mundo dominante. El único límite a la participación en su democracia total es el reconocimiento y la apropiación por todos sus miembros de la coherencia de su crítica: esta coherencia debe residir en la teoría crítica propiamente dicha y en su relación con la actividad práctica. Ella critica radicalmente toda ideología como poder separado de las ideas y como ideas del poder separado".

La coherencia de la crítica y la crítica de la incoherencia son uno y el mismo movimiento, condenado a destruirse y a fijarse como ideología en cuanto se introduce la separación entre los grupos de una federación, entre los individuos de una organización o entre la teoría y la práctica de un miembro de la misma. En la lucha global en la que estamos comprometidos, ceder una pulgada de coherencia es permitir que la separación ocupe toda la línea. Ello aconseja la mayor prudencia: no dar nunca nuestra conciencia por adquirida, permanecer lúcidos acerca de los peligros que la amenazan en la unidad fundamental de las conductas individuales y colectivas, prevenir y evitar estos peligros.

Que haya podido formarse entre nosotros una fracción secreta, pero también que se haya visto rápidamente desenmascarada, dice mucho del rigor o de la falta de él que hemos demostrado en la transparencia de las relaciones intersubjetivas. En otros términos, ello significa que la irradiación de la I.S. estriba esencialmente en esto: es capaz de *dar ejemplo*, tanto en sentido negativo, mostrando sus debilidades y corrigiéndolas, como en sentido positivo, extrayendo de sus rectificaciones nuevas exigencias. Hemos insistido a menudo en la importancia de no engañarnos con las personas; hay que probarlas sin cesar y reducir la posibilidad de llamarse a engaño con nosotros. Y lo que es válido para las personas lo es también para los grupos.

Es conocida la sentencia de Sócrates al dirigirse a un joven: "Habla un poco que te vea". Estamos en condiciones de evitar estos Sócrates y estos jóvenes si el carácter ejemplar de nuestra actividad asegura la fuerza de irradiación de nuestra presencia en y en contra del espectáculo dominante. A los caídes de la recuperación y a los miserables

que saldrán de las latas de conservas para presentarnos como grupo dirigente conviene oponer el ejemplo antijerárquico de una radicalización permanente; no disimular ninguna de nuestras experiencias, establecer con la difusión de nuestros métodos, tesis críticas y procedimientos de agitación la mayor transparencia sobre la realidad del proyecto colectivo de liberación de la vida cotidiana.

La I.S. debe actuar como una turbina movida por impulsos revolucionarios del mundo entero que precipite de forma unitaria un giro radical de los acontecimientos. A diferencia de los sectores atrasados que se obstinan en perseguir primero la unidad táctica (los Frentes comunes, nacionales o populares), la I.S. y las organizaciones autónomas buscarán únicamente una unidad orgánica, al considerar que la unidad táctica no es eficaz más que allí donde la orgánica es posible. Es preciso que cada grupo y cada individuo viva a la velocidad de radicalización de los acontecimientos a fin de radicalizarlos a su vez. La coherencia revolucionaria no consiste en otra cosa.

Seguramente estamos aún lejos de tal progreso armónico, pero nos hallamos con certeza implicados en él. Entre los primeros principios y su realización está la historia de los grupos y de los individuos, que es también la de sus posibles retrasos. Sólo la transparencia en la participación real liquida la amenaza que se cierne sobre la coherencia: la transformación del retraso en separación. Todo lo que nos separa todavía de la realización del proyecto situacionista está ligado a la hostilidad del viejo mundo en que vivimos, pero la conciencia de estas separaciones contiene ya lo que va a resolverlas.

Ahora bien, precisamente en la lucha entablada contra las separaciones el retraso aparece en grados diversos, y la no conciencia de ello oscurece la conciencia de la separación e introduce la incoherencia. Cuando la conciencia se pudre supura ideología. Hemos visto que uno (Kotànyi) ocultaba los resultados de sus análisis, comunicándolos con cuentagotas con la superioridad de una clepsidra sobre el tiempo; los otros (expulsados en el último chaparrón) ocultaban por su parte sus carencias de todo tipo, moviéndose como pavos reales aunque no tienen cola. Las expectativas místicas y el ecumenismo igualitario olían igual. Pasad por tanto de largo, grotesca moscada, saltimbanquis de enfermedades incurables.

La noción de retraso corresponde al modo lúdico, se vincula a la de director de escena. Al igual que la disimulación del retraso o de las experiencias recrea la noción de prestigio, tiende a transformar al director de escena en jefe y engendra conductas estereotipadas (el rol con sus secuelas neuróticas, sus actitudes atormentadas, su inhumanidad), la transparencia permite entrar en el proyecto común con la inocencia calculada de los jugadores falansterianos que rivalizan entre sí (compuesto), cambian de ocupación (mariposa) o ambicionan alcanzar la radicalidad más avanzada (cabalista). Pero el espíritu de la ligereza avanza a través de la comprensión de las relaciones de la pesadez. Implica lucidez a propósito de las capacidades de cada cual.

No queremos saber nada de las capacidades fuera del uso revolucionario que pueda hacerse de ellas, uso que toma su sentido de la vida cotidiana. La cuestión no es que algunos vivan, piensen, besen, seduzcan o hablen mejor que otros, sino que ningún camarada viva, piense, bese, seduzca o hable tan mal que disimule su retraso, juegue con minorías novatas y reclame, en nombre del excedente que reconoce en los demás por su

propia insuficiencia, una democracia de la impotencia en la que afirmaría con claridad su dominio. En otros términos, es preciso que cada revolucionario sienta al menos la pasión por defender lo mejor que tiene: su voluntad de realización individual, el deseo de liberar su propia vida cotidiana.

Si alguien renuncia a comprometer -y en consecuencia a desarrollar- la totalidad de sus capacidades en el combate por su creatividad, sus sueños, sus pasiones, de forma que renunciando a ello renuncia de hecho a sí mismo, se prohíbe al instante hablar en su nombre y, *a fortiori* en el de un grupo que lleva en sí mismo las posibilidades de realización de todos los individuos. La expulsión o la ruptura no hacen más que concretar públicamente, con la lógica de la transparencia a la que ha faltado, su gusto por el sacrificio y su elección de lo inauténtico.

Sobre la adhesión y la alianza decide soberanamente el *ejemplo* en la participación real en el proyecto revolucionario. La conciencia de los atrasos, la lucha contra las separaciones, la pasión por alcanzar mayor coherencia, esto es lo que debe fundar una confianza objetiva entre nosotros, así como entre la I.S. y futuros grupos autónomos o federaciones. Hay motivos para esperar que nuestros aliados rivalicen con nosotros en la radicalización de las condiciones revolucionarias, como esperamos que rivalicen con los situacionistas quienes hayan elegido unirse a ellos. Todo permite suponer que en cierto grado de extensión de la conciencia revolucionaria cada grupo habrá alcanzado una coherencia tal que la cualidad de director de escena de todos los participantes y el carácter ridículo de sus atrasos dejarán a los individuos el derecho de variar a su elección y de cambiar la organización según sus afinidades pasionales. Pero la preeminencia momentánea de la I.S. es un hecho que es preciso también tener en cuenta, una desgracia afortunada, como la ambigua sonrisa, no se sabe si de gato o de tigre, de las revoluciones invisibles.

Puesto que la Internacional dispone hoy de una riqueza teórica y práctica que no crece más que si es compartida, apropiada y renovada por elementos revolucionarios (hasta que la I.S. y los grupos autónomos desaparezcan, a su vez, en la riqueza revolucionaria), debe aceptar sólo a quienes lo deseen con conocimiento de causa, es decir, a cualquiera que hablando y actuando por su cuenta haya demostrado hacerlo en nombre de muchos, ya sea creando con su praxis poética (panfletos, revueltas, películas, agitación, libros) un reagrupamiento de las fuerzas subversivas, o detentando la coherencia en la experiencia de radicalización de un grupo. La posibilidad de pasar a la I.S. se convierte entonces en una cuestión de táctica a debatir: o bien el grupo es lo bastante fuerte para ceder a uno de sus directores de escena, o su fracaso es tal que sus directores de escena son los únicos en decidir, o el director de escena no ha logrado, por una serie de circunstancias objetivas ineluctables, formar un grupo.

Allí donde el nuevo proletariado experimenta su emancipación, la autonomía en la coherencia revolucionaria es el primer paso hacia la autogestión generalizada. La lucidez que nos empeñamos en mantener sobre nosotros mismos y sobre el mundo enseña que no hay, en la práctica de la organización, ni precisión ni advertencia superfluos. En cuestiones de libertad, un error de detalle es ya una verdad de Estado.

Raoul VANEIGEM

CONTRIBUCIONES PARA RECTIFICAR LA OPINIÓN PÚBLICA ACERCA DE LA REVOLUCIÓN EN LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

1

El papel eminentemente revolucionario de la burguesía consiste en haber introducido, de forma decisiva e irreversible, la economía en la historia. Dueña fiel de esta economía, lo es también desde su aparición de forma efectiva -aunque a veces inconsciente- de la "historia universal". Ésta ha dejado de ser por primera vez un fantasma metafísico o un acto de *Weltgeist* para convertirse en un hecho material, tan concreto como la existencia trivial de cada individuo. Desde el advenimiento de la producción mercantil nada escapa en el mundo al desarrollo implacable de este nuevo *fatum*, la invisible racionalidad económica: *la lógica de la mercancía*. Esencialmente totalitaria e imperialista, exige por campo de acción el planeta y por servidores a la totalidad de los hombres. Allí donde está la *mercancía* no hay más que esclavos.

2

A la coherencia opresiva de una clase particular para mantener a la humanidad en la *prehistoria*, el movimiento revolucionario -producto directo e involuntario de la dominación capitalista burguesa- ha opuesto desde hace un siglo un proyecto de coherencia liberadora obra de todos y cada uno: la intervención libre y consciente en la creación de *la Historia*, la abolición real de toda división en clases y la supresión de la Economía.

3

Allí donde ha penetrado -es decir, en casi todas las partes del mundo-, el virus de la mercancía trastorna las formaciones socioeconómicas más esclerotizadas y permite a millones de seres humanos descubrir en la miseria y en la violencia el tiempo histórico de la economía. Allí donde penetra esparce su principio destructor, disuelve los vestigios del pasado y exacerba los antagonismos. En pocas palabras, acelera la revolución social. Todas las murallas chinas se derrumban a su paso, y apenas se instala en la India todo se disuelve a su alrededor y estallan revoluciones agrarias en Bombay, en Bengala y en Madrás: las zonas precapitalistas del mundo acceden a la modernidad burguesa, pero sin la base material de ésta. Como en el caso de su proletariado, también allí las fuerzas que la burguesía ha contribuido a liberar y a crear se vuelven contra ella y contra sus servidores autóctonos: la revolución de los subdesarrollados se convierte en uno de los principios capitales de la historia moderna.

4

El problema de la revolución en los países subdesarrollados se plantea de forma específica debido al propio desarrollo de la historia. El retraso económico general, mantenido por la dominación colonial y las capas que la apoyan, y el subdesarrollo de las fuerzas productivas han impedido en estos países el desarrollo de las formaciones socioeconómicas que debían ejecutar inmediatamente la teoría revolucionaria elaborada desde hace

más de un siglo a partir de las sociedades capitalistas avanzadas. En el momento en que entran en lucha estos países desconocen la gran industria, y el proletariado está lejos de ser en ellos una clase mayoritaria. Es el campesinado pobre el que asume esta función.

5

Los diferentes movimientos de liberación nacional han aparecido mucho después de la derrota del movimiento obrero, consecuencia del fracaso de la revolución rusa, convertida desde su advenimiento en contrarrevolución al servicio de una burocracia supuestamente comunista. Han sufrido por tanto, sea conscientemente o en una falsa conciencia, todas las taras y debilidades de esta contrarrevolución generalizada, y con el lastre añadido del atraso general no han podido superar ninguno de los límites impuestos al movimiento revolucionario vencido. Y debido precisamente a la derrota de éste los países colonizados o semicolonizados han tenido que combatir solos el imperialismo. Pero al combatirlo únicamente en una parte del terreno revolucionario total no han podido disiparlo más que *parcialmente*. Los regímenes de opresión que se han instalado allí donde la revolución de liberación nacional ha creído triunfar no son más que una de las formas bajo las que se opera *el retorno de lo reprimido*.

6

Cualesquiera que sean las fuerzas que han participado en ellos o el radicalismo de sus directivas, los movimientos nacionalistas *siempre* han desembocado en el ascenso de las sociedades excolonizadas a *formas modernas de Estado* y a pretensiones de modernidad en la economía. En China, *imago pater* de los revolucionarios subdesarrollados, la lucha de los campesinos contra el imperialismo americano, europeo o japonés acabó, a la vista del fracaso del movimiento obrero de los años 1925-1927, por llevar al poder a una burocracia basada en el modelo ruso. El dogmatismo estalino-leninista en el que baña su ideología -recientemente reducido al catecismo rojo de Mao- no es otra cosa que la mentira o, en todo caso, la falsa conciencia que acompaña su práctica contrarrevolucionaria.

7

El fanonismo y el castro-guevarismo son la falsa conciencia a través de la cual el campesinado cumple la inmensa tarea de librar a la sociedad precapitalista de secuelas semifeudales y coloniales para restituir la dignidad nacional pisoteada por los colonos y las clases dominantes retrógradas. Benbellismo, nasserismo, titismo o maoísmo son ideologías que anuncian el fin de estos movimientos en su apropiación privativa por las capas urbanas pequeño-burguesas o militares: la recomposición de la sociedad de la explotación, pero con nuevos dueños y sobre la base de nuevas estructuras socioeconómicas. Allí donde el campesinado ha luchado victoriosamente y ha llevado al poder a las capas que han encuadrado y dirigido su lucha, él ha sido el primero en sufrir su violencia y en pagar los enormes gastos de su dominación. La burocracia moderna, como la más antigua (en China por ejemplo), edifica su poder y su prosperidad sobre la explotación de los campesinos: la ideología no cambia la cuestión. En China o en Cuba, en Egipto o en Argelia, juega en todas partes el mismo papel y asume las mismas funciones.

8

En el proceso de acumulación de capital, *la burocracia es la realización de aquello que*

en la burguesía era únicamente concepto. Lo que la burguesía hizo durante siglos "con sangre y sudor", la burocracia quiere realizarlo conscientemente en unos decenios. Sólo que la burocracia no puede acumular capital sin acumular mentiras: se ha bautizado siniestramente como "acumulación socialista primitiva" lo que constituye el *pecado original* de la riqueza capitalista. Todo lo que las burocracias subdesarrolladas dicen, se representan e imaginan que es el socialismo no es otra cosa que el *neomercantilismo* acabado. "El Estado burgués sin burguesía" (Lenin) no puede superar las tareas históricas de la burguesía, y el país industrial más desarrollado muestra al menos desarrollado *la imagen* de su desarrollo futuro. La burocracia bolchevique en el poder no encontró nada mejor que proponer al proletariado revolucionario ruso que "matricularse en la escuela del capitalismo de Estado alemán". Todos estos poderes que se llaman a sí mismos socialistas son en todo caso una imitación subdesarrollada de la burocracia que dominó y venció al movimiento revolucionario europeo. Lo que haga o deba hacer la burocracia no emancipará a la masa trabajadora ni mejorará sustancialmente su condición social, puesto que eso depende no sólo de las fuerzas productivas sino de *su apropiación por los productores*. Lo que no dejará de hacer es crear las condiciones materiales para realizar ambas. ¿Hizo alguna vez menos la burguesía?

9

En las revoluciones burocrático-campesinas sólo la burocracia aspira consciente y lúcidamente al poder. La toma del poder corresponde al momento histórico en que la burocracia se apodera del Estado y declara su independencia ante las masas revolucionarias, antes de la eliminación de las secuelas coloniales y de ser efectivamente independientes del extranjero. Al entrar en el Estado, la nueva clase se refugia en la heteronomía militante contra toda autonomía de las masas. Única propietaria de toda la sociedad, se declara representante de sus intereses superiores. El Estado burocrático es en este caso el Estado hegeliano realizado. Su separación de la sociedad consagra al mismo tiempo la separación de clases antagónicas: la unión momentánea de la burocracia y el campesinado no es más que la ilusión fantástica a través de la que ambos cumplen las inmensas tareas históricas de la burguesía desfalleciente. El poder burocrático edificado sobre las ruinas de la sociedad colonial precapitalista no es la abolición de los antagonismos de clase; no hace más que sustituir las antiguas por nuevas clases, nuevas condiciones de opresión y nuevas formas de lucha.

10

No es subdesarrollado más que el que reconoce el valor positivo del poder de sus amos. La carrera por alcanzar la reificación capitalista sigue siendo la mejor vía hacia el subdesarrollo reforzado. La cuestión del desarrollo económico es inseparable de la cuestión del verdadero propietario de la economía, del dueño real de la fuerza de trabajo; todo lo demás es cháchara de especialistas.

11

Hasta hoy las revoluciones de los países subdesarrollados no han hecho más que tratar de imitar el bolchevismo de formas diferentes; se trata en lo sucesivo de disolverlo en el *Poder de los Soviets*.

Mustapha KHAYATI

LA SEPARACIÓN CONSUMADA

"Y sin duda nuestro tiempo... prefiere la imagen a la cosa, la copia al original, la representación a la realidad, la apariencia al ser... lo que es 'sagrado' para él no es sino la ilusión, pero lo que es profano es la *verdad*. Mejor aún: lo sagrado aumenta a sus ojos a medida que disminuye la verdad y crece la ilusión, hasta el punto de que el *colmo de la ilusión* es también para él el *colmo de lo sagrado*."

FEUERBACH, prefacio a la segunda edición de *La esencia del Cristianismo.*

1

La vida en las sociedades en las que dominan las condiciones modernas de producción se presenta como una inmensa acumulación de *espectáculos*. Todo lo que era vivido directamente se aparta en una representación.

2

Las imágenes que se han desprendido de cada aspecto de la vida se fusionan en un curso común, donde la unidad de esta vida ya no puede ser restablecida. La realidad considerada *parcialmente* se despliega en su propia unidad general como seudomundo *aparte*, objeto de mera contemplación. La especialización de las imágenes del mundo se encuentra, consumada, en el mundo de la imagen hecha autónoma, donde el mentiroso se miente a sí mismo. El espectáculo en general, como inversión concreta de la vida, es el movimiento autónomo de lo no-viviente.

3

El espectáculo se muestra a la vez como la sociedad, como una parte de la misma y como *instrumento de unificación*. En tanto que parte de la sociedad, es expresamente el sector que concentra todas las miradas y toda la conciencia. Precisamente porque este sector está *separado* es el lugar de la mirada engañada y de la falsa conciencia; y la unificación que lleva a cabo no es sino un lenguaje oficial de la separación generalizada.

4

El espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes.

5

El espectáculo no puede entenderse como abuso de un mundo visual producto de las técnicas de difusión masiva de imágenes. Es más bien una *Weltanschauung* que se ha hecho efectiva y se expresa materialmente. Es una visión del mundo que se ha objetivado.

6

El espectáculo, comprendido en su totalidad, es a la vez resultado y proyecto del modo de producción existente. No es un suplemento al mundo real, su decoración añadida. Es el corazón del irrealismo de la sociedad real. En todas sus formas particulares, información o propaganda, publicidad o consumo directo de diversiones, el espectáculo constituye el *modelo* actual de la vida socialmente dominante. Es la afirmación omnipresente de la elección *ya hecha* en la producción y su consumo corolario. Forma y contenido del espectáculo son de modo idéntico la justificación total de las condiciones y de los fines

del sistema existente. El espectáculo es también la *presencia permanente* de esta justificación, como ocupación de la parte principal del tiempo vivido fuera de la producción moderna.

7

La separación misma forma parte de la unidad del mundo, de la praxis social global que se ha escindido en realidad y en imagen. La práctica social a la que se enfrenta el espectáculo atónomo es también la totalidad real que contiene el espectáculo. Pero la escisión en esta totalidad la mutila hasta el punto de hacer aparecer el espectáculo como su objeto. El lenguaje espectacular está constituido por *signos* de la producción reinante que son al mismo tiempo la finalidad última de esta producción.

8

No se puede oponer abstractamente el espectáculo y la actividad social efectiva. Este desdoblamiento se desdobla a su vez. El espectáculo que invierte lo real se produce efectivamente. Al mismo tiempo la realidad vivida es materialmente invadida por la contemplación del espectáculo, y reproduce en sí misma el orden espectacular concediéndole una adhesión positiva. La realidad objetiva está presente en ambos lados. Cada noción así fijada no tiene otro fondo que su paso a lo opuesto: la realidad surge en el espectáculo, y el espectáculo es real. Esta alienación recíproca es la esencia y el sostén de la sociedad existente.

9

En el mundo *realmente invertido* lo verdadero es un momento de lo falso.

10

El concepto de espectáculo unifica y explica una gran diversidad de fenómenos aparentes. Sus diferencias y contrastes son las apariencias de esta apariencia organizada socialmente, que debe ser a su vez reconocida en su verdad general. Según sus propios términos, el espectáculo es la *afirmación* de la apariencia y de toda vida humana, y por tanto social, como simple apariencia. Pero la crítica que alcanza la verdad del espectáculo lo descubre como *negación* visible de la vida; como una negación de la vida que *se ha hecho visible*.

11

Para describir el espectáculo, su formación, sus funciones y las fuerzas que tienden a disolverlo, hay que distinguir artificialmente elementos inseparables. Al *analizar* el espectáculo hablamos en cierta medida el mismo lenguaje de lo espectacular, ya que nos movemos en el terreno metodológico de la sociedad que se manifiesta en el espectáculo. Pero el espectáculo no es nada más que el *sentido* de la práctica total de una formación socio-económica, su *empleo del tiempo*. Es el momento histórico que nos contiene.

12

El espectáculo se presenta como una enorme positividad indiscutible e inaccesible. No dice más que "lo que aparece es bueno, lo que es bueno aparece". La actitud que exige por principio es esta aceptación pasiva que ya ha obtenido de hecho por su aparición sin réplica, por su monopolio de la apariencia.

13

El carácter fundamentalmente tautológico del espectáculo se deriva del simple hecho de que sus medios son a la vez sus fines. Es el sol que no se pone nunca sobre el imperio de la pasividad moderna. Recubre toda la superficie del mundo y se baña indefinidamente en su propia gloria.

14

La sociedad que reposa sobre la industria moderna no es fortuita o superficialmente espectacular, sino fundamentalmente *espectaculista*. En el espectáculo, imagen de la economía reinante, el fin no existe, el desarrollo lo es todo. El espectáculo no quiere llegar a nada más que a sí mismo.

15

Como adorno indispensable de los objetos hoy producidos, como exponente general de la racionalidad del sistema y como sector económico avanzado que da forma directamente a una multitud creciente de imágenes-objetos, el espectáculo es la *principal producción* de la sociedad actual.

16

El espectáculo somete a los hombres vivos en la medida que la economía les ha sometido totalmente. No es más que la economía desarrollándose por sí misma. Es el reflejo fiel de la producción de las cosas y la objetivación infiel de los productores.

17

La primera fase de la dominación de la economía sobre la vida social supuso en la definición de toda realización humana una evidente degradación del *ser* en el *tener*. La fase actual de la ocupación total de la vida social por los resultados acumulados de la economía lleva a un deslizamiento generalizado del *tener* al *parecer*, de donde todo "tener" efectivo debe extraer su prestigio inmediato y su función última. Al mismo tiempo toda realidad individual se ha convertido en social, directamente dependiente del poder social, conformada por él. Sólo se permite aparecer a aquello que *no existe*.

18

Allí donde el mundo real se cambia por simples imágenes, las simples imágenes se convierten en seres reales y en motivaciones eficientes de un comportamiento hipnótico. El espectáculo, como tendencia a *hacer ver* por diferentes mediaciones especializadas el mundo que ya no es directamente aprehensible, encuentra normalmente en la vista el sentido humano privilegiado que fue en otras épocas el tacto; el sentido más abstracto y mistificable corresponde a la abstracción generalizada de la sociedad actual. Pero el espectáculo no se identifica con el simple mirar, ni siquiera combinado con el escuchar. Es lo que escapa a la actividad de los hombres, a la reconsideración y la corrección de sus obras. Es lo opuesto al diálogo. Allí donde hay *representación* independiente, el espectáculo se reconstituye.

19

El espectáculo es heredero de la *debilidad* del proyecto filosófico occidental que fue una comprensión de la actividad dominada por las categorías del *ver*, de la misma forma que se funda sobre el despliegue incesante de la racionalidad técnica precisa que parte de

este pensamiento. No realiza la filosofía, filosofiza la realidad. Es la vida concreta de todos lo que se ha degradado en universo *especulativo*.

20

La filosofía, en tanto que poder del pensamiento separado y pensamiento del poder separado, jamás ha podido superar la teología por sí misma. El espectáculo es la reconstrucción material de la ilusión religiosa. La técnica espectacular no ha podido disipar las nubes religiosas donde los hombres pusieron sus propios poderes separados: sólo los ha religado a una base terrena. Así es la vida terrenal la que se vuelve opaca e irrespirable. Ya no se proyecta en el cielo, pero alberga en sí misma su rechazo absoluto, su engañoso paraíso. El espectáculo es la realización técnica del exilio de los poderes humanos en un más allá, la escisión consumada en el interior del hombre.

21

A medida que la necesidad es soñada socialmente el sueño se hace necesario. El espectáculo es la pesadilla de la sociedad moderna encadenada que no expresa finalmente más que su deseo de dormir. El espectáculo es el guardián de este sueño.

22

El hecho de que el poder práctico de la sociedad moderna se haya desprendido de ella y haya edificado un imperio independiente en el espectáculo sólo puede explicarse por el hecho de que esta práctica poderosa seguía careciendo de cohesión y había quedado en contradicción consigo misma.

23

La más vieja especialización social, la especialización del poder, se encuentra en la raíz del espectáculo. El espectáculo es una actividad especializada que habla por todas las demás. Es la representación diplomática de la sociedad jerárquica ante sí misma, donde toda otra palabra queda excluida. Lo más moderno es también lo más arcaico.

24

El espectáculo es el discurso ininterrumpido que el orden presente mantiene consigo mismo, su monólogo elogioso. Es el autorretrato del poder en la época de su gestión totalitaria de las condiciones de existencia. La apariencia fetichista de pura objetividad en las relaciones espectaculares esconde su índole de relación entre hombres y entre clases: una segunda naturaleza parece dominar nuestro entorno con sus leyes fatales. Pero el espectáculo no es ese producto necesario del desarrollo técnico considerado como desarrollo *natural*. La sociedad del espectáculo es por el contrario la forma que elige su propio contenido técnico. Aunque el espectáculo, tomado en su sentido restringido de "medios de comunicación de masa", que son su manifestación superficial más abrumadora, parece invadir la sociedad como simple instrumentación, ésta no es nada neutra en realidad, sino la misma que conviene a su automovimiento total. Si las necesidades sociales de la época donde se desarrollan tales técnicas no pueden ser satisfechas sino por su mediación, si la administración de esta sociedad y todo contacto entre los hombres ya no pueden ejercerse si no es por intermedio de este poder de comunicación instantánea, es porque esta "comunicación" es esencialmente unilateral; de forma que su concentración vuelve a acumular en las manos de la administración del sistema existente los medios que le permiten continuar esta administración determinada. La escisión generalizada del espectáculo es inseparable del Estado moderno, es decir, de la forma general de escisión en la sociedad, producto de la división del trabajo social y órgano de la dominación de clase.

25

La *separación* es el alfa y el omega del espectáculo. La institucionalización de la división social del trabajo, la formación de las clases, había cimentado una primera contemplación sagrada, el orden mítico en que todo poder se envuelve desde el origen. Lo sagrado justificó el ordenamiento cósmico y ontológico que correspondía a los intereses de los amos, explicó y embelleció lo que la sociedad *no podía hacer*. Todo poder separado ha sido por tanto espectacular, pero la adhesión de todos a semejante imagen inmóvil no significaba más que la común aceptación de una prolongación imaginaria de la pobreza de la actividad social real, todavía ampliamente experimentada como condición unitaria. El espectáculo moderno expresa por el contrario lo que la sociedad puede hacer, pero en esta expresión lo *permitido* se opone absolutamente a lo *posible*. El espectáculo es la conservación de la inconsciencia en medio de un cambio práctico de las condiciones de existencia. Es su propio producto, y él mismo ha dispuesto sus reglas: es una entidad seudosagrada. Muestra lo que es: el poder separado que se desarrolla por sí mismo en el crecimiento de la productividad mediante el refinamiento incesante de la división del trabajo en fragmentación de actos, ya dominados por el movimiento independiente de las máquinas; y que trabaja para un mercado cada vez más amplio. Toda comunidad y todo sentido crítico se han disuelto en el curso de este movimiento, en el cual las fuerzas que han podido crecer en la separación no se han *reencontrado* todavía.

26

Con la separación generalizada del trabajador y de su producto se pierde todo punto de vista unitario sobre la actividad realizada, toda comunicación personal directa entre los productores. A medida que aumentan la acumulación de productos separados y la concentración del proceso productivo, la unidad y la comunicación se convierten en atributo exclusivo de la dirección del sistema. El éxito del sistema económico de la separación es la *proletarización* del mundo.

27

Debido al propio éxito de la producción separada como producción de lo separado, la experiencia fundamental ligada en las sociedades primitivas a un trabajo se está desplazando, con el desarrollo del sistema, hacia el no-trabajo, la inactividad. Pero esta inactividad no está en absoluto liberada de la actividad productiva: depende de ella, es sumisión inquieta y admirativa a las necesidades y resultados de la producción; ella misma es un producto de su racionalidad. No puede haber libertad fuera de la actividad, y en el marco del espectáculo toda actividad está negada, igual que la actividad real ha sido integralmente captada para la edificación global de este resultado. Así la actual "liberación del trabajo", o el aumento del ocio, no es en absoluto liberación del trabajo ni del mundo conformado por ese trabajo. La actividad perdida en el trabajo no puede reencontrarse en la sumisión a su resultado.

28

El sistema económico basado en el aislamiento es *producción circular del aislamiento*. El aislamiento funda la técnica, y el proceso técnico aísla. Del automóvil a la televisión, todos los *bienes seleccionados* por el sistema espectacular son también armas para el refuerzo constante de las condiciones de aislamiento de las "muchedumbres solitarias". El espectáculo reproduce sus propios supuestos de forma cada vez más concreta.

29

El origen del espectáculo es la pérdida de unidad del mundo, y la expansión gigantesca del espectáculo moderno expresa la totalidad de esta pérdida: la abstracción de todo trabajo particular y la abstracción general del conjunto de la producción se expresan perfectamente en el espectáculo, cuyo *modo de ser concreto* es justamente la abstracción. En el espectáculo una parte del mundo se *representa* ante el mundo y le es superior. El espectáculo es el lenguaje común de esta separación. Un vínculo irreversible liga a los espectadores al foco que mantiene su separación. El espectáculo reúne lo separado, pero *en tanto que separado*.

30

La alienación del espectador en beneficio del objeto contemplado (que es el resultado de su propia actividad inconsciente) se expresa así: cuanto más contempla menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad menos comprende su propia existencia y su propio deseo. La exterioridad del espectáculo respecto del hombre activo se manifiesta en que sus propios gestos ya no son suyos, sino de otro que le representa. Por eso el espectador no encuentra su lugar en ninguna parte, porque el espectáculo está en todas.

31

El trabajador no se produce a sí mismo, sino un poder independiente. El *resultado* de esta producción, su abundancia, vuelve a él como *abundancia de desposesión*. El tiempo y el espacio de su mundo se le vuelven *extraños* con la acumulación de sus productos alienados. El espectáculo es el mapa de este nuevo mundo, recubre exactamente su territorio. Las mismas fuerzas que dejamos escapar se nos *muestran* con todo su poder.

32

El espectáculo en la sociedad corresponde a una fabricación concreta de la alienación. La expansión económica es principalmente la de esta producción industrial determinada. Lo que crece con la economía que se mueve por sí misma sólo puede ser la alienación que precisamente encerraba su núcleo inicial.

33

El hombre separado de su producto produce cada vez más poderosamente todos los detalles de su mundo, y se encuentra así cada vez más separado del mismo. En la medida en que su vida es ahora producto suyo, tanto más separado está de su vida.

34

El espectáculo es el *capital* en tal grado de acumulación que se transforma en imagen.

Guy DEBORD

Este texto es el primer capítulo de un libro actualmente en imprenta, *La sociedad del espectáculo.*

JUICIOS ESCOGIDOS
PRONUNCIADOS RECIENTEMENTE A PROPÓSITO DE LA I.S.

Tomando la palabra en nombre de sus camaradas, el presidente de la A.F.G.E.S., André Schneider, declaró que la disolución de la Asociación era uno de los objetivos principales del actual comité. ¿Por qué? Como bien dijo él en un comunicado publicado al efecto, por desprecio al sindicalismo estudiantil. (...) Mal servicio prestan a la defensa de la causa estudiantil. Se burlan de ella incluso, puesto que solidaridad y apoyo mutuo son para ellos palabras vanas. Su doctrina, si puede emplearse este término al hablar de sus delirantes elucubraciones que nunca hubieran debido dejar el estercolero del que proceden, es una especie de revolucionarismo radical a base de nihilismo (...) Un monumento al fanatismo imbécil redactado en una jerga pretenciosa, aliñada con ribetes de injurias e insultos gratuitos, tanto a sus profesores como a sus camaradas, que se refiere constantemente a la oculta "Internacional situacionista". Si empleásemos el mismo lenguaje que estos buitres melenudos diríamos de buena gana que se revuelcan con delicia en el fango de su miserabilismo intelectual. La mayoría de sus responsables y adeptos han sabido acomodar su físico a su intelecto: una bonita brocheta de beatniks y de provos, aunque estos Absalón de pies pequeños niegan que lo sean.

Le Nouvel Alsacien (25-11-1966)

*

Ahora bien, la A.F.G.E.S. se ha convertido tras de las elecciones del pasado mayo en presa de un grupo de iluminados que se pretenden revolucionarios, pero que en todo caso son nihilistas, puesto que por revolución entienden la disolución y la destrucción de todas las estructuras sociales, empezando por el sindicalismo estudiantil y obrero. Los miles de ejemplares del manifiesto publicado bajo las siglas de la U.N.E.F. y de la A.F.G.E.S., con referencias explícitas a una oculta internacional situacionista, expresa la nueva doctrina de la A.F.G.E.S. Este manifiesto es esencialmente un revuelto de juicios críticos y vagos sobre la sociedad y la civilización contemporáneos presentado en una de sus fórmulas más explosivas, lo que hace desconfiar de que los intelectuales del movimiento hayan digerido verdaderamente las teorías de los grandes revolucionarios de la historia. No hay en realidad nada nuevo, nada original en la contestación de ciertos fenómenos sociológicos. Sólo la finalidad atribuida a la revolución es nueva: "Es el trabajo lo que hay que tomar hoy" (...) Por ello los únicos elementos dignos hoy de interés y de estima son aquellos "que toman lo mejor del sistema de estudios: los fondos". He aquí lo que permite hacerse una idea sobre el grupo de pseudointelectuales revolucionarios que ha tomado el poder en la A.F.G.E.S.

L'Alsace (26-11-1966)

*

Nuestro cuarterón de internacionalistas situacionistas encuentra burgueses a los "provos" y cita el ejemplo de la Liga Revolucionaria Comunista que han formado en Japón los kamikazes de la "gran tarde". A la espera de esa gran tarde buenas son las noches: se habla en Estrasburgo de un primer koljós en el que, llegado el caso, estas señoritas comparten sus ardores nihilistas con los estudiantes africanos "revolucionarios" (...) En el plano constructivo, si se osa emplear este término, nuestros "situacionistas" proponen "disolver la sociedad actual para acceder al reino de la libertad". Su divisa es "vivir sin tiempo muerto y gozar sin trabas". De creer a las malas lenguas, este último punto del programa estaría ya en curso de realización en la sede de la A.G., donde la

sexualidad se despliega en efecto "sin trabas". El orden ya no reina en Estrasburgo. ¡No obsta! Que años de militantismo progresista hayan acabado por dejar el sindicalismo estudiantil en manos de semejante equipo de capullos dice mucho sobre el fiasco de la U.N.E.F.

Minute (1-12-1966)

*

Las tesis de la "Internacional Situacionista" tienen una particularidad que seduce a los estudiantes: son de un extremismo difícilmente superable (...) Este texto con buen estilo literario constituye un rechazo sistemático de todas las formas de organización social y política existentes tanto en el Oeste como en el Este y de todas las oposiciones que intentan transformarlas. En este empresa sistemática de destrucción, los golpes más duros van dirigidos contra los innovadores. Los filósofos, los escritores, los artistas de nuestra época se ven agrupados con las instituciones, los partidos políticos y los sindicatos en una condena sin apelación. Volvemos a encontrar en esta visión del mundo, dramática hasta la caricatura, acompañada de una confianza mesiánica en la capacidad revolucionaria de las masas y en su aptitud para la libertad, elementos de muchas utopías que vuelven a surgir: fourierista, dadaísta, trotskista...

Le Monde (9-12-1966)

*

En vista de que la mala gestión de los intereses pecuniarios de la A.F.G.E.S. que se reprocha a los demandados se deriva evidentemente del hecho, no negado por ellos, de que hicieron imprimir y distribuir con fondos de la A.F.G.E.S. 10.000 folletos que costaron casi 5.000 francos, y otras publicaciones inspiradas en la "Internacional situacionista" (...) de que basta en efecto leer estas publicaciones, de las que los demandados son autores, para constatar que estos cinco estudiantes apenas salidos de la adolescencia, sin ninguna experiencia, con el cerebro atestado de teorías filosóficas, sociales, políticas y económicas mal digeridas y no sabiendo cómo disipar su tedio, emiten la vana, orgullosa y ridícula pretensión de lanzar juicios definitivos y vulgarmente injuriosos sobre sus condiscípulos, sus profesores, Dios, las religiones, el clero, los gobiernos y los sistemas políticos y sociales del mundo entero, y llegan cínicamente, rechazando toda moral y toda traba legal, a preconizar el robo, la destrucción de los estudios, la supresión del trabajo, la subversión total y la revolución mundial proletaria sin retorno para "disfrutar sin trabas..."

Presidente Llabador.

Informe presentado el 13 de diciembre de 1966 por el Tribunal de Primera Instancia de Estrasburgo.

*

Tajo limpio: los jóvenes "situacionistas" de Estrasburgo están contra todo. Contra los viejos partidos porque son viejos; contra los partidos nuevos porque envejecerán; contra la universidad porque fabrica, según ellos, los cuadros de una sociedad sin libertad; contra los profesores porque son los cuadros de la fábrica en cuestión. Contra el arte moderno, ese "cadáver" que se descompone ante nuestros ojos. Contra los existencialistas, que no existen más que otros; contra la religión, que está "superada", particularmente por sí misma. Contra los anarquistas, porque se apoyan los unos a los otros, prueba de incurable abulia; contra los marxistas oficiales, tan instalados en su marxismo que no lo abandonarían ni para hacer la revolución, y contra los "provos" de Amsterdam, sus hermanastros en rebelión contra el orden establecido. Una sola doctrina encuentra indulto para ellos: el situacionismo. Es su única debilidad.

André Frossard

Le Figaro (17-12-1966)

*

Las gesticulaciones verbales de los situacionistas carecen de consecuencias (...) Es curioso por otra parte ver la solicitud de la prensa burguesa, que se niega a dar curso a las informaciones que emanan del movimiento obrero revolucionario, para acoger y popularizar las actuaciones de estos polichinelas.

Monde Libertaire (enero de 1967)

*

Aunque ya no colaboro como antes en *Monde Libertaire*, no me gusta que se mancille cuanto se produce en él, ni que se eluda con intención peyorativa toda alusión a la acción libertaria fuera del situacionismo, esa forma nueva de barroquismo (...) Los textos del folleto en cuestión los he leído tales cuales (estilo, intenciones e injurias) decenas de veces antes de 1914 (...) El modernismo de los situacionistas sigue oliendo demasiado a chapuza para escuchar a sus directivas. La coyuntura actual plantea ante todo problemas de capacidad y de responsabilidad con responsables que no sean sus propios jueces.

C. A. Bontemps

Monde Libertarire (enero 1967)

*

En efecto, prosiguió el abogado, esos estatutos estipulan que la A.G. se prohíbe toda actividad política, lo que no fue el caso del comité "situacionista" que se declaraba comunista y elogiaba a Karl Marx y a Ravachol (...) La señora Baumann reprobó las iniciativas del comité "situacionista" que aspiraba a aniquilar el esfuerzo de generaciones de estudiantes con la disolución de la asociación, su dilapidación -4.500 francos por la publicación del famoso manifiesto del 22 de noviembre y 1.500 francos de llamadas telefónicas en dos meses, entre ellas varias de 317 francos a Japón, donde reside la misteriosa "Internacional situacionista", etc.- y el discutible estado de ánimo propagado en el seno del mundo estudiantil.

Combat (15-2-1967)

*

Desde hace muchos años -es decir, desde mucho antes de que los situacionistas saliesen provisionalmente de la sombra- me "planteé cuestiones" y se las planteé al movimiento. Creo que esto es siempre necesario y continuaré haciéndolo. Pero me niego en redondo a que mi oposición a las formas actuales del F.A. se adjunte o sirva de argumento a aquellos que, con el pretexto de renovar el anarquismo, aspiran sus efluvios en el basurero del marxismo (...) Y lo demás también se lo llevará el viento, porque mañana ya no habrá situacionistas.

César Fayolle, "Puesta a punto"

Philosophie dans un préau d'école

(febrero 1967)

*

El asunto del comité "situacionista" de la Asociación de estudiantes de Estrasburgo continúa provocando revuelo en medios universitarios (...) Unos cuarenta profesores y ayudantes de diferentes secciones de la Facultad de Letras de Estrasburgo nos dirigen una carta en la cual declaran particularmente: "Hace falta mucha complacencia o prevención para hallar algún interés en las declaraciones y libelos de estas personas, en sus oscuras querellas y en sus excomuniones recíprocas".

Le Monde (5-3-1967)

*

Una nueva ideología estudiantil se extiende por el mundo; se trata de una versión deshidratada del joven Marx llamada "situacionismo". Algunos de sus adheridos han pasado la semana de *sit-in* en la *London School of Economics* para reproducir, trabajosamente puesto que no había papel ni medios de impresión, un manifiesto situacionista. Ese fue el único producto intelectual del asunto. Con un sectarismo austero -tratan a los provos de Amsterdam de diletantes-, los situacionistas encuentran entre los estudiantes una vocación contestataria en el seno del capitalismo superdesarrollado. Allí donde su razonamiento es más consecuente, afirman que la revolución proletaria será una fiesta o no será nada.

Daily Telegraph (22-4-1967)

*

La filiación de ideas entre situacionistas y provos no deja lugar a dudas. Lo que les opone concierne al método. Los situacionistas prefieren actuar en la sombra: se niegan a servir de coartada a la sociedad que condenan. Los provos, aceptando deliberadamente el equívoco de la publicidad, optaron por lo que creían que era una lucha abierta. En realidad, provos, situacionistas y promotores de Sigma pertene-

cen a una misma familia de espíritu. Nos proponemos detallar aquí sus rasgos específicos, aunque sólo sea para establecer una jerarquía a partir de un criterio entre otros y para medir el grado de influencia ejercido por el movimiento situacionista sobre los dirigentes provos.

Synthèses (abril-mayo, 1967)

*

Basta señalar hasta qué punto resulta difícil analizar la elaboración de un programa y de una estrategia de acción con los neuróticos inteligentes que abundan en estas sectas. Estos apuntes se ocupan entre otros del grupo situacionista y de su revista: *Internationale Situationniste*. Los situacionistas han sido los primeros en darse cuenta de las implicaciones y consecuencias de la *crítica de la vida cotidiana*. Según confiesan ellos mismos, deben mucho a mi obra cuyo primer volumen (Introducción) apareció en 1946. Casi solos durante un período difícil han preservado, precisando su alcance, la consigna esencial de la revolución: cambiar la vida. Han defendido la teoría de la alienación de los ataques lanzados contra ella, tratando de refinarla y sin prevalerse de humanismo filantrópico. Han sido de los primeros en captar la importancia de los problemas urbanos y de una crítica del urbanismo actual como ideología. Sobre estas bases han edificado después un dogmatismo que no envidia a ningún otro en malevolencia sectaria y en susceptibilidad. Ahora bien, ellos no se proponen una utopía concreta, sino una utopía abstracta. ¿Creen realmente que una buena mañana o una tarde decisiva las personas van a mirarse diciendo: "¡Basta! ¡Basta de trabajo y de aburrimiento! ¡Acabemos con él!" y entrarán en la Fiesta inmortal, en la creación de situaciones? Aunque esto ocurrió una vez, el 18 de marzo de 1871 al amanecer, esta coyuntura no se reproducirá más.

H. Lefebvre, *Position contre les tecnnocrates* (Editions Gonthier, 2° trimestre 1967).

*

La Internacional situacionista ha contribuido de manera decisiva a elevar la teoría revolucionaria al nivel del movimiento real de la sociedad global. Ha tenido el mérito de llevar la crítica radical al campo de la vida cotidiana y ha recuperado al mismo tiempo el punto de vista de la totalidad y los proyectos de superación y de realización de la filosofía y del arte. Ha extendido la teoría de la autogestión a todos los dominios de la vida social, ha animado una tímida crítica de la economía política y ha *afirmado* la exigencia de un acuerdo mínimo entre lo que se dice y lo que se hace. La miseria del entorno acentúa la calidad de una teoría que está a menudo a la altura de la de Korsch, Lukàcs e incluso Marx. Pero como todas las formaciones cuyo papel histórico ha acabado, esta teoría ha dejado de jugar un papel progresista y se degrada cada vez más en ideología (...) La resolución de la escisión entre lo subjetivo y lo objetivo se opera en su identidad encarnada en el Único. El silogismo se descompone de esta forma: proposición mayor, no hay revolucionarios fuera de la I.S.; proposición menor, la I.S. es Debord; conclusión, no hay más que un revolucionario en el mundo, Debord. No se puede sino sonreír ante esta pretensión ridícula de confiscar la revolución. Un proceso tal parte de una concepción aristocrática de la revuelta. La revolución se reduce a un gran juego de sociedad donde ante todo lo que importa es cumplir las "buenas acciones" en las que es posible enseguida contemplarse con complacencia. Debord, como un verdadero Gondi, no hace otra cosa que parodiar el desencanto de un cardenal que, ante la trivialización de la vida cotidiana, se divirtiese contemplándose jugar el juego estético de una lucha sin esperanza ante la ascensión del aparato burocrático-burgués (...) Grupo aparentemente informal, la Internacional situacionista está en realidad fuertemente estructurada, con su líder, el Único... que ha tomado totalmente en sus manos el movimiento desde sus orígenes.

Frey, Garnault, etc., *L'Unique et sa propiété* (Hagueneau, 2° trimestre 1967).

*

El acontecimiento que activó todos los demás fue el folleto situacionista y mi respuesta en el periódico. No hay por qué pegar a un gato. Insultado sin ninguna provocación de nuestra parte por un puñado de revolucionarios de biblioteca, respondí a esos paletos, como era no sólo mi derecho, sino mi deber de militante, en el tono que convenía. Y todo habría podido quedar ahí. Sin embargo un tal Bodson desencadenó el escándalo, seguido por toda la quinta columna que desde hace años esperaba el momento oportuno para tener la piel de nuestra organización (...) Es cierto que nunca leí su revista. Pero es gracioso que estos capullos que no han leído a ninguno de los teóricos de la anarquía me reprochen no leer bastante. No sólo son odiosos, son también ridículos. Yo sabía perfectamente lo que era el situacionismo. Una crítica de la sociedad que es la de todos sus oponentes, lo que resulta fácil, y naturalmente algo de exhibicionismo que es la recompensa de los revolucionarios de salón. También naturalmente una finalidad que no excluye el Estado, ¡renovado, desde luego! (...) Las protestas epilépticas de algunos zoquetes deben permitirnos tocar el fondo del problema y revelar en el gran día todas las ramificaciones del complot urdido por los marxizantes para disolver la Federación Anarquista (...) Cuando se advierte que todas las maniobras han fracasado, se aplica la última táctica, llamada "situacionista". Se filtran en la organización saboteadores que tratan de disgregarla desde dentro, de forma que desaparezca para dejar el sitio a un organismo nuevo que, bajo las siglas libertarias garantes de las libertades del hombre, permita reemprender la operación marxista que, aunque no es la Revolución, reserva a sus jefecillos fructíferas prebendas.

Maurice Joyeux, *L'Hydre de Lerne, la maladie infantile de l'anarchie* (Informe al Congreso de Burdeos, mayo 1967).

*

Pero otros piensan que se puede perfectamente actuar en Francia como francotiradores contra los Estados Unidos. No con armas, sino retomando los métodos de la red Jeanson, es decir provocando en Europa deserciones de soldados americanos. Se trata de una red internacional en la que se encuentran la antigua red Jeanson en Francia, los provos de Vries en Holanda y los miembros de la Internacional situacionista, particularmente bien organizados en Copenhague.

Minute (18-5-1967)

*

Sobre todo, no creamos que la imaginación pueda ajustar sus cuentas con lo que llamamos realidad como con un objeto particular -por ejemplo la ciudad. El último avatar de la antigua utopía es la teoría del *urbanismo unitario*. Los situacionistas suponen que la problemática urbana envuelve y resuelve la problemática total de la sociedad. La ciudad se convierte en mundo, el mundo se convierte en ciudad.

René Lourau. *Utopie* n° 1 (mayo 1967)

*

Entonces aparecen por primera vez las figuras inquietantes de la "Internacional situacionista". ¿Cuántos son? ¿De dónde vienen? Nadie lo sabe. Su edad media es de treinta años. Rasgo particular: un pensamiento más rápido que el sonido, el estilo confortable y a veces coqueto de los señoritos leídos, un desprecio casi enfermizo por todo lo que les rodea y una forma de abordar los problemas con las pinzas del humor. Son sociólogos, filólogos y teóricos. Han acabado sus estudios y viven en París, en Alemania o en cualquier otro sitio.

Le Républicain Lorrain (28-6-1967)

LA PRÁCTICA DE LA TEORÍA

Ficticios

Creemos conveniente señalar que una serie de personas que nunca han tenido ninguna relación con los situacionistas se han hecho pasar por aquí y por allá, con fines diversos, por miembros de la I.S.

El miserable aspecto de los juicios que expresan debería bastar para poner en guardia a sus oyentes, siempre que estos desconfíen mínimamente de este tipo de solicitudes. El hecho se nos ha señalado en Burdeos, en Grenoble y en otros lugares. En París, después de que un tal Dominique Frager operase en diciembre, los llamados Christian Descamps y Alain Guillerm interpretaron el mismo insostenible papel en abril.

Recordamos que las únicas vías para ponerse en contacto con la I.S. consisten en escribir a nuestra dirección (B.P. 307-03 París) o en ser presentado por alguno de los grupos organizados con los que mantenemos relación. En cada uno de los números de esta revista se menciona a bastantes miembros de la I.S. Cualquiera que pretenda evitar este filtro necesario será tenido por *mitómano* o por *provocador*. ¡Atención!

La séptima conferencia

La 7ª Conferencia de la I.S. se celebró en París del 5 al 11 de julio de 1966. Discutió las siguientes cuestiones: organización de la I.S.; organización en general; desarrollo de nuestras relaciones con las corrientes revolucionarias que aparecen ahora; estado actual de este proceso y condiciones que lo determinan en diferentes zonas del mundo; revolución y economía subdesarrollada; cultura; nuevos métodos de agitación, el momento de la abolición del poder separado; publicaciones situacionistas y traducciones; financiación de nuestras actividades; elección de trabajos teóricos a desarrollar. Se manifestó un acuerdo general en cada uno de los temas debatidos.

Definición mínima de la organización revolucionaria

(Adoptada por la 7ª Conferencia de la I.S.)

Considerando que el único objetivo de una organización revolucionaria es la abolición de las clases existentes por una vía que no entrañe una nueva división de la sociedad, calificamos de revolucionaria toda organización que persiga *consecuentemente* la realización internacional del poder absoluto de los consejos obreros, tal y como ha sido esbozada por la experiencia de las revoluciones proletarias de este siglo.

Una organización tal plantea una crítica unitaria del mundo o no es nada. Por crítica unitaria entendemos una crítica pronunciada globalmente contra todas las zonas geográficas donde se haya instalado algún poder socioeconómico separado y contra todos los aspectos de la vida.

Una organización tal reconoce el comienzo y el fin de su programa en la descolonización total de la vida cotidiana. No aspira por tanto a la autogestión *del mundo existente* por las masas, sino a su transformación ininterrumpida. Es portadora de la crítica radical *de la economía política* y de la superación de la mercancía y del trabajo asalariado.

Una organización tal rechaza toda reproducción dentro de sí misma de las condiciones jerárquicas del mundo dominante. El único límite a la participación en su democracia total es el reconocimiento y la autoapropiación por todos sus miembros de *la coherencia de su crítica*: esta coherencia debe darse en la teoría crítica propiamente dicha y en la relación entre esa teoría y la actividad práctica. Critica radicalmente toda *ideología* como *poder separado de las ideas* y como *ideas del poder separado*. Es así al mismo tiempo la negación de toda supervivencia de la religión y del actual *espectáculo* social que, desde la información hasta la cultura masificadas, monopoliza la comunicación de los hombres alrededor de una recepción unilateral de las imágenes de su actividad alienada. Disuelve toda "ideología revolucionaria" desenmascarándola como declaración del fracaso del proyecto revolucionario, propiedad privada de nuevos especialistas del poder e impostura de una nueva *representación* que se erige por encima de la vida real proletarizada.

Al ser la categoría de la totalidad el *juicio final* de la organización revolucionaria moderna, es finalmente una crítica de la política. Debe aspirar explícitamente en su victoria a su propio fin como organización separada.

Expulsiones recientes

La 7ª Conferencia expulsó en julio a Jan Strijbosch (Holanda) por exigir el retorno a la I.S. de Rudi Renson, considerado unánimemente dimisionario de largo plazo al permanecer más de un año totalmente inactivo -e incluso pura y simplemente desaparecido.

Como la actividad del propio Strijbosch apenas fue más perceptible que la de Renson durante el mismo período, no aceptamos discutir la justificación de una especie de "tendencia" de la participación incomunicable. Precisamos que nunca hemos tenido otro reproche que formular contra estos camaradas.

Poco después fue expulsado Anton Hartstein por una insuficiencia teórica que salió a la luz en su intervención en esa conferencia (sobre la cuestión del Estado), agravada casi inmediatamente por cierta lentitud de reacción en un asunto que reclamaba la solidaridad práctica de la I.S.

Théo Frey, Jean Garnault y Herbert Holl fueron expulsados en el instante mismo en que reconocieron sus mentiras en la confrontación juzgada por la I.S. entre ellos y Khayati. Fue el 15 de enero hacia la medianoche: merece la pena anotar este detalle, puesto que los mentirosos escribieron más tarde en una de sus proclamas, como si fuese un argumento importante, que era *ya 16*, como dando a entender que hubiese algo inexacto en las conclusiones de la I.S. que equilibraría, por decirlo así, su acumulación de falsificaciones concertadas. Habiendo admitido en ese momento, casi como justificación superior, que constituían desde hacía meses una fracción secreta decidida a tomar el poder en la I.S. (operación de naturaleza mágica, puesto que ese "poder" no es otra cosa que ciertas capacidades individuales teóricas y prácticas de las cuales se sentían desprovistos y que la conducta que ellos asumían les impedía alcanzar jamás) dije-

ron también que Edith Frey estaba en ella. Al estar ausente, y como ahora les conocíamos, no podíamos estar seguros de esta última confesión que concernía a un tercero, así que no añadimos su nombre al proceso verbal de expulsión. Sin embargo, como Edith Frey se solidarizó efectivamente a continuación con ellos, hay que pensar por tanto que participaba del secreto de los mentirosos.

Axelos encontró discípulo

En junio de 1966, el número 55 del boletín de un "Centro Internacional de Estudios Poéticos" de Bruselas contenía, junto a un escrito de Kostas Axelos, exdirector de la revista *Arguments* -esto lo dice todo- el artículo de un tal Jacques Darquin que presentaba el elogio más desbocado y estúpido del propio Axelos. En la nota biográfica que precedía a su artículo se lee que "formó parte durante un período muy breve de la Internacional Situacionista". Inmediatamente escribimos al director de la revista, Fernand Verhesen, que eso era falso y que esperábamos que hiciese saber en su próximo número, a nosotros y a los lectores, que se había abusado de su buena fe.

"Esta impostura", añadíamos, "es tanto más significativa cuanto que sirve para cualificar a alguien que elogia a Kostas Axelos, cuya obra han enfocado muchas veces los situacionistas con una luz totalmente opuesta. Los procedimientos publicitarios del señor Darquin revelan aquí con una claridad formidable ese descubrimiento del pensamiento axelosiano de que "la falsa conciencia tiene su lugar en la conciencia que cree comprender la verdad". Para que el señor Darquin "tenga su lugar" con los situacionistas es preciso que se invente un *falso pasado*. La trivialidad de su caso demostrará a todo el mundo que mantiene con nosotros la misma "relación" que "con Heráclito y con Marx, con Rimbaud y con Nietzsche, etc." Pero la desvergüenza de las relaciones del señor Darquin puede demostrarse de forma aún más inmediata.

Algo molesto, Verhesen *no respondió de ninguna forma*, cargando así con toda la responsabilidad de la falsificación. Pasaron semanas hasta que hubo de sufrir los efectos de la indignación de algunos situacionistas que lo echaron de un club nocturno en Bruselas. Entonces este triste personaje, que permanece altanero ante una apelación cortés a su honestidad intelectual y se humilla ante un par de palmadas en la espalda, se apresuró a sollozar que Darquin no tenía más sustancia que los potajes intelectuales de Axelos, y que toda la darquinada, el artículo balante y la nota autobiográfica, habían sido *proporcionados directamente por Axelos*. ¡Ahora entendemos su mentalidad! Siempre lo hemos dicho.

Algunas negativas previsibles

Señalamos aquí algunas de las negativas que hemos presentado a quienes creen tener que ofrecernos tomar parte en tal o cual stand despreciable del sistema que denunciamos. Por supuesto, no creemos que el interés de esta información resida en las propias negativas -que no han de sorprender a nadie- sino en la indecencia majadera que exhiben algunas de estas ofertas.

Los situacionistas se negaron a participar en junio de 1966 en un número especial de una revista llamada *Aletheia*, abierta a todo tipo de estalinianos y salpicada de heideggerianismo, ¡que trataría sobre "militancia"! En agosto del mismo año declinamos la invitación a figurar en el "Simposium sobre la destrucción del arte" previsto en septiembre en Londres indicando: "el arte está destruido hace tiempo... Organizar ahora el espectáculo común de los residuos y de las copias de residuos -como hace por ejemplo Enrico Baj- no es ya destruir sino recomponer. Es el arte académico de la época del acabamiento del arte". En enero escribimos al propietario de la famosa librería de la burocracia en vías de liberalización Maspéro, como respuesta a un pedido del folleto situacionista de Estrasburgo -que hay quien tiene la inconsciencia de ir a buscar allí-: "Estúpido estaliniano, si no has tenido nuestro folleto no es por casualidad. Te despreciamos". En marzo hubo que responder al Centro de Estudios Socialistas, que ofrecía a un miembro de la I.S. participar en uno de sus debates sobre "ciudades concentracionarias o urbanismo socialista" que "encontrábamos exentos de interés a quienes hablan allí y a quienes les escuchan".

La palma se la lleva Kostas Axelos (ver más arriba) que nos escribió el 27 de febrero proponiéndonos, como director de la colección "Arguments" de Editions de Minuit, "enviarle para su lectura el *Tratado* de Vaneigem". Le respondimos breve pero groseramente.

Un moralista

Janover, ex-director de *Front Noir*, que parece ahora ser el único autor del nº 1 de *Cahiers de Front Noir*, es un moralista aunque no sea más que porque ha recopilado en Rubel la famosa explicación "ética" de la obra de Marx, uno de los numerosos principios útiles de pseudounificación para el *trabajo* de marxólogo, con el que los estados modernos pagan a cualquiera que sea incapaz de concebir el pensamiento dialéctico. Stirner no se equivocaba al decir que todos los moralistas se acuestan con la religión, y la moral afirmada de Janover, a pesar de su guiño al "sueño dionisíaco" del socialismo utópico, huele a necedad más que a fourierismo: "Toda forma de reciprocidad amorosa, en la medida en que se aparta de las relaciones sexuales basadas en la satisfacción animal o en la necesidad de reproducción, es indisociable de la fidelidad sexual. Toda afinidad intelectual, moral o afectiva desaparece cuando lo hace la fidelidad, porque supone que la confianza y el amor mutuos no han adquirido fuerza suficiente para hacer que nazca una determinación superior al instinto sexual del animal" (pág. 30).

Este honrado moralista, que en cada una de sus compilaciones se presenta como depositario exclusivo de la pureza revolucionaria -todo el que no participa de su insignificancia le parece arribista-, se picó por la nota que le dedicamos en el nº 10 de *I.S.* (*El ejército de reserva del espectáculo*). No llega a responder específicamente a este artículo, poco discutible en efecto. Pero hemos avanzado algo: ahora *menciona* a la I.S. cuando la ataca y nos cita directamente. Precisemos que, para nosotros, Janover está desacreditado no porque la disimulación de las realidades de las que habla y la falsificación sean "inmorales", sino porque son fundamentalmente incompatibles con los métodos y con los fines de una revolución que ha de abolir la ideología y sus clases. Sin embargo el sentido de la moral de Janover

reaparece en su forma de citar. Ha seleccionado las poquísimas frases en que los situacionistas han empleado de forma todavía no crítica -en puntos marginales de los textos "culturales" de los que estas frases se extrajeron- ciertos conceptos de la vieja extrema izquierda (trotskista). Creemos que todo el mundo sabe que las investigaciones teóricas de la I.S. constituyen -afortunadamente- un movimiento que se ha profundizado y *unificado* corrigiendo buen número de sus primeras presuposiciones: lo escribimos en particular en *I.S.* 9. Las citas de Janover están seleccionadas, como por azar, del primer número de *I.S.*, y sobre todo de un texto de uno de nosotros que data de *diez años* antes de la fundación de la I.S.. Pero el íntegro Janover quiere hacer creer que revoloteamos por oportunismo entre posiciones incompatibles a merced de la moda y de un día al siguiente.

¿Cómo se las arregla para hacer desaparecer el desarrollo real de nuestro trabajo teórico, que no ha dejado de tener efecto en cambios perceptibles de la moda intelectual y que él mismo no ha desdeñado utilizar (¿o sólo lee a Rubel?)?. Su método es simple y directo. Para demostrar que la I.S. *saltó* "con la esperanza de cambiar de vida" desde una especie de perfecto trotskismo burocrático a las tesis actuales, introduce su pequeña serie de citas, no fechadas, pero con un decenio de antigüedad, con un simple: "todavía ayer..." (pág. 75). Este *todavía ayer* es el recurso maravilloso de ese tipo de moralismo al que la reputación de Janover no puede ciertamente dejar de permanecer monogámicamente fiel, sin "esperanza de cambiar de vida".

La U.G.A.C. y su pueblo

En marzo, habiendose encontrado fortuitamente algunos situacionistas con miembros de una "Coordinadora de Grupos Anarquistas-Comunistas" (U.G.A.C.), aceptaron iniciar una discusión a desarrollar ulteriormente sin ocultar que sus críticas serían duras: las tesis de la U.G.A.C., en efecto, aunque proponen superar la ideología anarquista fijada y aceptan el aporte revolucionario del marxismo, se dirigen en realidad, como si fuese algo totalmente nuevo e indiscutible, hacia una reunificación con los peores residuos ideológicos y organizaciones del subleninismo. Estos anarquistas-comunistas decían no obstante que habían ido más allá de las posiciones expresadas el año pasado en su documento dirigido *Al movimiento anarquista internacional.* Será en la dirección equivocada, ya que uno de sus panfletos, que llegó a nuestras manos poco después, enlazaba dos contra-verdades y una inconsistencia: "En Yugoslavia, los Comités de Trabajadores dirigen las empresas. En Vietnam, el Vietcong crea comités de autogestión popular. ¿Por qué no en Francia?"

Les escribimos enseguida: "A la vista de este panfleto comprenderéis que es imposible que nos encontremos con vosotros". Ellos nos respondieron (con una cita de la *Historia del movimiento makhnovista* de Archinoff como post-scriptum que hece pensar que la U.G.A.C. se cree a punto de participar en el comienzo de una nueva revolución de 1917) literalmente:

"Camaradas, precisamente a la vista de este panfleto es una pena que no hayamos podido encontrarnos. Por su forma de pasar de una crítica lúcida de la sociedad al modo de conmover a las capas populares de forma que puedan entenderla es cualquier otra cosa menos demagogia. Creemos que vuestro espíritu dialéctico, cuya categoría no nos parece que oculte más que hábitos aristocráticos -aunque sean arrogantemente revolucionarios- debiera permitiros ver esto."

Creemos que esta concepción de las "capas populares" no precisa más comentarios.

Seis añadidos al número anterior

Creemos que la insurrección de los negros de Newark y Detroit ha confirmado ante los más escépticos el análisis que hicimos en 1965 de la revuelta del barrio de Watts: en particular la participación de numerosos blancos en el saqueo demuestra que lo de Watts era, en su sentido más profundo, "una revuelta contra la mercancía" y la primera respuesta sumaria a su "abundancia". En cambio, se ha precisado el peligro de la *dirección* que trataba de constituirse para el movimiento: la conferencia de Newark ha retomado lo esencial del programa de los "Black Muslim" para un capitalismo negro. Carmichael y las demás estrellas del *"black power"* evolucionan como equilibristas entre el extremismo *impreciso* necesario para colocarse delante de las masas negras (Mao, Castro, el poder a los negros y no digamos lo que haremos con los 9/10 de blancos de la población) y el mezquino *reformismo real* no confesado de un "tercer partido" negro que se vendería como fuerza de desempate en el mercado político americano y que crearía finalmente, en la persona de Carmichael y consortes, esas "élites" que segregaron las minorías polaca, italiana, etc., pero que ha faltado precisamente a los negros.

También Bumedian ha demostrado desgraciadamente en Argelia la exactitud de nuestras tesis sobre su régimen. La autogestión está muerta. No dudamos de que volveremos a verla bajo una luz más verdadera. Pero en lo inmediato no ha podido constituirse ninguna red revolucionaria basada en la resistencia ofensiva de la base autogestionada, y nuestros propios esfuerzos directos en esta dirección han sido inmensamente insuficientes.

La continuación de nuestra nota sobre la política de las potencias en 1965 (*Una antología de actos fallidos*) exigiría un número especial de esta revista. Limitémonos a señalar el detalle más curioso: el descubrimiento del poder amenazante de la policía secreta sobre la propia alta burocracia titista en esa Yugoslavia que toda la prensa burguesa se empeña en presentar como el territorio de la autogestión. Este descubrimiento arrancó al bueno de *Monde* este grito de estupor dolorido: ¡la policía era *"un estado en el Estado debilitado"*! Aquí los anarquistas de *Monde* parecen parodiar a Mac Nab: ¿Cuándo acabaremos con esos hijos de puta de estados?

Daniel Guérin nos escribió para decirnos que nuestra nota sobre él era injusta y que quería explicarse. Nos reunimos con él. Tuvo que reconocer que habíamos dado cuenta correctamente de sus tesis sobre Argelia, en las antípodas de las nuestras. Se lamentaba únicamente de haber sido presentado como una especie de agente de Ben Bella. Nosotros dijimos que nuestra nota no daba a entender eso. Guérin explicaba la admiración que profesaba hacia Ben Bella con argumentos psicológicos cuya verdad subjetiva no ponemos en duda: encontró simpático a

Ben Bella, sobre todo después de treinta años de decepciones con sus amigos magrebíes, militantes anticolonialistas convertidos generalmente en ministros. Ben Bella siguió siendo un hombre del pueblo, he aquí su lado bueno. Se convirtió en presidente de la república, ese fue su defecto. Guérin encontraba ya "milagrosa" la Argelia de Ben Bella y nos reprochaba pedir milagros suplementarios. Nosotros respondimos que esa era nuestra concepción de la revolución. Un solo "milagro" que se quedase en eso desaparecería rápidamente. Propusimos a Daniel Guérin publicar una respuesta, pero estimó que la explicación oral era suficiente.

Daniel Joubert, de quien denunciamos sospechosos intentos de introducir ideas subversivas en una revista estudiantil protestante, abjuró después públicamente de toda relación con el cristianismo y con el cadáver de Dios. La violenta denuncia de sus anteriores prácticas fue publicada por Joubert en esa revista (*Le Semeur*, nº 3 de 1966, págs. 88-89) como comunicado de dimisión. Enseguida pidió un encuentro con los situacionistas. Tras una discusión en la I.S. admitimos *unánimemente* que la ruptura pública con semejante posición, que por sí misma prohibía todo diálogo, permitía aceptar ahora ese diálogo -aunque con no disimuladas reservas. Dicho de otra forma, no podemos mantener *definitiva* e intemporalmente la infamia de ningún "pecado original" si un individuo se ha transformado realmente. Únicamente para los garnautinos no es aplicable esta banalidad, quienes no sólo apoyaron ese principio, sino que al punto frecuentaron a Joubert y lo elogiaron ante nosotros, y después de su expulsión lo calificaron de cura y reprocharon a la I.S. sus cambios de opinión "en el juicio negativo de las personas" (esta cita de *I.S.* 9 quiere decir evidentemente que no cambiamos nuestro juicio negativo de las personas que no han cambiado a su vez). Esta última inconsecuencia de los garnautinos se debe a que Joubert se comportó correctamente durante el escándalo de Estrasburgo, y por tanto se opuso a ellos.

Hemos recibido la siguiente carta fechada el 22 de abril de 1966 de Yvon Bourdet: "Se me ha hecho leer, en el número de vuestra *Situationita provincial* (¡basta de inflación de títulos!) unas divertidas líneas sobre mí, y me apresuro a dirigiros estas palabras para continuar la diversión. Que la evocación de algunos datos establecidos por los historiadores moleste de esta forma a vuestra memoria mitómana es un logro del que no podemos sino felicitarnos. Para los marxistas, cien años bastan para poner a los acontecimientos la aureola sagrada de los paraísos perdidos. En lugar de desahogaros alegremente escribiendo leed un poco por ejemplo la historia de la expulsión de Bakunin. Pero a vosotros os resbalan los hechos, no hay más que ver vuestro estilo eclesiástico: "osa concluir". Pues sí, ¿pasa algo? En cuanto a lo que a mí concierne de vuestra situationita, llamarme "ex-argumentista" es una estupidez. Si he escrito en *Arguments* fue una vez para criticar sus tesis y otra para dar a conocer las de Max Adler sobre las relaciones entre clase y partido. En mi librito *Comunismo y marxismo* se dedican 40 páginas a la crítica de *Arguments*... etc. ¡De acuerdo! Que yo sea "argumentista" o lo que sea le trae al fresco a la gente. Quiero señalar simplemente que da igual lo que escribáis. Bueno, ¡eso ya lo sabéis! Digamos entonces que he perdido mi tiempo.

¡Salud!" Debord respondió: "Después de la manera en que te soplaron en *I.C.O.* por tu reacción al estudio sobre el movimiento de los consejos en Alemania, se extraña uno efectivamente de que un historiador de tu reputación *ose* escribir todavía a quien sea y sobre lo que sea, con excepción de las obligaciones de tu trabajo asalariado. Es preciso que tus informaciones sobre Bakunin estén curiosamente seleccionadas para que no reconozcas en los "Cien Hermanos Internacionales" uno de los "aparatos" que tanto utilizas. Y en lo concerniente al argumentismo tus excusas son vanas. Nadie consideró nunca el argumentismo como un "pensamiento cuestionante" entre otros. Se caracterizaba precisamente por su capacidad para hacer sitio a lo que fuese. Incluso a tí".

Miserias de librería

Hemos creído necesario retirar nuestras publicaciones de la librería "La Vieille Taupe". Su propietario tiene demasiadas pretensiones revolucionarias para que pueda considerarse neutral con respecto a los escritos que anuncia y demasiado poco rigor para que pueda considerarse revolucionario (al admitir la presencia continuada y los discursos de imbéciles prochinos).

Algo más serio: desmentimos formalmente que el librero-editor Georges Nataf haya sido nunca autorizado por los situacionistas para presentarse como encargado o susceptible de serlo de la edición, o más bien la reedición, de la revista *Internationale Situationniste* o de cualquier otro texto de la I.S. En junio tuvimos que desmentir vivamente esta impostura (a la que suponemos motivaciones afectivas, más que económicas) con una intervención directa que no pudo ser ignorada por nadie de su entorno.

El oro de la I.S.

Nuestro camarada Charles Radcliffe fue recientemente acusado en Londres de emitir *moneda falsa*: se trataba en realidad de su participación en la producción de un panfleto contra la guerra de Vietnam cuyo soporte es el facsímil de un dólar. Parece que, tras un informe elaborado en París por agentes de la C.I.A., la embajada de los Estados Unidos en Inglaterra intervino sobre las autoridades británicas para arrancar esta calificación de delito. Así que sería totalmente erróneo descubrir en este incidente la solución final de las viejas cuestiones semimitológicas que se plantean aquí y allá acerca de la procedencia de nuestros recursos. Tras haber pasado unos meses en la clandestinidad, Radcliffe se encuentra actualmente en libertad provisional.

Sobre nuestra difusión

Tras haber agotado en dos meses los 10.000 ejemplares del folleto *Miseria en el medio estudiantil*, la I.S. sacó en el mes de marzo una segunda edición con una tirada igualmente de 10.000 ejemplares. Este folleto se ha traducido y reeditado en los meses siguientes en diversos países. En Inglaterra, una primera traducción integral fue seguida de una edición ampliada con notas y con el texto *Si haces una revolución social, hazla por placer* bajo el título genérico *Diez días que estremecieron la Universidad (los situacionistas en Estrasburgo)*. En los Estados Unidos se editó otra traducción en New York bajo el cuidado de Tony Verlaan;

una traducción diferente (de Jim Evrard) fue publicada parcialmente en Seattle. En Suecia apareció una traducción integral realizada por Anders Löfqvist y Gunnar Sandin en Lund y luego en Estocolmo. Han aparecido extractos en la revista española *Acción Comunista*, en las revistas italianas *Nuova Presenza* de Milán y *Fantazaria* de Roma (presentadas en este caso por Mario Perniola, que había publicado en diciembre en la revista *Tempo presente* un artículo a favor de la I.S.: *Arte y revolución*). Otras traducciones integrales que no han sido publicadas todavía se han realizado en España, en Holanda, en Alemania Occidental y en Dinamarca.

Nuestro folleto en inglés de 1965 sobre el levantamiento de Watts (*Declive y caída de la economía espectacular-mercantil*) se reeditó en 1966 en la revista londinense *Cuddon's*. Ese año se publicó como folleto el texto de Vaneigem *Banalidades de base* con el título *The Totality for Kids* (traducción de Christopher Gray). Este folleto debe reimprimirse próximamente. El primer número de la revista inglesa *Situationist International* aparecerá a principios de 1968.

La I.S. publicó en enero el panfleto *¡Atención! Tres provocadores*, que explicaba la exclusión ignominiosa de los garnautinos (este documento está todavía disponible para todos aquellos que nos lo pidan).

En agosto se publicó *El punto de ebullición de la ideología en China* en un folleto cuya tirada se agotó casi totalmente en seis semanas.

Este número de *Internationale Situationniste* tiene una tirada de 5.000 ejemplares.

Sobre dos libros de teoría situacionista

A la carta de Ediciones Gallimard publicada en *I.S. 10*, Raoul Vaneigem respondió simplemente que sus "proyectos", así como el "clima" en el que había escrito su *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, se expresaban mejor en la revista *Internationale Situationniste*. Los editores le devolvieron enseguida el manuscrito repitiendo, como motivo para una condena definitiva, las dos reservas que creyeron que debían hacer: las "repeticiones" y una división "artificial" en dos partes. Pasaron semanas y Ediciones Gallimard, por razones que permanecen oscuras para nosotros, se retractaron totalmente: volvieron a pedir el manuscrito y ofrecieron a Vaneigem un contrato. Ha pasado un año desde la firma del contrato y el libro no ha aparecido todavía; parece que no saldrá hasta principios de 1968. Esta lentitud administrativa saca tajada de dar cuenta con retraso del desarrollo acelerado de los nuevos problemas en un medio en crecimiento.

Instruido por esta experiencia, Guy Debord, que acabó mucho después *La sociedad del espectáculo*, empezó proponiendo este libro a Ediciones Buchet-Chastel que, más al tanto de la cuestión, lo sacarán en noviembre.

Leer I.C.O.

No conocemos directamente a los camaradas del Reagrupamiento Interempresas que publican *Information Correspondance Ouvrière*, cuya lectura recomendamos vivamente para comprender las luchas obreras actuales (*I.C.O.* ha publicado también folletos interesantes sobre *El movimiento por los consejos obreros en Alemania*, la España actual, etc.). Estamos de acuerdo con ellos en muchos puntos y en desacuerdo en uno fundamental: nosotros creemos necesario formular una crítica teórica precisa de la actual sociedad de la explotación. Estimamos que sólo una colectividad organizada puede producir tal formulación teórica, y pensamos a la inversa que toda relación permanente organizada actualmente entre los trabajadores debe tender a descubrir una base teórica general de su acción. Lo que *La miseria en el medio estudiantil* llamaba la elección de *inexistencia* hecha por *I.C.O.* en este campo no supone que pensemos que los camaradas de *I.C.O.* carecen de ideas o de conocimientos teóricos, sino por el contrario que, al suspender voluntariamente esas ideas, que son bastantes, pierden más que ganan en capacidad de unificación (lo que en definitiva es de la mayor importancia práctica). Hasta el momento ha existido muy poca información y correspondencia entre los redactores de *I.C.O.* y nosotros. Un estudiante que reseñaba en su boletín n° 56 la crítica situacionista del medio estudiantil creyó leer que todo lo que proponíamos "a fin de cuentas" para superar el sistema universitario era coger los fondos de estudios.

En una carta que publicó su número siguiente hacíamos notar que hablábamos más bien de "poder absoluto de los consejos obreros", y que existe ahí un matiz que merece cierta atención. Creemos también que *I.C.O.* exagera la dificultad y el bizantinismo del vocabulario de la I.S. al aconsejar a los lectores pertrecharse de un buen diccionario y al tomarse la molestia de publicar notas en dos columnas, en estilo situacionista y en estilo vulgar (no hemos conseguido adivinar qué columna era la situacionista).

A propósito de un encuentro internacional entre grupos similares de trabajadores de Europa organizado en julio en París por *I.C.O.*, puede leerse en el boletín preparatorio del mismo esta *Carta a los camaradas alemanes*: "Parece que enviaremos como mucho un observador este año, al haber hecho vuestras previsiones sin contar con nuestras sugerencias. Los camaradas ingleses (*Solidarity*) parecen poner bastantes objeciones a la ampliación de la participación en el sentido sugerido. No sólo creen que los situacionistas carecen de interés, sobre lo cual, como sabéis, no estamos de acuerdo, sino que también desaprueban la participación de *Heatwave*, de *Rebel Worker* y de los provos. Aunque ellos no lo dicen explícitamente, presumo que desaprueban también que se discutan temas que nosotros consideramos importantes. Si entiendo correctamente, consideran que tales temas -psicología del autoritarismo, es decir, la personalidad autoritaria, interiorización de las normas y valores alienados, opresión sexual, cultura popular, vida cotidiana, espectáculo, naturaleza mercantil de nuestra sociedad, estos tres últimos puntos en el sentido marxista-situacionista- o son cuestiones 'teóricas' o bien no son 'políticas'. Ellos sugieren que organicemos una conferencia distinta con los grupos indicados. En estas condiciones, creemos que nuestra participación supone un gasto de dinero y poco interés real. Puesto que estamos en una fase del capitalismo en la que la fracción más ilustrada de la clase dirigente se plantea seriamente desde hace tiempo reemplazar el aparato jerárquico de producción por formas más democráticas, es decir, una par-

ticipación de los trabajadores en la dirección, a condición naturalmente de que consigan hacer que los obreros se identifiquen con sus dirigentes mediante un lavado de cerebro".

Es quizá el momento de precisar algunos puntos. Estos agrupamientos de obreros avanzados comportan, como es justo y necesario que suceda, algunos intelectuales. Pero lo que es menos justo y necesario es que estos intelectuales -a falta de un acuerdo teórico y práctico preciso que los *controle*- estén allí con su modo diferente de vida que sigue sin ser criticado y sus propias ideas más o menos contradictorias o telefoneadas de otro sitio, para *informar* a los obreros, y menos aún en nombre de una exigencia purista de autonomía obrera absoluta y sin ideas. Tenemos a Rubel, a Mattick, etc., y cada cual tiene sus ideas favoritas. Estaría muy bien que cien mil obreros en armas enviasen a sus *delegados*. Pero en realidad este prototipo de sistema de consejos debe reconocer que se encuentra en una fase muy diferente: ante tareas de vanguardia (concepto que hay que dejar de exorcizar identificándolo absolutamente con la concepción leninista de partido "de vanguardia" representativo y *dirigente*).

Es la desconfianza hacia la teoría lo que se expresa en el horror que suscitan los situacionistas, menor que en la Federación Anarquista, pero muy evidente incluso entre los camaradas alemanes atraídos por cuestiones más modernas. Cuanto más agitados se ven con una inconsistencia teórica tranquilizadora más contentos están: prefieren todavía a los provos o el anarco-surrealismo de los americanos de *Rebel Worker* a los situacionistas "de poco interés". Si se avienen con la revista inglesa *Heatwave* es porque todavía no se han dado cuenta de que está vinculada a la I.S. Esta discriminación resulta tanto más curiosa cuanto que ellos reclamaban explícitamente discutir algunas de nuestras tesis.

Podemos precisar más: los ingleses del grupo *Solidarity*, que exigirían este boicot de los situacionistas, son en su mayoría obreros revolucionarios muy combativos. No seremos desmentidos por nadie si afirmamos que sus *shop-stewards* no han leído todavía a la I.S., y menos en francés. Pero tienen un ideólogo-pantalla, su especialista en no autoridad, el doctor C. Pallis, hombre culto que conoce el tema desde hace tiempo y les pudo garantizar su desinterés absoluto: su actividad en Inglaterra era traducir y comentar los textos de Cardan, principal pensador de la desbandada de *Socialisme ou Barbarie* en Francia. Pallis sabe perfectamente que a nosotros nos repugna desde hace tiempo el curso evidente hacia la nada revolucionaria de Cardan, absorbido por todas las modas universitarias hasta acabar por no distinguirse de cualquier sociología reinante. Pero Pallis hace llegar a Inglaterra el pensamiento de Cardan como la luz de las estrellas apagadas, eligiendo ante todo los textos menos descompuestos escritos en sus primeros años y ocultando su deriva intelectual. Comprendemos que prefiera evitar esta evolución resultante de su pensamiento.

Por otra parte la discusión de más arriba, que nosotros ignoramos, estaba fuera de lugar, ya que no hubiésemos estimado conveniente figurar en los diálogos de sordos de una reunión que, en este momento, no está madura para una comunicación real. Los obreros revolucionarios, si no nos engañamos, irán ellos mismos al encuentro de estos problemas y tendrán que hallar por sí mismos la forma de comprenderlos. En ese momento veremos lo que podemos hacer con ellos. Al contrario que los viejos micropartidos que no dejan de ir al encuentro de los obreros con el objetivo afortunadamente ilusorio de disponer de ellos, nosotros esperamos que los obreros por su propia lucha real vengan a nuestro encuentro; y entonces nos pondremos a su disposición.

Precisiones sobre la traición en la C.N.T.

En el artículo de *I.S. 10* sobre España, a propósito de la unión sagrada de la democracia burguesa que trataban de constituir la burguesía, los estalinianos y muchos otros para que sucediese al Estado franquista alguna forma más racional de capitalismo desarrollado, señalábamos que "los acuerdos recientes entre la C.N.T. y los sindicatos falangistas se inscriben en la misma corriente de sumisión a la evolución burguesa". *Le Monde Libertaire* de junio de 1966, después de reprochar virtuosamente a los situacionistas sus críticas a Proudhon (aportando una cita nuestra sobre su "separación jerárquica" de las mujeres, pero sin tratar de refutarla), escribía: "Que se asimile la C.N.T. española al sindicalismo falangista, ¡eso es pasarse! La I.S. ignora que el grupo que "filtró acuerdos" con el franquismo no es la C.N.T. y que fue desaprobado enérgicamente por el movimiento anarquista internacional. ¿Malevolencia o ignorancia? En los dos casos la I.S. se descalifica..." Este extraño lirismo merece una explicación. Nosotros no "identificamos" evidentemente a la C.N.T. con Falange, puesto que citamos esa monstruosidad como ejemplo supremo del desaliento de la oposición antifranquista. Nadie puede imaginar que supongamos que el conjunto de la C.N.T. *en el exilio* ratificaría semejante gesto, que significa la renegación de todo lo que ha sido la propia vida de sus miembros. Pero nuestro artículo analizaba la España *del interior* en una etapa en que las organizaciones de los tiempos de la guerra civil tienen claramente poco peso y los supervivientes acosados desde hace decenas de años pueden ser arrastrados por su desánimo hacia todo tipo de "frentes democráticos". El escándalo estalló en la prensa cuando *I.S. 10* estaba en imprenta debido a indiscreciones procedentes de medios *falangistas* que se oponían a esa iniciativa o estaban decepcionados por sus resultados. Pero ya sabemos que la piadosa versión anarquista "enérgicamente" presentada como respuesta -un puñado de traidores provocado simplemente por los falangistas- es falsa, y que estas personas representaban desgraciadamente una tendencia real.

Respondiendo ahora a esa imputación de "malevolencia o ignorancia" pronunciada con cierto cinismo tres meses después por personas informadas pero discretas de *Monde Libertaire*, podemos aportar las siguientes precisiones: el traidor Royano (alias Romero) negoció, en nombre del secretariado "interior" de la C.N.T., con las más altas autoridades falangistas tras haber tomado la palabra a un tal general Alonso. Se trataba de fundir la C.N.T. en un gran sindicato "democrático" *legal* con derecho a huelga con condiciones. Royano obtiene todas las protecciones policiales para llevar a cabo su política en España y fuera de España y para hacer venir a toda persona útil para su empresa. Después de lo cual organizó

un congreso "clandestino" de la C.N.T. en el interior, orientado evidentemente por la selección burocrática que podemos imaginar, pero compuesto por militantes reales de la C.N.T., donde expuso su política. Con excepción de uno o dos delegados que se negaron a seguir escuchando, algunos plantearon reservas y la gran mayoría aprobó a Royano. Fue entonces al congreso conjunto de la C.N.T. que tuvo lugar en Montpellier del 10 al 16 de agosto de 1965. *Esperaba ratificar allí su planteamiento*. Con este objetivo se hizo conocer, primero secretamente al margen del congreso, por la tendencia de oposición al Secretariado Intercontinental de la C.N.T. Les reveló sus actuaciones con toda amplitud y les expuso su ingenua pretensión de declarar ante el Congreso. Estos oponentes -entre ellos Cipriano Mera y José Peirats, responsables del F.I.J.L.- le hicieron ver la incongruencia y los riesgos de su conducta y le persuadieron para que se abstuviese absolutamente de aparecer en el congreso y no dijese nada de la enormidad cometida. Ellos mismos lo mantuvieron cuidadosamente escondido (algunos lo denunciaron sonoramente seis meses después al secuestrar a un obispo español en Roma). El Secretariado Intercontinental de la C.N.T. tenía entonces, gracias a la investigación de sus emisarios, algunas sospechas de lo que se tramaba en España. No llegó a conocer sin embargo exactamente a los implicados. Los oponentes se dieron el gusto de ocultárselo y dejaron entrar en España a un hombre cuyos peligrosos contactos con la policía del régimen conocían.

Este resumen sucinto basta para mostrar hasta qué punto era profunda la desmoralización de gran parte del movimiento anarquista español, a pesar del griterío de los anarquistas sistemáticamente respetuosos que se encuentran en otros países -es decir, de personas que, en el plano revolucionario, han estado desde hace medio siglo *ausentes*. Vemos también de qué extraña forma los "activistas" del movimiento libertario español combaten, haciendo flechas de todas las maderas, "el inmovilismo" de la C.N.T.-F.A.I. Este inmovilismo es por una parte producto del aplastante fracaso de la revolución obrera en España, y por otra de la negativa a emprender la crítica profundizada de *la historia* de este fracaso y de las opciones tomadas entonces (unida al problema general de *la ideología* anarquista). La I.S. no será sospechosa de defender ningún inmovilismo ideológico. Estamos más que encantados de decir que encontramos mucho peores los intentos de renovación liquidadores a cualquier precio.

Revuelta y recuperación en Holanda

El célebre y efímero movimiento "provo" ha seguido vinculado a la I.S., según revela *Figaro Littéraire* (4-8-1966): "Tras los jóvenes en cólera de Amsterdam se encuentra una Internacional oculta"; y también según el artículo, bastante informado además, de la revista belga *Synthèses* de abril, que analizaba la "argumentación radical" con que la I.S. se opone al ridículo moderantismo sublúdico de los "intelectuales" provos advirtiendo que debían sacar conclusiones: lo que hicieron en mayo decidiéndose a desaparecer. Aunque es muy cierto que "los provos no han inventado nada", no lo es (*Figaro Littéraire*) que "los provos aporten a los teóricos de la Internacional situacionista, hasta ahora aislados, lo que les faltaba aún: tropas capaces de una "figuración inteligente", de constituir el brazo secular de una organización que tiende a permanecer más o menos en la sombra. No creemos estar tan aislados como para necesitar tales compañías, y por supuesto no queremos ningún tipo de "tropas", aunque sean las mejores. La relación entre la I.S. y los provos ha estado en otra parte, en dos planos diferentes. Como expresión espontánea de una revuelta que se manifestaba en la juventud europea, los provos se situaban normalmente en el terreno definido por la crítica situacionista (contra la abundancia capitalista, en favor de una fusión entre el arte y la vida cotidiana, etc.). En cuanto que caían bajo la férula de una *dirección* compuesta por "filósofos" y artistas sospechosos, había personas que conocían algo de las tesis de la I.S. Pero este conocimiento *disimulado* era una simple falsificación de fragmentos recuperados. Basta advertir la presencia en la jerarquía provo del ex-situacionista Constant, con quien rompimos en 1960. Sus tendencias tecnocráticas se oponían entonces a cualquier perspectiva de revolución "inexistente" (cf. *I.S.* 3). Cuando el movimiento provo se puso de moda, Constant volvió a sentirse revolucionario y deslizó bajo el nombre de "urbanismo anarquista" las eternas maquetas de "su" *urbanismo unitario*, expuesto al mismo tiempo en la Bienal de Venecia bajo este último título, que queda allí mejor, donde se presentaba a Constant como artista representante de Holanda. La derrota de los provos estaba ya inscrita en su sumisión a una jerarquía y a la ideología idiota que se tomó la molestia de componer deprisa y corriendo para cumplir su función. La I.S. nunca tuvo contacto más que con elementos de la base radical que se diferenciaban del movimiento oficial, y siempre preconizó su estallido urgente.

No merece la pena volver aquí sobre un asunto teórico tan mezquino: se ha hecho ya una crítica suficiente de la doctrina y del comportamiento provos en la revista inglesa *Heatwave* y en nuestro folleto *Sobre la miseria en el medio estudiantil*. Pero el desarrollo práctico de las contradicciones de la sociedad actual, que suscitó lo que había de auténtico en la revuelta provo, la llevó igualmente a una institucionalización ridícula. La manifestación más clara de conformismo de los provos fue su recuperación del dogma sociológico-periodístico sobre la desaparición del proletariado, la certeza de que los obreros están satisfechos y se han aburguesado completamente La revuelta del 14 de junio de 1966 en Amsterdam, continuada los días siguientes, cuya amplitud mostró a los provos bajo la luz más falsa, dio a conocer en realidad un movimiento ya muerto. El movimiento provo murió ese mismo día, puesto que era *una revuelta obrera ejemplar* de nuestra época comenzada contra la burocracia sindical de la construcción, continuada contra la policía (y su refuerzo de rufianes del puerto) y culminada con un intento de destrucción del edificio del gran periódico *Telegraaf* por publicar noticias naturalmente falsas. Ciertamente, muchos de los jóvenes rebeldes de Amsterdam (ya que sería falso identificar al conjunto de los provos con un movimiento de estudiantes) se unieron a los obreros en la calle. Pero la jerarquía provo, descubriendo en ese conflicto la negación de su piadosa ideología, fue luego fiel a sí misma: desaprobó la violencia, condenó a los obreros, llamó a

la calma por radio y televisión y tuvo la bajeza de abandonar espectacularmente la ciudad para dar ejemplo de pasividad.

Aunque los situacionistas han precedido a los provos en algunas vagas novedades, hay de todas formas un punto central sobre el que nos jactamos de empeñarnos en permanecer en el "siglo diecinueve". La historia es joven todavía, y el proyecto proletario de sociedad sin clases, aunque ha empezado mal, es todavía un descubrimiento más radical que todos los de la química molecular o de la astrofísica y que los millardos de acontecimientos fabricados en cadena por el espectáculo. A pesar de nuestro "vanguardismo", *gracias a él*, he aquí el único movimiento cuyo retorno esperamos.

Las escisiones de la F.A.

Contrariamente a los rumores difundidos a sabiendas en la Federación Anarquista y declarados en el Congreso de Burdeos, nunca hubo ningún "complot situacionista" para hacer estallar esta Federación, que siempre ha carecido de interés para nosotros. No conocemos en ella a nadie. La lectura episódica del deplorable *Monde Libertaire* estaba lejos de hacernos suponer que la I.S. pudiese tener en ella la menor audiencia. *Sobre la miseria en el medio estudiantil* nos sorprendió a este respecto: varios miembros de la F.A. parecieron aprobarlo. La dirección permanente de la F.A., que ha aceptado absolutamente todo entre sus líneas y ha invitado en su periódico a prochinos, surrealistas y letristas con la misma benevolencia con que reconoce al sindicato *Force Ouvrière*, reacciona vivamente para sustraer no sabemos a qué militantes de la primera influencia que ha juzgado perniciosa. Un artículo nos calumniaba con la misma gravedad. Enviamos una respuesta bastante dura que planteaba a cualquiera que tuviese pretensiones revolucionarias la obligación de exigir su aparición y, como esto le pareció imposible a sus jefes, de sacar consecuencias. Es lo que hicieron por ejemplo los "anarquistas" del Grupo de Nanterre, *verdaderos estudiantes* que creían poder darse los lujos de aplaudirnos como estetas, de ser anarquistas garantizados con la etiqueta de la F.A. y de no estar comprometidos de ninguna forma con ella., puesto que la condenaban en todo momento *en el exterior*. Tres grupos se encontraron en esta circunstancia -el de Ménilmontant, el Grupo Anarquista Revolucionario y el Grupo Makhno de Rennes- por defender una posición honorable. Este problema hizo surgir todos los demás. Las cosas se envenenaron hasta el punto de que en el Congreso de Burdeos, en abril, mientras estos tres grupos rompían con la totalidad de la F.A., otra escisión mucho más numerosa fundaba una F.A. bis que reproduce por su propia cuenta la confusión y las carencias de la verdadera. Por supuesto, la I.S. no ha tenido ni tendrá ningún tipo de relación con estas dos F.A. Por su lado, los tres grupos radicales que se definieron en este proceso se fusionaron y anunciaron la aparición de la revista *Internationale Anarchiste*. Estaba claro que, sin que fuese necesaria ninguna influencia exterior para ello, la F.A. debía estallar por sí misma en cuanto algunos de sus miembros descubriesen la menor huella de una corriente crítica real de hoy. Ya que al advertir la existencia de una crítica semejante se darían al mismo tiempo cuenta del vacío de la F.A. y de la forma en que se defiende este vacío.

La ideología alsaciana

Las miles de líneas acumuladas por los garnautinos en decenas de circulares y panfletos que han sacado tras su expulsión, adornadas de afirmaciones perentorias subrepticiamente recortadas de anteriores publicaciones situacionistas y aquí completamente fuera de lugar, nunca han perseguido más que un fin: ocultar tras un telón de humo ideológico el hecho trivial, directo y brutal de que Frey, Garnault y Holt fueron expulsados por mentir en equipo con el objeto de obtener la expulsión de Khayati, tratando hasta el último minuto de arrancar este "logro", haciendo lo que pudieron por convencer a una asamblea de la I.S. que, después de algunas horas, les trataba cada vez más claramente como sospechosos.

Por nuestro lado, aparte del proceso verbal de expulsión enviado inmediatamente a todos los miembros de la I.S. ausentes de esa asamblea, y únicamente a cuatro personas exteriores con las que estábamos involucrados en ese momento en una acción práctica (de las cuales sólo Vayr-Piova prefirió no entender) no hemos publicado más que el texto *¡Atención! Tres provocadores* que era suficiente y definitivo. En sus múltiples documentos, los garnautinos no han creído siquiera *conveniente* (ya que sería evidentemente otra mentira) negar de una vez por todas esa acusación suficiente y central. No se han dado cuenta de que *ese silencio* les juzgaba a los ojos de cualquier persona poco informada. Han dado rodeos, han lanzado más contra-verdades, han hablado de otras cosas, han hecho alusión al tema en vivo con un malestar púdico: "Khayati miente: informa de manera inexacta de los *detalles*, y aunque se hubiese dado relación 'exacta' de estos no habría mentido menos acerca del conjunto de la situación..." (Panfleto garnautino del 19 de enero). Puede advertirse la confesión velada en el "y aunque". Eso es en efecto lo que pasó, y el detalle es ciertamente tan tosco como su error.

Su tendencia a la inversión ideológica de lo real, que les ha llevado a la mentira conspirativa, fue exasperada por su rápida puesta al día haciendo de la mentira una necesidad. Desde entonces ninguna enormidad les ha detenido en su carrera hacia el contrasentido. Encontraron "policial" el panfleto de la I.S. que denunciaba *su procedimiento policial absolutamente clásico* de producir falsos testimonios para deshonrar y eliminar a un rival incómodo en la mejor tradición del "documento Taschereau". Se han refugiado en Hegel para condenar "la reflexión llamada psicológica" que desprecia con pequeñas explicaciones de orden privado a las "grandes figuras históricas". Así, postulan con ruidosa ingenuidad que ellos también son hombres históricos. Creen haber "querido y cumplido algo grande, no imaginario y supuesto, sino justo y necesario". Estos héroes simplemente olvidan que lo que han querido por sí mismos -si no lo que han hecho- ha sido producto de un trucaje tan vil como desprovisto de sentido, y que si tuvimos que anticipar algunas precisiones sobre su miseria psicológica es porque debíamos explicar la sorprendente *pequeñez* de su acción. Imputaron entonces esa mayoría que los rechazaba -en realidad todos los que no figuraban en su fracción así descubierta- a una dictadura de Debord y de sus fanáticos. Inventaron este poder personal en la I.S. para volver a aplicar la dialéctica del amo y del esclavo. Piensan que han sido

esclavos de los fines de Guy Debord y que están llamados a convertirse en amos. Pero, como siempre, han ignorado lo esencial para que se dé tal "superación de la I.S.". Tal vez eran esclavos porque querían serlo. Lo ignoramos. Pero en su caso eran con seguridad *esclavos que no trabajan*. No podían ver por tanto alienarse en el uso su obra puesto que no existía, ni hacerse fuertes por la función práctica a la que habrían estado sometidos porque no hubo ninguna. Fue precisamente su falta de participación en la actividad común de la I.S., su obstinación en permenecer -a pesar de sus compromisos- en una vida provinciana "estudiantil" hecha de tranquilas especulaciones, la que generó su inferioridad, su conocimiento *contemplativo* de la I.S. Esta contemplación admirativa se transforma normalmente en rencor. Su fracción se constituyó en secreto en base al tema de la igualdad en la I.S., pero estos ideólogos de la igualdad pura estaban lo bastante ciegos para no ver que su constitución en fracción secreta (sin mencionar su recurso a la calumnia organizada) les ponía por encima del conjunto de la I.S. y constituía la primera *desigualdad objetiva* creada e institucionalizada en las relaciones entre los situacionistas.

Tan pronto como los garnautinos fueron escuchados por la I.S. y tratados en consecuencia, se afirmó en voz alta la ideología de la igualdad pura y agrupó a algunos estudiantes a los que *habían despreciado ellos mismos un día antes*, no sin razón. En pocas semanas se igualó en Estrasburgo a un furor y un extremismo con respecto a los cuales las exigencias de los niveladores y de los brazos desnudos, de los milenaristas y de los babuvistas parecían juegos de niños. Se proclamó que el defecto de la I.S. había sido no ser más que una vanguardia, y que la vanguardia no existe más que por el *retraso* de otros. Que el retraso era por tanto abolido por Garnault y que ahora era necesaria "una organización revolucionaria capaz de actuar en el mundo a gran escala" (*El Único y su propiedad*). Y que *por tanto* había llegado a existir esa organización. Con un sólo trazo de pluma allí estaba el proletariado mundial, salido como un solo hombre de sus diversos grados de retraso, rigurosamente igual en consciencia y en capacidad a Garnault y a cualquier otro. Y eso era *la superación de la I.S.*, tan deseable para él. Naturalmente, como idea pura.

El producto de "ese entusiasmo que, como un relámpago, comienza inmediatamente con el saber absoluto" (Hegel) apareció para asombro del mundo, que tardará en volver a verlo, el 13 de abril de 1967. Allí, la "organización revolucionaria capaz de actuar en el mundo a gran escala" se subió al carro del asalto al cielo *de la M.N.E.F.* (*sección de Estrasburgo*). Y no por haber sido derrotada en esa epopeya electoral abandonó el glorioso recuerdo de su praxis total a la salsa Garnault (nadie se extrañará por tanto de que nuestros ideólogos condenen a la I.S. por el abuso de exigir *coherencia* entre lo que se dice y lo que se hace).

El folleto *El Único y su propiedad* contenía la producción más elevada de la ideología alsaciana. Aquí Debord reemplaza a Khayati como objeto de envidia y resentimiento. La incoherencia total al nivel del propio texto vuelve a aparecer en este desarrollo. La teoría de la I.S. tenía grandes cualidades y un grave defecto: ser debordista. De forma que no valía nada, ni siquiera como teoría. Puesto que sólo la praxis... (*ver más arriba*).

Para apoyar esta ridiculez -que Debord dirigía y hacía todo sólo- se sirvieron de los procedimientos más estúpidos y de una decena de claros embustes: por ejemplo que nunca hubo oposición en la I.S., cuando los garnautinos fueron la primera de esas oposiciones que *permaneció en secreto* cobardemente. Por cada cita atribuida nominalmente a Debord (con la que se hacía creer que el concepto de "comunicación" no se emplea en el sentido de la I.S., sino en el sentido literal de la O.R.T.F.), se enuncian dos sin nombre de autor que son en realidad de Vaneigem: todos los situacionistas y los lectores atentos de nuestras publicaciones saben que algunas concepciones de Vaneigem sobre las cualidades de la organización situacionista presentan importantes matices personales. Debord, como guía, es identificado con el cardenal de Retz dotado de una conciencia de clase bastante insólita ("contemplándose jugar el juego estético de una lucha sin esperanza contra el ascenso del aparato burocrático-burgués"). Nuestros ideólogos tendrían que leer primero a Retz: habrían aprendido que *"en caso de calumnia, todo lo que no le perjudica sirve al que es atacado"*.

El colmo de su análisis consiste en descubrir, al estilo "marxista" de *L'Humanité Dimanche*, que como la revista *Internationale Situationniste* aparece legalmente y Debord, su director, es responsable personal de nuestras deudas con el impresor que tiene la temeridad de fiarnos, existe la base de un *poder económico* que explicaría la fatalidad del poder debordista sobre la I.S. y que explicaría también por qué los héroes de la igualación no intentaron oponerse un solo instante a ese poder y le pusieron siempre buena cara.

El hecho de que todas nuestras publicaciones fuera de Francia hayan sido siempre y en todas partes realizadas a partir de una base financiera completamente autónoma por los camaradas de esos países, con otros "directores" y otros trabajadores en las imprentas, no ha sido tenido siquiera en cuenta desde su óptica estrechamente alsaciana.

Los garnautinos veían bien la realidad de la I.S. como "grupo internacional de teóricos" cuando creían que tenían en ella su lugar y podían demostrar que ellos también eran *cuando menos teóricos*. Al día siguiente de su expulsión reprocharon a la I.S. no serlo, no *declararse* como ellos "organización revolucionaria capaz de actuar en el mundo a gran escala". Sería mucho pedirles la menor conciencia de las realidades del *proceso práctico* que creará ese tipo de organización de trabajadores en la sociedad moderna. Pero al permanecer en el plano emocional y egocéntrico que los mantiene cautivos podemos preguntarnos qué diferencia habría *para ellos* entre una nueva corriente revolucionaria en fase de agregación sobre nuevas bases teóricas y lo ya vivido por los obreros revolucionarios en lucha o en la fase del poder de los Consejos. Los garnautinos y su práctica real estarán allí en todo momento condenados. A los obreros revolucionarios no les divierten las calumnias -sí por el contrario a los burócratas y políticos que gobiernan con manipulaciones y mentiras. Y el poder proletario de los Consejos, que es de parte a parte *la puesta en práctica de la verdad*, tendrá evidentemente que tratar los casos de *mentiras mantenidas en equipo por grupos secretos* que persiguen sus propios objetivos como una de las pocas formas de obstrucción que tendrán todavía que *reprimir*.

Septiembre - 1969

número 12

EL COMIENZO DE UNA ÉPOCA

"¿Viviremos lo bastante para ver una revolución política? ¿*Nosotros*, los contemporáneos de estos alemanes? Amigo mío, usted cree lo que quiere creer", escribió Arnold Ruge a Marx en marzo de 1844, y cuatro años más tarde esa revolución estaba allí. Como ejemplo divertido de una inconsciencia histórica que, mantenida siempre por causas similares, produce intemporalmente los mismos efectos, la desafortunada frase de Ruge fue citada en el epígrafe de *La sociedad del espectáculo*, que apareció en diciembre de 1967, y seis meses después sobrevino el movimiento de ocupaciones, el mayor momento revolucionario que haya conocido Francia desde la Comuna de París.

La mayor huelga general que haya paralizado nunca la economía de un país industrial avanzado y la primera *huelga general salvaje de la historia*, ocupaciones revolucionarias y esbozos de democracia directa, la eliminación cada vez más completa del poder estatal durante más de dos semanas, la verificación de toda la teoría revolucionaria de nuestro tiempo y también el principio de su realización parcial aquí o allá, la experiencia más importante del movimiento proletario moderno que está en vías de constituirse en todos los países de forma *acabada* y el modelo a superar a partir de entonces -todo esto fue esencialmente el movimiento francés de mayo de 1968, esta fue *ya* su victoria.

Hablaremos más adelante de sus flaquezas y carencias, derivadas naturalmente de la ignorancia, la improvisación y el peso muerto del pasado allí donde este movimiento pudo afirmarse mejor, y ante todo de las *separaciones* que lograron defender con precisión todas las fuerzas de mantenimiento del orden capitalista asociadas, empleando para ello más y mejor que a la policía a los cuadros burocráticos político-sindicales en un momento en que era cuestión de vida o muerte para el sistema. Pero enumeremos en primer lugar los rasgos manifiestos del movimiento de ocupaciones allí donde se hallaba su *centro*, donde expresaba con mayor libertad su contenido en palabras y en actos. Allí manifestó sus objetivos *mucho más explícitamente* que cualquier otro movimiento revolucionario espontáneo de la historia, y estos objetivos eran mucho más radicales y actuales de lo que supieron nunca enunciar en sus programas las organizaciones revolucionarias del pasado, ni siquiera en su mejor momento.

El movimiento de ocupaciones era el retorno repentino del proletariado como clase histórica, *extendido* a la mayoría de los asalariados de la sociedad moderna y apuntando siempre a la abolición efectiva de las clases y del salariado. Este movimiento era el redescubrimiento de la historia colectiva e individual, el sentido de una intervención posible sobre la historia y de un acontecimiento irreversible, con la sensación de que "nada sería ya como antes". La gente contemplaba divertida la existencia *enajenada* que había llevado ocho horas antes, su supervivencia superada. Era la *crítica generalizada* de todas las alienaciones, de todas las ideologías y del conjunto de la antigua organización de la vida real, la pasión por la generalización, por la unificación. En ese proceso se negaba la propiedad, cada uno se sentía en todas partes en su casa. El *deseo reconocido* de diálogo, de expresión integralmente libre, el placer de la verdadera comunidad habían encontrado su terreno en los edificios abiertos al encuentro y en la lucha común: el teléfono, que figuraba entre los escasos medios técnicos que aún funcionaban, y el ir y venir de tantos mensajeros y viajeros, en París y en todo el país, entre locales ocupados, fábricas y asambleas, comportaban este uso real de la comunicación. El movimiento de ocupaciones era evidentemente el rechazo del trabajo alienado; y por tanto la fiesta, el juego, la presencia real de los hombres y del tiempo. Era también el rechazo de toda autoridad, de toda especialización, de toda desposesión jerárquica; rechazo del Estado, y por tanto de los partidos y de los sindicatos, así como de los sociólogos y de los profesores, de la moral represiva y de la medicina. Todos aquellos a los que el movimiento había despertado con una cadena fulminante de acontecimientos -"Rápido", decía únicamente el que quizá era el eslogan más bello, escritos en los muros- despreciaban radicalmente sus antiguas condiciones de existencia, y por tanto a quienes habían procurado mantenerlas, las estrellas de la televisión y los urbanistas. A medida que se desmoronaban las ilusiones estalinianas con sus edulcorantes diversos, de Castro a Sartre, todas las mentiras rivales y solidarias de la época caían en ruinas. La solidaridad internacional volvió a aparecer espontáneamente, muchos trabajadores extranjeros se lanzaron a la lucha y gran cantidad de revolucionarios de Europa acudieron a Francia. La participación de las mujeres en todas las formas de lucha es un signo esencial de su profundidad revolucionaria. La liberación de las costumbres dio un gran paso. El movimiento era también la crítica, todavía parcialmente ilusoria, de la mercancía (en su inepto disfraz sociológico de "sociedad de consumo") y un *rechazo* del arte que no se reconocía todavía como su *negación* histórica (en la pobre fórmula abstracta "la imaginación al poder", que ignoraba los medios para poner en práctica ese poder, para reinventarlo, y que al carecer de poder, carecía también de imaginación). El odio a los *recuperadores* declarado en todas partes no llegaba todavía el conocimiento teórico-práctico del modo de eliminarlos: neoartistas y neodirigentes políticos, neoespectadores del movimiento que les reclamaba. Aunque la crítica en actos del espectáculo de la no-vida no era todavía su superación revolucionaria, la tendencia "espontáneamente consejista" de la sublevación de mayo se anticipó a casi todos los medios concretos, entre ellos la conciencia teórica y organizacional, que le hubiesen permitido traducirse en poder y ser el único poder.

Escupamos de paso sobre los comentarios degradantes y los falsos testimonios de los

sociólogos, de los retirados del marxismo, de todos los doctrinarios del viejo ultraizquierdismo en conserva o del ultramodernismo rastrero de la sociedad espectacular; nadie que haya *vivido* este movimiento puede decir que no contenía todo esto.

En marzo de 1966 escribimos en el nº 10 de *Internationale Situationniste*: "lo que hay de aparentemente osado en muchas de nuestras afirmaciones lo enunciamos con la seguridad de ver a continuación una demostración histórica de irrecusable peso". No puede decirse mejor.

Naturalmente, nosotros no profetizamos nada. Señalamos lo que *estaba ya allí*: las condiciones materiales de una nueva sociedad se daban desde hacía tiempo, la vieja sociedad de clases se mantenía *en todas partes* modernizando considerablemente su opresión y desarrollando cada vez *más* contradicciones, el movimiento proletario vencido volvía para lanzar un segundo asalto más consciente y total. Muchos pensaban todo esto que la historia y el presente ponían en evidencia, y algunos lo decían, pero de forma abstracta y por tanto en el vacío: sin eco, sin posibilidad de intervención. El mérito de los situacionistas consistió sencillamente en reconocer y designar los nuevos puntos de aplicación de la revuelta en la sociedad moderna (que no excluyen en absoluto, sino que por el contrario restablecen los antiguos): urbanismo, espectáculo, ideología, etc. Debido a que esta tarea se cumplió radicalmente, estuvo en disposición de suscitar a veces, o de reforzar bastante al menos, ciertos casos de revuelta práctica. Ello no quedó sin eco: la crítica *sin concesiones* había tenido escasos portadores en los izquierdismos de la época anterior. Si muchas personas *hicieron* lo que nosotros *escribimos*, es porque nosotros habíamos escrito esencialmente lo negativo que habíamos vivido nosotros y muchos otros antes. Lo que salió así a la luz de la conciencia en primavera de 1968 no fue otra cosa que lo que dormía en esa noche de la "sociedad espectacular" cuyos *sonidos y focos* mostraban un eterno decorado positivo. Nosotros "cohabitamos con lo negativo" según el programa que formulamos en 1962 (cf. *I.S.* 7). No detallamos nuestros méritos para ser aplaudidos, sino para clarificar en la medida de lo posible a otros que vayan a actuar en el mismo sentido.

Quienes cerraban los ojos a esta "crítica en lucha" no contemplaban en la forma inquebrantable de la dominación moderna más que su propia renuncia. Su "realismo" antiutópico no era más real que una comisaría de policía, como tampoco los edificios de la Sorbona son más reales que lo que hacen con ellos los incendiarios o los "katangueños". Cuando los fantasmas subterráneos de la revolución total se alzaran y extendieran su poder por todo el país, todos los poderes del viejo mundo parecerían ilusiones fantasmáticas disipándose en el gran día. Sencillamente, después de treinta años de miseria que en la historia de las revoluciones no han contado más de un mes, llegó ese mes de mayo que resume treinta años.

Hacer de nuestros deseos la realidad es un trabajo histórico preciso, exactamente contrario a la prostitución intelectual que incorpora a cualquier realidad existente sus ilusiones de permanencia. Lefebvre, por ejemplo, citado en el número anterior de esta revista (octubre de 1967), porque aventuraba en su libro *Positions contre les technocrates* (ediciones Gonthier) una conclusión categórica cuya pretensión científica reveló, también ella, su valor en poco más de seis meses: "Los situacionistas... no proponen una

utopía concreta, sino una utopía abstracta. ¿Creen realmente que una buena mañana o una tarde decisiva las personas van a mirarse diciendo: '¡Basta! ¡Basta de trabajo y de aburrimiento! ¡Acabemos con él!' y entrarán en la Fiesta inmortal, en la creación de situaciones? Aunque esto ocurrió una vez, el 18 de marzo de 1871 al amanecer, esta coyuntura no volverá a repetirse." De esta forma Lefebvre se atribuía influencia intelectual copiando subrepticiamente ciertas tesis radicales de la I.S. (Ver en este número la reedición de nuestro panfleto de 1963: *Al basurero de la historia*), pero él reservaba al pasado la verdad de esta crítica que, sin embargo, venía del *presente* y no de la reflexión histórica de Lefebvre. Advertía contra la ilusión de que una lucha actual pudiese encontrar esos resultados. No vayáis a pensar que Henri Lefebvre fue el único pensador anterior al que el acontecimiento ridiculizó definitivamente: los que se abstenían de expresiones tan cómicas como las suyas no dejaban de pensarlas. Bajo el influjo de mayo, todos los *investigadores de la nada histórica* han admitido que nadie había previsto nada de lo ocurrido. Hay que hacer sitio aparte sin embargo a todas las sectas de "bolcheviques resucitados", de los que es justo decir que, en los últimos treinta años, no han dejado un solo instante de señalar la inminencia de la revolución *de 1917*. Pero también en eso se equivocaban: no hubo 1917, ni tampoco Lenin. En cuanto a los residuos del viejo ultraizquierdismo no trotskista, necesitaban una crisis económica mayor. Subordinaban todo momento revolucionario al retorno de la crisis y no divisaban esta crisis. Ahora que han reconocido una crisis revolucionaria en mayo, tienen que demostrar que existía en la primavera de 1968 esa crisis económica *invisible*. Se dedican sin miedo al ridículo a dibujar esquemas sobre el aumento del paro y de los precios. La crisis económica no es ya para ellos esa realidad objetiva y terriblemente evidente tan vivida y descrita hasta 1929, sino una especie de presencia eucarística que sostiene su religión.

Al igual que habría que reeditar toda la colección de *I.S.* para mostrar cuánto se engañaban estas personas *antes*, sería preciso escribir un grueso volumen para dar cuenta de las estupideces y confesiones veladas que han producido desde mayo. Limitémonos a citar al pintoresco periodista Gaussen, que aseguraba a los lectores de *Monde* el 9 de diciembre de 1966, al escribir sobre unos situacionistas locos autores del escándalo de Estrasburgo, que tenían "una confianza mesiánica en la capacidad revolucionaria de las masas y en su aptitud para la libertad". Hoy, ciertamente la aptitud de Frédéric Gaussen para la libertad no ha progresado un milímetro, pero en el mismo periódico, con fecha 29 de enero de 1969, lo vemos apasionarse al encontrar en todas partes "la sensación de que el soplo revolucionario es universal". "Escolares de Roma, estudiantes de Berlín, 'enragés' de Madrid, 'huérfanos' de Lenin en Praga, contestatarios de Belgrado combaten un mismo mundo, el Viejo Mundo..." Y Gaussen, utilizando casi las mismas palabras, atribuye a todos estos locos revolucionarios una "creencia casi mística en la espontaneidad creadora de las masas".

No queremos extendernos triunfalmente sobre la ruina de nuestros adversarios intelectuales ni sobre el significado de este "triunfo", que corresponde en realidad al movimiento revolucionario moderno, debido a la monotonía del asunto y a la luminosa evidencia del juicio que pronunció, sobre el período que acabó en mayo, la reaparición de la lucha de clases directa, reconociendo los objetivos revolucionarios *actuales*, la reaparición de la historia (antes era la subversión de la sociedad existente la que parecía inverosímil; ahora lo es su mantenimiento). En lugar de subrayar lo que ya se ha verificado, es más importante en lo sucesivo plantear los nuevos problemas, *criticar el movimiento de mayo* e inaugurar la práctica de la nueva época.

La reciente búsqueda, que sigue siendo por otra parte confusa, de una crítica radical del capitalismo moderno (privado o burocrático), no había salido en los demás países todavía de la estrecha base adquirida en un sector del medio estudiantil. Por el contrario, pese a lo que finjan creer el gobierno y los periódicos, así como los ideólogos de la sociología modernista, *el movimiento de mayo no fue un movimiento de estudiantes*. Fue el movimiento revolucionario proletario que volvía a surgir después de medio siglo de aplastamiento, y naturalmente *desposeído* de todo: su desdichada paradoja fue no poder tomar la palabra y adquirir una forma concreta más que sobre el *terreno* eminentemente desfavorable de la revuelta estudiantil: las calles mantenidas por los amotinados alrededor del Barrio Latino y los edificios ocupados en esa zona, que habían dependido generalmente del Ministerio de Educación. En lugar de quedarnos en la parodia histórica, efectivamente ridícula, de los estudiantes leninistas o de los estalinianos chinos que se disfrazaban de proletarios y al mismo tiempo de vanguardia dirigente del proletariado, es preciso advertir que fueron por el contrario los trabajadores más avanzados, desorganizados y divididos por todas las formas de represión, los que se vieron *disfrazados de estudiantes* en el imaginario tranquilizador de los sindicatos y de la información espectacular. El movimiento de mayo no fue una teoría política que buscase a sus ejecutantes obreros: fue el proletariado que al actuar buscaba su conciencia teórica.

Que el *sabotaje* de la universidad por grupos de jóvenes revolucionarios, que eran en realidad notoriamente *antiestudiantes* en Nantes y en Nanterre (al menos los "enragés", aunque no la mayoría del "22 de marzo" que asumió tardíamente el relevo de su actividad) diese *ocasión* para que se desarrollasen formas de lucha directa que el descontento de los obreros, principalmente jóvenes, había adoptado ya en los primeros meses de 1968 en Caen y en Redon, he aquí una circunstancia que no es en absoluto fundamental y que no podía perjudicar en ningún sentido al movimiento. Lo que le perjudicó fue que la *huelga salvaje* lanzada contra toda voluntad y maniobra de los sindicatos pudiese ser luego controlada por ellos. Aceptaron la huelga que no habían podido impedir, como siempre ha hecho un sindicato ante una huelga salvaje; pero esta vez tuvieron que hacerlo a escala nacional. Y al aceptar esta huelga general "no oficial" siguieron siendo aceptados por ella. Continuaron en posesión de las puertas de las fábricas y *aislaron del movimiento real* a la inmensa mayoría de los obreros y a cada empresa con relación a las demás. De forma que la acción más unitaria y *radical* que hayamos visto en su crítica fue al mismo tiempo una suma de separaciones y un festival de vulgaridades en las reivindicaciones oficiales. Igual que habían tenido que dejar que la huelga general se afirmase *por fragmentos* que desembocaron prácticamente en un movimiento unánime, los sindicatos se dedicaron a liquidarla por fragmentos, imponiendo en cada rama, con el terrorismo de la manipulación y el monopolio de las relaciones, las migajas ya rechazadas *por todos* el 27 de mayo. La huelga revolucionaria fue reconducida así a un equi-

librio de *guerra fría* entre burocracias sindicales y trabajadores. Los sindicatos *reconocieron* la huelga a condición de que ésta reconociese tácitamente, con su pasividad en la práctica, *que no servía para nada*. Los sindicatos no "perdieron una oportunidad" de ser revolucionarios porque ni los estalinianos ni los reformistas aburguesados lo son en absoluto. Ni perdieron una oportunidad de ser *reformistas con buenos resultados* porque la situación era demasiado revolucionaria para jugar con ella o para que les interesase sacar partido de ella. Lo que querían manifiestamente era que acabase urgentemente a cualquier precio. Aquí la hipocresía estaliniana, adoptada de nuevo de forma admirable por los sociólogos semiizquierdistas (cf. Coudray en *La Brèche*, Editions du Seuil, 1968) respetó extraordinariamente, sólo en momentos tan excepcionales, la competencia de los obreros, la "decisión" que se les suponía, con el más fantástico cinismo, experimentada, debatida, asumida con conocimiento de causa y reconocible de forma absolutamente unívoca: por una vez los obreros sabían lo que querían, ¡porque "no querían la revolución"! Pero los obstáculos y mordazas que acumularon los burócratas sudando angustia y mentira ante lo que supuestamente *no querían* los obreros constituyen la mejor prueba de su voluntad real, desarmada y temible. Únicamente olvidando la totalidad histórica del movimiento de la sociedad moderna puede gargarizarse ese positivismo circular que encuentra racional en todas partes el orden existente, porque lleva su "ciencia" al punto de considerar sucesivamente este orden del lado de la pregunta y del lado de la respuesta. Así, el propio Coudray señala que "si con los sindicatos no se puede tener más que el 5% y lo que se pide es el 5%, los sindicatos bastan". Dejando aparte la cuestión de cómo se relacionan sus intenciones con su vida real y sus intereses, lo que necesitan todos estos señores es dialéctica.

Los obreros, que tenían naturalmente -como siempre y en todas partes- excelentes motivos para el descontento, comenzaron la huelga salvaje porque percibieron *la situación revolucionaria* creada por las nuevas formas de sabotaje en la universidad y los fallos sucesivos del gobierno en sus reacciones. Sentían evidentemente tanta indiferencia como nosotros hacia las formas o reformas de la institución universitaria, pero no hacia la crítica de la cultura, del decorado y de la vida cotidiana del capitalismo avanzado, crítica que se extendió tan deprisa a partir del primer desgarrón en la vela universitaria.

Haciendo la huelga salvaje, los obreros *desmintieron a los embusteros* que hablaban en su nombre. En la mayoría de las empresas no supieron llegar a tomar verídicamente la palabra por su cuenta y a *decir lo que querían*. Pues para decir lo que quieren es preciso que los trabajadores creen, con su acción autónoma, las condiciones concretas, *inexistentes en todas partes*, que les permitan hablar y actuar. La falta casi absoluta de este diálogo, de esta relación, así como el conocimiento teórico de los objetivos autónomos de la lucha de clase proletaria (estos dos factores sólo se desarrollan al unísono), impidieron a los trabajadores *expropiar a los expropiadores de su vida real*. De esta forma, el núcleo avanzado de los trabajadores, alrededor del cual tomará forma la próxima organización revolucionaria proletaria, llegó al Barrio Latino como *pariente pobre* del "reformismo estudiantil", producto artificial de la pseudoinformación o del ilusionismo grupuscular. Eran jóvenes obreros, empleados, trabajadores de oficinas ocupadas,

blousons noirs y parados, escolares sublevados que eran a menudo hijos de obreros que el capitalismo moderno recluta para esa instrucción en rebajas destinada a preparar el funcionamiento de la industria desarrollada (*"¡Estalinianos, vuestros hijos están con nosotros!"*), "intelectuales perdidos" y "katangueños".

Una proporción no desdeñable de estudiantes franceses y sobre todo parisinos participó en el movimiento: esto es evidente, pero que no puede caracterizarlo fundamentalmente ni ser aceptado como su principal aspecto. De 150.000 *estudiantes* parisinos, entre 10 y 20.000 como mucho estuvieron presentes en las horas menos duras de las manifestaciones, y sólo algunos miles en los violentos enfrentamientos callejeros. El único momento de la crisis que dependió sólo de los estudiantes -decisivo por otra parte para su extensión- fue la revuelta espontánea del Barrio Latino del 3 de mayo, tras el arresto de los responsables izquierdistas en la Sorbona. Al día siguiente de la ocupación de la Sorbona, cerca de la mitad de los que participaban en asambleas generales que habían tomado visiblemente una función insurreccional, eran todavía estudiantes preocupados por las modalidades de sus exámenes que deseaban una reforma favorable de la Universidad. Sin duda un número algo mayor de los *estudiantes* que participaban admitía que se planteaba la cuestión del poder, pero lo hacía casi siempre como cliente la ingenua de pequeños partidos izquierdistas, como espectadores de los viejos esquemas leninistas o del exotismo del Lejano Oriente del estalinismo maoísta. Estos grupúsculos tenían en efecto su base casi exclusiva en el medio estudiantil, y la *miseria* en que se mantenía era claramente legible en casi todos los panfletos que salían de ese medio: bagatelas los Kravetz, tonterías los Péninou. Las mejores intervenciones de los obreros que acudieron durante los primeros días de la Sorbona fueron a menudo asumidas por la pedante y altanera estupidez de esos estudiantes que jugaban a ser doctores en revoluciones, aunque estuviesen dispuestos a salivar y aplaudir ante los estímulos del más torpe manipulador que dijese cualquier inepcia con tal de que citase a "la clase obrera". Sin embargo, el propio hecho de que las agrupaciones recluten cierta cantidad de estudiantes es ya un síntoma enfermizo de la sociedad actual: los grupúsculos son la expresión teatral de una revuelta real y vaga que busca sus razones en las rebajas. Finalmente, el que una pequeña fracción de estudiantes se adhiriese verdaderamente a todas las exigencias radicales de mayo es un testimonio de la profundidad de ese movimiento y habla en su honor.

Aunque muchos miles de estudiantes hayan podido, como individuos, desprenderse más o menos completamente del lugar que les es asignado en la sociedad gracias a su experiencia de mayo del 68, la masa estudiantil no se ha transformado. Y no en virtud de la vulgaridad pseudomarxista que considera determinante el *origen* social de los estudiantes, muy mayoritariamente burgués o pequeño burgués, sino más bien debido al destino social que define al estudiante: el *devenir* del estudiante es la verdad de su ser. Está masivamente fabricado y condicionado para el alto, el medio o el pequeño encuadramiento de la producción industrial moderna. Por lo demás el estudiante no es sincero cuando se escandaliza al "descubrir" esta lógica de su formación que siempre ha estado abiertamente declarada. Es cierto que las incertidumbres económicas de su empleo óptimo, y sobre todo la puesta en cuestión del carácter verdaderamente deseable de los "pri-

vilegios" que la sociedad actual le ofrece han jugado un papel en su desorden y su revuelta. Pero justamente por ello el estudiante suministra el ganado ávido de encontrar signos de distinción en la ideología de uno u otro de los grupúsculos burocráticos. El estudiante que sueña con ser bolchevique o estaliniano-conquistador (es decir, maoísta) juega con dos tableros: cuenta con administrar algún pedazo de sociedad como cuadro del capitalismo por el mero hecho de haber estudiado, aunque el cambio de poder no responda a sus deseos. Y en el caso de que su sueño se realizara, se ve gloriosamente como gerente, un grado más alto como cuadro político "científicamente" garantizado. Los sueños de dominación de los grupúsculos se traducen a menudo con torpeza en la expresión de desprecio que sus fanáticos creen poder permitirse ante algunos aspectos de las reivindicaciones obreras que han calificado con frecuencia de simplemente "alimentarios". Vemos despuntar aquí, en la impotencia que haría mejor callándose, el desdén que les gustaría oponer a los izquierdistas al futuro descontento de estos mismos trabajadores el día en que ellos, especialistas autopatentados de los intereses generales del proletariado, puedan tener "en sus frágiles manos" oportunamente reforzadas de esta forma el poder estatal y la policía, como en Cronstadt, como en Pekín. Aparte de esta perspectiva de quienes son portadores de gérmenes de burocracias soberanas, no podemos reconocer nada serio a las oposiciones sociológico-periodísticas entre los estudiantes rebeldes, que se supone que rechazan la "sociedad de consumo", y los obreros, deseosos todavía de acceder a ella. El consumo en cuestión no es el de mercancías. Es un consumo jerárquico que crece para todos jerarquizándose aún más. La caída y la falsificación del valor de uso están presentes para todos, aunque de forma desigual, en la mercancía moderna. Todo el mundo vive este consumo de mercancías espectaculares *y* reales con una pobreza fundamental "porque no está en sí mismo más allá de la privación que se ha hecho más rica" (*La sociedad del espectáculo*). Los obreros también se pasan la vida consumiendo espectáculo, pasividad, mentira ideológica y mercantil. Pero tienen puestas menos ilusiones que nadie en las condiciones concretas que les impone, en lo que les cuesta en todos los momentos de su vida, la *producción* de todo ello.

Por todas estas razones los estudiantes, como capa social también en crisis, no fueron en mayo de 1968 más que la *retaguardia* del movimiento.

La deficiencia prácticamente general de la fracción estudiantil que decía tener intenciones revolucionarias fue probablemente, en relación con el tiempo libre que *hubieran podido* dedicar a la elucidación de los problemas de la revolución, lamentable pero muy secundaria. La de la gran masa de los trabajadores, amarrados y amordazados, fue por el contrario excusable pero decisiva. La definición y el análisis de los situacionistas en cuanto a los *momentos principales* de la crisis se expusieron en el libro de René Viénet *Enragés y situacionistas en el movimiento de ocupaciones* (Gallimard, 1968). Bastará aquí contrastar los puntos recogidos en este libro, reeditado en Bruselas en las tres últimas semanas de julio, con los documentos ya disponibles, pero no pensamos que deba modificarse ninguna conclusión. Desde enero hasta marzo, el grupo de los enragés de Nanterre (relevado tardíamente en abril por el "movimiento del 22 de marzo") emprendió con éxito el sabotaje de los cursos y los locales. La represión del Consejo de Universidad, demasiado tardía y torpe, combinada con dos cierres sucesivos de la

Facultad de Nanterre, trajo consigo la revuelta espontánea de los estudiantes el 3 de mayo en el Barrio Latino. La Universidad fue paralizada por la policía y la huelga. Una semana de lucha en la calle dio ocasión a los jóvenes obreros de pasar a la revuelta, a los estalinianos, de desacreditarse cada día con increíbles calumnias, a los dirigentes izquierdista del S.N.E. Sup. y a los grupúsculos de exhibir su falta de imaginación y de rigor y al gobierno de utilizar siempre a destiempo la fuerza y las concesiones mezquinas. En la noche del 10 al 11 de mayo, la sublevación que se apoderó del barrio que rodea la calle Gay-Lussac y resistió durante más de ocho horas con sesenta barricadas despertó a todo el país y llevó al gobierno a una capitulación mayor: retiró del Barrio Latino las fuerzas de orden y volvió a abrir la Sorbona sin poder hacerla funcionar. El período del 13 al 17 de mayo fue de ascenso irresistible del movimiento, convertido en una crisis general revolucionaria, siendo el día decisivo sin duda el 16, cuando las fábricas comenzaron a declararse a favor de la huelga salvaje. El 13, la simple jornada de huelga general decretada por las grandes organizaciones burocráticas para acabar rápido y bien el movimiento, sacando a ser posible alguna ventaja de él, no fue en realidad más que el principio: los obreros y los estudiantes de Nantes atacaron la prefectura, y los que entraron en la Sorbona como ocupantes la abrieron a los trabajadores. La Sorbona se convirtió al instante en un "club popular" con respecto al cual el lenguaje y las reivindicaciones de los clubs de 1848 se quedaban cortos. El 14, los obreros nanteses de Sud-Aviation ocuparon su fábrica secuestrando a los directores. Su ejemplo fue seguido el 15 por dos o tres empresas, y por más a partir del 16, día en que la base impuso la huelga en Renault en Billancourt. Casi todas las empresas iban a seguirlo, y casi todas las instituciones, ideas y costumbres iban a ser contestadas en los días siguientes. El gobierno y los estalinianos se dedicaron febrilmente a detener la crisis disolviendo su fuerza principal: acordaron condiciones salariales susceptibles de hacer reanudar inmediatamente el trabajo. El 27, la base rechazó en todas partes los "acuerdos de Grenelle". El régimen, al que un mes de abnegación estaliniana no había podido salvar, se vio perdido. Los propios estalinianos consideraron el 29 el desplome del gaullismo y se apresuraron a recoger contracorriente, con el resto de la izquierda, su peligrosa herencia: la revolución social a desarmar o a aplastar. Aunque De Gaulle se hubiese retirado ante el pánico de la burguesía y el rápido desgaste del freno estaliniano, el nuevo poder no hubiese sido más que la alianza antes debilitada, pero *oficializada*: los estalinianos hubiesen defendido un gobierno, por ejemplo Mendès- Waldeck, junto a milicias burguesas, activistas del partido y parte del ejército. Habrían intentado hacer no de Kerensky, sino de Noske. De Gaulle, más firme que los cuadros de su administración, alivió a los estalinianos anunciando el 30 que trataría de mantenerse por todos los medios: es decir, implicando al ejército y abriendo un proceso de guerra civil para mantener o reconquistar París. "Los estalinianos, encantados, se abstuvieron de llamar a mantener la huelga hasta la caída del régimen. Se apresuraron a incorporarse a las elecciones izquierdistas a cualquier precio. En tales condiciones, la alternativa inmediata se planteaba entre la afirmación autónoma del proletariado o el fracaso total del movimiento, entre la revolución de los Consejos o los acuerdos de Grenelle. El movimiento revolucionario no podía acabar con el P.C.F. sin echar primero a De Gaulle. La forma de

poder de los trabajadores que hubiese podido desarrollarse en la fase post-gaullista de la crisis, bloqueada a la vez por el viejo Estado reafirmado y el P.C.F., no hubiese tenido ninguna posibilidad de ir más deprisa que su fracaso en marcha." (Viénet, *op. cit.*). Aunque los trabajadores la prosiguiesen obstinadamente, durante una o varias semanas comenzó el reflujo de la huelga que todos sus sindicatos le presionaban para que detuviesen. Naturalmente no había desaparecido la burguesía en Francia; sólo estaba muda de terror. El 30 de mayo volvió a surgir, junto a la pequeña burguesía conformista, para apoyar al Estado. Pero ese Estado que tan bien había defendido la izquierda burocrática, en la medida en que los trabajadores no eliminaron la base del poder de estos burócratas imponiendo la forma de su propio poder autónomo, sólo podía caer si quería hacerlo. Los trabajadores le dieron esa libertad y sufrieron las consecuencias lógicas. La mayoría no había comprendido el sentido total de su propio movimiento, y nadie podía hacerlo en su lugar.

Si entre el 16 y el 30 de mayo se hubiese constituido en una sola fábrica una asamblea general en *Consejo* que detenta todos los poderes de decisión y de ejecución eliminando a los burócratas, organizando su autodefensa y llamando a los huelguistas de todas las empresas a ponerse en contacto con ella, superado ese último paso cualitativo hubiese podido llevar el movimiento inmediatamente a la *lucha final* cuyas perspectivas trazó históricamente. Gran cantidad de empresas habrían seguido el camino así abierto. Inmediatamente, esa fábrica hubiese podido sustituir a la incierta y en algunos aspectos excéntrica Sorbona de los primeros días para convertirse en el centro real del movimiento de ocupaciones: se habrían reunido alrededor de esta base los verdaderos *delegados* de los numerosos consejos que prácticamente ya existían en algunos edificios ocupados y en todos aquellos que habrían podido imponerse en todas las ramas de la industria. Una asamblea semejante hubiese podido entonces declarar la expropiación de todo el capital, *incluido el estatal*, anunciar que todos los medios de producción del país serían en lo sucesivo propiedad colectiva del proletariado organizado en democracia directa y llamar directamente -aprovechando los medios técnicos de telecomunicación- a los trabajadores de todo el mundo para que apoyasen esta revolución. Algunos dirán que esta hipótesis es utópica. Nosotros responderemos: es precisamente porque el movimiento de ocupaciones estuvo objetivamente en varios momentos *a una hora* de un resultado tal por lo que sembró semejante espanto, legible para todos en la impotencia que estaba demostrando el Estado y en el pánico que invadía al partido llamado comunista, y más tarde en la conspiración de silencio que se ha hecho sobre su gravedad. Hasta el punto de que millones de testigos, presas nuevamente de la "organización social de la apariencia" que le presenta esta época como una locura pasajera de juventud -tal vez sólo universitaria- deben preguntarse si no está loca una sociedad que pudo *dejar pasar* así una aberración tan asombrosa.

Naturalmente, desde esta perspectiva era inevitable la guerra civil. Aunque el enfrentamiento armado no hubiese dependido ya de lo que el gobierno temiese o hiciese temer en cuanto a las eventuales malas intenciones del partido llamado comunista, sino objetivamente de la consolidación de un poder proletario directo sobre una base industrial (poder evidentemente total, y no "poder obrero" limitado a no se sabe qué pseudocontrol de la producción de la propia alienación), la contrarrevolución armada se hubiese desencadenado pronto seguramente. Pero no lo hubiese tenido fácil. Parte de las tropas se habría amotinado, los obreros habrían sabido encontrar armas y no habrían construido ya barricadas -buenas sin duda como forma de expresión *política* al principio del movimiento, pero claramente ridículas desde el punto de vista *estratégico* (y los Malraux que dicen *a posteriori* que los tanques hubiesen ganado la calle Gay-Lussac mucho antes que la gendarmería móvil tienen ciertamente razón en este punto, pero ¿hubiesen podido entonces ocultar *políticamente* los costos de semejante victoria? Ellos no se arriesgaron, en todo caso, prefirieron hacerse los muertos y no se tragaron precisamente por humanismo esta humillación)-. La invasión extranjera hubiese seguido fatalmente a ello, piensen lo que piensen algunos ideólogos (se puede haber leído a Hegel y a Clausewitz y no ser más que Glucksmann), a partir sin duda de las fuerzas de la O.T.A.N., pero con el apoyo indirecto o directo del "Pacto de Varsovia". Pero entonces todo se habría jugado sobre el terreno a doble o nada ante el proletariado de Europa.

Tras la derrota del movimiento de ocupaciones, tanto los que participaron como los que tuvieron que padecerlo se han planteado a menudo la pregunta: "¿Fue una revolución?". El empleo extendido, en la prensa y en la vida cotidiana, de un término cobardemente neutral -"los acontecimientos"- señala precisamente el retroceso ante la respuesta, ante la formulación siquiera de la cuestión. Hay que enfocar tal cuestión en su verdadera perspectiva histórica. El "éxito" o el "fracaso" de una revolución, referencia trivial de periodistas y gobernantes, no puede servir de criterio por la simple razón de que aparte de las burguesas *nunca ha triunfado ninguna revolución*: no ha abolido las clases. La revolución proletaria no se ha hecho hasta ahora en ninguna parte, pero el proceso práctico a través del cual se manifiesta su proyecto ha producido ya al menos una decena de momentos revolucionarios de extremada importancia histórica a los que se reconoce el nombre de revoluciones. Nunca se ha desplegado en ellos el *contenido total* de la revolución proletaria, pero se trata en cada ocasión de una interrupción esencial del orden socioeconómico dominante y de la aparición de nuevas formas y nuevas concepciones de la vida real, fenómenos diversos que sólo pueden comprenderse y juzgarse en su significación de conjunto, inseparable ella misma del devenir histórico que pueda tener. De todos los criterios parciales utilizados para reconocer o no el nombre de revolución a un período problemático del poder estatal, el peor es seguramente el que juzga en base a si el régimen político vigente cayó o se mantuvo. Este criterio, muy utilizado después de mayo por los pensadores de izquierdas, es el mismo que permite a los informativos calificar día a día de revolución cualquier *putsch* militar que haya cambiado en un año el régimen de Brasil, de Ghana, de Irak o de donde sea. Pero la revolución de 1905 no derribó al poder zarista, que sólo hizo algunas concesiones provisionales. La revolución española de 1936 no suprimió formalmente el poder político existente: surgía por lo demás de un alzamiento proletario comenzado para defender la República contra Franco. Y la revolución húngara de 1956 no abolió el gobierno burocrático-liberal de Nagy. Si tenemos en cuenta otras limitaciones dignas de ser señaladas, el movimiento húngaro fue en muchos aspectos una sublevación nacional contra una dominación extranjera, y ese carácter de resistencia nacional, aunque menos importante en la

Comuna, tuvo sin embargo un papel en sus orígenes. Ésta no suplantó el poder de Thiers más que en la afueras de París. Y el soviet de San Petersburgo en 1905 no llegó siquiera a controlar la capital. Todas estas crisis, inacabadas en sus realizaciones prácticas e incluso en sus contenidos, aportaron sin embargo muchas novedades radicales y pusieron seriamente en jaque a las sociedades a las que afectaron, por lo que pueden ser calificadas legítimamente como revoluciones. En cuanto a pretender juzgar las revoluciones por la magnitud de la matanza que entrañan, esta visión romántica no merece ser discutida. Revoluciones incontestables se han afirmado con choques poco sangrientos, incluso la Comuna de París que acabaría en masacre, y muchos enfrentamientos civiles han acumulado miles de muertos sin ser en absoluto revoluciones. Generalmente no son las revoluciones las que son sangrientas, sino la reacción y la represión que se han opuesto a ellas en un segundo momento. Es sabido que el número de muertos en el movimiento de mayo dio lugar a una polémica sobre la cual los mantenedores del orden, provisionalmente tranquilos, no dejan de insistir. La verdad oficial es que no hubo más de cinco muertos que fallecieron instantáneamente, entre ellos sólo un policía. Todos los que lo afirman añaden que es una suerte inverosímil. Lo que aumenta bastante la inverosimilitud científica es que no se admitió nunca que uno solo de los numerosos heridos graves muriese en los días siguientes: esta suerte singular no se debió sin embargo a la rapidez del socorro quirúrgico, sobre todo durante la noche de Gay-Lussac. Por otra parte, si era muy conveniente *en aquel momento* una sencilla manipulación para subestimar el número de muertos para un gobierno en situación desesperada, lo ha seguido siendo *después* por razones diferentes. Pero finalmente, en conjunto, las pruebas retrospectivas del carácter revolucionario del movimiento de ocupaciones son tan incuestionables como lo que arrojó al rostro del mundo *existiendo*: la prueba de que llegó a esbozar una legitimidad nueva es que el régimen restablecido en junio nunca osó perseguir, para lograr la seguridad interior del Estado, a los responsables de acciones manifiestamente ilegales que le habían despojado parcialmente de su autoridad, o sea de sus edificios. Pero lo más evidente, para aquellos que conocen la historia de nuestro siglo, es esto: todo lo que los estalinianos hicieron en todas las fases del movimiento por combatirlo sin descanso demuestra que era una revolución.

Mientras que los estalinianos representaron, como siempre, de alguna manera el ideal de la burocracia antiobrera como forma pura, los embriones burocráticos del izquierdismo pisaban en falso. Todos trataban con ostensible cuidado a las burocracias efectivas, tanto por cálculo como por ideología (con excepción del "22 de marzo" que se contentaba con tratar bien a su propio núcleo, J.C.R., maoístas, etc.). De forma que no podían hacer otra cosa que "empujar hacia la izquierda" -pero sólo en función de sus propios cálculos deficientes- a un movimiento espontáneo mucho más extremista que ellos, y al mismo tiempo a los aparatos que no podían en ningún caso hacer concesiones al izquierdismo en una situación tan manifiestamente revolucionaria. Las ilusiones pseudoestratégicas también florecieron en abundancia: algunos izquierdistas creían que la ocupación de cualquier ministerio la noche del 24 de mayo habría asegurado la victoria del movimiento (y otros izquierdistas maniobraban entonces para impedir un "exceso" que no entrase en su propia planificación de la victoria). Otros, que tenían el sueño más modesto de conservar una gestión "responsable" y no visceral para mantener allí una "universidad de verano", creyeron que las facultades se convertirían en bases de la guerrilla urbana (todas cayeron tras la huelga obrera sin ser defendidas, y la Sorbona, que era el centro momentáneo del movimiento en expansión, con todas las puertas abiertas y casi despoblada hacia el final de la noche crítica del 16 al 17 de mayo, pudo ser recuperada en menos de una hora por una expedición del C.R.S.). No queriendo ver que el movimiento iba más allá de un cambio político en el Estado y en qué términos se planteaba la apuesta real (una toma de conciencia *coherente*, total, en las empresas), los grupúsculos trabajaban duramente contra esta perspectiva, extendiendo ilusiones apolilladas a montones, dando en todas partes el mal ejemplo de esa conducta burocrática que asquea a todos los trabajadores revolucionarios y finalmente parodiando de la forma más desafortunada todas las formas de revolución del pasado, tanto el parlamentarismo como la guerrilla al estilo zapatista, sin que esa mala película coincidiese nunca con la menor realidad. Los ideólogos tardíos de los pequeños partidos izquierdistas, adoradores de los errores de un pasado revolucionario desaparecido, se encontraban generalmente desarmados para comprender un movimiento *moderno*. Y su suma ecléctica adornada con ribetes modernistas, el "movimiento del 22 de marzo", combinó casi todas las taras ideológicas del pasado con los defectos del confusionismo ingenuo. Los recuperadores estaban instalados en la dirección de los mismos que manifestaban su temor a "la recuperación", considerada por otra parte vagamente como un peligro de naturaleza un tanto mística, a falta del menor conocimiento de las verdades sobre la recuperación y la organización, de lo que es un delegado y un "portavoz" irresponsable, y precisamente por ello mantenían la dirección, ya que el principal poder efectivo del "22 de marzo" fue hablar con los periodistas. Sus ridículas estrellas se ponían *delante de los focos* para declarar a la prensa que no querían convertirse en estrellas.

Los "Comités de acción" que se habían formado espontáneamente más o menos en todas partes se encontraron en la ambigua frontera entre la democracia directa y la incoherencia infiltrada y recuperada. Esta contradicción dividía interiormente a casi todos los comités. Pero la división era todavía más clara entre los dos tipos principales de organización que encubría la misma etiqueta. Por un lado hubo comités formados sobre una base *local* (comités de acción de barrios o de empresas, comités de ocupación de edificios que habían caído en manos del movimiento revolucionario), o bien constituidos para cumplir ciertas tareas especializadas cuya necesidad práctica era evidente, particularmente la extensión internacional del movimiento (comités de acción italiano, magrebí, etc.). Por otro lado vimos multiplicarse comités *profesionales*, intento de restaurar el viejo sindicalismo, aunque casi siempre para uso de semiprivilegiados, con un carácter claramente corporativista, como tribuna de especialistas separados que querían unirse al movimiento y mantenerse como tales, sacando incluso provecho de la notoriedad ("Estados Generales del Cine", Unión de Escritores, Comité de Acción del Instituto de Inglés y demás). Los métodos eran todavía más claramente opuestos que los objetivos. Allí, las decisiones eran ejecutorias; aquí, eran voces abstractas. Allí, prefiguraban el poder revolucionario de los Consejos; aquí, parodiaban a los grupos de presión del poder estatal.

Los edificios ocupados, cuando no estaban bajo la autoridad de "gerentes leales" sindicalistas, y en la medida en que no permanecieron aislados como posesión pseudofeudal de la asamblea de sus habituales usuarios universitarios (por ejemplo la Sorbona de los primeros días, los edificios abiertos a trabajadores y gente del barrio por los estudiantes de Nantes, el I.N.S.A. donde se instalaron los obreros revolucionarios de Lyon, el Instituto Pedagógico Nacional) constituían uno de los puntos más fuertes del movimiento. La lógica propia de estas ocupaciones podía llevar a los mejores desarrollos: hay que advertir, por lo demás, cómo a un movimiento paradójicamente tímido ante la perspectiva de *requisar* las mercancías no le inquietaba en absoluto haberse apropiado ya de parte del capital inmobiliario del Estado.

Aunque se impidió finalmente que se siguiese este ejemplo en las fábricas, hay que decir también que el estilo de muchas de estas ocupaciones dejaba mucho que desear. Las rutinas mantenidas impidieron casi en todas partes ver el alcance de la situación y los instrumentos que ofrecía para la acción en curso. Por ejemplo, el número 77 de *Informations Correspondance Ouvrières* (enero de 1969) objeta al libro de Viénet -que había citado su presencia en Censier- que los trabajadores que están desde hace tiempo en contacto con este boletín "no 'ocuparon': ni en la Sorbona, ni en Censier ni en ninguna otra parte; todos estaban involucrados en la huelga en su lugar de trabajo" y "en las asambleas, en la calle". "Nunca pretendieron tener, de una forma u otra, 'permanencia' en las facultades y menos todavía constituirse en 'unión obrera' ni en 'consejo', cuanto ni más 'para el mantenimiento de las ocupaciones", que ellos consideran "uno de los organismos paralelos cuya finalidad sería sustituir al trabajador". Más adelante, *I.C.O.* añade que ellos habían mantenido allí "dos reuniones semanales" de su grupo porque "las facultades, y particularmente Censier, más tranquila, ofrecían salas gratuitas y disponibles". De esta forma, los escrúpulos de los trabajadores de *I.C.O.* (a los que queremos suponer tan eficientes como modestos allí donde se involucran en la huelga, en el lugar preciso de su trabajo y en las calles vecinas) les llevaron a no ver en uno de los aspectos más originales de la crisis más que la posibilidad de sustituir su café habitual tomando prestadas salas gratuitas en una facultad tranquila. Reconocen también, pero con aire igual de satisfecho, que muchos de sus camaradas "dejaron pronto de asistir a las reuniones de *I.C.O.* por que no encontraban allí respuesta a su deseo de 'hacer algo'". De esta forma, 'hacer algo' se convertía automáticamente para estos trabajadores en la vergonzosa tendencia a sustituir "al trabajador", una especie de ser trabajador en sí que no existiría por definición más que en su fábrica, allí donde por ejemplo los estalinianos le obligarán a callarse y donde *I.C.O.* tendrá que esperar naturalmente a que los trabajadores sean puramente liberados *en su lugar de trabajo* (de lo contrario, ¿no se arriesgarían a sustituirse por ese verdadero trabajador todavía mudo?). Semejante elección ideológica de la dispersión es un desafío a la necesidad esencial cuya vital urgencia notaron los trabajadores en mayo: la coordinación y la comunicación de las luchas y de las ideas en base a encuentros libres, fuera de las fábricas sometidas a la policía sindical. Sin embargo *I.C.O.* no ha ido, ni antes ni después de mayo, hasta el final de su razonamiento metafísico. Existe, como publicación tipografiada a través de la cual algunas decenas de trabajadores se resignan a "sustituir" por sus análisis lo que pueden hacer

espontáneamente algunos otros cientos de trabajadores que no la han redactado. El número 78 de febrero nos informa de que "en un año la tirada de *I.C.O.* ha pasado de 600 ejemplares a 1.000". Pero ese *Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones* que parece conmocionar la virtud de *I.C.O.*, simplemente ocupando el Instituto Pedagógico Nacional y sin perjuicio de sus demás actividades o publicaciones, pudo sacar gratuitamente 100.000 ejemplares gracias a un entendimiento inmediatamente obtenido con los huelguistas de la imprenta del I.P.N. en Montrouge, textos cuya tirada fue difundida, en su inmensa mayoría, entre otros trabajadores en huelga, y de los que nadie hasta el momento ha tratado de demostrar que su contenido pudiese aspirar por nada del mundo a sustituir las decisiones de ningún trabajador. Y la participación en las relaciones aseguradas por el C.P.M.O. en París y en provincias jamás se contradijo con la presencia de los huelguistas en sus lugares de trabajo (ni por supuesto en las calles). Más aún, algunos tipógrafos huelguistas del C.P.M.O. prefirieron trabajar en cualquier sitio con las máquinas disponibles que permanecer pasivos en "sus" empresas.

Si los puristas de la inacción obrera perdieron ciertamente la oportunidad de tomar la palabra en respuesta a todas las ocasiones en que fueron obligados a callarse, lo que se ha convertido entre ellos en una especie de orgullosa costumbre, la presencia de una masa de infiltrados neobolcheviques fue mucho más nociva. Pero lo peor fue la extremada *falta de homogeneidad* de la asamblea que los primeros días de la ocupación de la Sorbona se encontró, sin haberlo querido ni comprendido claramente, en el centro ejemplar de un movimiento que involucró a las fábricas. Esta falta de homogeneidad social se derivaba sobre todo del aplastante peso numérico de los estudiantes, a pesar de la buena voluntad de muchos de ellos, y era agravada por una proporción bastante grande de visitantes que obedecían a una motivación simplemente turística: una base objetiva semejante es la que permite el despliegue de las más torpes maniobras de los Péninou o los Krivine. Esta ambigüedad de los participantes se añadía a la ambigüedad esencial de los actos de una asamblea improvisada que, por fuerza, iba a *representar* (en todos los sentidos de la palabra, y por tanto también en el peor sentido de la misma) la perspectiva consejista para todo el país. Esta asamblea tomaba decisiones a la vez para la Sorbona -mal por otra parte, mistificadamente: no pudo siquiera llegar a ser dueña de su propio funcionamiento- y para la sociedad en crisis: quería y reclamaba, en términos torpes pero sinceros, la unión con los trabajadores, la negación del viejo mundo. Al enumerar sus faltas no olvidamos cómo fue *escuchada*. El mismo número 77 de *I.C.O.* reprocha a los situacionistas haber buscado entonces en esta asamblea el acto ejemplar que les hiciese "pasar a la leyenda", poner algunas cabezas "en el podium de la historia". Creemos que nosotros no pusimos ninguna estrella en ninguna tribuna histórica, pero también creemos que la ironía impertinente de esta "buena gente" obrera no viene a cuento. *Era* una tribuna histórica.

Habiendo sido derrotada la revolución, los mecanismos sociotécnicos de la falsa conciencia debían restablecerse naturalmente, intactos en lo esencial: el espectáculo choca con su negación pura, y ningún reformismo puede luego recargar ni el 7% de sus concesiones a la realidad. Para mostrar esto a los menos informados basta examinar los cerca de *trescientos libros*, por no contar más que la edición en Francia, que aparecieron

el año siguiente al movimiento de las ocupaciones. Tal cantidad de libros no puede ser ridiculizada o censurada, como han creído necesario hacer algunos obsesos de la recuperación, que sin embargo tienen menos razones para inquietarse cuanto que no hay generalmente entre ellos nada que pueda excitar la codicia de los recuperadores. El hecho de que se hayan publicado tantos libros significa principalmente que la importancia histórica del movimiento fue profundamente percibida, a pesar de las incomprensiones y denegaciones interesadas. Lo que es criticable, de modo mucho más simple, es que de trescientos libros apenas haya diez que merezcan ser leídos, que estén constituídos por relatos y análisis que escapen a cómicas ideologías o por compilaciones de documentos no manipulados. La subinformación y la falsificación, que dominan en toda la línea, han encontrado una aplicación privilegiada en la forma en que se ha dado cuenta casi siempre de la actividad de los situacionistas. Sin hablar de los libros que se limitan a guardar silencio sobre este punto ni de imputaciones absurdas, hemos escogido tres estilos de contraverdad para otras tantas series de estas obras. El primer modelo consiste en limitar la acción de la I.S. a Estrasburgo, dieciocho meses antes, como desencadenamiento remoto de una crisis en la que a continuación habría desaparecido (ésta es también la posición del libro de Cohn-Bendit, que consiguió no decir una palabra sobre la existencia del grupo de los "enragés" en Nanterre). El segundo modelo, mentira esta vez positiva y no por omisión, afirma contra toda evidencia que los situacionistas habrían aceptado tener contactos con el "movimiento del 22 de marzo", con el que muchos llegan a fundirnos completamente. Finalmente, el tercer modelo nos presenta como un grupo autónomo de irresponsables y de exaltados que surge por sorpresa, a mano armada incluso, en la Sorbona y otros lugares para sembrar un desorden monstruoso profiriendo las más extravagantes exigencias.

No obstante, es difícil negar cierta continuidad en la acción de los situacionistas en 1967-68. Y parece que esta continuidad haya contrariado precisamente a quienes, a golpe de grandes *entrevistas* o reclutamientos, pretenden atribuirse un papel de *líderes* del movimiento, papel que por su parte la I.S. siempre ha rechazado: su estúpida ambición llevó a algunas de estas personas a ocultar lo que precisamente ellas sabían mejor que nadie. La teoría situacionista se encontraba para muchos en el origen de la crítica generalizada que produjo los primeros incidentes de la crisis de mayo y que se desplegó con ellos. No sólo por nuestra intervención contra la Universidad de Estrasburgo. Por ejemplo, se distribuyeron 2.000 o 3.000 ejemplares de cada uno de los libros de Vaneigem y Debord en los meses anteriores, sobre todo en París, y una proporción inhabitual de los mismos fueron leídos por trabajadores revolucionarios (según algunos indicadores parece que estos dos libros fueron, al menos con respecto a su tirada, *los más robados* de las librerías en 1968). A través del grupo de los enragés, la I.S. puede alardear de no haber carecido de importancia en el origen preciso de la agitación de Nanterre, que llevaron tan lejos. En fin, creemos no haber quedado por detrás del gran movimiento espontáneo de masas que dominó el país en mayo de 1968, tanto por lo que hicimos en la Sorbona como por las diversas formas de acción que llevó a cabo el "Consejo Para el Mantenimiento de las Ocupaciones". Además de la I.S. propiamente dicha y de gran cantidad de individuos que admitían sus tesis y actuaron en consecuencia, muchos otros defendieron planteamientos situacionistas por influencia directa o inconscientemente, porque eran en gran medida las que esa época de crisis revolucionaria llevaba objetivamente consigo. Quienes lo duden sólo tienen que *leer los muros* (para quienes no tuviesen esta experiencia, citamos la colección de fotografías publicada por Walter Lewino *La imaginación al poder*, Losfeld, 1968).

Se puede afirmar por tanto que la sistemática minimización de la I.S. no es más que un detalle homólogo a la minimización actual, normal en la óptica dominante, del conjunto del movimiento de ocupaciones. La especie de celos que han experimentado ciertos izquierdistas, y que contribuye fuertemente a esta tarea, está por lo demás completamente fuera de propósito. Los grupúsculos más izquierdistas no tienen motivos para rivalizar con la I.S., porque la I.S. no es de esos grupos que compiten en el terreno del militantismo o que pretenden dirigir el movimiento revolucionario en nombre de la supuesta interpretación "correcta" de una verdad petrificada extraída del marxismo o del anarquismo. Plantear así la cuestión es olvidar que, contrariamente a esas repeticiones abstractas en las que antiguas conclusiones siempre actuales en la lucha de clases se mezclan inextricablemente con un montón de errores o imposturas que las desgarran, la I.S. aportó principalmente un *nuevo espíritu* a los debates teóricos sobre la sociedad, la cultura y la vida. Este espíritu era con seguridad revolucionario. Pudo vincularse en cierta medida al movimiento revolucionario real que recomenzaba. Y en la medida en que este movimiento tuvo también un carácter nuevo resultó *parecerse* a la I.S. y tomó parcialmente sus tesis por su cuenta, y de ninguna forma mediante un proceso político tradicional de adhesión o seguidismo. El nuevo carácter de este movimiento práctico es legible precisamente en esta *influencia,* totalmente extraña a ningún papel dirigente, que la I.S. resultó ejercer. Todas las tendencias izquierdistas -incluido el "22 de marzo", que llevaba en su baratillo de leninismo, estalinismo chino y anarquismo bisuta "situacionista"- se apoyaban muy explícitamente en un extenso pasado de luchas, de ejemplos, de doctrinas cien veces publicadas y discutidas. Sin duda, estas luchas y publicaciones habían sido sofocadas por la reacción estaliniana y desdeñadas por los intelectuales burgueses. Pero eran sin embargo infinitamente más accesibles que las nuevas posiciones de la I.S., que jamás pudieron darse a conocer más que a través de nuestras propias publicaciones y actividades recientes. Si los raros documentos conocidos de la I.S. encontraron semejante audiencia es porque parte de la crítica práctica avanzada se reconocía en su lenguaje. Así, nos encontramos ahora muy bien situados para decir lo que mayo fue esencialmente, incluso en la parte de él que sigue estando latente; para hacer conscientes las tendencias inconscientes del movimiento de ocupaciones. Otros, que mienten, dicen que no había nada que comprender en este desencadenamiento absurdo, o describen como el todo, a través de la pantalla de su ideología, los aspectos reales más viejos y menos importantes, o prosiguen el "argumentismo" a través ahora de nuevos temas de "cuestionamiento" que se alimentan a sí mismos. Tienen de su parte los grandes periódicos y las pequeñas amistades, la sociología y las grandes tiradas. Nosotros no tenemos nada de eso, y no tenemos más derecho a la palabra que el que sacamos de nosotros mismos. Y sin embargo, lo que ellos dicen de mayo se perderá en la indiferencia y será olvidado; y lo que decimos nosotros permanecerá y será finalmente creído y reto-

mado.

La influencia de la teoría situacionista se lee, tanto como en los muros, en las acciones de los revolucionarios de Nantes y en aquellas otras, de otra forma ejemplares, de los enragés en Nanterre. Se percibe la indignación que suscitaron las nuevas formas de acción inauguradas o sistematizadas por los enragés. Nanterre embarrada se convertía en "Nanterre-embriagada" porque algunos "granujas del campus" se pusieron un día de acuerdo en que "todo lo que es discutible ha de discutirse" y porque querían "que se supiese".

En realidad, los que se encontraron entonces y formaron el *Grupo de los Enragés* no tenían una idea preconcebida de la agitación. Estos "estudiantes" no estaban allí más que formalmente *y por las becas*. Ocurría únicamente que los barrizales y las chabolas les resultaban menos odiosos que los edificios de hormigón, la palurda fatuidad estudiantil y el pensamiento retrasado de los profesores modernistas. Buscaban allí un residuo de humanidad y no encontraron más que miseria, aburrimiento o mentira en el caldo de cultura en el que chapoteaban de consuno Lefebvre y su honestidad, Touraine y el fin de la lucha de clases, Bouricaud y sus gruesos brazos, Lourau y su devenir. Conocían además las tesis situacionistas, sabían que las cabezas pensantes del ghetto les conocían, las meditaban a menudo y de ahí sacaban su modernismo. Decidieron que todo el mundo tenía que saberlo y se dedicaron a desenmascarar la mentira reservándose encontrar más tarde otros terrenos de juego: contaban con que expulsados los mentirosos y los estudiantes, la ocasión les reportaría otros encuentros, a otra escala, y que entonces "felicidad e infelicidad tomarían forma".

Su pasado, que no ocultaban (origen mayoritariamente anarquista, pero también surrealista y en algún caso trotskista), hubo de inquietar pronto a aquellos a los que primero se enfrentarían: viejos grupúsculos izquierdistas, trotskistas del C.L.E.R. o estudiantes anarquistas que englobaba Daniel Cohn-Bendit, todos disputándose la falta de futuro de la U.N.E.F. y la función de psicólogo. La elección que hicieron de expulsar a muchos sin indulgencia inútil les protegió contra el éxito que rápidamente conocieron al lado de unos veinte *estudiantes*; y también contra las adhesiones vagas de todos aquellos que acechaban un situacionismo sin situacionistas sobre el que llevar sus obsesiones y sus miserias. En estas condiciones, el grupo, que alcanzó a veces la quincena, estuvo casi siempre formado por media docena de agitadores. Hemos visto que eran suficientes.

Los métodos que emplearon los Enragés, en particular los sabotajes de cursos, aunque son hoy banales tanto en las facultades como en las escuelas, escandalizaron profundamente tanto a los izquierdistas como a los buenos estudiantes, organizando a veces los primeros incluso servicios de orden para proteger a los profesores de una lluvia de injurias y naranjas podridas. La generalización del uso del insulto merecido, del graffiti, de la consigna de boicot incondicional a los exámenes, la distribución de panfletos en los locales universitarios, en fin, el escándalo cotidiano de su existencia, atrajeron sobre los enragés el primer intento de represión: convocatoria de Riesel y Bigorgne ante el decano el 25 de enero, expulsión de Cheval de la residencia a primeros de febrero, prohibición de estancia (finales de febrero) y cinco años de expulsión de la Universidad francesa (principios de abril) para Bigorgne. Una agitación más marcadamente política, mantenida por los grupúsculos, comenzó a desarrollarse paralelamente.

Mientras tanto, los viejos monos de la Reserva, perdidos en el embrollo de la puesta en escena de su "pensamiento", no se inquietaron más que tardíamente. Hubo que obligarlos a hacer muecas, como Morin lamentándose, verde de rabia, bajo los aplausos estudiantiles: "El otro día me arrojásteis al basurero de la historia... -Interrupción: "¿Y cómo has salido de allí?"- "Prefiero estar en la basura que entre quienes la manejan, y en cualquier caso, ¡prefiero estar en la basura que en los crematorios!". Igual que Touraine, babeando de rabia y aullando: "Ya tengo bastante de anarquistas, y más aún de situacionistas. Por el momento soy yo el que manda aquí, y si un día lo fuesen ustedes me iría donde sepan lo que es el trabajo". Sólo un año más tarde los descubrimientos de estos precursores encontraron aplicación en los artículos de Raymond Aron y Etiemble, que protestaban por la imposibilidad de trabajar y la escalada del totalitarismo izquierdista y del fascismo rojo. Desde el 26 de enero hasta el 22 de marzo prácticamente no cesaron las interrupciones violentas del curso. Ellas mantenían una agitación permanente con vistas a la realización de varios proyectos que se malograron: publicación de un folleto a primeros de mayo e invasión y saqueo del edificio administrativo de la facultad con ayuda de revolucionarios nanteses a primeros de marzo. Antes de ver todo esto, el decano Grappin denunció en su conferencia de prensa del 28 de marzo la existencia de "un grupo de estudiantes irresponsables que desde hace meses perturban el curso y los exámenes y practican métodos guerrilleros en la facultad... Estos estudiantes no se vinculan a ninguna organización política conocida. Constituyen un elemento explosivo en un medio muy sensible." En cuanto al folleto, el impresor de los enragés iba menos rápido que la revolución. Tras la crisis, tuvimos que renunciar a publicar un texto que hubiese parecido hacer profecías después del acontecimiento.

Todo esto explica el interés que adquirió para los enragés la noche del 22 de marzo y quizá su desconfianza *a priori* hacia el conjunto de los demás manifestantes. Mientras que Cohn-Bendit, estrella ya en el firmamento de Nanterre, hablaba con los menos decididos, diez enragés se instalaron en la sala del Consejo de la Facultad donde 22 minutos después se reunieron para el futuro "Movimiento del 22 de marzo". Sabemos (cf. Viénet) cómo y por qué se retiraron de esta farsa. Veían cada vez más claro que la policía no vendría, y que con tales personas no podrían llevar a cabo el único objetivo que se habían fijado para la noche: destruir completamente las notas de los exámenes. En las primeras horas del 23 decidieron expulsar a cinco de ellos que se negaron a abandonar la sala por miedo a "romper con las masas" estudiantiles.

Es gracioso constatar que en los orígenes del movimiento de mayo existe un ajuste de cuentas con los pensadores dúplices de la banda argumentista. Pero combatiendo a la fea cohorte de pensadores subversivos asalariados por el Estado los enragés hacían algo más que ajustar una vieja cuenta pendiente. Hablaban ya como *movimiento de las ocupaciones* que lucha por la ocupación real, por parte de todos los hombres, de todos los sectores de la vida social regidos por la mentira. Y al escribir sobre los muros de cemento "tomad vuestros deseos por la realidad" destruían ya la ideología recuperadora de "la imaginación al poder", pretenciosamente lanzada por el "22 de marzo". Es que unos tenían deseos, y otros imaginación.

Los enragés casi no volvieron a Nanterre en abril. Las veleidades de democracia directa exhibidas por el "movimiento del 22 de marzo" eran evidentemente irrealizables en esas compañías, y ellos rechazaban por anticipado la pequeña plaza que se les concedía, como amenizadores extremistas, a la izquierda de la ridícula "Comisión de cultura y creatividad". En el lado opuesto, la recuperación por parte de los estudiantes de Nanterre de algunas de sus técnicas de agitación, aunque con un problemático fin antiimperialista, significaba que comenzaba a tener lugar el debate sobre el terreno que ellos habían querido definir. Los estudiantes de París que atacaron a la policía el 3 de mayo en respuesta a la última de las torpezas de la administración universitaria, lo demostraron también: el violento panfleto de advertencia de los enragés *La rabia en el vientre*, distribuido el 6 de mayo, no indignó más que a los leninistas a los que denunciaba, mientras que tomaba la medida exacta al movimiento real; en dos días de combates en las calles los amotinados le encontraron aplicación. La actividad autónoma de los enragés acabó de forma tan consecuente como había comenzado. Fueron tratados *como situacionistas* antes incluso de estar en la I.S., ya que los recuperadores izquierdistas se inspiraron en ellos creyendo poder ocultarlos para exhibirse ante los periodistas que los enragés habían evidentemente rechazado. El propio término "enragés", con el que Riesel dio una marca inolvidable al movimiento de las ocupaciones, adquirió tardíamente y durante algún tiempo una significación publicitaria "cohnbendista".

La rápida sucesión de las luchas en la calle en los primeros diez días de mayo reunió enseguida a los miembros de la I.S., a los enragés y algunos otros camaradas. Este compromiso se formalizó al día siguiente de la ocupación de la Sorbona, el 14 de mayo, cuando se federaron en un "Comité Enragés-I.S." que empezó a publicar ese mismo día documentos con esta firma. A ello siguió una expresión autónoma más amplia de las tesis situacionistas en el interior del movimiento, pero no se trataba de plantear los principios particulares a partir de los cuales queriamos modelar el movimiento real: al decir lo que pensábamos, decíamos *lo que* éramos, mientras tantos otros se disfrazaban para explicar que había que seguir la política correcta de su comité central. Esa misma tarde la asamblea general de la Sorbona, abierta efectivamente a los trabajadores, empezó a organizar su poder sobre la marcha, y René Riesel, que había afirmado las tesis más radicales sobre la propia organización de la Sorbona y sobre la extensión total de la lucha iniciada, fue elegido en el primer Comité de Ocupación. El día 15 los situacionistas presentes en París dirigieron una circular a provincias y al extranjero: *A los miembros de la I.S., a los camaradas que se han declarado de acuerdo con nuestras tesis*. Este texto analizaba brevemente el proceso en curso y sus desarrollos posibles por orden de probabilidad decreciente -agotamiento del movimiento en caso de permanecer limitado "a los estudiantes antes de que la revolución antiburocrática conquistase el medio obrero", represión, o finalmente 'revolución social'". Comportaba también un ajuste de cuentas de nuestra actividad hasta el momento y llamaba a continuación a hacer todo lo posible "por dar a conocer, apoyar y extender la agitación". Proponíamos como temas inmediatos en Francia: "la ocupación de fábricas" (acababa de conocerse la ocupación de Sud-Aviation, ocurrida la víspera por la tarde) la 'constitución de Consejos Obreros', el cierre definitivo de la Universidad y la crítica completa de todas las alienaciones". Hay que

señalar que era la primera vez, desde que la I.S. existía, que pedíamos a alguien hacer algo, ni siquiera a los más próximos a nuestras posiciones. Nuestra circular tampoco quedó sin eco, particularmente en las ciudades donde el movimiento de mayo se imponía con más fuerza. El día 16 por la tarde la I.S. lanzó una segunda circular exponiendo los desarrollos de la jornada y previendo "una prueba mayor de fuerza". La huelga general interrumpió esta secuencia, que fue retomada con otra forma el 20 de mayo por los emisarios que el C.M.D.O. enviaba a provincias y al extranjero.

El libro de Viénet describe con detalle cómo el Comité de Ocupación de la Sorbona, reelegido en bloque por la asamblea general del día 15 por la tarde, vio desaparecer de puntillas a la mayoría de sus miembros, que se doblegaron a las maniobras y los intentos de intimidación de una burocracia informal que intentaba volver a recuperar subrepticiamente la Sorbona (U.N.E.F., M.A.U., J.C.R., etc.). Los enragés y los situacionistas se encontraron por tanto con la responsabilidad del Comité de ocupación los días 16 y 17 de mayo. Al no aprobar finalmente la asamblea general del día 17 los actos con los que ese comité había ejercido su mandato, ni desaprobarlos tampoco (los manipuladores impidieron el voto de la asamblea), declaramos de inmediato que abandonábamos la universidad desfalleciente, y todos los que se agrupaban alrededor de ese comité de ocupación vinieron con nosotros y llegaron a constituir el núcleo del Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones. Conviene advertir que el segundo comité de ocupación, elegido después de nuestra partida, siguió en funcionamiento, idéntico a sí mismo y del modo glorioso que sabemos, hasta el retorno de la policía en junio. *Nunca más se planteó la cuestión de reelegir cada día en asamblea delegados revocables.* Este comité de profesionales llegó después a suprimir rápidamente las asambleas generales, que no eran a sus ojos más que una fuente de problemas y una pérdida de tiempo. Por el contrario, los situacionistas pueden resumir su acción en la Sorbona con una sola fórmula: "todo el poder para la asamblea general". También resulta gracioso escuchar hablar ahora del *poder situacionista* en la Sorbona, cuando la realidad de ese "poder" consistió en recordar constantemente el principio de la democracia directa aquí mismo y en todas partes, en denunciar de forma ininterrumpida a los recuperadores y a los burócratas, en exigir de la asamblea general que asumiese sus responsabilidades *decidiendo* y haciendo ejecutar todas sus decisiones.

Nuestro Comité de ocupación suscitó la indignación general de los manipuladores y de los burócratas por su actitud consecuente. Aunque defendimos en la Sorbona los principios y los métodos de la democracia directa, estábamos sin embargo desprovistos de ilusiones acerca de la composición social y el nivel general de consciencia de esta asamblea: evaluamos la paradoja de una delegación más firme que sus mandantes en esa voluntad de democracia directa y vimos que no podía durar. Pero estábamos ocupados sobre todo en poner al servicio de la huelga salvaje que comenzaba los medios, no despreciables, que nos ofrecía la posesión de la Sorbona. El Comité de ocupación lanzó el 16, a las 15 horas, una breve declaración mediante la que llamaba "a la ocupación inmediata de todas las fábricas de Francia y a la formación de Consejos Obreros". El resto de cuanto se nos ha reprochado no fue casi nada en comparación con el escándalo que causó en todas partes -salvo entre los "ocupantes de base"- ese "temerario" compromi-

so de la Sorbona. Sin embargo, en ese momento estaban ocupadas dos o tres fábricas, parte de los transportistas de los N.M.P.P. trataban de impedir la distribución de periódicos y varios talleres de Renault, como llegamos a saber dos horas después, lograban interrumpir el trabajo. ¿Y en nombre de qué, individuos sin cargo alguno pretendían dirigir la Sorbona si no eran partidarios de la toma por parte de los trabajadores de todas las propiedades del país? Creemos que pronunciándose de esta forma la Sorbona ofreció una última respuesta manteniéndose al nivel de un movimiento cuya continuación asumían felizmente las fábricas, es decir, al nivel de la respuesta que ellas ofrecían a las primera luchas limitadas al Barrio Latino. Ciertamente, esta llamada no iba contra la intención de la mayoría de quienes estaban entonces en la Sorbona e hicieron tanto por difundirla. Por otra parte, al extenderse las ocupaciones de fábricas, hasta los burócratas izquierdistas se hicieron partidarios de algo en lo que osaron comprometerse la víspera, aunque sin renegar de su hostilidad a los consejos. El movimiento de ocupaciones no tenía realmente necesidad de la aprobación de la Sorbona para extenderse a otras empresas. Pero aparte de eso, como en ese momento cada hora contaba para unir a todas las fábricas en la acción emprendida por algunas mientras los sindicatos intentaban en todas partes ganar tiempo para impedir la interrupción general del trabajo, y como una llamada a este derecho alcanzó gran difusión, incluso radiofónica, nos pareció sobre todo importante mostrar, con la lucha que comenzaba, el *máximo* al que debía tender a continuación. Las fábricas no llegaron a formar Consejos, y los huelguistas que empezaban a acudir a la Sorbona no descubrieron ciertamente el modelo.

Podemos pensar que esta llamada contribuyó a abrir aquí y allá algunas perspectivas de lucha radical. En todo caso figura ciertamente entre los hechos de esa jornada que inspiraron más temor. Sabemos que el Primer Ministro hizo difundir a las 19 horas un comunicado afirmando que el gobierno "en presencia de intentos anunciados o sugeridos por grupos extremistas de provocar una agitación generalizada", haría lo que fuese preciso para mantener 'la paz civil' y el orden republicano "puesto que la reforma universitaria no sería más que un pretexto para sumir al país en el desorden". Se convocaron a 10.000 reservistas de la gendarmería. La "reforma universitaria" no era efectivamente más que un pretexto también para el gobierno, que enmascaraba bajo esta honorable necesidad, tan bruscamente descubierta por él, su retroceso ante la revuelta del Barrio Latino.

Al ocupar el I.P.N. de la calle Ulm, el Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones hizo lo que pudo durante la continuación de una crisis en la que, desde que la huelga fue general y se inmovilizó a la defensiva, ningún grupo revolucionario organizado existente tenía ya medios para contribuir de forma notable. Reuniendo a los situacionistas, a los enragés y a otros treinta a sesenta revolucionarios consejistas (de los cuales menos de la décima parte eran estudiantes), el C.M.D.O. aseguró gran cantidad de contactos en Francia y fuera del país, dedicándose particularmente, hacia el final del movimiento, a dar a conocer su significación a los revolucionarios de otros países, que no podían dejar de inspirarse en él. Publicó, con una tirada cercana a los 200.000 ejemplares en algunos casos, unos cuantos carteles y documentos, entre los principales *Informe sobre la ocupación de la Sorbona* el 19 de mayo, *Por el poder de los Consejos obreros* el 22, y *Llamada a todos los trabajadores* del día 30. El C.M.D.O., que no había sido dirigido ni jerarquizado por nadie, "acordó disolverse el 15 de junio (...) El C.M.D.O. no había buscado obtener nada *para sí*, ni siquiera reclutamientos con vistas a una existencia permanente. Sus participantes no separaban sus objetivos personales de los objetivos generales del movimiento. Eran individuos independientes que se habían agrupado para una lucha sobre bases determinadas y en un momento preciso, y que volverían a hacerse independientes después de ella". (Viénet, *op. cit.*). El Comité para el mantenimiento de las ocupaciones fue "un vínculo, no un poder".

Algunos nos han reprochado, en mayo y después, criticar a todo el mundo y no presentar como aceptable más que la actividad de los situacionistas. Esto no es exacto. Aprobamos el movimiento de masas en toda su profundidad e iniciativas notables de decenas de miles de individuos. Aprobamos la conducta de algunos grupos revolucionarios que conocimos en Nantes y en Lyon, así como los actos de todos los que estuvieron relacionados con el C.M.D.O. Los documentos citados por Viénet evidencian que aprobamos *parcialmente* muchas declaraciones de los comités de acción. Muchos grupos o comités que siguieron siendo desconocidos para nosotros durante la crisis hubiesen tenido nuestra aprobación de haber tenido información sobre ellos -y es todavía más patente que, ignorándolos, no pudimos criticarlos-. Dicho esto, cuando se trata de los pequeños partidos izquierdistas y del "22 de marzo", de Barjonet o de Lapassade, sería sorprendente que se esperase de nosotros alguna aprobación cortés cuando se conocen nuestras posiciones anteriores y cuando puede constatarse cuál ha sido en este período la actividad de las personas en cuestión.

Tampoco hemos pretendido que ciertas formas de acción que revistió el movimiento de las ocupaciones -con excepción tal vez del empleo de viñetas críticas- fuesen de origen directamente situacionista. Por el contrario, vemos el origen de todas ellas en *luchas obreras* "salvajes", y algunos números de nuestra revista las han citado desde hace muchos años especificando de dónde venían. Fueron los obreros los primeros que atacaron la sede de un periódico para protestar contra la falsificación de la información concerniente a ellos (en Lieja en 1961), que quemaron coches (en Merlebach en 1962) y comenzaron a escribir sobre los muros las fórmulas de la nueva revolución ("Aquí acaba la libertad" sobre un muro de la fábrica Rhodiaceta en 1967). A cambio podemos señalar, como preludio evidente de la actividad de los enragés en Nanterre, que el 26 de octubre de 1966 en Estrasburgo fue por vez primera atacado un profesor de universidad y expulsado de su silla: esta fue la suerte que los situacionistas hicieron sufrir al cibernético Abraham Moles en su curso inaugural.

Todos nuestros textos publicados durante el movimiento de las ocupaciones demuestran que los situacionistas nunca propagaron ilusiones en ese momento acerca de las posibilidades de triunfo total del movimiento. Sabíamos que ese movimiento revolucionario, objetivamente posible y necesario, había partido subjetivamente de muy abajo: espontáneo y desorganizado, ignorando su propio pasado y la totalidad de sus objetivos, volvía de medio siglo de aplastamiento y encontraba ante él a todos sus vencedores todavía en su lugar, burócratas y burgueses. Una victoria duradera de la revolución era poco factible en nuestra opinión entre el 17 y el 30 de mayo. Pero como esa posibilidad

existía, la señalamos como el *máximo* en juego a partir de cierto punto alcanzado por la crisis, y mostramos que merecía ciertamente la pena. A nuestros ojos el movimiento era ya una gran victoria histórica ocurriese lo que ocurriese, y pensábamos que *sólo la mitad* de lo que se había producido hubiese sido un resultado muy significativo.

Nadie puede negar que la I.S., opuesta igualmente en esto a todos los grupúsculos, se negó a toda propaganda en su favor. Ni el C.M.D.O. enarboló la "bandera situacionista" ni ninguno de nuestros textos de esa época habló de la I.S. excepto para responder al desvergonzado envite del frente común lanzado por Barjonet el día siguiente a la reunión de Charléty. Y entre las múltiples siglas publicitarias de grupos con vocación dirigente no pudo verse una sola inscripción que evocase a la I.S. trazada sobre los muros de París, de los cuales nuestros partidarios eran sin embargo los principales dueños.

Creemos, y presentamos esta conclusión sobre todo a los camaradas de otros países que conozcan crisis de esta naturaleza, que estos ejemplos muestran lo que pueden hacer en la primera fase de la reaparición del movimiento revolucionario proletario unos cuantos individuos coherentes en lo que respecta a lo esencial. No había en mayo en París más que una decena de situacionistas y de enragés, y ninguno en provincias. Pero la feliz conjunción de la improvisación revolucionaria espontánea y de una especie de aura de simpatía existente alrededor de la I.S. permitieron coordinar una acción bastante amplia, no solamente en París, sino en muchas grandes ciudades, como si se hubiese tratado de una organización preexistente a escala nacional. Con más amplitud incluso que esta organización espontánea, una especie de vaga y misteriosa amenaza situacionista fue percibida y denunciada en muchos lugares, siendo sus portadores algunos cientos, acaso miles de individuos que los burócratas y los moderados calificaban de situacionistas o, con mayor frecuencia, según la abreviación popular que apareció en esa época, de *situs*. Nos consideramos honrados por el hecho de que este término de "situ", que parece haber tenido su origen peyorativo en la jerga de algunos medios estudiantiles de provincias, no sólo sirviese para designar a los participantes más extremistas del movimiento de ocupaciones, sino que comportase también ciertas connotaciones que evocan al vándalo, al ladrón, al granuja.

No pensamos que no hemos cometido errores. Los enumeramos aquí para instrucción de los camaradas que puedan encontrarse ulteriormente en circunstancias similares.

En la calle Gay-Lussac, donde nos encontramos espontáneamente en pequeños grupos, cada uno de estos grupos reunió a decenas de personas conocidas o que nos conocían de vista y venían a hablar con nosotros. Después cada uno, en el admirable desorden que presentaba este "barrio liberado" mucho antes incluso del inevitable ataque de la policía, se alejó hacia tal "frontera" o cual preparativo de defensa. De forma que, no sólo todos quedaron más o menos aislados, sino que a menudo nuestros propios grupos no pudieron unirse. Fue un grave error por nuestra parte no pedir que permaneciésemos agrupados. En menos de una hora, un grupo que actuase así hubiese producido inevitablemente un efecto de bola de nieve, reuniendo a todos los barricadistas que conocíamos -cada uno de nosotros encontró más amigos de los que se encuentran por azar en un año en París. Hubiéramos formado así una banda de doscientas o trescientas personas que se conocen y actúan en conjunto, lo que faltó precisamente en esta lucha dispersa. Sin

duda, la relación numérica con las fuerzas que rodeaban el barrio, alrededor del triple que los sublevados, por no hablar de la superioridad de su armamento, condenaba de todas formas esta lucha al fracaso. Pero un grupo semejante podía permitirse cierta libertad de maniobra, ya sea para realizar una contracarga sobre un punto del perímetro atacado, ya sea instalando barricadas al este de la calle Mouffetard, zona bastante mal guarnecida por la policía hasta muy tarde, para abrir una vía de escape a todos los que quedaron atrapados (escapando algunos cientos gracias a la suerte y al precario refugio de la Escuela Normal Superior).

En el Comité de ocupación de la Sorbona hicimos, a la vista de las condiciones y de la precipitación del movimiento, más de lo que podíamos hacer. No puede reprochársenos no haber hecho más por modificar la arquitectura de este triste edificio que ni siquiera tuvimos tiempo de recorrer. Es cierto que había todavía allí una capilla cerrada, pero llamamos a los ocupantes con carteles -y también Riesel en su interyención en la asamblea general del 14 de mayo- a destruirla lo antes posible. Por otra parte, "Radio Sorbona no existe como aparato *emisor*, y no puede por tanto reprochársenos no haberlo empleado. Por supuesto no proyectamos ni preparamos el incendio del edificio el 17 de mayo, como decía el rumor que siguió a algunas oscuras calumnias de los grupúsculos. Este dato basta para mostrar hasta qué punto hubiera sido desatinado el proyecto. No vamos a dispersarnos más en detalles, sea cual sea la utilidad que pueda reconocérseles. Así, es pura fantasía cuando Jean Maitron afirma que "el restaurante y la cocina de la Sorbona... estuvieron hasta junio controlados por 'situacionistas'. Muy pocos estudiantes entre ellos. Muchos jóvenes sin trabajo." (*La Sorbonne par elle-même*, Editions Ouvrières, 1968). De todas formas tenemos que reprocharnos este error: los camaradas encargados de enviar a imprenta los panfletos y declaraciones que emanaban del Comité de ocupación, el 16 de mayo a partir de las 17 horas, sustituyeron la firma "Comité de ocupación de la Sorbona" por "Comité de ocupación de la Universidad autónoma y popular de la Sorbona" sin avisar a nadie. Se trataba de una regresión de cierto alcance, puesto que la Sorbona no tenía a nuestros ojos otro interés que el de un *edificio tomado por el movimiento revolucionario*, y esta firma podía hacer creer que reconocíamos el lugar todavía como *Universidad*, aunque fuese "autónoma y popular", cosa que nosotros despreciamos en todo caso y que era bastante molesto parecer que aceptábamos en tal situación. Una falta de atención menos importante se cometió el 17 de mayo cuando se difundió un panfleto emanado de los obreros de base venidos de Renault con la firma "Comité de ocupación". El Comité de ocupación había hecho ciertamente bien suministrando sin censura medios de expresión a estos trabajadores, pero había que precisar que este texto estaba redactado por ellos y únicamente *editado* por el Comité de ocupación; y tanto más cuanto estos obreros, al llamar a continuar las "marchas sobre Renault", todavía admitían en ese momento el argumento mistificante de los sindicatos sobre la necesidad de mantener cerradas las puertas de la fábrica para que no pudiese sacar pretexto y provecho de su apertura un ataque de la policía.

El C.M.D.O. olvidó mencionar en cada una de sus publicaciones "impreso por los obreros en huelga", lo que ciertamente hubiese sido ejemplar, perfectamente de acuerdo con las teorías que evocaban, y hubiese proporcionado una réplica excelente de la habi-

tual marca sindical de los impresores. Error aún más grave: aunque se hizo un uso excelente del teléfono, dejamos completamente de lado la posibilidad de servirnos de los *telégrafos* que permitían llegar a numerosas fábricas y edificios ocupados de Francia y enviar noticias a toda Europa. Particularmente dejamos de lado el circuito de observatorios astronómicos, accesible y utilizable al menos a partir del Observatorio ocupado de Meudon.

Pero dicho esto, y si se trata de formular un juicio sobre lo esencial, reunidas y consideradas todas estas iniciativas de la I.S., no vemos en qué punto mereció ser censurada.

Citemos ahora los principales *resultados* del movimiento de las ocupaciones hasta el momento. En Francia este movimiento fue vencido y de alguna forma *aplastado*. Es sin duda el punto más notable y el que presenta mayor interés en la práctica. Parece que nunca una crisis social de semejante gravedad había acabado sin que una represión viniese a debilitar, más o menos duraderamente, la corriente revolucionaria, como especie de contrapartida de lo que debe esperar pagar la experiencia histórica que en cada momento ha sido llevada a existir. Sabemos que no se mantuvo ninguna represión específicamente política, aunque naturalmente, además de los numerosos extranjeros expulsados administrativamente, muchos cientos de sublevados se viesen condenados en los meses siguientes por delitos llamados "de derecho común" (aunque más de un tercio del efectivo del Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones fue arrestado en diversos enfrentamientos, ninguno de sus miembros cayó en esta rúbrica, al haber sido muy bien conducido a finales de junio el movimiento de retirada del C.M.D.O.). Todos los responsables políticos que no supieron escapar al arresto al acabar la crisis fueron liberados tras unas semanas de detención, y ninguno fue citado ante un tribunal. El gobierno tuvo que decidir este nuevo retroceso nada más que para obtener una apariencia de apertura universitaria tranquila y *una apariencia de exámenes* en otoño de 1968. Únicamente con la presión del Comité de acción de los estudiantes de medicina se obtuvo esa importante concesión a finales del agosto.

La amplitud de la crisis revolucionaria desequilibró gravemente "lo que fue atacado de frente... la economía capitalista *que funciona*" (Viénet), no ciertamente por el aumento absolutamente soportable y consentido de los salarios, ni tampoco por la interrupción total de la producción durante semanas, sino sobre todo porque la burguesía francesa *perdió su confianza en la estabilidad del país*: lo que -unido a los demás aspectos de la actual crisis monetaria en los intercambios internacionales- supuso la evasión masiva de capitales y la crisis del franco en noviembre (las reservas de divisas del país cayeron de 30 millardos de francos en 1969 a 18 millardos un año después). Tras la devaluación *tardía* del 8 de agosto de 1969, *Le Monde* comenzaba a darse cuenta al día siguiente de que "el franco, como el general, había 'muerto' en mayo".

El régimen "gaullista" no era más que un detalle menor en esta puesta en cuestión general del capitalismo moderno. Sin embargo el poder de De Gaulle recibió, él también, un golpe mortal en mayo. A pesar de su restablecimiento en junio -objetivamente sencillo, como dijimos, puesto que la verdadera lucha se había perdido en otra parte-, De Gaulle no podía hacer desaparecer, como responsable del Estado que había *sobrevivido* al movimiento de las ocupaciones, la mancha de haber sido responsable del Estado que

había sufrido el escándalo de su existencia. De Gaulle, que no hacía más que envolver con su estilo personal todo lo que ocurría -y no era otra cosa que la modernización normal de la sociedad capitalista- había pretendido reinar por el prestigio. Éste sufrió en mayo una humillación definitiva, tan subjetivamente sentida por él como objetivamente constatada por la clase dominante y los electores que le plebiscitan indefinidamente. La burguesía francesa busca una forma de poder político más racional, menos caprichosa y soñadora, más inteligente a la hora de defenderse de las nuevas amenazas cuyo surgimiento ha constatado con estupor. De Gaulle quería hacer desaparecer la pesadilla persistente, "los últimos fantasmas de mayo", ganando el 27 de abril ese referéndum que la revuelta había anulado la misma noche del 24 de mayo en que se anunció. El "poder estable" que tropezó y que sentía que no había recuperado el equilibrio se empeñaba imprudentemente en ser rápidamente confirmado con un rito de adhesión ficticia. Los eslóganes de los manifestantes del 13 de mayo de 1968 estaban justificados: De Gaulle no alcanzó su onceavo aniversario, no por la oposición burocrática o pseudorreformista, sino porque al día siguiente se vio que la calle Gay-Lussac desembocaba directamente en todas las fábricas de Francia.

Un desorden generalizado, que cuestionó de raíz todas las instituciones, se instaló en la mayor parte de las facultades y sobre todo en las escuelas. Aunque limitándose a lo más urgente el Estado salvó más o menos el nivel de enseñanza en las disciplinas científicas y en las escuelas superiores, el año universitario 1968-69 se perdió completamente y los títulos se devaluaron, aunque estén lejos todavía de ser despreciados por la masa estudiantil. Una situación semejante es incompatible a la larga con el funcionamiento normal de un país industrial avanzado y produce una caída en el subdesarrollo creando un "cuello de botella" cualitativo en la enseñanza secundaria. Aunque la corriente extremista no tuvo en realidad más que una pequeña base en el medio estudiantil, parece que tuviese la fuerza suficiente para mantener un proceso de continua degradación: a finales de enero, la ocupación y el saqueo del rectorado de la Sorbona y numerosos incidentes bastante graves que le siguieron mostraron que el simple mantenimiento de la pseudoenseñanza constituye un tema de considerable inquietud para las fuerzas de mantenimiento del orden.

La agitación esporádica de las fábricas que acogieron la huelga salvaje y donde se implantaron grupos radicales más o menos conscientemente enemigos de los sindicatos trajo consigo, a pesar de los esfuerzos de los burócratas, numerosas huelgas parciales que paralizan fácilmente empresas cada vez más concentradas, en las cuales se aumenta siempre la interdependencia entre diferentes operaciones. Estas sacudidas no permiten olvidar a nadie que el suelo no ha vuelto a ser sólido en las empresas, y que las formas *modernas* de explotación revelaron en mayo a la vez el conjunto de sus medios asociados y su nueva fragilidad.

Tras la erosión del viejo estalinismo ortodoxo (legible en las pérdidas de la C.G.T. en las recientes elecciones sindicales), llega para los viejos partidos izquierdistas el turno de las maniobras facciosas: casi todos hubieran querido volver a comenzar *mecánicamente* el proceso de mayo para repetir sus errores. Infiltraron fácilmente lo que quedaba de los comités de acción y estos no dejaron de desaparecer. Los propios partidos

izquierdistas estallan en numerosos matices hostiles, manteniéndose cada uno firme en una tontería que excluye gloriosamente todas las de sus rivales. Sin duda, los elementos radicales, que se hicieron numerosos después de mayo, están todavía dispersos, sobre todo en las fábricas. La coherencia que necesitan adquirir está todavía, al no haber sabido organizar una verdadera práctica autónoma, alterada por antiguas ilusiones o por la verborrea, e incluso a veces por una malsana admiración "prosituacionista" unilateral. Su único camino, evidentemente difícil y largo, está por tanto trazado: la formación de organizaciones *consejistas* de trabajadores revolucionarios federados en base a la democracia total y la crítica total. Su primera tarea teórica será combatir y desmentir en la práctica la última forma de ideología que el viejo mundo le opondrá: *la ideología consejista*, tal como la ha expresado en una tosca primera forma, al final de la crisis, el grupo "Revolución Internacional" implantado en Toulouse, que proponía simplemente -no sabemos por otra parte a quién- *elegir* consejos obreros por encima de las asambleas generales, que de esta forma sólo tendrían que ratificar los actos de esta sabia neodirección revolucionaria. Ese monstruo leninista-yugoslavo, retomado después por la "organización trotskista" de Lambert, es casi tan extraño actualmente como el uso del término "democracia directa" por los izquierdistas cuando estaban imbuidos de "diálogo" refrendario. La próxima revolución no reconocerá como consejos más que las asambleas generales soberanas de la base, en las empresas y en los barrios, y sus delegados siempre revocables que dependen únicamente de ellas. Una organización consejista no defenderá nunca otro objetivo: necesita expresar en actos una dialéctica que supere los términos fijos y unilaterales de espontaneísmo y organización abierta o subrepticiamente burocratizada. Debe ser una organización que marche *revolucionariamente* hacia la revolución de los consejos, que no se disperse tras la declaración de la lucha ni se institucionalice.

Esta perspectiva no es exclusiva de Francia, sino que es internacional. Es el sentido total del movimiento de ocupaciones lo que habrá que comprender en todas partes, cómo el ejemplo de 1968 desencadenó o elevó la gravedad de los problemas a través de Europa, América y Japón. Los acontecimientos inmediatos más notables que siguieron a mayo fueron la sangrienta revuelta de los estudiantes mexicanos, que pudo romperse en un relativo aislamiento, y el movimiento de los estudiantes yugoslavos contra la burocracia y por la autogestión proletaria, que involucró parcialmente a los obreros y puso en grave peligro el régimen de Tito: pero la intervención rusa en Checoslovaquia, más que las concesiones afirmadas por la clase dominante, llegó poderosamente en auxilio del régimen, permitiéndole unir al país ante el temor a la invasión de una burocracia extranjera. La mano de la nueva Internacional empezó a ser denunciada por la policía de varios países, que creían descubrir las directivas de los revolucionarios franceses tanto en México, en verano de 1968, como en Praga, en la manifestación antirrusa del 28 de marzo de 1969; y el gobierno franquista justificó explícitamente a primeros de año su recurso al estado de excepción por el riesgo de que la agitación universitaria evolucionase hacia una crisis general de tipo francés. Hace mucho tiempo que Inglaterra conocía huelgas salvajes, y uno de los objetivos principales del gobierno laborista era evidentemente prohibirlas; pero no cabe duda de que fue la primera experiencia de huelga

general salvaje lo que llevó a Wilson a desplegar tanta prisa y tanta saña para arrancar ese año una legislación represiva contra este tipo de huelga. Este arribista no dudó en arriesgar en el "proyecto Castle" su carrera y la propia unidad de la burocracia político-sindical laborista, ya que aunque los sindicatos son enemigos directos de la huelga salvaje, tuvieron miedo de perder protagonismo al perder el control sobre los trabajadores después de dejar en manos del Estado el derecho a intervenir, sin pasar por su mediación, contra las formas reales de la lucha de clases. Y el 1° de mayo la huelga antisindical de 100.000 estibadores, tipógrafos y metalúrgicos contra la ley que les amenazaba, por primera vez desde 1926, una huelga política en Inglaterra: como debe ser, esta forma de lucha reapareció contra un gobierno laborista.

Wilson tuvo que desacreditarse renunciando a su proyecto más querido y transfiriendo a la policía sindical la responsabilidad de reprimir en lo sucesivo el 95% de las detenciones del trabajo provocadas en Inglaterra por las huelgas salvajes. En agosto, la huelga salvaje ganada después de ocho semanas por los fundidores de las acerías Port-Talbot "demostró que la dirección del T.U.C. no está preparada para ese papel". (*Le Monde*, 30-8-1969).

Reconocemos el nuevo tono con el que la crítica radical pronuncia en lo sucesivo a través del mundo su declaración de guerra a la vieja sociedad, desde el grupo extremista mexicano *Caos*, que llamaba en verano de 1968 al sabotaje de los Juegos Olímpicos y de "la sociedad de consumo espectacular" hasta las inscripciones en los muros de Inglaterra y de Italia; desde el grito de una manifestación en Wall Street lanzado por la A.F.P. el 12 de abril -"Stop the Show"- en esa sociedad americana cuyo "declive y caída" señalamos en 1965 y cuyos responsables confiesan ahora ser "una sociedad enferma" hasta las publicaciones y actuaciones de los *Ácratas* de Madrid.

En Italia, la I.S. aportó cierta ayuda a la corriente revolucionaria a finales de 1967, momento en que la ocupación de la Universidad de Turín dio la salida a un vasto movimiento con algunas ediciones, malas aunque rápidamente agotadas (en Feltrinelli y De Donato) y con la acción radical de algunos individuos, aunque la actual sección italiana de la I.S. no se constituyese formalmente hasta enero de 1969. La lenta evolución de la crisis italiana desde hace veintidós meses -lo que se ha llamado "el mayo rampante"- se hundía sobre todo en 1968 en la constitución de un "movimiento estudiantil" mucho más atrasado y aislado aún que en Francia -con la ejemplar excepción de la ocupación del hotel de la ciudad de Orgosolo, en Cerdeña, por estudiantes, pastores y obreros unidos. Pero las luchas obreras comenzaron lentamente y se agravaron en 1969, a pesar de los esfuerzos del partido estaliniano y de los sindicatos que agotaban sus recursos para fragmentar la amenaza concediendo huelgas de un día a escala nacional por categorías o huelgas generales de un día por provincias. A primeros de abril la insurrección de Battipaglia, seguida de los motines de las prisiones de Turín, Milán y Genes, elevaron la crisis a otro nivel y redujeron aún más el margen de maniobra de los burócratas. En Battipaglia, después de que saliese la policía los trabajadores siguieron siendo dueños de la ciudad durante veinticuatro horas, apoderándose de las armas, sitiando a la policía refugiada en sus cuarteles y conminándola a rendirse, cortando los caminos y las vías férreas. Aunque la llegada masiva de refuerzos de los carabineros recuperó el control de

la ciudad y de las vías de comunicación, todavía existía un esbozo de consejo en Battipaglia que pretendía reemplazar a la municipalidad y ejercer el poder directo de los habitantes sobre sus propios asuntos. Aunque las manifestaciones de apoyo en toda Italia, encuadradas por los burócratas, siguieron siendo platónicas, los elementos revolucionarios de Milán consiguieron atacar violentamente a esos burócratas y asolar el centro de la ciudad, chocando fuertemente con la policía. En esta ocasión los situacionistas italianos retomaron los métodos franceses de la forma más adecuada.

En los meses siguientes, los movimientos "salvajes" de Fiat y de los obreros del norte mostraron, más que la descomposición total del gobierno, hasta qué punto está cerca Italia de una crisis revolucionaria *moderna*. El giro tomado en agosto por las huelgas salvajes de la Pirelli de Milán y de la Fiat de Turín señala la inminencia de un enfrentamiento total.

Es fácilmente comprensible la principal razón que nos ha llevado a tratar aquí juntas la cuestión del sentido general de los nuevos movimientos revolucionarios y la de su relación con las tesis de la I.S. Antes, a los que querían reconocer el interés de algunos aspectos de nuestra teoría les disgustaba que suspendiésemos toda verdad a un retorno de la revolución social y juzgaban esta última "hipótesis" increíble. Diversos activistas que giran en el vacío, pero alardean vanidosamente de seguir siendo alérgicos a toda teoría actual, planteaban a propósito de la I.S. la estúpida cuestión: "¿cuál es su acción práctica?". Al no comprender, ni siquiera un poco, el proceso dialéctico de encuentro entre el movimiento real y "su propia teoría desconocida", todos prefirieron ignorar lo que creían que era *una crítica desarmada*. Ahora esta crítica se arma. El "amanecer que, con un relámpago, dibuja de repente la forma del nuevo mundo", se vio en estos meses de mayo en Francia, con las banderas rojas y las banderas negras mezcladas en la democracia obrera, y continuó en todas partes. Y si hemos escrito, en alguna medida, nuestro nombre sobre el retorno de este movimiento, no es por conservar ningún instante ni por extraer ninguna autoridad. Ahora estamos seguros del resultado satisfactorio de nuestras actividades: la I.S. será superada.

REFORMA Y CONTRARREFORMA EN EL PODER BUROCRÁTICO

Se diría que la historia de los últimos veinte años se ha dado por única tarea desmentir los análisis de Trotsky sobre la burocracia. Víctima de una especie de "subjetivismo de clase", no quiso ver en la práctica estaliniana -a lo largo de su existencia- más que la desviación momentánea de una *capa* usurpadora, una "reacción termidoriana". Ideólogo de la revolución bolchevique, Trotsky no podía convertirse en teórico de la revolución proletaria durante la restauración estaliniana. Al no reconocer a la burocracia en el poder por lo que *es*, a saber una *nueva clase explotadora*, este Hegel de la revolución traicionada se impidió suministrar la verdadera crítica. La impotencia teórica y práctica del trotskismo (en todos sus matices) está en gran parte contenida en este pecado original del maestro.

En *Enragés y situacionistas en el movimiento de ocupaciones* decíamos, un mes antes de la intervención rusa, que "la apropiación burocrática de la sociedad es inseparable de la posesión totalitaria del Estado y del reinado absoluto de la ideología. La ausencia de censura, las garantías de libertad de expresión y derecho de asociación plantean a corto plazo en Checoslovaquia esta alternativa: o represión, confesando así el carácter ficticio de estas concesiones, o asalto proletario contra la propiedad burocrática del Estado y de la economía, que se vería desenmascarada en cuanto la ideología dominante tuviese que privarse algún tiempo de la omnipresencia de su policía. Un conflicto semejante interesa en grado sumo a la burocracia rusa, cuya propia supervivencia se vería cuestionada por la victoria de los trabajadores checos". Ya ha ocurrido. El primer término de la alternativa se produjo con la intromisión de los tanques "soviéticos". El reinado absoluto de Moscú sobre los países llamados socialistas tenía como base esta regla de oro proclamada y practicada por la burocracia rusa: "el socialismo no irá más lejos que nuestro ejército". De forma que allí donde este ejército fue la principal fuerza que instalaba a los partidos "comunistas" en el poder, vuelve a tener la última palabra cada vez que sus antiguos protegidos manifiestan veleidades de independencia que puedan poner en peligro la dominación burocrática totalitaria. El sistema socioeconómico ruso ha sido desde el principio el *tipo ideal* de los nuevos regímenes burocráticos. Únicamente se oponía a veces a esta fidelidad al arquetipo la necesidad de seguir las exigencias particulares de cada sociedad que poseía. Como los intereses de la clase dominante de cada una de las burocracias satélites no coinciden necesariamente con los de la burocracia rusa, las relaciones interburocráticas han estado siempre subterráneamente tensas por conflictos latentes. Situadas entre el martillo y el yunque, las burocracias satélites acabarán siempre por adherirse al martillo en cuanto los poderes proletarios manifiesten su voluntad de autonomía. En Polonia, en Hungría y últimamente en Checoslovaquia, la "revuelta" burocrática nacional no es más que el cambio de una burocracia por otra.

El primer estado industrializado conquistado por el estalinismo, Checoslovaquia, ocupó durante veinte años un lugar "privilegiado" en el sistema de explotación interna-

cional instaurado por los rusos a partir de 1949 en el marco de la "división socialista del trabajo" dirigida por la *Comecom*. El totalitarismo sin fórmula del período estalinista hizo que,desde su advenimiento al poder, los estalinianos checos no tuviesen más que imitar servilmente el "sistema universal del socialismo". De esta forma, al contrario que los demás países burocráticos donde había verdadera necesidad de desarrollo económico (industrialización), el nivel de las fuerzas productivas en Checoslovaquia estaba en total oposición con los objetivos de la planificación económica del nuevo régimen. Después de quince años de gestión burocrática irracional, la economía checa se vio al borde de la catástrofe. La reforma de esta economía se convirtió entonces en una cuestión de vida o muerte para la clase dominante. Es ahí donde hunde sus raíces la "primavera de Praga" y la aventurada liberalización intentada por la burocracia. Pero antes de abordar el análisis de esta "reforma burocrática", detengámonos en sus orígenes, es decir en el balance del periodo puramente estaliniano (o novotnista).

Al día siguiente al golpe de Praga, la integración de Checoslovaquia en el sistema económico del este, que vivía en una autarquía casi total, hizo de este país la principal víctima de la dominación rusa. Como era el más desarrollado, debía subvencionar la industrialización de sus homólogos, sometidos también ellos a un régimen de sobreexplotación. En 1950, la planificación totalitaria cuyo eje estaba esencialmente en la metalurgia pesada y en la industria mecánica introducirá un profundo desequilibrio en el funcionamiento de la economía que no cesará de agravarse. Con el 47% en 1966, la tasa de inversión en la industria pesada checa era la más elevada del mundo. Se mantenía a Checoslovaquia para que proporcionase, a precios ridículos que no permitían siquiera amortizar los gastos de producción y el desgaste del utillaje, materias primas (en cinco años, la U.R.S.S. gastó cincuenta años de reservas de yacimientos de uranio de Jachimov en Bohemia) y productos manufacturados (máquinaria, armamento, etc.) a la U.R.S.S., a los países llamados socialistas y luego a los países del "Tercer Mundo" codiciados por los rusos. "La producción por la producción" era la ideología que acompañaba a esta empresa, cuyos gastos cubrían en primer lugar los trabajadores. En 1953, tras una reforma monetaria, los obreros de Pilsen, que veían bajar sus salarios y subir los precios, se sublevaron y fueron violentamente reprimidos. Las consecuencias de esta política económica fueron por tanto esencialmente: la dependencia creciente de la economía checa hacia los suministros soviéticos de materias primas y combustibles, su orientación hacia intereses exteriores, el deterioro sensible del nivel de vida que siguió a la bajada de salarios y el descenso definitivo de la renta nacional a partir de los años 1960: su tasa de crecimiento pasó del 8,5% de media en 1950-1960 al 0,7% en 1962. En 1963, por primera vez en la historia de un país llamado socialista, la renta nacional bajó en lugar de aumentar. Fue la señal de alarma de la nueva reforma. Ota Sik estimaba que haría falta una inversión cuatro veces mayor para obtener en 1968 el mismo crecimiento de la renta nacional que en 1958. A partir de este dato se empieza a reconocer que "la economía nacional de Checoslovaquia atraviesa realmente un periodo de profundo desequilibrio estructural y de tendencias inflacionarias refrenadas que se manifiestan en todos los ámbitos de la vida y de la sociedad, particularmente en el comercio exterior, en el mercado interior y en las inversiones" (*Comercio Exterior Checoslovaco*, octubre de 1968).

Empiezan a alzarse voces que insisten en la necesidad vital de transformar la economía. El profesor Ota Sik y su equipo comienzan a preparar su plan de reforma, que será adoptado en líneas generales en 1965 por las instancias superiores del Estado. El nuevo plan de Ota Sik hace una crítica bastante osada del funcionamiento de la economía en los últimos años. Vuelve a cuestionar la tutela rusa y propone preparar un desprendimiento de la economía de la rígida planificación central y la apertura al mercado mundial. Para hacer esto es preciso salir de la simple reproducción, poner fin al régimen de "la producción por la producción" (denunciado como crimen antisocialista después de haber sido glorificado como principio de ese mismo socialismo), reducir el coste de la producción y aumentar el índice de la productividad, que pasó del 7,7% en 1960 al 3,1% en 1962, para bajar todavía más los años siguientes.

Este plan, que es un modelo de reforma tecnocrática, empezó a aplicarse en 1965 para hacerse efectivo en 1967. Exigía una clara ruptura con los métodos administrativos que suprimen toda iniciativa: "implicar" a los productores en los resultados de su trabajo, dar autonomía a las diferentes empresas, recompensar los éxitos, penalizar los fracasos, favorecer por medio de medidas técnicas el progreso de las industrias y las empresas rentables, restablecer progresivamente el mercado armonizando los precios con el curso internacional. Combatido por cuadros administrativos esclerotizados, este programa sólo se aplicó con cuentagotas. La burocracia novotnista empezaba a percibir las peligrosas implicaciones de semejante empresa. El alza momentánea de los precios, no compensada por una subida similar en los salarios, permitió a esta capa atrasada denunciar el proyecto a ojos de los obreros. El propio Novotny se presentó como defensor de los intereses de la clase obrera y criticó abiertamente las nuevas medidas durante una asamblea obrera en 1967. Pero el ala "liberal" que detenta la conciencia de los verdaderos intereses del poder burocrático en Checoslovaquia, fortalecida con el apoyo de la población, forzó la batalla. Es que, como constataba un periodista de *Kulturni Tvorba* del 5 de enero de 1967, "para la gente, el nuevo sistema económico se ha hecho sinónimo de la necesidad de cambiar", de *cambiarlo todo*. Es el primer eslabón de una cadena de desarrollos que desembocará necesariamente en importantes transformaciones sociales y políticas. La burocracia conservadora, que no disponía de ningún apoyo real, cantará la palinodia y se retirará progresivamente de la escena política del país: su resistencia hubiera significado a corto plazo una explosión análoga a la de Budapest en 1956. En junio de 1957 el IV Congreso de Escritores (a los que se había concedido ya, como a los cineastas, un margen de libertad en el ejercicio estético de su oficio) se convirtió en una auténtica requisitoria contra el régimen. Con sus últimas fuerzas, los "conservadores" reaccionaron expulsando del partido a unos cuantos intelectuales radicales y poniendo su periódico bajo control directo del ministro.

Pero el viento de la revuelta sopla cada vez más fuerte, y nada en adelante puede ya detener el impulso popular hacia la transformación de las condiciones dominantes de la vida checa. Una manifestación estudiantil para protestar por una avería eléctrica, fuertemente reprimida, se convirtió en una concentración de acusación al régimen. Uno de los primeros descubrimientos de ese mitin, que se convertirá en consigna de todo el movimiento de contestación ulterior, fue la exigencia absoluta de *decir la verdad*, señalando

"las fantásticas contradicciones entre lo que se dice y la práctica". En un sistema basado en la mentira permanente de la ideología, semejante exigencia era sencillamente revolucionaria, y los intelectuales no dejaron de desarrollar hasta el final sus implicaciones. En los sistemas burocráticos, en los que nada escapa al totalitarismo del Estado-Partido, la protesta contra el menor detalle de la vida desemboca necesariamente en el cuestionamiento de la *totalidad* de las condiciones existentes, en protesta del hombre contra toda vida inhumana. Aun cuando se limitó a la ciudad universitaria de Praga, la manifestación estudiantil iba contra todos los aspectos alienados de la vida checa, considerada inaceptable en el curso de la concentración.

La neoburocracia toma entonces la cabeza del movimiento y trata de contenerlo en el estrecho marco de sus reformas: en enero de 1968 se adopta un *"programa de acción"* que consagra el ascenso del equipo de Dubcek y el alejamiento de Novotny. Otro plan económico de Ota Sik, definitivamente adoptado e integrado en este programa, y cierto número de medidas de orden político vigorosamente afirmadas por la nueva dirección. Casi todas las "libertades" formales de los regímenes burgueses están garantizadas, lo que constituye una orientación completamente original en los regímenes burocráticos. Ello manifiesta la importancia de la apuesta y la gravedad de la situación. Los elementos radicales, aprovechando las concesiones burocráticas, les darán su verdadero valor: el de medidas *"objetivamente necesarias"* para la salvaguarda de la dominación burocrática. El más liberal entre los miembros recientemente promovidos, Smrkovsky, explicita ingenuamente la verdad del liberalismo burocrático: "Sabiendo que, incluso en una sociedad socialista, la evolución tiene lugar a través de una lucha constante de intereses en los campos económico, social y político, tenemos que buscar un sistema de *dirección política* que permita la reglamentación de todos los conflictos sociales y excluya la necesidad de intervenciones administrativas extraordinarias". Sin embargo, al renunciar a estas "intervenciones extraordinarias" que constituyen en realidad su única forma *normal* de gobernar, la nueva burocracia no sabía que abandonaba su régimen a la despiadada crítica radical. La libertad de expresión social, política y de asociación fue una verdadera orgía de la verdad crítica. La idea de que el Partido debe "beneficiarse, incluso a nivel de organizaciones de base, de una autoridad natural y espontánea basada en la capacidad de los funcionarios comunistas para trabajar y ordenar" (Programa de acción) es cuestionada en todas partes y empiezan a afirmarse nuevas exigencias de organización autónoma de los trabajadores. Al acabar la primavera de 1968, la burocracia dubcekista daba la ridícula impresión de querer a la vez "comerse el pastel y guardarlo". Vuelve a afirmar su intención de mantener el monopolio político: "Si los elementos anticomunistas", dice la resolución del Comité Central de junio de 1968, "se proponen atacar este hecho histórico (el derecho del Partido a ordenar), el Partido movilizará todas las fuerzas del pueblo y del Estado socialista para reducir a la nada este intento aventurero". Pero, al dejar la reforma burocrática toda decisión en manos de la mayoría del Partido, ¿cómo no iban a querer decidir también las grandes mayorías que estaban fuera de él? Cuando en la cima del Estado se toca el violín, ¿cómo no se van a poner a bailar los que están en la base?

A partir de ese momento las tendencias revolucionarias van a orientar su crítica hacia

la denuncia del formalismo liberal y de su ideología. Hasta entonces, la democracia había sido de alguna forma impuesta a las masas de la misma forma que se les imponía la dictadura: es decir, excluyendo su participación real. Todo el mundo sabe que Novotny llegó al poder como partidario de la liberalización y que, a partir de entonces, una "regresión" de "tipo gomulkista" amenaza en todo momento el movimiento de Dubcek. No se transforma una sociedad cambiando de aparato, sino cambiándola de arriba a abajo. De ahí que se llegue a criticar la concepción bolchevique de partido dirigente de la clase obrera y a exigir la organización autónoma del proletariado, lo que significaba para la burocracia una muerte cercana. Es que, para ella, el proletariado no puede existir más que como poder *imaginario*; y lo abate -o quiere abatirlo- hasta que no es más que apariencia, pero quiere que esa apariencia exista y crea en su propia existencia. Al basar su poder en el formalismo de la ideología, la burocracia hace de sus objetivos *formales* su contenido, y entra así en todas partes en conflicto con los objetivos *reales*. Allí donde se refugia en el Estado y en la economía, allí donde el interés general del Estado se convierte en un interés aparte y, en consecuencia, en un interés *real*, la burocracia comienza a luchar contra el proletariado como la consecuencia lucha contra la existencia de sus presupuestos.

Pero el movimiento de contestación -que siguió a la reforma burocrática- no encontró el momento de afirmarse con todas sus consecuencias prácticas. La denuncia teórica y sin concesiones de la "dictadura burocrática" y del totalitarismo estaliniano apenas fue asumida por la gran mayoría de la población, a lo que la burocracia reaccionó blandiendo la amenaza rusa ya presente en mayo. Puede decirse que el gran fallo del movimiento checoslovaco fue que la clase obrera prácticamente no intervino como fuerza autónoma y decisiva. Las cuestiones de la "autogestión" y de los "consejos obreros", contenidas en la reforma tecnocrática de Ota Sik, no superaron las perspectivas burocráticas de una "gestión" democrática a la yugoslava, incluso en el contraproyecto, claramente redactado por sindicalistas, presentado el 29 de junio de 1988 por la fábrica Wilhelm Pieck. La crítica del leninismo, presentada por "ciertos filósofos" como "una deformación del marxismo que contiene en su lógica al estalinismo", no fue como creían los asnos de *Rouge* "una idea absurda porque finalmente negase el papel dirigente del proletariado"(!), sino la cima de la crítica teórica alcanzada en un país burocrático. El propio Dutschke fue ridiculizado por los estudiantes revolucionarios checos, y su "anarcomaoísmo" rechazado con desprecido como "absurdo, cómico e indigno de la atención de los adolescentes". Toda esta crítica que, naturalmente, no podía desembocar más que en el *cuestionamiento práctico del poder de clase de la burocracia*, era todavía tolerada e incluso animada a veces por el dubcekismo, en la medida en que podía *recuperarla* como denuncia legítima de los "errores estalino-novotnistas". La burocracia denuncia sus propios crímenes, pero siempre como si hubieran sido cometidos *por otros*; le basta desprenderse de una parte de sí misma, erigirla como entidad autónoma y embozarle todos los crímenes antiproletarios (el sacrificio es, desde los tiempos más antiguos, la práctica preferida por la burocracia para perpetuar su poder). Como en Polonia y en Hungría, el nacionalismo ha sido en Checoslovaquia el mejor argumento para conseguir la adhesión de la población a la clase dirigente. Cuanto más se precisaba la amenaza rusa

más se reforzaba el poder burocrático de Dubcek. Su deseo hubiese sido que las fuerzas del Pacto de Varsovia se mantuviesen siempre en las fronteras. No obstante, tarde o temprano el proletariado checo habría descubierto luchando que no se trata de saber lo que tal o cual burócrata, o incluso la burocracia en su conjunto, se plantee momentáneamente como objetivo, sino saber lo que es realmente, lo que *conforme a su esencia* estará históricamente obligada a hacer. Y habría actuado en consecuencia.

El miedo a tal descubrimiento atormentaba a la burocracia rusa y sus satélites. Imaginemos a la burocracia rusa (o alemana del este) en medio de este pánico "ideológico", cuán torturado debía estar su cerebro, tan dañado como su poder, cuán consternado, aturdido por palabras de independencia, consejos obreros, dictadura burocrática, por la conspiración de los obreros e intelectuales y su amenaza de defender sus conquistas con las armas, y comprenderemos que en esta confusión ruidosa de verdad, libertad, complots y revolución la burocracia rusa gritase a su homóloga checa: "¡Más vale un fin espantoso que un espanto sin fin!".

Si alguna vez un acontecimiento proyectó su sombra mucho antes de producirse, ese fue, para los que saben leer la historia moderna, la intervención rusa en Checoslovaquia. Largamente meditada, a pesar de todas sus consecuencias internacionales era en alguna medida fatal. Al cuestionar la omnipotencia del poder burocrático, el arriesgado -pero necesario- intento de Dubcek ponía en peligro ese mismo poder allí donde se encontrase y se hacía entonces intolerable. Seiscientos mil soldados (casi tantos como americanos en Vietnam) van a ponerle brutalmente fin. De esta forma, las fuerzas "antisocialistas" y "contrarrevolucionarias", continuamente invocadas y conjuradas por todos los burócratas, aparecen finalmente, no con la imagen de Benès ni armadas por los "revanchistas alemanes", sino con el uniforme del Ejército llamado Rojo.

Una notable resistencia popular va a enfrentar durante siete días -*"los siete días gloriosos"*- a casi toda la población y a los invasores. Se vieron paradójicamente métodos de lucha claramente revolucionarios al servicio de la burocracia reformista. Pero lo que no se había realizado en el curso del movimiento no podía ciertamente realizarse bajo la ocupación: permitiendo a los dubcekistas frenar al máximo el proceso revolucionario cuando estaban en las fronteras, las tropas rusas van a permitirle controlar también el movimiento de resistencia desde el 21 de agosto. Juegan exactamente el mismo papel que las tropas americanas en Vietnam del Norte, que suscitan la adhesión unánime de la población a la burocracia que la explota.

El primer reflejo de los pragueses no fue sin embargo defender el Palacio de la República, sino la Casa de la Radio, considerada el símbolo de su principal conquista: la verdad de la información contra la mentira organizada. Y lo que constituyó la pesadilla de todas las burocracias del Pacto de Varsovia, a saber la prensa y la radio, les frecuentará todavía durante toda una semana. La experiencia checoslovaca mostró las posibilidades extraordinarias de la lucha que un día despliegase un movimiento revolucionario consecuente y organizado. El equipamiento suministrado por el Pacto de Varsovia (¡a la vista de una eventual invasión imperialista de Checoslovaquia!) servirá a los periodistas de este país para montar 35 emisoras clandestinas vinculadas a 80 emisoras de apoyo. La propaganda soviética -tan necesaria para un ejército de ocupación- fue saboteada así por la base, y la población pudo saber en líneas generales cuanto ocurría en el país y seguir las directivas de los burócratas liberales o de los elementos radicales que controlaban algunas emisoras. Así, en respuesta a un llamamiento de la radio que apuntaba a sabotear las operaciones de la policía rusa, Praga se transformó en una verdadera "ciudad-laberinto" donde todas las calles perdieron su nombre y las casas su número para cubrirse de inscripciones al mejor estilo del mayo parisino. Se convertió en morada de la libertad desafiando a todas las policías, en un ejemplo de desvío revolucionario del urbanismo policial. Gracias a una organización proletaria excepcional, *todos* los periódicos pudieron imprimirse y difundirse libremente en las barbas de los rusos que vigilaban ridículamente sus locales. Muchas fábricas se transformaron en imprentas, de las que salieron miles de periódicos y panfletos. Se llegó a imprimir un número falso de *Pravda* en ruso. Se reunió clandestinamente el XIV Congreso del Partido durante tres días bajo la protección de los obreros de "Auto-Praha". Este congreso saboteó la "operación Kadar" y obligó a los rusos a negociar con Dubcek. Utilizando por un lado sus tropas, y por otro las contradicciones internas de la burocracia checa, los rusos podrán transformar el equipo liberal en una especie de gobierno de Vichy camuflado. Husak, que pensaba en su futuro, fue el principal agente de la anulación del XIV Congreso (invocando la ausencia de delegados eslovacos, aparentemente recomendada por él). Un día después de los "acuerdos de Moscú" declaró: "podemos aceptar este acuerdo a partir del cual *hombres reflexivos* (subrayado por nosotros) pueden hacer salir al pueblo del atolladero actual para que no tenga necesidad de avergonzarse en el futuro."

El proletariado checo, si se hace revolucionario, no se avergonzará de la vergüenza de haber confiado en Husak, Dubcek o Smrkovsky. Sabe ya que no puede contar más que con sus propias fuerzas, y que Dubcek y Smrkovsky van a decepcionarle una y otra vez, como la neoburocracia le ha decepcionado colectivamente cediendo ante Moscú y alineándose con la política totalitaria. La inclinación afectiva hacia tal o cual personalidad forma parte del período miserable del proletariado, es decir del viejo mundo. Las huelgas de noviembre y los suicidios ralentizarán un poco el proceso de "normalización" que no pudo terminar hasta abril de 1969. Al restaurar su verdad, el poder burocrático se verá combatido más eficazmente. Todas las ilusiones se disiparon una tras otra y se desvaneció la adhesión de las masas checoslovacas a la burocracia reformista. Al rehabilitar a los "colaboradores", los reformistas pierden su última oportunidad de obtener el apoyo popular en el futuro. La conciencia revolucionaria de los obreros y de los estudiantes se profundizará a medida que aumente la represión. El retorno a los métodos y al "espíritu limitado y estúpido de los años 50" suscita ya reacciones violentas por parte de obreros y estudiantes, cuyas diversas formas de unión son el principal motivo común de preocupación para Dubcek, su sucesor y sus amos. Los trabajadores proclaman su "derecho inalienable a responder a eventuales medidas extremas" (moción de los obreros de la C.K.D. al Ministro de Defensa el 22-4-1969). La restauración del estalinismo muestra definitivamente el carácter ilusorio de todo el reformismo burocrático y la imposibilidad congénita para la burocracia de "liberalizar" su gestión de la sociedad. Su supuesto "socialismo humano" no es otra cosa que la introducción de algunas concesiones "burguesas" en el mundo totalitario, y estas concesiones lo arruinan. La única *humanización*

posible del "socialismo burocrático" es su supresión por el proletariado revolucionario, no a través de una supuesta "revolución política" sino mediante la subversión total de las condiciones existentes y la disolución práctica de la internacional burocrática.

Las revueltas del 21 de agosto de 1969 mostraron hasta qué punto el *estalinismo ordinario* se restableció en Checoslovaquia, y también hasta qué punto está amenazado por la crítica proletaria: diez muertos, 2000 arrestos y las amenazas de expulsión o de proceso contra el fantoche Dubcek no detienen *la huelga a escala nacional*, con la que los obreros checos ponen en peligro la supervivencia del sistema económico de sus explotadores, indígenas y rusos.

Aunque la intervención rusa frenó el proceso objetivo de transformación en Checoslovaquia, el estalinismo internacional la pagó cara. Los poderes burocráticos de Cuba y de Hanoi, directamente dependientes del Estado llamado soviético, no pudieron sino aplaudir -ante la vergüenza de sus admiradores trotskistas y surrealistas y de la gente maja de izquierdas- la intervención de sus amos. Castro justificó ampliamente y con particular cinismo la intervención militar, necesaria según él por la amenaza de restauración del capitalismo, desenmascarando de esa forma la verdad de su propio "socialismo". Hanoi y los poderes burocráticos árabes, víctimas también de una ocupación extranjera, llevarán su absurda lógica hasta el punto de apoyar una agresión análoga porque esta vez era llevada a cabo por sus protectores autoproclamados.

En cuanto a los miembros de la Internacional burocrática que lloran por Checoslovaquia, cada uno lo hace por sus propias razones *nacionales*. Inmediatamente posterior a la gran sacudida que sufrió durante la crisis revolucionaria de mayo, "la cuestión checoslovaca asestó un serio golpe al P.C.F., dividido en fracciones arqueo, neo y orto-estalinianas, desgarradas entre la fidelidad a Moscú y sus intereses en el tablero político burgués. El Partido italiano fue más audaz en la denuncia, pero en función de la crisis galopante en Italia y sobre todo debido al golpe directo contra su "togliatismo". Los burócratas nacionalistas de Yugoslavia y de Rumanía tuvieron allí una oportunidad de consolidar su dominación, puesto que recuperaron el apoyo de la población que no veía más que la amenaza rusa -más ficticia que real. El estalinismo, que ha tolerado ya el titismo y el maoísmo como imágenes distintas de sí mismo, tolerará la "independencia rumana" mientras no amenace directamente su "modelo socialista" fielmente reproducido en todas partes. Es inútil hablar de la crítica chino-albanesa del "imperialismo ruso". En la lógica de su delirio "antiimperialista", los chinos van a reprochar a los rusos una y otra vez no intervenir en Checoslovaquia como habían hecho en Hungría (véase *Pekin-Imformation*, 13 de agosto) y a denunciar la "odiosa agresión" perpetrada por "la pandilla fascista Brejnev- Kossyguine".

"La disolución de la asociación internacional de burocracias totalitarias", escribíamos en *I.S. 11*, "es ahora un hecho verificado." La crisis checoslovaca no ha hecho más que confirmar la avanzada descomposición del estalinismo. Nunca hubiera podido jugar un papel tan grande *en todas partes* en el aplastamiento del movimiento obrero si el modelo burocrático totalitario ruso no se hubiese aliado a la vez con la burocratización del viejo movimiento *reformista* (socialdemocracia alemana y II Internacional) y con la organización cada vez más burocrática de la producción capitalista moderna. Pero ahora,

después de más de cuarenta años de historia contrarrevolucionaria, la revolución renace en todas partes y hace temblar tanto a los dueños del Este como a los del Oeste, atacados a la vez en sus diferencias y en su profundo parentesco. Las valientes protestas aisladas que surgieron en Moscú el 21 de agosto anuncian la revolución que no dejará de estallar pronto *en la propia Rusia*. El movimiento revolucionario conoce ahora a sus verdaderos enemigos, y ninguna de las alienaciones producidas por los dos capitalismos, el burgués privado y el burocrático de Estado, puede ya escapar a su crítica. Ante las inmensas tareas que le esperan, no se dedicará ya a combatir fantasmas ni a apoyar ilusiones.

CÓMO SE MALINTERPRETAN LOS LIBROS SITUACIONISTAS

Si la acción llevada a cabo por la I.S. no hubiese entrañado consecuencias públicamente escandalosas y amenazantes, está fuera de duda que ninguna publicación francesa hubiese reseñado nuestros libros recientes. Lo confesaba ingenuamente François Châtelet en *Le Nouvel Observateur* el 3 de enero de 1968: el primer impulso ante obras parecidas es pura y simplemente rechazarlas, dejar el absoluto en que se sitúan precisamente en lo absoluto, en lo no relativo, en lo no relatado". Pero con tanto dejarnos en lo no relatado, los organizadores de esta conspiración de silencio han visto en algunos años que ese extraño absoluto vuelve a caer sobre su cabeza y a mostrarse poco diferente de la *historia actual*, de la que ellos estaban absolutamente separados, sin poder impedir sin embargo que el "viejo topo" se abriese camino hacia la luz. Este representivo Châtelet acumulaba en su artículo todo tipo de confesiones aciagas sobre el estado de ánimo de los canallas de su especie. Al evocar cinco meses antes de mayo los incidentes de Estrasburgo, este gran profeta juzgaba estar tranquilo y engañaba, como de costumbre, a los imbéciles de sus lectores: "Por un instante fue el pánico; se temía el contagio (...) Todo volvió a entrar (...) en el orden". Señala que Debord y Vaneigem se descalifican al presentar "una denuncia que hay que tomar en su integridad o abandonar completamente" y "desalientan por anticipado toda crítica", puesto que "tienen por evidente que toda contestación de lo que ellos dicen emana de un pensamiento estúpidamente tributario del 'poder' y del 'espectáculo'". Ciertamente, *desalentar* la crítica de la miserable generación intelectual que se ha prostituido en el estalinismo, el argumentismo y el pensamiento filosofante de *L'Express* y *Le Nouvel Observateur* es uno de nuestros objetivos. Châtelet no es estúpidamente espectacular y cobardemente servil ante los poderes exis-

tentes *porque nos critique*, sino que por el contrario nos critica estúpidamente porque se unió momentáneamente al estalinismo en 1956 y luego se hizo criado del espectáculo en materias algo más rentables. Porque nos limitamos a una negación radical pero "abstracta", Châtelet descubre que nos quedamos "en lo empírico", y hasta "sin concepto". La frase es dura. Pero, ¿quién la dice? Sabemos sin embargo que desde que el vino de la crítica se cortó con agua sucia cien libros son rápidamente saludados como altamente conceptuales por Châtelet y todos los demás castrados del concepto, que querrían hacer creer a los desgraciados lectores de *Le Nouvel Observateur* que disponen de él. Por otra parte este ex-estaliniano, que habría combatido evidentemente el comunismo de 1948, da la talla con la frase tal vez más torpe que ningún cretino haya pronunciado nunca sobre nosotros. Con el objeto de ningunearnos, pero despreciando también, como los demás cornudos argumentistas del estalinismo, la vieja exigencia de revolución proletaria -que creía exorcizada para siempre, enterrada por su estalinismo y por su *Express*- Châtelet afirma que, aunque puedan destacarse como "síntomas" esos libros y la existencia de la I.S. "como un pequeño resplandor que se extiende vagamente desde Copenhague a New York", "el situacionismo no es el espectro que atormenta a la sociedad industrial, *no más que en 1948 el comunismo* atormentaba a Europa". Somos nosotros quienes subrayamos este involuntario piropo. Todo el mundo entenderá fácilmente que prefiramos *mucho antes* "engañarnos" como Marx a hacerlo como Châtelet.

Si el berrinche de los pretenciosos expertos desmentidos por el acontecimiento era ya notable antes del movimiento de ocupaciones, se hizo realmente grandioso después. Pierre Vianson-Ponté descarta furiosamente en *Le Monde* el 25 de enero de 1969 el libro de Viénet con una deshonestidad extraordinaria incluso en los redactores de este periódico. No ve en él más que "prosa ilegible, pretensión sin barreras y una sed de publicidad sin límites (...) Concluyen lisa y llanamente que la revuelta de mayo (...) anuncia la revolución mundial, nada menos". Vianson-Ponté es un imbécil, nada más. Comienza su artículo con esta sentencia a lo Homais: "Mientras los revolucionarios caían en las barricadas o tomaban el poder no tenían tiempo de escribir su historia y generalmente tampoco les apetecía". Es difícil ir más lejos en el error pomposo. Los revolucionarios de las peores y de las mejores tendencias han *escrito siempre* mucho, y nadie se pregunta por qué, salvo Viason-Ponté que simplemente lo ignoraba. Hay que señalar que sólo en el año 1871 aparecieron en Génova y Bruselas una decena de libros importantes escritos por supervivientes de la Comuna (Gustave Lefraçais, *Estudio sobre el movimiento comunalista en París*; Benoît Malon, *La tercera derrota del proletariado francés*, Lissagaray, *Los ocho días de mayo tras las barricadas*, Georges Janneret, *París durante la Comuna revolucionaria*, etc., sin contar *La guerra civil de Francia*). Pero Vianson-Ponté quiere sangre. Admitiendo automáticamente la tesis de la policía según la cual hubo muy pocos muertos, nos reprocha ese mezquino resultado: "los revolucionarios de mayo del 68 están, gracias a Dios, muy vivos (...) puesto que escriben. Mucho. La mano que acaba de soltar el adoquín coge enseguida la pluma". Nosotros nos jactamos de ese paso de la pluma al adoquín y del adoquín a la pluma como principio de superación de la separación entre trabajo manual e intelectual. ¿No comprende este imprudente necrófago que su inoportuna ironía puede leerse como una invocación para que la próxima vez la represión policial o militar sea más sangrienta? Y si esto ocurre, ¿no es evidente que muchos de los que han intentado negar la seriedad del movimiento de 1968 argumentando que no hubo suficientes muertos se arriesgan a ser víctimas de inevitables represalias espontáneas en el próximo asalto? Escribíamos en 1962, en *I.S. 7*: "Es sorprendente que los especialistas en los sondeos de opinión ignoren la gran proximidad de esa justa cólera que se levanta tan a propósito. Un día se extrañarán de ver que se acosa y que se cuelga a los arquitectos en las calles de Sarcelles." A causa de su fuerza, debida a la participación, imperfecta pero aplastante, de las masas proletarias, el movimiento de mayo fue *clemente*. Pero si un día se llega a enfrentamientos sangrientos los urbanistas y los periodistas (que hablan ya de fascismo rojo por algunos golpes recibidos recientemente en Vincennes por el estaliniano Badia) correrán un gran peligro.

Resulta por tanto que se han sentido obligados en Francia a hablar de nuestros libros en algunas decenas de artículos, al haber aparecido en la prensa extranjera casi la misma cantidad de artículos algo más honestos e informados. Ha habido incluso elogios sobre los que es inútil extenderse. Una contradicción general pesa sobre el conjunto de estas críticas. Algunos de los autores que creían encontrar entre nosotros algunas verdades sorprendentes estaban en realidad privados de los más básicos conocimientos políticos y teóricos para comprender verdaderamente de qué trataban esos libros, considerando en cada uno de ellos todo lo que enuncia. Un caso ejemplar es el del crítico Henri-Charles Tauxe en el periódico suizo *La Gazette littéraire* el 13 de enero de 1968, que concluye su análisis, en el que intentaba en todo caso exponer honestamente el contenido del libro del que habla, con esta pregunta: "Pueden plantearse ciertamente una serie de cuestiones sobre las perspectivas abiertas por Debord, y en particular si el propio concepto de revolución tiene hoy sentido". En cambio, aquellos de nuestros críticos que conocen los problemas tratados en estos libros han sido llevados precisamente a *maquillarlos* con una mala fe que está estrechamente ligada a sus posiciones particulares y a las tribunas desde las que se expresan. Para no arriesgarnos a aburridas repeticiones nos limitaremos a destacar tres actitudes típicas que se manifiestan a propósito de nuestros libros. Se trata, por orden, de un universitario marxista, de un psicoanalista y de un militante ultraizquierdista. Hablaremos de paso de sus motivaciones principales.

Claude Lefort fue revolucionario a principios de los 50 y uno de los teóricos principales de la revista *Socialisme ou Barbarie* -revista de la que anunciamos en *I.S. 10* que hundía sus raíces en el vulgar cuestionamiento "argumentista" y que tenía que desaparecer: nos dio la razón haciéndolo uno o dos meses después. Lefort se había separado de ella hacía años, habiendo estado en vanguardia en el combate contra toda forma de organización revolucionaria, que él denunciaba como abocada fatalmente a la burocratización. Se consuela ahora de este triste descubrimiento siguiendo una banal carrera universitaria y escribiendo en *La Quinzaine littéraire*. Este hombre alineado, pero muy culto, critica en el número del 1 de febrero de 1968 *La sociedad del espectáculo*. Le reconoce primero algunos méritos. No se le ha escapado el empleo de la metodología marxiana en este libro, e incluso del desvío, aunque no haya llegado a ver también a Hegel. Pero este libro no le ha parecido universitariamente potable por la razón siguiente: "Debord añade tesis y más tesis, pero no avanza; repite incansablemente la misma

idea: que lo real se ha invertido en ideología, que la ideología transformada en su esencia en espectáculo se hace pasar por lo real, que hay que invertir la ideología para devolver sus derechos a lo real. Da igual el tema que trate aquí o allá, esta idea se mira en todas las demás, y debemos a los límites de su paciencia que se detenga en la tesis 221". Debord admite de buena gana que en la tesis 221 se dio cuenta de que había dicho bastante, y que nunca quiso decir otra cosa que lo que dice precisamente este libro: se trataba de describir "incansablemente" lo que es el *espectáculo* y cómo puede ser subvertido. Que "esta idea se mire en todas las demás", esto es justamente lo que nosotros consideramos característico de un *libro dialéctico*. Un libro tal no tiene por qué "avanzar" como una tesis doctoral sobre Maquiavelo para satisfacer a un jurado y obtener un título (y, según lo que dice Marx en el postfacio a la segunda edición alemana de *El Capital* sobre la forma en que puede verse "el procedimiento de exposición" del método dialéctico, "esa mirada puede hacer creer en una construcción *a priori*"). *La sociedad del espectáculo* no oculta su toma de partido *a priori* ni pretende hacer surgir su conclusión de un planteamiento universitario, ya que está escrita para mostrar el campo de aplicación coherente *concreto* de una tesis que existe desde el principio y que se deriva de una investigación que la crítica revolucionaria ha llevado a cabo sobre el capitalismo moderno. En lo esencial por tanto, en nuestra opinión, es *un libro al que no le falta más que una o varias revoluciones*. Las cuales no podían tardar. Pero Lefort, que ha perdido interés por este tipo de teoría y de práctica, ve el libro como un mundo cerrado en sí mismo: "Lo creíamos lanzado al asalto de sus adversarios, hay que reconocer que el despliegue de discurso no tenía otro fin que un alarde. Reconocemos que tiene su belleza: nunca es parco en palabras. Habiendo desterrado desde las primeras líneas todo problema que no se ajuste a su respuesta, buscaremos en vano algún fallo". El contrasentido es total: Lefort ve una especie de pureza mallarmeana allí donde este libro, como *negativo* de la sociedad espectacular -en la cual también, aunque de forma inversa, toda cuestión que no se ajusta a su respuesta es desterrada en todo momento- no busca finalmente otra cosa que *invertir* la *relación de fuerzas* existente en las fábricas y en las calles.

Después de este rechazo global, Lefort aún quiere hacerse el marxista en un detalle para recordar que es su especialidad, que cosecha como tal admiración en los periódicos intelectuales. Aquí empieza a falsificar para permitirse introducir un recordatorio pedante de lo que ya se sabe. Anuncia gravemente que Debord ha cambiado "la mercancía por el espectáculo", lo que está "preñado de consecuencias". Resume pesadamente lo que Marx dice de la mercancía e imputa falsamente a Debord haber dicho que "la producción de la fantasmagoría ordena la de mercancías" *en lugar de lo contrario* -una evidencia claramente enunciada en *La sociedad del espectáculo*, particularmente en el capítulo segundo, al definir el espectáculo como *un momento* del proceso de producción de la mercancía. De esta forma Lefort puede concluir a placer que "en la lectura de Debord toda historia parece vana". Y diagnostica: "Extraño vástago de Marx, Debord se encuentra ebrio del famoso análisis dedicado al fetichismo de la mercancía". No entraremos en el debate sobre las mejores formas de colocarse, de esto los universitarios no tienen ni idea. Pero advirtamos que la historia ha vuelto, y que sorprendió a Lefort más que a nosotros en mayo. Entonces se pudo ver, en esas "bacanales de la verdad donde nadie permanece sobrio" (Hegel) a las masas -ya masas- embriagadas por el descubrimiento de la mercancía y del espectáculo como realidades de la pseudovida *antes de ser destruida*. Y Lefort, en *Le Monde* del 5 de abril de 1969, siempre con retraso sobre lo que ocurre, e incluso sobre *lo que sabe*, pero con menos retraso que en febrero de 1968, escribe que no hay que obnubilarse, como hacen los "observadores burgueses", con la reaparición de la antigualla trotskista a la izquierda del aparato estaliniano, puesto que ahora "existen condiciones para permitir una crítica del universo burocrático y fundar un análisis en términos nuevos, en mecanismos modernos de explotación y de opresión. (...) Con el movimiento de mayo y con las iniciativas que ha inspirado a los jóvenes obreros se pronuncia algo nuevo que no debe nada a la intervención de héroes: una oposición que no sabe todavía nombrarse, pero que desafía de tal forma a toda autoridad establecida que no podemos confundirla con movimientos del pasado. ¡Más vale tarde que nunca! Sólo que, como se vio, las "condiciones" *existían ya* en febrero de 1968 aunque Lefort quisiera ignorarlas, y que hoy *él* no sabe "todavía" cómo *se llama* esa oposición.

Caemos más bajo con el *Univers contestationnaire* de André Stephane (Payot, 2º trimestre 1969), cuyo tercer capítulo critica el libro de Vaneigem. El pseudónimo de Stéphane esconde, anuncia el editor, a "dos psicoanalistas". Podrían ser veintidós, o haberse hecho el trabajo con una máquina I.B.M. programada en psicoanálisis, tan cargada está la parodia de "freudismo ortodoxo", tanto se eleva la ineptitud hasta órbitas circumlunares. Si esos autores son psicoanalistas, entonces Vaneigem debe estar loco. Vaneigem es por tanto un paranoico, esto es lo que expresó tan perfectamente el movimiento de mayo y varias tendencias impertinentes de la sociedad moderna. No son más que fantasmas, delirios, rechazos del mundo objetal y de la problemática edipiana, narcisismo indiferenciado, exhibicionismo, pulsión sádica, etc. Coronan su edificio de tonterías profesando "admiración por la obra de arte que constituye este libro". Pero, al caer en malas manos, el movimiento de mayo horrorizó a nuestros psiquiatras por la violencia ciega que desplegó, su terrorismo inhumano, su crueldad nihilista y su objetivo explícito de destruir la civilización y tal vez incluso el planeta. Al escuchar la palabra "fiesta" sacan sus electrodos; piden triste pero imperativamente que se vuelva pronto a lo serio, no dudan un instante que ellos representan lo serio del psicoanálisis y de la vida social y pueden escribir sobre todo ello sin dar risa. Hasta algunas personas que tuvieron la estupidez de ser *clientes* de estos Laurel y Hardy de la medicina mental se han sentido después de mayo un poco menos deprimidos y disociados y se lo han dicho. Temiendo perder una fracción de sus rentas (tras haber temido perderlo todo en mayo, cuando nuestro absolutismo intemporal amenazó la existencia de la mercancía y del dinero), nuestros *delirantes socialmente integrados* escriben: "Esto ocurría sobre todo con ciertos pacientes que parecían considerar que si la Revolución (deseo antiguo que habían abandonado) era posible *todo* era posible; ya no había que renunciar a nada..." Estas personas serían la vergüenza del psicoanálisis si quedase alguna dignidad en esta desoladora profesión, si la obra de Freud no hubiese sido hecha pedazos en treinta años de recuperación burguesa. Pero cuando estos subnormales se apresuran llenos de odio, miedo y deseo de mantener su fructífero pequeño prestigio, a tratar en un libro una cuestión cuya base es evidentemente *política*, ¿cómo salen de ella? Ahí, nuestros sabios y

razonables defensores de la sociedad "real" -y del principio de que todo lo que ocurre es lo mejor en la mejor de las sociedades posibles- dan la medida de su estupidez. Para ellos, es incuestionable que el movimiento de mayo que ellos analizan con tanta perspicacia fue un movimiento *de estudiantes* (estos perros policías de la detección de lo irracional no han encontrado un instante *anormal* e inexplicable que un simple acceso de vandalismo de los estudiantes pudiese paralizar la economía y el Estado en un gran país industrial). Además, según ellos, todos los estudiantes son ricos, viven muy bien en la abundancia y el confort, no tienen ningún motivo de descontento racional discernible: participan sin contrapartida notable de todos los bienestares de una sociedad feliz que nunca ha sido menos represiva. Estaría por tanto demostrado que el bienestar socioeconómico, que conocerían manifiestamente en estado puro *todos* los rebeldes de mayo, revelaba en términos metafísicos la miseria íntima de personas que tenían sed de absoluto por "deseo infantil", personas cuya inmadurez hacía incapaces de aprovechar los "bienes" de la sociedad industrial. Detalle que expresa, según estos pedantes, "la imposibilidad de investir libidinalmente el mundo exterior por razones conflictuales. Las fiestas más maravillosas no pueden distraer la melancolía que entraña esta carencia en la economía de la libido."

Leyendo a estos Stéphane, estamos obligados a entender que "las fiestas más maravillosas" deben ser para ellos algo así como la iluminación de la pirámide de Keops en "Sonido y Luces". Su juicio sobre el automóvil basta para revelar el infantilismo correctamente sublimado de estos "verdaderos adultos", monógamos y votantes: este admirable juguete ha reemplazado adecuadamente su pequeño tren eléctrico de la época en que liquidaban favorablemente el Edipo con la satisfacción general de sus respetables familias. Remarcando (pág. 215) algunas frases irónicas de Vaneigem sobre la pseudosatisfacción actual de las necesidades sociales ("los comuneros se hicieron matar hasta el final para que tu puedas comprar una cadena estereofónica Phillips de alta fidelidad"), rechazan con indignación este punto de vista paranoico y profesan francamente que los comuneros se sentirían felices de saber que su sacrificio aseguraba a sus descendientes viviendas en Sarcelles y emisiones televisadas de Guy Lux. Deciden: "Hay que haber contrainvestido verdaderamente la materialidad para no entender que comprar un coche pueda constituir un fin en sí, al menos provisional, ni que esta adquisición procure un gran placer". Hay que haber contrainvestido verdaderamente la menor huella de pensamiento racional para hacer de maestros cantores unilaterales de ese "gran placer" en un momento en que los analistas científicos, aunque de forma parcial y socialmente desarmados, denuncian en todos los campos los peligros de la proliferación de esta mercancía-estrella (destrucción del medio urbano, etc.) y en que ellos mismos, alienados por la "posesión" del coche, no cesan de lamentar las condiciones precisas que deterioran continuamente el "gran placer" que esa adquisición les había garantizado publicitariamente (seguro que este malestar no llega todavía a entender que ese deterioro no está causado por fallos específicos de los poderes públicos, sino simplemente por la multiplicación obligatoria de este pseudobien hasta su total encumbramiento). En definitiva, nuestros dos psiquiatras no son precisos, sinceros y realistas más que en un punto. Se halla en una nota de la página 99 que denuncia a personas que "fingiéndose psicoanalistas y freudianos", después de un debate en la Facultad de Medicina sobre los honorarios de los psicoanalistas, habrían cuestionado la necesidad de cobrar honorarios. "Pero quien conoce los efectos de la transferencia ve claramente que el dinero que paga por el análisis le garantiza lo que esquemáticamente podemos llamar "autonomía" (una vez que ha pagado al analista, "no le debe nada"). Al psicoanálisis no le ha costado nunca trabajo evidentemente enunciar una buena justificación psicoanalítica de la necesidad de pagar. Pero aunque los que aprovechan para consumir más y vivir menos lo tengan tan fácil para psicoanalizar a los marxistas, no harán olvidar que la más simple crítica marxista revela, con mayor exactitud, su propia *psicología de las profundidades* (por retomar aquí su estilo verbal de análisis, por algo suele decirse "se llevó un buen puñado *a sus fondos*"), su *economía* y sus *inversiones*. He aquí por tanto el trauma originario del libro de Stéphane: su moneda fue amenazada. ¿Con qué delirio peor han tenido que vérselas nunca? ¡La memoria de un psiquiatra no ha visto nunca morir un modo de producción! Pero empiezan a sentirse los temblores.

A finales de 1966, el Rector Bayen de Estrasburgo declaró a la prensa que *surgíamos de la psiquiatría*. Al año siguiente vio desaparecer las "Oficinas de Ayuda Psicológica Universitaria" de Estrasburgo y de Nantes, y dieciocho meses después todo lo que conocía como su amable mundo universitario y gran cantidad de sus superiores jerárquicos. Con esta crítica de Vaneigem, vemos por tanto llegar tardíamente a los psiquiatras que amenazamos. Estarán decepcionados los que esperaban la solución definitiva del problema situacionista.

El libro de Viénet no ha recibido los honores de la psiquiatría, pero fue criticado en un artículo del nº 2 de *Révolution Internationale*, tribuna de un grupo ultraizquierdista, antitrotskista, algo bordigista, pero poco desprendido del leninismo y apuntando siempre a reconstituir la sabia dirección del verdadero "partido del proletariado", que promete no obstante seguir siendo democrático el día que exista. Las ideas de este grupo muerden lo bastante el polvo para que interese discutirlas aquí. Nos contentaremos, ya que se trata de personas con intenciones revolucionarias, con revelar entre ellas algunas *falsificaciones* precisas. Esta práctica es en nuestra opinión *mucho más incompatible* con la actividad de una organización revolucionaria que la simple afirmación de teorías erróneas, siempre susceptibles de ser discutidas y rectificadas. Además, aquellos que necesitan falsificar textos para defender sus tesis confiesan *ipso facto* que sus tesis son indefendibles de otra forma.

La crítica se declara decepcionada por este libro "tanto más cuanto que la distancia temporal de varios meses permitía posibilidades mayores". Aunque este libro apareció a finales de octubre de 1968, se indica claramente en la introducción (pág. 8) que se terminó el 26 de julio. Enviado enseguida al editor, no sufrió luego ninguna corrección, salvo dos breves notas añadidas (págs. 20 y 209) fechadas explícitamente en octubre, concernientes a desarrollos conocidos después de julio en Checoslovaquia y México.

Se reprocha a este libro "ceder al gusto de la moda" -es decir, en realidad a nuestro propio estilo, puesto que adoptó el mismo género de presentación que los antiguos números de *I.S.*- porque incluye fotografías y *comics* (y se reprocha a los situacionistas despreciar a "la gran masa infantil de los obreros" pretendiendo *divertirlos* como hace

la prensa y el cine capitalistas). Se advierte severamente que "se describe sobre todo la acción de los enragés y los situacionistas" para añadir luego: "como por otra parte anuncia el título". Viénet se propone en efecto establecer un informe de nuestras actividades en ese periodo acompañado de nuestros análisis y de algunos documentos, estimando que el todo constituye una documentación muy valiosa para entender mayo, y principalmente para aquellos que tengan que actuar en futuras crisis del mismo tipo (y con el mismo fin hemos retomado esta cuestión en este número). Que esta experiencia parezca a algunos utilizable y a otros desdeñable depende de lo que ellos piensen y de *lo que sean efectivamente*. Pero lo que es seguro es que esta documentación concreta habría sido ocultada (o conocida de modo fragmentario o falso) por muchas personas si este libro no hubiese existido. El título dice de qué trata.

Sin llegar a insinuar que exista el menor detalle falso en este informe, nuestro censor estima que Viénet ha dado demasiado espacio a nuestra acción, imaginada "preponderante". Escribe que "llevado a sus justas proporciones, el lugar ocupado por los situacionistas fue seguramente inferior al de los demás numerosos grupos y grupúsculos, y en todo caso no superior". No sabemos verdaderamente de dónde viene la "seguridad" de su balance, como si se tratase de comparar la cantidad de adoquines que cada grupo hubiese lanzado al mismo edificio y en la misma dirección. Los C.R.S., e incluso los maoístas, tuvieron ciertamente un "lugar" en la crisis más amplio que nosotros y un peso mayor. La cuestión es saber *en qué sentido* pesaron unos y otros. Si se trata únicamente de corrientes *revolucionarias*, la gran cantidad de obreros desorganizados tuvieron un peso tan determinante que resulta incomparable con el de cualquier grupo; pero esta tendencia no se ha hecho conscientemente dueña de su propia acción. Si se trata únicamente -puesto que la crítica de la que hablamos parece más interesada en una especie de carrera entre "grupos", ¿y tal vez piense *en el suyo*?- de los que están situados en posiciones claramente revolucionarias, ¡sabemos bien que no eran tan "numerosos"! Habría que decir entonces de *qué grupos* se trata y *lo que hicieron* en lugar de dejar todo eso en un vago misterio para decir únicamente que la acción precisa de la I.S. fue, con relación a otros grupos que siguen siendo desconocidos, "seguramente inferior", o -lo que no es lo mismo- "no superior".

En realidad, la revista *R.I.* reprocha a los situacionistas haber dicho hace años que era de esperar un *nuevo* impulso del movimiento revolucionario proletario de una crítica moderna de las nuevas condiciones de opresión y de las nuevas contradicciones que sacaba a la luz. Para *R.I.* no hay fundamentalmente nada nuevo en el capitalismo, ni por tanto en su crítica. El movimiento de ocupaciones no presentó ningún rasgo nuevo. Los conceptos "espectáculo" y "supervivencia", la crítica de la mercancía en su fase de producción abundante, etc., no son más que palabras huecas. Vemos que estas tres series de postulados se apoyan mutuamente.

Si los situacionistas estuvieran únicamente obsesionados con la innovación intelectual, *Revolution Internationale*, que conoce seguramente la revolución proletaria desde 1920 a 1930, no le atribuiría ninguna importancia. Lo que sorprende de nuestra crítica es que mostramos al mismo tiempo que la *novedad* del capitalismo, y de forma corolaria las novedades de su negación, *encuentran también* la antigua verdad de la revolución proletaria otras veces vencida. *R.I.* está celoso, porque quiere poseer esa vieja verdad *sin mezcla* de novedad; no importa que la novedad surja de la realidad tanto como de la teoría de la I.S.. Entonces comienza la manipulación. Se extraen algunas frases de las páginas 13 y 14 del libro de Viénet recordando las banalidades de base de la revolución incumplida y se rellenan con notas de profesor al margen, como a tinta roja: "Es realmente gracioso que la I.S. constate 'fácilmente' lo que saben todos los obreros y revolucionarios"; "¡he aquí un lapsus!"; "evidencia", etc. Pero los extractos en cuestión de estas dos páginas de Viénet están hábilmente escogidos -por decirlo de alguna forma. Se cita por ejemplo literalmente: "La I.S. sabía (...) que la emancipación de los trabajadores tropieza en todas partes y siempre con las organizaciones burocráticas". ¿Cuáles son las palabras precisamente suprimidas por este oportuno paréntesis? He aquí la frase exacta: "La I.S. sabía, *como tantos obreros privados de palabra*, que la emancipación de los trabajadores tropieza en todas partes y siempre con las organizaciones burocráticas". La *evidencia* del procedimiento de *R.I.* es tan clara como esa otra más vieja de la lucha de clases, de la que el grupo parece creerse propietario exclusivo, o como lo que Viénet llamó explícitamente la sutileza de "tantos comentaristas" que tienen la palabra en libros y periódicos y que "se han puesto de acuerdo para decir que fue imprevisible".

Siempre para negar que la I.S. hubiese dicho por anticipado verdad alguna sobre la proximidad de una nueva época del movimiento revolucionario, que no ve nada nuevo en esta época, pregunta irónicamente como puede pretender entonces la I.S. haber previsto esta crisis; y por qué hubo que esperar *cincuenta* años tras el fracaso de la revolución rusa. "¿Por qué no treinta o setenta?", dice llanamente nuestro crítico. La respuesta es muy simple. Dejando de lado que la I.S. vio desde bastante cerca la escalada de ciertos elementos de la crisis (en Estrasburgo, en Turín y en Nanterre), *nosotros no previmos la fecha, sino el contenido*.

El grupo *Révolution Internationale* puede estar en total desacuerdo con nosotros cuando se trata de juzgar el contenido del movimiento de las ocupaciones, como lo está más en general con la comprensión de su época y por tanto con las formas de acción práctica que otros revolucionarios han empezado a rescatar. Pero si despreciamos al grupo *Révolution Internationale* y no queremos tener contacto con él no es por el contenido un tanto marchito de su ciencia teórica, sino por el *estilo* pequeño-burócrata que ha sido llevado a adoptar en su defensa. La forma y el contenido de sus planteamientos están así de acuerdo, y fechados en los mismos años tristes.

Pero la historia moderna ha creado los ojos que saben leernos.

JUICIOS ESCOGIDOS
QUE CONCIERNEN A LA I.S. CLASIFICADOS SEGÚN SU MOTIVACIÓN DOMINANTE

La estupidez

Los "enragés" representan a unos treinta estudiantes que se quieren "situacionistas", "superanarquistas" que practican una ética "revolucionaria" que el fantástico Pierre Dac ha resumido en una célebre fórmula con más de treinta años: "Contra todo lo que está a favor, a favor de todo lo que está en contra." Con poco de humor y mucho de beatnik (...) El primer capítulo se titula "Hacer la vergüenza más vergonzosa publicándola". ¡Agua dulce para el molino del decano Groppin! En su voluntad destructora, ¿se empeñan ciertos estudiantes en considerar la Facultad un vasto lupanar?

Alain Spiraux, *Noir et Blanc*, (7-3-1968)

Finalmente y sobre todo están los enragés, los "situacionistas", decididos a explotar la manifestación y a crear graves incidentes. Son los más peligrosos, pero no los más numerosos, en torno a media docena, barbudos y melenudos. Hay que añadir a sus ninfas. Algunas han pagado muy caro su pertenencia a los situacionistas. Una estudiante de letras de 18 años, después de haber sido drogada, engulló en enero un tubo de gardenal. Resultado: tres semanas de hospital y un tratamiento psiquiátrico que dura todavía.

Paris-Presse (30-3-1968)

El señor Max-Etienne, rector de la Universidad de Nantes-Angers (...) tiene su explicación: "A los situacionistas de Estrasburgo los heredé. El clima no es catastrófico: hay diecisiete perturbadores, pero es desalentador."

Combat (24-4-1968)

La mayoría de los estudiantes desaprobaba los excesos de los enragés y reclamaba con aire de farol la recuperación del curso que ellos perturbaban. Pero no se opuso nunca de forma positiva y con medidas concretas a ninguna de las iniciativas de los extremistas. Estaban en efecto fascinados por la representación teatral improvisada que se interpretaba en las oficinas abiertas sobre el tema de la pérdida del poder de los profesores. Era una especie de *happening* permanente (...) La presencia de un grupo situacionista no fue ajena a todo esto.

Epistémon, *Ces idées qui ont ébranlé la France* (Fayard, 3er. Trimestre de 1968).

Internacional situacionista: este movimiento se formó en Francia en la Universidad de Estrasburgo en 1966-67. Su influencia, difusa, no organizacional, es bastante difícil de percibir, pero parece en conjunto débil en la Sorbona, donde los situacionistas controlaron no obstante el primer comité de ocupación -del 14 al 17 de mayo- después de haber asumido ellos solos la dirección del 13 al 14 de mayo por la tarde.

Jean Maitron, *La Sorbonne par elle-même* (Editions Ouvrières, 4° trimestre de 1968)

¿Juiciosa, esta juventud estrasburguesa que parece simplemente rechazar un mundo que despacha cultura como ristras de salchichas? ¡No! Está más loca que la juventud más rabiosa de Nanterre. Ha probado mucho antes que en Francia una extraña medicina experimentada en todas partes, en Escandinavia, en Alemania, en Japón. Se llama "situacionismo" y se trata de un socialismo cruzado de marxismo y de anarquismo que emana de un grupo internacional de teóricos que se entregan a la crítica radical de la sociedad actual.

Christian Charrière, *Le printemps des enragés* (Arthème Fayard, 4° trimestre de 1968).

Y en tanto los estudiantes franceses, que se han movilizado los últimos, alcanzan en la utopía a sus camaradas italianos, alemanes, holandeses, suecos, españoles y belgas, reeditan juntos a finales de mayo de 1968 una "Llamada a los trabajadores" que merece pasar a la historia por la jerarquía que indica en su detestación: "Lo que hemos hecho atormenta a Europa y amenazará pronto a todas las clases dominantes, de los burócratas de Moscú y de Pekín a los millardarios de Washington y Tokio." Que en la aversión de los jóvenes se mezclen Pekín y Tokio, y haga posar a los burócratas junto a los millardarios no tranquilizará sin duda a Mitsubishi, pero debe hacer soñar a Mao Tsé-toung.

Servan-Schreiber, *L'Express* (30-12-1968)

Tras meses de eclipse y de silencio, probablemente dedicados a la elaboración de sus trabajos, acaba de intervenir en este debate el grupo "Internacional situacionista", que publica un libro en Gallimard: *Enragés et situationnistes dans le mouvement des occupations*. Teníamos derecho a esperar de un grupo que tomó efectivamente parte activa en los combates una contribución profunda al análisis del significado de Mayo, tanto más cuanto que la distancia de algunos meses ofrecía mejores posibilidades. Teníamos derecho a exigirlo y hemos de constatar que el libro no responde a lo que promete. Dejando aparte el vocabulario que le es propio: "espectáculo, sociedad de consumo, crítica de la vida cotidiana, etc.", deploramos que, para su libro, los situacionistas hayan cedido alegremente al gusto de la moda y se complazcan rellenándolo de fotos, imágenes y tiras de comic (...) La clase obrera no necesita que la diviertan. Necesita ante todo comprender y pensar. Los comics, las agudezas y los juegos de palabras tienen poca utilidad para ella. Se adopta por una parte un lenguaje filosófico, una terminología particularmente rebuscada, oscura y esotérica reservada a "intelectuales", y por otra, para la gran masa infantil de los obreros, sobra con algunas imágenes acompañadas de simplezas.

Révolution Internationale n° 2 (febrero 1969)

La utilización de la insuficiente educación sexual de los nuevos residentes explica el desarrollo de lo que se ha llamado aquí "anarquismo" y "situacionismo". No se trata en absoluto de filosofías del Estado o del individuo, sino simplemente de justificaciones, mediante el recurso abusivo al vocabulario ideológico, de costumbres cuya línea directriz es el rechazo de toda sujeción -incluida la suya- y el repudio de todo esfuerzo, así como el culto al ocio placentero...

P. Deguignet, *La Nation* (28-2-1969)

Hay que añadir que el estilo de Vaneigem fue el de los eslóganes de mayo. Parece por lo demás haber sido el origen de muchas de las fórmulas más afortunadas y poéticas. Sin duda fueron antes difundidas a través de la revista de la Internacional Situacionista, de la que es redactor eminente. Hay que recordar que los situacionistas de Estrasburgo emigraron a Nanterre a principios del año académico de 1967 (...) El autor del *Tratado del saber vivir* nos da la clave para la comprensión del papel y el lugar de los *mecanismos paranoicos en nuestra civilización*.

André Stéphane, *L'Univers contestationnaire* (Ed. Payot, 2° trimestre de 1969)

El alivio prematuro

Los puntos débiles de la I.S. -rechazo de la organización y de la ideología, revolución por la revolución, en suma la utopía de escapar al condicionamiento de la sociedad de consumo mediante la pura y simple negación y la invocación de una solidaridad antiburocrática y espontánea de los *proletarios*- han salido pronto a la luz. El movimiento ha entrado en crisis: las traiciones han comenzado (...) Es el principio del fin, inevitable en un movimiento que rechaza institucionalizar su propia teoría (...) Quedan proposiciones y ciertas intenciones inteligentes que otros sabrán retomar en el futuro con mayor conciencia de los límites de toda acción histórica para intervenir con éxito en una sociedad cada vez más compleja y

ambigua.

Nuova Presenza n° 25-26 (verano 1967)

En cuanto a la Internacional situacionista sólo podemos dar sobre ella informaciones limitadas y aproximativas, dado que nadie ha oído hablar de ella desde hace un año (...) Era bastante previsible que el panfleto del grupo de Estrasburgo encontrase interpretaciones marcadas por un revolucionarismo verbal fácilmente recuperable, al permanecer en el plano del consumo, como demuestra el uso que se ha hecho del panfleto en media Europa, y ahora en Italia con la edición de Feltrinelli (...) Las relaciones del grupo de Estrasburgo con la I.S. no han durado más de cuatro meses, para acabar en una bochornosa ruptura.

Idéologie n° 2, de Roma (1967)

El modo común de exposición situacionista es la *denuncia*, una denuncia global, que afecta de forma indiferente a todos los campos, del económico al cultural y que, sin enredarse en conceptos ni en datos, *constata, revela* la alienación sin cesar agravada de la humanidad contemporánea (...) Es evidente que semejantes enunciados desalientan por anticipado toda crítica. Ellos la descartan de entrada, puesto que tienen por evidente que toda contestación de lo que dicen emana de un pensamiento estúpidamente tributario del "poder" y del "espectáculo" (...) Ciertamente el situacionismo no es el espectro que atormenta a la civilización industrial, no más de lo que atormentaba en 1848 el comunismo a Europa.

François Châtelet, *Le Nouvel Observateur* (3-1-1968)

En la cima de la notoriedad y del fracaso práctico, la historia de los situacionistas se encamina hacia el conflicto interno. Mustapha Kebati, uno de sus *líderes*, hijo de inmigrantes argelinos, trató de acaparar el mérito de la acción llevada a cabo, declarándose único autor del folleto *Sobre la miseria* (...) Los estrasburgueses no quieren ser llamados *situacionistas* siquiera. Han publicado un nuevo manifiesto teórico: *El Único y su propiedad* (donde el *Único* es la sociedad neocapitalista, único sistema verdaderamente *coherente* en la represión de toda tendencia a la crítica) (...) Los parisinos, por su parte, se consumieron en el gran horno de la revuelta de mayo, y no queda de ellos más que el nombre de Guy Debord.

Memmo Giampaoli, *Giovani, nuova frontiera* (Ed. SEI-Turín, marzo 1969)

Digamos que la mayor virtud que parece caracterizar al situacionismo es la impaciencia por representar un papel (...) Representar delante de la escena una enorme farsa singulariza. Permite forzar las puertas de los círculos cerrados a los que nuestros jóvenes intelectuales pretenden acceder a la menor ocasión (...) Encontramos frases hechas como "las revoluciones serán fiestas", cuyo ridículo es desarmante (...) Tan efímero como los grupos de intelectuales que le han precedido, el situacionista pertenece ya a la historia.

Maurice Joyeux. *La Rue, n° 4* (2° trimestre 1969)

El pánico

"Según los acusados, usted preside un círculo de tendencia extremista. ¿Cuáles son los objetivos de ese grupo?" -"Extremista no es el término adecuado", responde el artista con voz templada. "El club es un hogar intelectual donde se abordan problemas de prospectiva situacionista." (...) "No piensen que tienen ante ustedes una organización albardada sobre el modelo de las sociedades secretas tradicionales." (...) Y luego está el número, sus adheridos circulan por todas partes, a un lado y otro del telón de acero. ¡Aunque se movilizasen contra ellos todas las fuerzas de policía y contraespionaje no serían suficientes! Es una marejada, una ola de fondo que se propaga y cuyo centro está en ninguna parte, con cómplices infinitos. (...) La doctrina se elabora en universidades de Inglaterra y de Holanda por jóvenes estrategas con amplias miras.

Paul Kenny, *Complot pour demain* (Ed. Fleuve Noir, 3er. Trimestre de 1967)

El tono que adquiere la canción y la violencia primitiva y provocadora de sus fórmulas, más cínica en Vaneigem y más gélida en Debord, no deja en pie nada de lo que las épocas anteriores produjeron más que a Sade, a Lautréamont y a Dada (...) Nuestros futuros Saint-Just en versión blousons noirs, que se afirman portadores de "una nueva inocencia, de una nueva gracia de vivir", nos habrán advertido al menos: la civilización ludista de los "amos sin esclavos" tendrá que resignarse a secretar sus comisarios, y la buena nueva de la supresión de los tribunales no significará, ay, el final de las ejecuciones.

P.-H. Simon, *Le Monde* (14-2-1968)

La Kermesse comunista, prochina, trotskista, anarquista, situacionista y demás de la Sorbona recordaba mucho a los primeros soviets de la revolución rusa. Entre las inscripciones murales de la Facultad de Letras que no fueron, parece ser, citadas en la prensa cotidiana, estaban y están todavía: "Abajo el sapo de Nazareth" -"¿Cómo pensar libremente a la sombra de un capitel? - "Los que hacen revoluciones a medias sólo cavan su tumba" - "Defensa de la fotografía, las películas serán tomadas". Un micro en poder del comité de ocupación situacionista repetía la consigna: "Todos a Bolonia para expresar nuestro apoyo a los obreros de Renault". Esta consigna era regularmente desmentida por los disidentes progresistas armados con un altavoz.

Rivarol (25-5-1968)

El movimiento situacionista se definía a sí mismo como un grupo internacional de teóricos que ha emprendido la crítica radical de la sociedad actual en todos sus aspectos apoyándose en la teoría marxista (...) El desplome del apocalipsis preconizado por sus autores sería consecuencia ineluctable del sobredesarrollo económico y del crecimiento burocrático (...) La contestación desenfrenada, de cuyo extremismo radical se han hecho portadores los situacionistas, fue uno de los síntomas precursores de la enfermedad. Fue un error no tomarlos en serio.

Etudes (junio de 1968)

Lo que me sorprendió fue la fecha de la revuelta, puesto que yo la esperaba para la apertura de noviembre de 1968. Sería un error desestimar algunos antecedentes, en particular la ocupación en noviembre de 1966 de los locales de la *Asociación General de Estudiantes de Estrasburgo*. La estrategia es conocida, tanto más cuanto que los revolucionarios no hacen de ella ningún misterio: desacreditar ante todo a la organización reformista de estudiantes (...) Hace dos años esto se consiguió. Ese golpe de efecto permite aumentar el número de simpatizantes y preparar la ocupación de las facultades, lo que se hizo en mayo pasado. (...) Conozco muy bien a los estudiantes revolucionarios de Estrasburgo. Hay entre ellos algunos estrambóticos para los que la revolución no es más que una borrachera estéril o una "fiesta". Pero hay que contar con una minoría de espíritus consecuentes y decididos, auténticamente revolucionarios, con ideas organizadas y claras y perfecta consciencia de sus fuerzas y de sus limitaciones. (...) El observador no puede sino sorprenderse por la rapidez con que el contagio se propagó por toda la Universidad y en general en los medios de la juventud no universitaria. Parece por tanto que las consignas lanzadas por la pequeña minoría de revolucionarios auténticos removiese no sabemos qué cosa indefinible en el alma de la nueva generación (...) A pesar de todo, en las condiciones actuales hay que hacer una distinción esencial entre los verdaderos revolucionarios (poco numerosos) y la masa de los reunidos que creían la revolución inminente, de cierta cantidad de personas que no eran más que oportunistas. El orden restablecido puede sin duda impresionar a estos reunidos que fueron por otra parte el factor principal del desorden (Geismar, Sauvageot), pero no a aquellos que viven únicamente para la revolución. Hay que subrayar este hecho: vemos reaparecer, como hace cincuenta años, grupos de jóvenes que se dedican por completo a la causa revolucionaria, que saben esperar según una técnica estudiada los momentos favorables para desencadenar o endurecer los conflictos de los que siguen siendo dueños

para volver luego a la clandestinidad, continuar el trabajo de zapa y preparar otras revueltas esporádicas o prolongadas según el caso, a fin de desorganizar lentamente el edificio social. Los desórdenes y confusiones que suscitan responden a una táctica calculada de la que los reunidos no son sino instrumentos.

Julien Freund, *Guerres et Paix n° 4* (1968)

La Internacional Situacionista es esencialmente obra de Debord (...) El nuevo movimiento debía evolucionar progresivamente desde la estética hasta la política, siendo la estética desde el principio un aspecto político y permaneciendo hoy la política, según los propios políticos, marcada por cierto esteticismo (...) De 1961 a 1964 se trata esencialmente de elaborar una plataforma crítica de la sociedad dominante; a partir de 1964 y hasta nuestros días se prepara a la vez un esbozo de teoría constructiva y, sobre todo, acciones políticas llevadas a cabo repetidamente, primero en Estrasburgo el año pasado, y luego en mayo del 68 en París y en otras ciudades de la provincia.

R. Estivals, *Communications n° 12* (diciembre 1968)

Las banderas rojas y negras ondearon ayer durante horas en las ventanas de la Sorbona (...) Una vez más se han cometido actos de vandalismo, imputables (parece) a "estudiantes" que no tenían nada que hacer en la Sorbona: los "situacionistas" de Nanterre.

Le Parisien Libéré (24-1-1969)

Fuera mientras tanto llegan continuamente estudiantes (los más activos son los "comandos" situacionistas de Nanterre). La policía ha sacado de los furgones cascos, escudos y bombas lacrimógenas. Entonces los ocupantes -son las 18 horas- penetran en la oficina del decano de la facultad de letras, Las Vergnas, y le anuncian que lo mantendrán como rehén...

Il Giorno (24-1-1969)

Su cuartel general es secreto, pero yo creo que se encuentra en algún lugar de Londres. No son estudiantes, pero es conocido su nombre de situacionistas. Viajan por todas partes y explotan el descontento de los estudiantes.

News of the World (16-2-69)

El 20 de mayo la huelga gana Alsacia (...) Y cuando la prefectura examina una acción contra la universidad ahora totalmente ocupada, ¡uno de los responsables del servicio de orden subraya los riesgos de la empresa! (...) Habría unos cuarenta "agitadores" locales: situacionistas venidos de París, marxistas prochinos, trotskistas (...) Los grupos extremistas -siempre según medios oficiales- poseen armamento, aunque no mil quinientos fusiles como quiere hacer creer su propaganda.

Claude Paillat, *Archives secrètes* (Ed. Denoël, 1° trimestre 1969).

Siete arrestos y ochenta heridos leves, la mayoría de ellos policías, es el balance de los graves incidentes ocurridos durante más de tres horas en pleno centro de la ciudad tras la manifestación organizada el viernes por la tarde por los tres sindicatos en homenaje a los muertos de Battipaglia (...) Alguno de los más excitados -hay que decir enseguida que el movimiento estudiantil es ajeno a esta parte de la manifestación- tomó la iniciativa de lanzar sobre un autobomba de la policía un rudimentario cóctel molotov (...) Hubo cargas policiales y un intenso lanzamiento de granadas lacrimógenas, siendo algunas devueltas por los manifestantes (anarquistas, situacionistas, maoístas, internacionalistas, marxistas-leninistas).

Il Giorno, de Milán (13-4-1969)

Sobre todo una voluntad muy clara, no de corregir, mejorar, reformar esta sociedad de consumo, sino de destruirla: "se quemará la mercancía" (Internationale Situationniste, Salon Richelieu, Sorbona).

André Stéphane, *L'Univers contestationnaire* (Payot, 2° trimestre, 1969).

La confusión espontánea

Es cierto que antes de las explosiones que conocéis nadie había imaginado expulsar de Francia a Daniel Cohn-Bendit, el jefe de los "enragés", al que los intelectuales de izquierda han presentado, a él y sus amigos, como discípulo del americano Marcuse, cuando basta leer los libros en francés de los escritores "situacionistas" Vaneigem y Debord para encontrar en ellos la inspiración de Dany y sus muñones.

Le Canard Enchainé (22-5-1968)

Una serie de documentos sobre la lucha que llevan a cabo los estudiantes italianos permite hacerse una idea de la situación ideológica de estos grupos a finales del pasado invierno (...) La elección de los textos no pone tal vez suficientemente en evidencia la importancia de Turín, donde "situacionistas" y "marcusianos" jugaron, en el origen, un gran papel.

Claude Ambroise, *Le Monde* (25-1-1969)

Hemos evocado en el primer capítulo al "Movimiento del 22 de marzo", el más conocido, pero no el más antiguo de los grupúsculos. Entre los miembros de Naterre figuran situacionistas que escandalizaron Estrasburgo dos años antes. El proyecto de estos últimos, con sus métodos y su programa, prefigura lo que París y Francia conocerán en 1968.

Claude Paillat, *Archives secrètes* (ed. Denoël, 1° trimestre 1969)

La posición intelectual de los situacionistas les llevó lógicamente a agruparse entre ellos para difundir los conceptos elaborados en conjunto. Aunque su libro muestra la fuerza explosiva que puede adquirir la acción de un grupo semejante y reflejar una liberación de todas las constricciones, parecen olvidar que es en las fábricas donde sucede lo esencial. No parecen evitar el peligro de convertirse en prisioneros de su propio lenguaje.

Informations Correspondance Ouvrières n° 78 (febrero 1969)

Robert Estivals (*Communications, 12*) ha esbozado un análisis de la influencia de la doctrina de la I.S. en el origen del movimiento nacido en Nanterre. Análisis insuficiente que el libro de E. Brau -*miembro de la I.S.*- permite superar. Aunque no se trata para los educadores modernos de convertirse en "situacionistas", corresponde a cada uno de nosotros reconocer a sus aliados (...) A condición de que en una próxima etapa revolucionaria ese radicalismo no se reduzca a un terrorismo cobarde y limitado. Comportamiento del que algunos supuestos miembros de la I.S. han dado algunas muestras.

Michel Faligand, *Interéducation n° 8* marzo 1969

En Italia, Feltrinelli fue el primero en hacer traducir *Sobre la miseria en el medio estudiantil*, pero la edición agotada no fue reimpresa (...) Con tres años de distancia, este inquietante análisis sociológico parece casi un lugar común, pero esto no quiere decir que las verdades contenidas en este libelo y la ruidosa presencia en el centro de los "acontecimientos de Mayo" de grupos anarcosituacionistas como "L'Hydre de Lerne", "Les Enragés" y el "22 de marzo", del que formaba igualmente parte Cohn-Bendit, confirmasen en la acción su carga auténticamente revolucionaria.

Nicola Garrone, *Paese Sera* de Roma (27-4-1969).

Dicho esto, mayo del 68 fue algo muy diferente de lo que Trotsky y el propio Lenin imaginaron (...) Entre ciertos trotskistas, maoístas, anarquistas y situacionistas esto no era ya un anatema estéril, sino la práctica común. Era quizá el principio del comunismo.

Jacques Bellefroid, *Le Monde* (28-5-1969).

La confusión interesada

Esta reunión tendrá lugar en el centro cultural de la facultad de Nanterre (sala C20). Las organizaciones siguientes participan en el movimiento del 22 de marzo: J.C.R., C.V.N., U.J.C.M.L., C.V.B., E.S.U., U.N.E.F., S.N.E. Sup., S.D.S, C.A.L., M.A.U., anarquistas, situacionistas...

Panfleto del "Movimiento del 22 de marzo" llamanfo a un mitin previsto el 2 de mayo.

Las organizaciones disueltas son de tres tipos. Se trata por una parte del conjunto de las organizaciones trotskistas, por otra de grupos "prochinos", y finalmente del Movimiento 22 de marzo, que es un caso aparte (...) Reúne a anarquistas, situacionistas, trotskistas y "prochinos".

Frédéric Gaussen, *Le Monde* (14-6-1968)

No aplastemos bajo las pesadas suelas del pasado, aunque sea relativamente reciente, la hierba nueva de la revuelta. Por el contrario es importante subrayar lo que el movimiento actual *no debe* a las experiencias y teorías anteriores, incluidas las más nobles, las más dignas de consideración, las más fecundas. Lo que es válido tanto en relación a la Revolución de Octubre como en relación a la Comuna, al psicoanálisis como a las diversas teorías socialistas, a Bakunin como a Marx, a Marcuse como a Mao-Tsé-Toung, al situacionismo como al surrealismo.

L'Archibras n° 4
(El surrealismo el 18 de junio de 1968)

En los países sin tradición obrera retoña el espontaneísmo, el anarquismo o el situacionismo (*Flower Power* en Dinamarca, *Mother's Fuckers* en U.S.A.).

Rouge (16-4-1969)

La calumnia desmesurada

Por otra parte no hay que olvidar ciertas cosas. Si se suprime el hecho de que el padre de Debord es un industrial muy rico, los situacionistas no son nada (al menos en Francia).

Nerslau, *L'Hydre de Lerne n° 5* (enero 1968).

Los "enragés", en número primero de una decena, luego de una centena, lograron recurriendo a la violencia paralizar el trabajo de unos 12.000 estudiantes. El "movimiento del 22 de marzo" viene de ahí, de unos cuarenta jóvenes miembros de la Internacional situacionista que tiene su sede en Copenhague y que está manipulada por la H.V.A., servicio de seguridad y espionaje de Alemania del Este.

Louis Garros, *Historama n° 206* (diciembre 1968)

Podemos tener por cierto que en todo esto están ausentes tanto la poesía como la revolución, neutralizadas y no exaltadas la una por la otra. A los revolucionarios que han entrado en la revolución como se entra en la literatura les falta evidentemente el rigor de esta doble exigencia. Una complacencia de este tipo llega al colmo entre aquellos que se definen como "situacionistas". Lo que en mayo afectó por un tiempo a algunos burgueses sensibles tenía este origen. Lejos de ser espontáneo, sino absolutamente premeditado, este trabajo de transcripción era muy semejante al desarrollo, con medios diversos, de la actividad literaria tradicional. El reciente libro de uno de ellos, Viénet, es la prueba. Por el contrario, lo que ningún burgués podía apreciar en las palabras de mayo ("Todos somos judíos alemanes", "Sed realistas, pedid lo imposible", etc.), no era situacionista.

Comité de escritores y estudiantes
(Duras, Mascolo, Schuster, etc.).
Publicado en *Quindici n° 17*, junio 1969)

La demencia

Un asilo de locos parecía partir en socorro de otro, los surrealistas también ocupaban. Aliados con los "situacionistas", tuvieron durante los primeros días la mayoría en el "comité de ocupación" que, en principio, regulaba todos los asuntos interiores de la Sorbona (...) Un viento de juridismo nimio soplaba que los situacionistas calmaron por la vía negativa de los místicos, obligando a la asamblea general a discutir durante horas el modo de discusión del orden del día de la sesión en curso, la cual acababa antes de que se alcanzase el acuerdo sobre el remedio absoluto contra todo riesgo de "burocracia".

Edgar André, *Magazine littéraire n° 20* (agosto 1968)

He encontrado en mis archivos un panfleto editado en 1966 por los situacionistas que se habían apoderado del gabinete de la U.N.E.F. de Estrasburgo: estas aproximadamente treinta páginas revolucionarias están hasta tal punto cerca de las ideas que originaron mayo que me parece interesante recordarlas, en la medida en que esta contestación radical podría ser a menudo la nuestra si no se esfumase en una fraseología desastrosa. (...) ¡Bravo, señores, pero entonces venid con nosotros a combatir la democracia, en lugar de querer realizarla bajo lo que creéis que puede ser otra forma! ¡Audacia!

AF Université, boletín mensual de los estudiantes de la Restauración Nacional (octubre 1968)

Contrariamente a lo que podría esperarse, la reconversión psicológica no se ha efectuado ahí reside, según nosotros, la causa del error de la I.S. y del fracaso de la socialdemocracia estudiantil de mayo del 68 (...) El principio individualista no se ha abandonado (...) Desde una perspectiva leninista la I.S. no puede ser considerada de otra forma que como una manifestación peligrosa de pensamiento pequeñoburgués. Sirve al capitalismo, como testimonia la audencia que le ha prestado la prensa burguesa en estos últimos tiempos.

R. Estivals, *Communications n° 12* (diciembre 1968).

PRELIMINARES SOBRE CONSEJOS Y ORGANIZACIÓN CONSEJISTA

"El gobierno obrero y campesino ha decretado que Kronstadt y los buques rebeldes deben someterse inmediatamente a la autoridad de la República Soviética.

Por tanto ordeno a todos los que han levantado su mano contra la patria socialista que depongan las armas de inmediato. Los recalcitrantes serán desarmados y entregados a las autoridades soviéticas. Los comisarios y otros representantes del gobierno que se encuentran detenidos, deben ser liberados en el acto. Sólo quienes se rindan incondicionalmente podrán contar con un acto de gracia de la República Soviética. Simultáneamente, doy orden de preparar la represión y el paso de los marineros por las armas. Toda la responsabilidad por los perjuicios que pueda sufrir la población pacífica, recaerá sobre la cabeza de los amotinados contrarrevolucionarios.

Esta advertencia es la definitiva".

Trotski, Kamenev. *Ultimatum a Kronstadt*, 5 marzo 1921

"Sólo tenemos una cosa que responder a esto: ¡TODO EL PODER A LOS SOVIETS! ¡Quitad vuestra manos de este poder, vuestras manos teñidas de sangre de los mártires de la libertad que lucharon contra los guardias blancos, los propietarios y la burguesía!.

Izvestia de Kronstadt nº6

Desde que hace 50 años los leninistas redujesen el comunismo a la electrificación, la contrarrevolución bolchevique erigiese el *Estado soviético* sobre el cadáver del poder de los soviets y la palabra soviet dejase de significar *Consejo*, las revoluciones que se han hecho han arrojado a la cara de los amos del Kremlin la reivindicación de Kronstadt: *"Todo el poder a los soviets y no a los partidos"*. La notoria persistencia de la *tendencia real* que apunta hacia el poder de los *Consejos obreros* a lo largo de medio siglo de ensayos y errores sucesivos impone en lo sucesivo a la nueva corriente revolucionaria los consejos como única forma de dictadura antiestatal del proletariado y único tribunal que podrá pronunciar el juicio al viejo mundo y ejecutar la sentencia.

Hay que precisar la noción de Consejo no sólo descartando las toscas falsificaciones acumuladas por la socialdemocracia, la burocracia rusa, el titismo y el benbellismo, sino reconociendo ante todo las debilidades de las breves experiencias prácticas de poder consejista esbozadas hasta ahora, y naturalmente de las propias concepciones de los revolucionarios consejistas. Lo que el Consejo *tiende a ser en su totalidad* se manifiesta negativamente en las limitaciones e ilusiones que han marcado sus primeras manifestaciones, así como en la lucha inmediata y sin concesiones emprendida contra él por la clase dominante, factores que han causado su derrota. El Consejo pretende ser la forma de *unificación práctica* de los proletarios, que se surten de medios materiales e intelectuales para cambiar todas las condiciones existentes haciendo soberanamente su historia. Puede y debe ser la organización en actos de la conciencia histórica. Ahora bien, nunca y en ninguna parte ha llegado a dominar la separación de la que son portadoras las organizaciones políticas *especializadas* y las formas de falsa conciencia ideológica que producen y defienden. Por otra parte, si los consejos como agentes principales en un momento revolucionario son normalmente *Consejos de delegados* que coordinan y federan las decisiones de los Consejos locales, se constata que las asambleas generales de base han sido consideradas casi siempre meras asambleas de electores, de forma que el primer grado del "Consejo" se encontraría por encima de ellas. Aquí ya reside un principio de separación que no puede ser superado más que haciendo de las asambleas generales locales de todos los proletarios en revolución *el Consejo mismo,* de donde toda delegación debe extraer en todo momento su poder.

Dejando de lado los rasgos preconsejistas de la Comuna de París que entusiasmaron a Marx ("la forma política al fin descubierta bajo la que puede realizarse la emancipación económica del trabajo") y que más que en la Comuna elegida se manifestaron en la organización del Comité Central de la Guardia Nacional compuesto por delegados del proletariado parisino en armas, el primer esbozo de organización del proletariado en un momento revolucionario fue el famoso "Consejo de diputados obreros" de San Petesburgo. Según las cifras dadas por Trotski en 1905, 200.000 obreros enviaron delegados al soviet de San Petesburgo, pero su influencia se extendía más allá de su zona, pues otros muchos consejos de Rusia se inspiraban en sus deliberaciones y decisiones. Agrupaba directamente a trabajadores de más de ciento cincuenta empresas y acogía además a representantes de los dieciséis sindicatos que se habían unido a él. Su núcleo se formó el 13 de octubre, pero el 17 el soviet instituía por encima de él un Comité Ejecutivo que, según Trotski, "le servía de ministerio". De un total de 562 delegados, el Comité Ejecutivo estaba compuesto únicamente por 31 miembros, de los cuales 22 eran realmente obreros delegados de las asambleas de trabajadores de sus respectivas empresas y 9 representaban a los tres partidos revolucionarios (mencheviques, bolcheviques y socialistas revolucionarios); sin embargo los "representantes de los partidos no tenían voz en las deliberaciones". Se puede admitir que las asambleas de base estaban fielmente representadas por delegados revocables, pero éstos habían abdicado evidentemente de gran parte de su poder, de forma totalmente *parlamentaria*, en favor de un Comité Ejecutivo en el que los "técnicos" de los partidos políticos tenían una influencia inmensa

¿Cuál fue el origen de este soviet? Parece que esta forma de organización habría sido encontrada por elementos políticamente instruidos de la base obrera que pertenecían generalmente a alguna fracción socialista. Parece excesivo escribir, como hizo Trotski: "Una de las dos organizaciones socialdemócratas de Petersburgo tomó la iniciativa de crear una administración autónoma revolucionaria obrera" (además, de las "dos organizaciones", la que enseguida reconoció la importancia de esta iniciativa de los obreros fue precisamente la menchevique). Pero la huelga general de octubre de 1905 se originó en realidad en Moscú el 19 de septiembre, cuando los tipógrafos de la empresa Sytin se pusieron en huelga, fundamentalmente porque querían que los signos de puntuación se contasen entre los 1000 caracteres que constituían la unidad de pago de su trabajo a destajo. Cincuenta empresas les siguieron, y el 25 de septiembre los impresores de Moscú constituyeron un Consejo. *El 3 de octubre*, "la asamblea de diputados obreros de las corporaciones de artes gráficas, mecánica, carpintería, tabaco y otras adoptó la resolución de constituir un Consejo (Soviet) general de Moscú" (Trotski, *op.cit.*). Está claro por

tanto que esta forma apareció espontáneamente al principio del movimiento de huelga. Y este movimiento, que empezó a recaer en los días siguientes, se relanzó hasta alcanzar la gran crisis histórica que conocemos el 7 de octubre, cuando los trabajadores de los ferrocarriles, a partir de Moscú, comenzaron espontáneamente a interrumpir el tráfico.

El movimiento de Consejos de Turín en marzo-abril de 1920 tuvo su origen en el proletariado, muy concentrado, de las fábricas de Fiat. Entre agosto y septiembre de 1919, la renovación de los elegidos en una "comisión interna" -una especie de comité de empresa colaboracionista basado en un convenio colectivo de 1906, constituido para integrar mejor a los obreros-, propició de pronto una transformación completa del papel que jugaban estos "comisarios" en la crisis social que atravesaba entonces Italia. Empezaron a federarse entre ellos como representantes directos de los trabajadores. En octubre de 1919, treinta mil trabajadores estaban representados en una asamblea de "comités ejecutivos de consejos de fábrica" que parecía más bien una asamblea de *shop-stewards* que una organización de consejos propiamente dicha (sobre la base de un comisario elegido por cada taller). Pero el ejemplo cundió como una mancha de aceite y el movimiento se radicalizó, apoyado por una fracción del Partido Socialista, mayoritario en Turín (con Gramsci) y por los anarquistas piamonteses (cf. Pier Carlo Masini, folleto *Anarchici e comunisti nel movimento dei Consigli a Torino).* El movimiento fue combatido por la mayoría del Partido Socialista y por los sindicatos. El 15 de marzo de 1920 los Consejos iniciaron la *huelga con ocupación de fábricas* y *pusieron en marcha la producción bajo su único control.* El 14 de abril la huelga ya era general en el Piamonte y los días siguientes afectó a gran parte del norte de Italia, particularmente a ferroviarios y estibadores. El gobierno tuvo que emplear buques de guerra para desembarcar en Génova las tropas que marcharían sobre Turín. Aunque el programa de los Consejos debía ser aprobado posteriormente por la Unión Anarquista Italiana reunida en Bolonia el 1 de julio, sabemos que el Partido Socialista y los sindicatos lograron sabotear la huelga aislándola; el diario del Partido, *Avanti,* se negó a publicar la llamada de la sección socialista de Turín, mientras la ciudad era tomada por 20.000 soldados y policías (cf. P.C. Masini). La huelga que hubiese permitido claramente una insurrección proletaria victoriosa en todo el país fue aplastada el 24 de abril. Ya sabemos lo que vino después.

A pesar de ciertos rasgos francamente avanzados de esta experiencia poco citada (la mayoría de los izquierdistas cree que las ocupaciones de fábricas se inauguraron en Francia en 1936), conviene apuntar que comportó graves ambigüedades incluso entre sus partidarios y teóricos. Gramsci escribía en el nº 4 de *Ordine Nuovo* (2º año): "Concebimos el consejo de fábrica como el principio histórico que debe conducir necesariamente a la fundación del Estado obrero". Por su parte, los anarquistas consejistas manejaban el sindicalismo y pretendían que los Consejos le diesen un nuevo impulso.

Sin embargo, el manifiesto lanzado por los consejistas de Turín el 27 de marzo de 1920 "a los obreros y campesinos de toda Italia" por un congreso general de Consejos (que no tuvo lugar) formula algunos puntos esenciales del programa de los Consejos: "La lucha de conquista debe llevarse a cabo con armas de conquista y no sólo de defensa (se refiere a los sindicatos, organismos de resistencia... cristalizados en una forma burocrática" -*Nota de la I.S.*). Debe desarrollarse una organización nueva como antagonista directa de los órganos de gobierno de la patronal; por eso debe surgir espontáneamente del lugar de trabajo y reunir a todos los trabajadores, porque todos, como productores, están sometidos a una autoridad que les es ajena ("estranea") y deben librarse de ella. (...) He aquí lo que para vosotros es el origen de la libertad: el origen de una formación social que, extendiéndose rápida y universalmente, os ponga en disposición de eliminar del campo económico al explotador y al intermediario y de convertiros en vuestros propios amos, amos de vuestras máquinas, de vuestro trabajo, de vuestra vida..."

Es sabido que los Consejos de obreros y de soldados en la Alemania de 1918-1919 seguían mayoritariamente dominados por la burocracia socialdemócrata o eran víctimas de sus maniobras. Toleraban el gobierno "socialista" de Ebert, cuyo apoyo principal era el Estado Mayor y los cuerpos francos. Los "siete puntos de Hamburgo" (sobre la liquidación inmediata del antiguo ejército) presentados por Dorrenbach y votados por una fuerte mayoría en el Congreso de Consejos de soldados constituido el 16 de diciembre en Berlín nunca fueron aplicados por los "comisarios del pueblo". Los Consejos toleraron ese desafío, así como las elecciones legislativas fijadas rápidamente para el 19 de enero, el ataque lanzado contra los marinos de Dorrenbach y después el aplastamiento de la insurrección espartaquista la víspera misma de aquellas elecciones. En 1956, el Consejo Obrero Central del Gran Budapest, constituido el 14 de noviembre, declarándose dispuesto a defender el socialismo al tiempo que exigía "la retirada de todos los partidos políticos de las fábricas", se pronunciaba por la vuelta de Nagy al poder y por la fijación de elecciones libres en un plazo determinado. Sin duda, en este momento mantenía la huelga general cuando las tropas rusas habían aplastado ya la resistencia armada. Pero incluso antes de la 2ª intervención rusa los Consejos húngaros pidieron elecciones parlamentarias; es decir, trataban de llegar a una situación de doble poder cuando eran frente a los rusos el único poder efectivo en Hungría.

La conciencia de lo que el poder de los Consejos es y *debe ser* nace en la práctica misma de ese poder. Pero en una fase en que ese poder está *trabado,* puede ser muy diferente de lo que piensa tal o cual trabajador miembro de un Consejo, e incluso de lo que piensa todo un Consejo: la *ideología* se opone a la verdad en actos que encuentra su terreno en el sistema de Consejos; y esta ideología se manifiesta no sólo en forma hostil o en forma de ideología *sobre los Consejos* edificada por fuerzas políticas que quieren someterlos, sino también en forma de ideología *favorable* al poder de los Consejos que restringe y reifica la teoría y la praxis total. Finalmente, el puro *consejismo* sería forzosamente enemigo él mismo de la realidad de los Consejos. Tal ideología, con una formulación más o menos consecuente, comporta el riesgo de ser arrastrada por organizaciones revolucionarias en principio orientadas hacia el poder de los Consejos. Este poder, que es en sí mismo *la organización de la sociedad revolucionaria,* y cuya coherencia está objetivamente definida por las necesidades prácticas de esa tarea histórica que se descubre como un conjunto, no puede en ningún caso escapar al problema práctico de las *organizaciones particulares,* enemigas del Consejo o más o menos sinceramente proconsejistas, que de todas formas intervendrán en su funcionamiento. Es necesario que las masas organizadas en Consejos conozcan y resuelvan este problema. Aquí,

la teoría consejista y la existencia de auténticas organizaciones consejistas tiene enorme importancia. En ellas aparecen ya algunos elementos esenciales que estarán en juego en los Consejos y en su interacción con la teoría.

Toda la historia revolucionaria muestra el papel que juega la ideología consejista en el fracaso de los consejos. La facilidad con la que la organización espontánea del proletariado en lucha asegura sus primeras victorias anuncia a menudo una segunda fase en la que la reconquista se opera desde el interior, en la que el movimiento abandona su realidad por la sombra de su fracaso. El consejismo es entonces la nueva juventud del viejo mundo.

Socialdemócratas y bolcheviques tienen en común el no querer ver en los Consejos más que un organismo auxiliar del Partido y del Estado. En 1902, Kautsky, inquieto por el descrédito que afectaba a los sindicatos en el ánimo de los trabajadores, deseaba que en ciertas ramas de la industria los trabajadores eligiesen "delegados que formarían una especie de parlamento con la misión regular el trabajo y vigilar la administración burocrática" *(La Revolución Social)*. La idea de una representación obrera jerarquizada que culmina en un parlamento será aplicada con mucha más convicción por Ebert, Noske y Scheidemann. La forma en que trata a los Consejos este tipo de consejismo fue magistralmente experimentada -para edificación definitiva de los que no tienen mierda en lugar de sesos- a partir del 9 de noviembre de 1918, cuando para combatir en su propio terreno la organización espontánea de los consejos los socialdemócratas fundan en las oficinas de *Vorwaerts* un "Consejo de obreros y soldados de Berlín", que cuenta con doce hombres de confianza de las fábricas, funcionarios y líderes socialdemócratas.

El consejismo bolchevique no tiene ni la ingenuidad de Kautsky ni la tosquedad de Ebert. Salta de la base más radical, "Todo el poder para los soviets", para caer de pie al otro lado de Kronstadt. En *Las tareas inmediatas del poder de los soviets* (abril 1918), Lenin añade enzimas a la lejía Kautsky: "Los parlamentos burgueses, incluso el de la mejor república capitalista del mundo desde el punto de vista democrático, no son considerados por los pobres como instituciones 'para ellos' y de ellos. (...) Es precisamente el contacto de los soviets con el pueblo trabajador lo que crea formas particulares de control por abajo -reposición de diputados, etc.,- formas que ahora hemos de ponernos a desarrollar con particular celo. Por eso, los consejos de instrucción pública que son las conferencias periódicas de electores soviéticos y sus delegados, reunidos para discutir y controlar la actividad de las autoridades soviéticas en este campo, merecen toda nuestra simpatía y nuestro apoyo. Nada sería tan estúpido como transformar los soviets en algo fijado, en un fin en sí. Cuanto más resueltamente nos pronunciemos hoy a favor de un poder fuerte y despiadado, de la dictadura personal *en un determinado proceso de trabajo* y en el ejercicio de funciones *puramente ejecutivas* en un momento determinado, más variadas deben ser las formas y los medios de control por abajo, con el fin de paralizar toda sombra de deformación del poder de los soviets y de extirpar, ahora y siempre, la zizaña burocrática". Para Lenin, los Consejos deben convertirse por tanto, al estilo de las ligas de piedad, en grupos de presión que corrijan la inevitable burocracia del Estado en sus funciones políticas y económicas, aseguradas respectivamente por el Partido y por los sindicatos. Los Consejos son lo social que, como el alma de Descartes, debe anclarse en alguna parte.

El propio Gramsci no hace sino dulcificar a Lenin con un baño de formalidades democráticas: "Los comisarios de las fábricas son los únicos y verdaderos representantes sociales (económicos y políticos) de la clase obrera, porque son elegidos en sufragio universal por todos los trabajadores en el propio lugar de trabajo. En los diferentes grados de su jerarquía, los comisarios representan la unión de todos los trabajadores tal como ésta se realiza en los organismos de producción (equipo de trabajo, departamento de fábrica, unión de fábricas de una industria, unión de establecimientos de una ciudad, unión de organismos de la industria mecánica y agrícola de un distrito, una provincia, una región, la nación, el mundo), de los que los Consejos y el sistema de Consejos representan el poder y la dirección social" (artículo de *Ordine Nuovo*). Reducidos los consejos a la condición de fragmentos económico-sociales que preparan una "futura república soviética", no cabe duda de que el Partido, ese "Príncipe moderno", aparece como vínculo político indispensable, como el dios mecánico preexistente y receloso de asegurar su futuro: "El partido comunista es el instrumento y la forma histórica del proceso de liberación interior gracias al cual los obreros se transforman de ejecutantes en iniciadores, de masas en *jefes* y *guías*, de brazos en cerebros y voluntades" *(Ordine Nuovo,* 1919). Cambia el tono, pero la canción del consejismo es la misma: Consejos, Partido, Estado. Tratar los Consejos de forma fragmentaria (poder económico, poder social, poder político) como hace el consejismo cretino del grupo *Revolution Internationale* de Toulouse es creer que apretando las nalgas te dan menos por culo.

En la línea de la lenta evolución reformista que preconiza desde 1918, el austro-marxismo también ha edificado su propia ideología consejista. Max Adler, por ejemplo, en su libro *Democracia y consejos obreros,* ve acertadamente el consejo como instrumento de autoeducación de los trabajadores, como final factible de la separación entre ejecutantes y dirigentes, constitución de un *pueblo homogéneo* que realice la democracia socialista. Pero reconoce también que el que los trabajadores detenten un poder no basta en absoluto para garantizarles un objetivo revolucionario coherente: para esto es necesario que los trabajadores miembros de los Consejos quieran explícitamente transformar la sociedad y realizar el socialismo. Como Adler es un teórico del *doble poder legalizado,* es decir, de un absurdo que será por fuerza incapaz de mantenerse aproximándose gradualmente a la conciencia revolucionaria y preparando prudentemente la revolución para más tarde, se ve privado del único elemento verdaderamente fundamental de autoeducación del proletariado: la revolución. Para reemplazar este terreno de homogeneización proletaria irreemplazable, esta forma de selección *para la propia formación de los Consejos* y de sus ideas y formas de actividad coherentes, a Adler no se le ocurre más que esta aberración: "El derecho a voto para la elección de Consejos obreros se basará en la pertenencia a una organización socialista".

Podemos afirmar que, al margen de la ideología *sobre los Consejos* de socialdemócratas y bolcheviques, que desde Berlín a Kronstadt ha tenido siempre un Noske o un Trotski en vanguardia, la propia ideología consejista *de las organizaciones consejistas* del pasado y de algunas de ahora lleva algunas asambleas y mandatos imperativos de retraso, al haber sido todos los Consejos que han existido hasta hoy, con excepción de

las colectividades *agrarias* de Aragón, "consejos democráticamente elegidos" sólo *en cuanto idea,* aún cuando los momentos álgidos de su práctica desmintiesen esta limitación y todas las decisiones fuesen tomadas por Asambleas Generales soberanas que diesen su mandato a delegados revocables.

Sólo la práctica histórica, en la que la clase obrera ha de encontrar y realizar todas sus posibilidades, indicará las formas organizativas concretas de poder de Consejos. A cambio, la tarea inmediata de los revolucionarios será establecer los principios fundamentales de las *organizaciones consejistas* que nacerán en todos los países. Formulando hipótesis y recordando las exigencias fundamentales del movimiento revolucionario, este artículo -que deberá ser seguido por otros-, espera abrir un debate *igualitario y real.* No excluiremos de él más que a aquellos que se niegan a plantearlo en estos términos, los que se declaran hoy enemigos de toda forma de organización en nombre de un espontaneísmo subanarquista y no hacen más que reproducir las taras y la confusión del antiguo movimiento: son místicos de la no-organización, obreros desanimados por haber estado mezclados demasiado tiempo con sectas trotskistas o con estudiantes prisioneros de su pobre condición e incapaces de escapar de los sistemas organizativos bolcheviques. Los situacionistas son evidentemente partidarios de la organización, y la existencia de la *organización* situacionista lo demuestra. Los que declaran su acuerdo con nuestras tesis poniendo un vago espontaneísmo en nuestro haber simplemente no saben leer.

Precisamente porque no es todo ni permite salvar o ganar todo, la organización es indispensable. Al contrario de lo que decía el carnicero Noske (en *Von Kiel bis Kapp)* a propósito del 6 de enero de 1919, las masas no "se adueñaron de Berlín a mediodía porque tuviesen 'buenos oradores' en lugar de 'jefes decididos', sino porque la organización autónoma de los Consejos de fábrica no alcanzó el grado suficiente de autonomía para prescindir de "jefes decididos" y de una organización separada que asegurase sus vínculos. El vergonzoso ejemplo de Barcelona en mayo de 1937 lo demuestra también: el que saliesen tan pronto las armas a relucir en respuesta a la provocación estaliniana, pero también que la orden de *rendición* lanzada por los ministros anarquistas fuera tan rápidamente ejecutada, dice mucho tanto de la inmensa capacidad de autonomía que tenían las masas catalanas como de la que *todavía les faltaba* para vencer. Y mañana seguirá siendo todavía el grado de autonomía de los trabajadores lo que decidirá nuestra suerte.

Las organizaciones consejistas que se formen no dejarán en lo sucesivo de conocer y retomar efectivamente como un mínimo y por su cuenta la *Definición mínima de organización revolucionaria* adoptada por la VII conferencia de la Internacional Situacionista (cf. *I.S. n° 11*). Debido a que su tarea será la preparación del poder de los Consejos, incompatible con cualquier otra forma de poder, tendrán que saber que un reconocimiento *abstracto* de esta definición las condena sin apelación a no ser nada, por lo que su verdadero acuerdo se verificará prácticamente en las relaciones no jerárquicas en el interior de los grupos o secciones que los constituyan, tanto entre estos como con otros grupos u organizaciones autónomas, y tanto en el desarrollo de la teoría revolucionaria y de la crítica unitaria de la sociedad dominante como en la crítica permanente de su propia práctica. Rechazando la vieja compartimentación del movimiento obrero en

organizaciones separadas, partidos y sindicatos, afirmarán su programa y su práctica unitarias. A pesar de la historia que tienen los Consejos, todas las organizaciones consejistas del pasado que tuvieron un papel importante en las luchas de clases han consagrado la separación entre los sectores político, económico y social. Uno de los pocos partidos antiguos que merecen ser analizados es *el Kommunistische Arbeiter Partei Deutschlands* (K.A.P.D., Partido Comunista Obrero de Alemania), que al adoptar los Consejos como programa y darse como tareas esenciales la propaganda y la discusión teórica, "la educación política de las masas", dejaba a la *Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands* (A.A.U.D., Unión General de Trabajadores de Alemania) el papel de federar las organizaciones revolucionarias de las fábricas, concepción poco alejada del sindicalismo tradicional. Aunque el K.A.P.D. rechazaba el parlamentarismo y el sindicalismo del K.P.D. (Kommunistische Partei Deutschlands, Partido Comunista Alemán), así como la idea leninista de partido de masas, y prefería agrupar a los trabajadores conscientes, seguía ligado sin embargo al viejo modelo jerárquico de partido de vanguardia: profesionales de la Revolución y redactores asalariados. El rechazo de este modelo, principalmente de la organización política separada de las organizaciones revolucionarias de las fábricas, llevó en 1920 a la escisión de parte de los miembros de la A.A.U.D. que fundaron la A.A.U.D.-E (Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands Einheitsorganisation, Unión General de Trabajadores de Alemania-Organización unificada): la nueva organización unitaria llevaría a cabo mediante el simple juego de su democracia interna el trabajo de educación desempeñado hasta entonces por el K.A.P.D., y se asignaba como tarea simultánea la coordinación de las luchas: las organizaciones de fábricas que federaba se convertirían o transformarían en Consejos en el momento revolucionario y asegurarían la gestión de la sociedad. La consigna moderna del Consejo obrero estaba allí mezclada todavía con recuerdos mesiánicos del antiguo sindicalismo revolucionario: las organizaciones de fábricas se convertirían mágicamente en Consejos cuando todos los obreros formasen parte de ellas.

Todo esto llevó a lo que tenía que llevar. Tras el aplastamiento de la insurrección de 1921 y la represión del movimiento, gran cantidad de obreros, desilusionados por el alejamiento del horizonte revolucionario, abandonaron las organizaciones de fábrica que decayeron al tiempo que dejaban de ser los órganos de la verdadera lucha. La A.A.U.D. que era otro nombre del K.A.P.D. y la A.A.U.D.-E, veía alejarse la revolución con la misma rapidez con que sus efectivos disminuían. Ya no eran más que organizaciones portadoras de una *ideología consejista* cada vez más alejada de la realidad.

La evolución terrorista del K.A.P.D. y el apoyo suministrado después por la A.A.U.D. a reivindicaciones puramente "alimenticias" trajeron consigo en 1929 la escisión entre la organización de fábrica y su partido. De cuerpo presente, la A.A.U.D. y la A.A.U.D.-E, se fusionaron grotescamente y sin preámbulos en 1931 para hacer frente a la ascensión del nazismo. Los elementos revolucionarios de ambas organizaciones se reagruparon a su vez para formar la K.A.U.D. (Kommunistische Arbeiter Union Deutschlands, Unión de Trabajadores Comunistas de Alemania). Organización minoritaria consciente de serlo, fue también la única que no pretendió asumir la futura organización económica (económico-política en el caso de la A.A.U.D.-E) de la sociedad. La K.A.U.D.

nes no será un eslogan vacío ni una reivindicación abstracta. Ciertamente, no todos los miembros de una organización tendrán la misma capacidad, y un obrero siempre escribirá mejor que un estudiante. Pero dado que la organización dispondrá globalmente de todas las capacidades necesarias, ninguna jerarquía de facultades individuales saboteará la democracia. Ni la adhesión a una organización consejista ni la proclamación de una igualdad ideal hará que sus miembros sean todos bellos, inteligentes y saludables, pero permitirá que sus aptitudes sean más bellas, más inteligentes, etc., desarrollándose libremente en el único juego que vale la pena: la destrucción del viejo mundo.

En los movimientos sociales que van a extenderse los consejistas no se dejarán elegir en los comités de huelga. Su tarea consistirá por el contrario en actuar para que los obreros se organicen por la base en asambleas generales que decidan los pasos a seguir en la lucha. Es preciso comprender que de lograrse la absurda reivindicación de un "comité central de huelga" lanzada por algunos ingenuos durante el movimiento de ocupaciones, se habría saboteado más rápidamente todavía el movimiento hacia la autonomía de las masas, porque casi todos los comités de huelga estaban controlados por los estalinianos.

Dado que no nos corresponde forjar un plan que valga para cualquier situación futura, y que un paso adelante del movimiento real de los Consejos vale más que una docena de programas consejistas, es difícil emitir hipótesis concretas sobre la relación de las organizaciones consejistas con los Consejos en el momento revolucionario. La organización consejista -que se sabe *separada* del proletariado- tendrá que dejar de existir como organización separada en el instante mismo en que queden abolidas las separaciones, aunque la plena libertad de asociación garantizada por el poder de los Consejos deje sobrevivir diversas organizaciones y partidos enemigos de este poder. Se puede dudar sin embargo de la disolución inmediata de todas las organizaciones consejistas *desde el momento* en que aparezcan los Consejos, como quería Pannekoek. Los consejistas hablarán como tales en el interior de los Consejos, y no propugnarán una disolución ejemplar de sus organizaciones para luego sentarse juntos y jugar a los grupos de presión sobre la asamblea general. Será más fácil y legítimo combatir y denunciar la inevitable presencia de burócratas, espías y viejos esquiroles que se infiltrarán por todas partes. También habrá que luchar contra los Consejos ficticios o con fundamentos reaccionarios (Consejos de policías) que no faltarán a la cita. Se actuará de forma que el poder unificado de los Consejos no reconozca a estos organismos ni a sus delegados. Debido a que la infiltración en otras organizaciones es exactamente contraria a los fines que persiguen y a que rechazan toda incoherencia en su seno, las organizaciones consejistas prohíben la doble pertenencia. Todos los trabajadores de una fábrica, o al menos los que acepten las reglas de su juego, deben formar parte del Consejo. La cuestión de si se debe aceptar en el Consejo a "los que hubo que sacar de la fábrica con el browing en la mano" (Barth) sólo puede resolverse en la práctica.

La organización consejista no será juzgada finalmente más que por la coherencia de su teoría y de su acción y por su lucha por la total desaparición de todo poder exterior a los Consejos o que intente constituirse de forma autónoma. Para simplificar la discusión, sin considerar siquiera la masa de pseudoorganizaciones consejistas que pueden simular los estudiantes y la gente obsesionada por el militantismo profesional, digamos que no

creemos que se pueda reconocer como consejista a una organización si no se compone por lo menos de 2/3 de obreros. Como esta proporción puede parecer tal vez una concesión, nos parece indispensable corregirla con esta regla: en toda delegación a conferencias centrales donde puedan tomarse decisiones no previstas por mandato imperativo, los obreros constituirán 3/4 del conjunto de participantes. En resumen, la proporción inversa de los primeros congresos del "Partido obrero socialdemócrata de Rusia".

Se sabe que no tenemos propensión a ningún tipo de obrerismo. Se trata de obreros "que se han hecho dialécticos", como se harán en masa ejerciendo el poder de los Consejos. Pero por una parte los obreros resultan ser, ahora y siempre, la fuerza *central* capaz de detener el funcionamiento existente de la sociedad y la fuerza *indispensable* para reinventar todas sus bases. Por otra parte, aunque la organización consejista no debe marginar evidentemente a otras categorías de asalariados, particularmente a los intelectuales, es fundamental que estos últimos vean severamente limitada la importancia sospechosa que pueden adquirir: no sólo verificando, al considerar todos los aspectos de su vida, si son auténticamente revolucionarios consejistas, sino también limitando su número en la organización tanto como sea posible.

La organización consejista no aceptará hablar en pie de igualdad con otras organizaciones si éstas no son partidarias consecuentes de la autonomía del proletariado, del mismo modo que los consejos habrán de deshacerse no sólo de la recuperación de los partidos y sindicatos, sino de toda tendencia que pretenda hacerse sitio y tratar con ellos de poder a poder. Los Consejos serán el único poder o no serán nada. Los medios de su victoria son ya su victoria. Con la palanca de los Consejos y el punto de apoyo de la negación total de la sociedad espectacular-mercantil se puede mover la tierra.

La victoria de los Consejos no está al final, sino al principio de la revolución.

10

Uno de los grandes méritos de Fourier es haber mostrado que es necesario realizar sobre la marcha -y para nosotros esto significa desde el comienzo de la insurrección generalizada- las condiciones objetivas de la emancipación individual. Para todos, el comienzo del movimiento revolucionario debe marcar un *aumento inmediato del placer de vivir*, una entrada vivida y consciente en la totalidad.

11

La cadencia acelerada con la que el reformismo deja tras de sí deyecciones tan ridículas como las izquierdistas -la multiplicación, en el cólico tricontinental, de manojos de maoistas, trostkistas, guevaristas- pone delante de las narices lo que la derecha, en particular los socialistas y los estalinistas, habían olfateado hace tiempo: las reivindicaciones parciales contienen *en sí* la imposibilidad de un cambio global. Mejor que combatir un reformismo para ocultar otro, la tentación de volver al viejo artificio como piel de burócrata aparece, en muchos aspectos, como una solución final del problema de los recuperadores. Ello implica recurrir a una estrategia que desencadene la conflagración general al calor de momentos insurrecionales cada vez más próximos unos de otros; y a una táctica de progresión cualitativa en la que las acciones, necesariamente parciales, contienen como condición necesaria y suficiente la liquidación del mundo de la mercancía. Es el momento de emprender el *sabotaje positivo* de la sociedad espectacular-mercantil. Mientras se mantenga como táctica de masas la ley del placer inmediato no hay motivo para inquietarse por el resultado.

12

Resulta fácil, sólo como ejemplo y emulación, recordar aquí algunas posibilidades cuya insuficiencia pondrá pronto de manifiesto la práctica de los trabajadores liberados: *inaugurar el reinado de la gratuidad* en todo momento -abiertamente en la huelga, más o menos clandestinamente en el trabajo- ofreciendo a los amigos y a los revolucionarios productos de fábrica o de almacén, fabricando regalos (transistores, juguetes, armas, complementos, máquinas con usos diversos) u organizando en los grandes almacenes distribuciones de mercancías "al detalle" o "al por mayor"; *romper las leyes de intercambio y promover el fin del trabajo asalariado* apropiándose colectivamente de los productos del trabajo y sirviéndose colectivamente de las máquinas para fines personales y revolucionarios; *despreciar la función del dinero* generalizando las huelgas de pagos (alquiler, impuestos, compras a plazos, transportes, etc.); *impulsar la creatividad* de todos poniendo en marcha, aunque sea de forma intermitente, pero bajo control obrero únicamente, sectores de aprovisionamiento y de producción, considerando la experiencia como un ejercicio necesariamente cuestionable y perfectible; *liquidar las jerarquías y el espíritu de sacrificio* tratando a los jefes patronales y sindicales como se merecen y rechazando el militantismo; *actuar unitariamente en todas partes contra todas las separaciones*; *extraer la teoría de cualquier práctica y a la inversa*, mediante la redacción de panfletos, carteles, canciones, etc.

13

El proletariado ha demostrado ya que se puede responder a la complejidad opresiva de los Estados capitalistas y "socialistas" con la sencillez de la organización ejercida *directamente* por todos y para todos. En nuestra época no se plantean cuestiones de supervivencia más que con la condición de no resolverlas nunca; con el proyecto de los consejos obreros, por el contrario, los problemas de la historia por vivir se plantean claramente a la vez como positividad y como negatividad; es decir, como elemento básico de una sociedad unitaria industrial y pasional y como anti-Estado.

14

Los consejos no toleran otro poder que el suyo debido a que no ejercen ningún poder separado de la decisión de sus miembros. El fomento general de manifestaciones anti-Estado no debe por tanto confundirse con la creación anticipada de consejos, privados de esta forma de poder absoluto sobre sus zonas de extensión, separados de la autogestión generalizada, necesariamente vacíos de contenido y vulnerables a todas las ideologías. Las únicas fuerzas lúcidas que pueden hoy responder a la historia ya hecha con la historia *por hacer* son las organizaciones revolucionarias que desarrollen, con el proyecto de los consejos, una conciencia idéntica del enemigo a combatir y de los aliados a apoyar. Un aspecto importante de tal lucha se presenta ante nuestros ojos con la aparición de un *doble poder*. En las fábricas, oficinas, calles, casas, cuarteles y escuelas se esboza una realidad nueva, el desprecio a los jefes bajo cualquier nombre y actitud que adopten. Es necesario que este desprecio alcance ahora su resultado lógico demostrando, con una iniciativa concertada de los trabajadores, que los dirigentes no son sólo despreciables, sino que son inútiles y que se puede, desde su propio punto de vista, liquidarlos impunemente.

15

La historia reciente no tardará en manifestarse, tanto en la conciencia de los dirigentes como en la de los revolucionarios, en forma de una alternativa que concierne a unos y otros: autogestión generaliza o caos insurreccional; una nueva sociedad de abundancia o desagregación social, pillaje, terrorismo y represión. La lucha en el doble poder es ya inseparable de esta elección. La coherencia nos exige que la parálisis y la destrucción de todas las formas de gobierno no se separe de la construcción de consejos. La elemental prudencia del adversario debe aceptar en buena lógica que se organicen nuevas relaciones cotidianas para impedir la extensión de lo que un especialista de la policía americana llama ya "nuestra pesadilla", pequeños comandos insurgentes que surgen de bocas de metro, saltando tejados, utilizando la movilidad y los infinitos recursos de la guerrilla urbana para matar policías, liquidar a los servidores de la autoridad, suscitar revueltas y destruir la economía. Pero no tenemos por qué salvar a los dirigentes a su pesar. Nos basta con preparar los consejos y asegurar su autodefensa por todos los medios. Lope de Vega muestra en una de sus obras cómo los villanos, cansados de las exacciones de un funcionario real, le matan y responden todos a los magistrados encargados de descubrir al culpable con el nombre de la villa "Fuenteovejuna". La táctica de "Fuenteovejuna", que utilizan con los ingenieros poco sensatos muchos mineros asturianos, tiene el defec-

to de parecerse demasiado al terrorismo y a la tradición del watrinage. La autogestión generalizada será nuestra "Fuenteovejuna". No basta con que una acción colectiva desaliente la represión (pensemos en la impotencia de las fuerzas del orden si, durante las ocupaciones, los empleados de una banca dilapidasen los fondos); tiene que alentar en el propio movimiento el progreso hacia una mayor coherencia revolucionaria. Los consejos son el orden frente a la descomposición del Estado, contestado en su forma por el ascenso de los nacionalismos regionales y en su contenido por las reivindicaciones sociales. A los problemas que se plantean, la policía sólo puede responder calculando el número de sus muertos. Sólo los consejos obreros aportan una respuesta definitiva. ¿Qué evita el pillaje? La organización de la distribución y el fin de la mercancía. ¿Qué evita e impide el sabotaje de la producción? La apropiación de las máquinas por la creatividad colectiva. ¿Qué evita las explosiones de cólera y de violencia? El fin del proletarismo mediante la construcción colectiva de la vida cotidiana. No hay otra justificación para nuestra lucha más que la satisfacción inmediata de este proyecto; nada más que lo que nos satisface inmediatamente.

16

La autogestión generalizada sólo cuenta para mantenerse con el impulso de la libertad vivida por todos. Esto basta para inferir desde ahora el rigor previo a su elaboración. Un rigor similar debe caracterizar desde ahora a las organizaciones revolucionarias consejistas; y a la inversa, su práctica contendrá ya la experiencia de la democracia directa. Ello les permitirá ajustarse todo lo posible a ciertas fórmulas. Así, un principio como "la asamblea general es la única soberana" significa también que lo que escapa al control directo de la asamblea autónoma resucita como mediaciones todas las variedades autónomas de opresión. Toda la asamblea, con sus tendencias, debe estar presente a través de sus representantes a la hora de decidir. Aunque la destrucción del Estado impide esencialmente que se repita la burla del Soviet Supremo, hay que velar todavía para que la simplicidad de organización garantice que no pueda aparecer una neo-burocracia. Ahora bien, precisamente la riqueza de las técnicas de comunicación, pretexto para el mantenimiento o el retorno de los especialistas, permite el control permanente de los delegados por la base, la confirmación, la corrección o la desaprobación inmediatas de sus decisiones a todos los niveles. Télex, ordenadores, aparatos de televisión pertenecen por tanto intransferiblemente a las asambleas de base. Realizan su ubicuidad. En la composición de un consejo -habrá, sin duda, consejos locales, urbanos, regionales e internacionales diferenciados- lo correcto será que la asamblea elija y controle una *sección de equipamiento* destinada a recoger las demandas de suministros, planificar las posibilidades de producción y coordinar estos dos sectores; una *sección de información* encargada de mantener una relación constante con la vida de los demás consejos; una *sección de coordinación* a la que incumbiría, a medida que las necesidades de la lucha lo permitan, enriquecer las relaciones intersubjetivas, radicalizar el proyecto fourerista, satisfacer las demandas pasionales, equipar los deseos individuales, suministrar todo lo necesario para llevar a cabo experimentos y aventuras y armonizar las disponibilidades lúdicas con la organización de los trabajos no remunerados (servicios de limpieza, cuidado

de los niños, educación, concursos de cocina, etc.); y una *sección de autodefensa*. Cada una de estas secciones tiene que responder ante la asamblea plenaria. Los delegados, revocables y sometidos al principio de rotación vertical y horizontal, se reunirían y presentarían regularmente su informe.

17

Al sistema lógico de la mercancía, que mantiene la práctica alienada, debe responder, con la práctica inmediata que implica, la lógica social de los deseos. Las primeras medidas revolucionarias estarían necesariamente dirigidas a la disminución de las horas de trabajo y a la máxima reducción posible del trabajo-servidumbre. Los consejos obreros tendrán interés en distinguir entre *sectores prioritarios* (alimentación, transportes, telecomunicaciones, metalurgia, construcción, vestimenta, electrónica, artes gráficas, armamento, medicina, confort, y en general el equipamiento material necesario para la transformación permanente de las condiciones históricas), *sectores en reconversión*, considerados por los trabajadores a los que concierne desviables en provecho de los revolucionarios, y *sectores parasitarios*, cuya pura y simple supresión decidirán las asambleas. Evidentemente, los trabajadores de los sectores eliminados (administración, oficinas, industrias del espectáculo y de la mercancía pura) preferirán a las 8 horas diarias de presencia en su lugar de trabajo las 3 ó 4 horas por semana de trabajo libremente elegido por ellos entre los sectores prioritarios. Los consejos experimentarán formas atractivas de trabajo no remunerado, no para disimular su carácter penoso, sino para compensarlo mediante una organización lúdica y, en la medida en que sea posible, para eliminarlo en provecho de la creatividad (según el principio "trabajo no, goce sí"). A medida que la transformación del mundo se identifique con la construcción de la vida, el trabajo necesario desaparecerá en el placer de la Historia para sí.

18

Afirmar que la organización consejista de la distribución y de la producción evita el saqueo y la destrucción de máquinas y de stocks equivale a situarse todavía en la mera perspectiva anti-Estado. Los consejos, como organización de la nueva sociedad, abolirán lo que lo negativo conserva aquí de separación mediante una *política colectiva de los deseos*. El fin del trabajo asalariado es realizable de inmediato a partir de la instauración de los consejos, desde el preciso instante en que la sección "equipamiento e intendencia" de cada consejo organice la producción y la distribución en función de los deseos de la asamblea plenaria. Es entonces cuando, en homenaje a la mejor predicción bolchevique, se podrá llamar "leninas" a los urinarios de oro y plata macizos.

19

La autogestión generalizada implica la extensión de los consejos. Al principio se encargarán de las zonas de trabajo los trabajadores concernidos agrupados en consejos. Para desembarazar a los primeros consejos de su aspecto corporativo, los trabajadores los abrirán tan pronto como sea posible a sus compañeras, a la gente del barrio, a voluntarios llegados de sectores parasitarios para que adquieran enseguida forma de consejos locales, fragmentos de Comuna (¿en unidades de más o menos 8 o 10.000 personas?).

20

La extensión interna de los consejos debe ir pareja con su extensión geográfica. Hay que cuidar la total radicalidad de las zonas liberadas, sin la ilusión de Fourier por lo atrayente de las primeras comunas, pero sin subestimar la seducción que comporta, una vez purificada de mentiras, toda experiencia auténtica de emancipación. La autodefensa de los consejos ilustra así la fórmula: "la verdad en armas es revolucionaria".

21

La autogestión generalizada tendrá un día su *código de posibles* destinado a liquidar la legislación represiva y su dominación milenaria. Tal vez se manifieste con el doble poder, antes de que sean aniquilados los aparatos jurídicos y los carroñeros de la penalidad. Los nuevos derechos del hombre (derecho a vivir a nuestro aire, a construir nuestra casa, a participar en todas las asambleas, a armarnos, a vivir como nómadas, a publicar lo que pensamos -cada uno su periódico mural-, a amar sin reservas; derecho a encuentros, derecho al equipamiento material necesario para la realización de nuestros deseos, derecho a la creatividad, derecho a conquistar la naturaleza, fin del tiempo-mercancía, fin de la historia en sí, realización del arte y de lo imaginario, etc.) esperan a sus anti-legisladores.

Raoul VANEIGEM

LA CONQUISTA DEL ESPACIO EN EL TIEMPO DEL PODER

1

La ciencia al servicio del capital, de la mercancía y el espectáculo, no es más que conocimiento capitalizado, fetichismo de la idea y del método, imagen alienada del pensamiento humano. Pseudo-grandeza de los hombres, su conocimiento pasivo de una realidad mediocre es la justificación mágica de una raza de esclavos.

2

Hace tiempo que el poder del conocimiento se ha convertido en conocimiento del poder. La ciencia contemporánea, heredera práctica de la religión de la Edad Media, cumple con respecto a la sociedad de clases las mismas funciones: compensa la estupidez cotidiana de los hombres con su conocimiento eterno de especialista. Canta con cifras la grandeza del género humano, cuando no es otra cosa que la suma organizada de sus limitaciones y de sus alienaciones.

3

Igual que la industria, que estaba destinada a liberar a los hombres del trabajo gracias a las máquinas, no ha hecho hasta ahora más que alienarlos gracias al trabajo en las máquinas, la ciencia -destinada a liberarlos histórica y racionalmente de la naturaleza- no ha hecho sino alienarlos en una sociedad irracional y anti-histórica. Mercenaria del pensamiento separado, la ciencia trabaja para la supervivencia y no concibe por tanto la vida más que como fórmula mecánica o moral. En efecto, no concibe el hombre como sujeto, ni el pensamiento humano como acción, y por eso ignora la historia como actividad premeditada y convierte a los hombres en "pacientes" en sus hospitales.

4

Fundada sobre la falacia esencial de su función, la ciencia sólo puede mentirse a sí misma. Y sus pretenciosos mercenarios han conservado de sus sacerdotes ancestrales el gusto y la necesidad del misterio. Parte dinámica en la justificación de los estados, el cuerpo científico guarda celosamente sus leyes corporativas y los secretos de "Machina ex Deo" que hacen de ellos una secta miserable. No hay nada asombroso, por ejemplo, en que los médicos -carpinteros de la fuerza de trabajo- tengan una escritura ilegible: es el código policial de la supervivencia monopolizada.

5

Pero, si la identificación *histórica* e *ideológica* de la ciencia con los poderes temporales muestra claramente que sirve a los estados y no engaña por tanto a nadie, ha sido necesario esperar hasta ahora para ver desaparecer las últimas separaciones entre la sociedad de clases y una ciencia que se quiere neutral y "al servicio de la Humanidad". En efecto, la actual imposibilidad de investigación y aplicación científica sin unos medios enor-

mes ha puesto el conocimiento, espectacularmente concentrado, en manos del poder y lo ha dirigido hacia los objetivos del Estado. Hoy no hay ciencia que no esté al servicio de la economía, del ejército y de la ideología; y la ciencia de la ideología muestra su otra cara, la ideología de la Ciencia.

6

El poder, que no tolera el vacío, no ha perdonado nunca a los territorios del más allá el ser dominios vagos librados a la imaginación. Desde el origen de la sociedad de clases, siempre hemos puesto en el cielo la fuente irreal del poder separado. Cuando el Estado se justificaba religiosamente, el cielo se ubicaba en el *tiempo* de la religión; ahora que el Estado quiere justificarse científicamente, el cielo se ubica en el *espacio* de la ciencia. De Galileo a Werner von Braun, no se trata más que de una cuestión de ideología de Estado: la religión quería preservar su tiempo, y no tenía por tanto nada que hacer con el espacio. Ante la imposibilidad de prolongar su tiempo, el poder debe restaurar su espacio sin límites.

7

Si el trasplante de corazón es todavía una miserable técnica artesana que no hace olvidar las masacres químicas y nucleares de la ciencia, la "conquista del Cosmos" es la mayor expresión espectacular de la opresión científica. El especialista del espacio es al pequeño doctor lo que la Interpol al policía de barrio.

8

El cielo prometido en otro tiempo por los curas bajo la sotana negra es verdaderamente tomado por los astronautas de blancos uniformes. Asexuados, neutros, superburocratizados, los primeros hombres en salir de la atmósfera son las estrellas de un espectáculo que flota día y noche sobre nuestras cabezas, que puede dominar las temperaturas y las distancias y que nos oprime desde lo alto como el polvo cósmico de Dios. Ejemplo de supervivencia en su grado más alto, los astronautas hacen sin pretenderlo la crítica de la tierra: condenados al trayecto orbital -bajo pena de morir de frío o de hambre- aceptan dócilmente ("técnicamente") el aburrimiento y la miseria de los satélites. Habitantes de un urbanismo de la necesidad en sus cabinas, prisioneros del aparato científico, son el ejemplo -in vitro- de sus contemporáneos que no escapan, a pesar de la distancia, a los designios del poder. Hombres-anuncio, los astronautas flotan en el espacio y saltan sobre la superficie de la luna para hacer marchar a los hombres al tiempo de trabajo.

9

Y si los astronautas cristianos de Occidente y los cosmonautas burócratas del Este se entretienen con la metafísica y la moral laica -Gargarin "no vió a Dios" y Borman rezó por la pequeña Tierra- es en la obediencia a su "servicio encomendado" espacial donde deben encontrar la verdad de su culto. Como en el caso de Exupery, el santo que habló de las profundidades desde una gran altura, pero cuya verdad tenía la triple condición de ser militarista, patriota e idiota.

10

La conquista del espacio forma parte de la esperanza planetaria de un sistema económico que, saturado de mercancías, de poder y de espectáculo, eyacula en el espacio cuando llega a las puertas del cielo descargando sus contradicciones terrestres. Nueva América, el espacio debe servir a los Estados para sus guerras y sus colonias: para enviar a los productores-consumidores que se tomarán así la libertad de superar las limitaciones del planeta. Provincia de acumulación, el espacio está destinado a convertirse en una acumulación de provincias para las cuales existen ya leyes, tratados y tribunales internacionales. Nuevo Yalta, el reparto del espacio muestra la incapacidad de los burócratas y los capitalistas para resolver aquí en la tierra sus antagonismos y sus luchas.

11

Pero el viejo topo revolucionario, que hoy roe las bases del sistema, destruirá las barreras que separan la ciencia del conocimiento generalizado del hombre histórico. Cuantas más ideas del poder separado, más poder de las ideas separadas. La autogestión generalizada de la transformación permanente del mundo por las masas hará de la ciencia una banalidad de base, y ya no una verdad de Estado.

12

Los hombres entrarán en el espacio para hacer del Universo el terreno lúdico de la última revuelta: la dirigida contra las limitaciones que impone la naturaleza. Y, derribados los muros que separan hoy a los hombres de la ciencia, la conquista del espacio ya no será una "escalada" económica o militar, sino una floración de libertades y realizaciones humanas conseguida por una raza de dioses. Entraremos en el espacio no como empleados de una administración astronáutica ni como "voluntarios" de un proyecto de Estado, sino como amos sin esclavos que pasan revista a sus dominios: el Universo en un saco para los consejos obreros.

Eduardo ROTHE

LA PRÁCTICA DE LA TEORÍA

Cómo se politizaron los blousons noirs

Entre noviembre y diciembre de 1967, Debord, Vaneigem y Viénet fueron interrogados en varias ocasiones por la Policía Judicial en relación con la tira gráfica de Veneigem de la que se publicaron dos imágenes en *I.S. 11*. Reconocieron que eran sus autores y editores y que habían organizado su difusión y la pegada de carteles. El estrado parecía inquieto por las incitaciones al robo, el libertinaje, la revuelta y la muerte (de los "dirigentes") que podían deducirse de las frases y gestas de los personajes de este breve *comic*. Este delito de prensa, de un carácter inédito, prometía un proceso fuera de lo común, pero finalmente y sin que sepamos por qué la investigación que estableció los hechos no se utilizó para llevar a los responsables a tribunales.

Sin preguntarnos si las incitaciones en cuestión tuvieron más o menos *efecto*, hay que advertir que el *comic* de Vaneigem, traducido, reeditado y muy reproducido en varios países, particularmente en Inglaterra, Estados Unidos y Suecia, tendría seis meses después notable posteridad también en Francia al expresarse algunos camaradas del C.M.D.O. por este medio. Sabemos que varios grupos autónomos publicaron después muchas tiras con intención revolucionaria. Las tesis que René Viénet expuso en 1967 en esta revista han sido totalmente confirmadas en la experiencia llevada a cabo con todos los medios de agitación que consideraba, con excepción hasta el momento del cine.

Ficticios (continuación)

Hay una serie de personas que han intentado en privado hacerse pasar por miembros de la I.S. No vamos a revelar los nombres de aquellos de los que hemos tenido noticia. La lista sería demasiado larga e incompleta, y no serviría finalmente sino para dar credibilidad a los que no figurasen expresamente en ella. Bastará señalar que en Francia ningún situacionista reside *en provincias* (y menos en Estrasburgo). Tampoco en París resulta difícil reconocerlos cuando no se tiene un fuerte deseo de ser engañado o una flaqueza de juicio excepcional.

Algunas hazañas de los falsos situacionistas consisten por otra parte casi siempre en montajes de fragmentos y desarrollos que parten de situaciones supuestamente padecidas por sus "víctimas". En junio de 1968 corrió el rumor de que un tal profesor Jankélévitch había recibido una carta insultante firmada por la I.S.. Hemos de confesar que ignoramos casi por completo la obra y la existencia de un filósofo de la talla del profesor Jankélévitch. Nunca le hemos escrito y seguiremos seguramente sin leerlo. ¿No será que le gustaría ser tan moderno ante sus alumnos como para que los situacionistas le insulten también a él? Pero no podemos hacerlo. ¡Cuestión de favoritismo!

Algunos mendrugos duros del actual pasteleo literario -particularmente la señora Marguerite Duras- dijeron también por entonces que los "situacionistas" fueron a su casa y les pidieron arrogantemente cien francos para apoyar su acción revolucionaria. Nadie sensato puede creer que los situacionistas hayan saneado nunca sus finanzas recogiendo colillas, y menos todavía en casa de personas que desprecian.

El filósofo argumentista Kostas Axelos habría sido por su parte asaltado en su domicilio, atemorizado y finalmente robado por cuatro, siete, quince blousons noirs situacionistas (la cifra está sujeta a variaciones). Después de contar por todas partes la calaverada salvaje de este hampa, nos escribió reprochándonos esas "actuaciones de tipo fascista y estaliniano". A este filósofo le gusta escribirnos. Le respondimos insultándole como solemos hacer y asegurándole que publicaríamos su calumniosa carta. Parece que Axelos comprendió que esa publicación sólo sería el principio de nuestra reacción, y volvió de nuevo a escribirnos pidiendo que no se publicase su carta anterior, con la excusa de que podía perjudicar a algunos de sus amigos y a él mismo en un conflicto que mantienen con personas seguramente peores que él. Aunque estimamos poco convincente el argumento, hemos preferido no dar lugar a pensar que perjudicábamos así a este personaje, por lo que nuestros lectores quedarán privados desgraciadamente de las pintorescas reclamaciones del filósofo.

Algunas personas han creído, parece ser, que el señor Hubert Tonka, que publicó en junio de 1968 en Pauvert un *comic* titulado *Ficción de la contestación alienada*, era situacionista. Esta obrita de moda se quería evidentemente paródica, aunque su talento esté lejos de su intención. Pero como el señor Tonka no tiene ninguna relación con la I.S. sería completamente ilógico deducir que se encuentra implicado en las persecuciones de las que se queja Kostas Axelos.

¿Qué es un situacionista?

Ante la impresionante, aunque no realmente sorprendente ampliación del interés suscitado por la I.S., hay que precisar ahora, teniendo en cuenta el desarrollo de los dos últimos años, el sentido del término "situacionista" aplicado a un individuo.

En primer lugar, en el sentido pleno y preciso del término, un situacionista es un miembro de la I.S. que participa en todas las deliberaciones y decisiones de esta organización, y que por tanto asume personalmente la corresponsabilidad general.

Por otra parte, un individuo puede indudablemente ser llamado, e incluso llamarse a sí mismo "situacionista" cuando asume nuestras principales posiciones teóricas, cuando su gusto personal le aproxima a nuestro estilo de expresión y de vida o simplemente cuando ha participado en formas de lucha subversivas que pueden ser así calificadas exteriormente por diferentes observadores.

Ambos sentidos pueden emplearse correctamente con la condición expresa de no permitir que se introduzca confusión entre ellos. Aquellos que no siendo de la I.S. quieran hacerlo creer no pueden ser tratados por su entorno más que como *sospechosos*. En cuanto a todos los demás, que no llevan a cabo en ningún lugar del mundo un trabajo práctico *organizado* con la I.S., lo que mejor pueden hacer estos revolucionarios "situacionistas" es mantener por su cuenta (y por tanto por la del movimiento proletario que avanza) lo que hayan aprobado de nuestras perspectivas y nuestros métodos.

Esto significa no tomarnos demasiado como referencia, sino por el contrario *olvidarnos un poco.*

Las últimas expulsiones

El 21 de diciembre de 1967, Timothy Clarke, Christopher Gray y Donald-Nicholson-Smith fueron expulsados de la I.S. cuando iban a publicar una revista en Inglaterra y a emprender una actividad de grupo. (Charles Radcliffe se retiró meses antes por conveniencia personal).

Las divergencias, que no existían o al menos pasaban desapercibidas, se desarrollaron de repente no a propósito de lo que se hacía en Inglaterra, sino de las relaciones y la posible intervención de la I.S. en Estados Unidos. Vaneigem fue a New York en noviembre como delegado de todos los situacionistas y aplicó exactamente las órdenes que llevaba, particularmente discutir con los camaradas con quienes -en opinión de todos, empezando por los ingleses- teníamos contactos más desarrollados y conformarían nuestra sección americana. Vaneigem se negó a reunirse con un tal Ben Morea, editor del boletín *Black Mask,* con quien nuestros camaradas americanos estaban en conflicto en casi todas las cuestiones que plantea la acción revolucionaria y de cuya honestidad intelectual dudaban incluso. Además, Vaneigem se negó a seguir hablando con un tal Hoffman, en ese momento el principal colaborador de las publicaciones de Morea, que desarrolló elogiosamente delante de él una interpretación *mística* de su texto *Banalidades de base*. La magnitud de este detalle llevó a Venigem a no discutir siquiera el conjunto de nuestras divergencias con Morea. Todo parecía aclarado a su vuelta a Europa, pero Morea escribió a los situacionistas de Londres quejándose de haber sido calumniado ante Vaneigem. Se le respondió colectivamente -a petición de los camaradas ingleses, extremadamente escrupulosos en base a la hipótesis bastante inverosímil de una posible información parcial de Morea. Sin embargo los ingleses se extrañaron de que fuese nuestra última respuesta al personaje en cuestión. Morea volvió a escribir a todos que se trataba de falsas excusas y que el conflicto estaba en otra parte: insultaba a nuestros amigos de New York y cuestionaba ahora el testimonio de Vaneigem. *A pesar de su compromiso formal* los ingleses volvieron a responderle diciendo que ya no entendían lo que pasaba y que "alguien" mentía. Cada vez eran más indulgentes con Morea y más desconfiados con nuestros amigos americanos, e incluso con Vaneigem aunque se negaban a reconocerlo. Pedimos entonces a los tres ingleses que reparasen públicamente esta ultrajante incertidumbre rompiendo inmediatamente con el manipulador y su mística. Ellos aceptaron el principio, pero anduvieron con rodeos para negarse finalmente a ejecutar esta ruptura. Entonces tuvimos que romper nosotros con ellos. En tres semanas, esta discusión había dado lugar a dos encuentros en París y en Londres y al intercambio de una docena de extensas cartas. Nuestra paciencia había sido excesiva, pero lo que parecía al principio una sorprendente lentitud de razonamiento se revelaba, cada vez de forma más grave, como una voluntad de obstrucción de la que no adivinábamos la causa. La discusión sin embargo no salió nunca, hasta el momento de expulsar a los ingleses, de los detalles aquí expuestos y de la cuestión de método que provocaba, de forma tan extraña, sobre la solidaridad de la I.S. y sobre los motivos suficientes de nuestras rupturas habituales -puesto que los ingleses no negaron nunca que Morea estaba ligado a un idiota místico). Más tarde Gray pasó por New York y contó con aflicción a quien quiso prestarle oídos que su abortado grupo había querido, ocupándose directamente de las relaciones con América, salvar el proyecto revolucionario de una lamentable incomprensión de los situacionistas continentales europeos (y de los propios americanos). Tampoco en Inglaterra se habían sentido suficientemente queridos estos camaradas. No se atrevieron a decirlo, pero habían sufrido el desinterés de los continentales por *lo que iban a hacer*. Se les dejaba aislados en su país, rodeados de agua por todas partes. Una razón más "teórica" se puso de manifiesto *después de la discusión*: al estar Inglaterra mucho más cerca de una crisis revolucionaria que el continente, los teóricos "continentales" se habrían quedado mudos de despecho al ver "sus" teorías realizarse en otra parte. Lo cachondo es que esta especie de ley histórica del revolucionarismo anglosajón fue desmentida tres meses después. Ello no impide que su crítica *post-festum*, al margen de su valor cómico, tenga un contenido un tanto innoble: sería necesario, para verse contrariados porque "su" teoría se realizase en otra parte, que estos teóricos continentales esperasen una revolución "en su casa" para instalarse ellos mismos en la esfera gubernamental. Pero más que demostrar que aquellos de quienes eran secretamente enemigos tenían tales objetivos, los exsituacionistas de Londres confesaban así sus *propósitos*, pretendiendo volver al tiempo anterior a la Guerra de la Independencia para dirigir desde Londres el movimiento revolucionario americano. Esta geopolítica zozobró en el instante mismo de su expulsión.

Hemos de decir que Donald Nicholson-Smith fue muy estimado por todos durante los dos años que lo conocimos, y que nos inspiraba la más viva simpatía desde todos los puntos de vista. Sin embargo, desde que se fue a Londres dio pruebas de una lamentable inconsecuencia, al pasar un mes bajo influencia de individuos ajenos a la I.S. y de dos situacionistas seguramente *mal elegidos*. Sin embargo, cuando seis meses después Nicholson-Smith nos escribió por dos veces, una con la intención de volverse a reunir con nosotros y otra ofreciéndose para disipar el "malentendido", tuvimos que rechazar lamentablemente el encuentro, aunque fuese a título personal. El asunto ya había dado bastantes problemas, y la continuación de la actividad de Gray mantenía este carácter. Gray edita un boletín que pasa, aunque injustamente, por ligeramente prosituacionista, *King Mob*, donde puede leerse el elogio del eterno Morea -lo queda de él, hasta el punto de que textos verdaderamente consternadores del actual Morea son *ocultados* por Gray y sus acólitos a las personas de su entorno que respetan a su ídolo -con este divertido argumento un año después del movimiento de ocupaciones: ¡Morea habría tenido el mérito de hacer pasar ciertas tesis radicales "del salón situacionista" a la lucha en las calles! El propio Gray intentó recuperar contacto con nosotros, pero disimuladamente, por intermedio de un tal Allan Green que fingía no conocerlo, pero que fue desenmasacarado al segundo encuentro. ¡Bonito trabajo, y como se podía esperar, finamente llevado

a cabo! Los "únicos" garnautinos deben retorcerse de disgusto en su tumba universitaria por haber tenido un sucesor tan digno.

Subrayemos que, en casi dos años, no ha habido ninguna otra exclusión. Tenemos que confesar que este logro no se debe completamente a la elevación real de la conciencia y del radicalismo coherente de los individuos del actual período revolucionario. Se debe también a que la I.S., al aplicar cada vez con más rigor sus anteriores decisiones sobre el examen previo de aquellos que quieren ingresar en ella, rechazó en el mismo periodo unas cincuenta o sesenta adhesiones que nos ahorran un número equivalente de exclusiones.

Añadido al libro de Viénet

Creemos que *Enragés y situacionistas en el movimiento de ocupaciones* contiene un error en las páginas 72 y 73, donde se dice que los locales del "anexo Censier" de la Facultad de Letras fueron concedidos por Pompidou a su vuelta de Afganistán para que los universitarios discutiesen allí sus problemas. Aunque esto fuese finalmente así, hay documentos y testimonios que llevan a concluir que el anexo Censier fue utilizado para una reunión, si no realmente ocupado, el sábado 11 de mayo al atardecer, y por tanto varias horas antes de la llegada de Pompidou y de la exposición de sus planteamientos que comportaba este punto. No es menos cierto por ello que "durante muchos días la atmósfera estudiosa y moderada" de este centro estuvo marcada por quienes tomaron esa iniciativa tan rápidamente legalizada y por sus objetivos reformistas para el medio estudiantil.

En cambio, se nos imputa injustamente la única inexactitud que hasta ahora ha querido sacar de nuestras publicaciones del momento una obra consagrada al movimiento de mayo. Una nota de la página 547 del libro de Schnapp y Vidal-Naquet *Diario de la Comuna estudiantil* a propósito de un panfleto del C.M.D.O. sobre Flins, donde se dice que en la estación de Saint-Lazare "los dirigentes sindicales (...) desviaron a los manifestantes hacia Renault-Billancourt prometiéndoles que los camiones les llevarían a Flins" comenta: "Inexacto: los dirigentes sindicales de ferrocarriles de Saint-Lazare se contentaron con negarse a proporcionar a los estudiantes un tren especial para Flins..." Pero el panfleto del C.M.D.O. no hablaba de los *dirigentes de la C.G.T.* (que fuera de las reuniones dirían a unos que la corriente fue cortada en las vías por la policía y a otros que el sabotaje de los provocadores izquierdistas impidió al tren partir). Los "dirigentes sindicales" que dispersaron a los manifestantes en Saint-Lazare con extravagantes mentiras fueron los *de la U.N.E.F. y el S.N.E. Sup.* El izquierdismo vulgar, cuyo vocabulario ilusorio comparten Schnapp y Vidal-Naquet, llamaba en mayo "dirigentes sindicales" a los que combatían abiertamente el movimiento, como la C.G.T. Pero los Geismar y Sauvageot que entorpecían ese movimiento *desde el interior* eran *dirigentes sindicales*, por muy cómicos que fuesen los sindicatos en nombre de los cuales tenían que babear.

En el libro de Viénet hemos de subrayar también que subestima la acción de los obreros revolucionarios de Lyon con respecto a sus intentos, logrados a medias pero ocultados por toda la información disponible, de lanzar huelgas en la industria antes del 14 de mayo, y a su participación ejemplar en las luchas que luego se desarrollaron en Lyon (en el momento en que se escribió el libro habíamos perdido momentáneamente todo contacto con estos camaradas).

Finalmente, en las páginas 19 a 21, a propósito de la agitación anterior entre estudiantes de varios países, hubiera debido citarse el Congo, con el notable caso de la ocupación de la Universidad Lovanium en Kinshasa (ex-Leopoldville) en 1967, antes de Turín y de todo lo que siguió en Europa. Allí, los estudiantes revolucionarios fueron cercados por el ejército en el campus que estaba en su poder. No pudieron bajar a la ciudad donde los trabajadores esperaban su llegada para sublevarse. El régimen de Mobutu pronunció el *lock-out* de la Universidad exigiendo la reinscripción personal de cada estudiante, que debía comprometerse a obedecer en el futuro las costumbres universitarias (técnica retomada después por el ministro Edgar Faure). Pero la solidaridad de los estudiantes obligó al gobierno a renunciar a esta medida. Como resultado de ello, sabemos que el 4 de junio de 1969 la Universidad Lovanium (donde pueden señalarse algunas influencias situacionistas) se sublevó de nuevo, no como fingía el gobierno por un aumento del 30% de los presupuestos percibidos, sino para derribar el régimen. Esta vez salió al ejército: hubo decenas de muertos y cientos de detenidos.

Notas sobre España

La inadaptación de los pensadores del capitalismo privado que *gobierna* en España es su mejor garantía contra una subversión revolucionaria. Ella cristaliza las fuerzas alrededor de un reformismo tecnocrático que sin embargo comienza ya a suscitar luchas reales allí donde se ha instalado. En la industria más avanzada, que constituye la tarjeta de visita del franquismo en la Europa del Mercado Común, es donde los obreros han afirmado mejor sus posibilidades. En 1965, los metalúrgicos de Pegaso intentaron en varios momentos marchar sobre Madrid para apoyar a los estudiantes en revuelta. En 1967, las fábricas Echevarri de Bilbao permanecieron en huelga durante seis meses. Las familias de los obreros participaban en las asambleas generales que enviaban delegados a toda España. Al igual que las recientes colectivizaciones espontáneas de pequeños agricultores de Navarra, estas acciones se inscriben en flagrante oposición con la práctica de los estalino-cristianos de las comisiones obreras. Sabemos que estos, con notable ingenio, habían previsto una jornada de reivindicaciones el 24 de enero, y que ante la proclamación del estado de excepción anularon su proyecto. La táctica del partido comunista -alianza con todos los opositores al franquismo, incluidos los "falangistas de izquierdas"-, que pretende hacerse un sitio en los parlamentos del post-franquismo, choca con su propio espectro, que le atormenta tanto como a los fascistas en el poder, cuando ya en 1936 no frecuentaba más que al Papa y a los millardarios de New York. En cuanto al estado de excepción, se presentaba como la única respuesta posible de quienes no tenían ya más que el poder frente a los que saben -y hasta el *Opus Dei* lo ha entendido- que la modernización no puede hacerse más que de forma paralela

a un cambio de estructuras. Advirtamos que el estado de excepción llegó justo a tiempo para evitar una revalorización de los salarios bloqueados desde hace un año, mientras que el nivel de vida aumentaba en torno a un 25%.

Más allá de estas luchas de dinosaurios, el viejo topo prosigue su obra. Tanto en España como los demás lugares, la Universidad Crítica ha cubierto su tiempo de malabares relativos y contorsiones contingentes. Los elementos radicales ya se han agrupado alrededor de la consigna "Fin de la Universidad", uniendo de forma natural la cerilla a la palabra. Como el más pequeño de los comités de acción franceses, han sabido definir la alternativa fundamental: "Universidad-bidón que proporciona coartadas para todos los que prosiguen otros estudios o solución definitiva al "problema de la Universidad" que anticipe la solución definitiva a los problemas de clases". En Madrid, el grupo de los *Ácratas* ha sabido mejor que ninguno, rompiendo con la ilusión del sindicalismo revolucionario, expresar las posiciones radicales y darles una realidad escandalosa. Constituido en octubre de 1967, este grupo no carece de analogías, lo que dice mucho sobre la época en que vivimos, con los enragés de Nanterre: el mismo terreno, el mismo programa, las mismas formas de acción. La iniciativa de la violencia, que correspondía más a menudo a la policía, se hizo bajo su influencia un hecho casi cotidiano de los "estudiantes". En España, toda asamblea acaba literalmente en canciones y revuelta. Los *Ácratas*, que traducen y difunden los textos de la I.S., están en el origen de las desdichas ibéricas de J.-J. Servan-Schreiber, jódete hijodeputa, a quien expulsaron sin miramientos de la Facultad de Derecho donde tenía la pretensión de hablar y la ilusión de encontrar un público que se contentase con reír. El empleo crítico de la violencia evitó a los *Ácratas* la recuperación inherente al terrorismo tradicional. Aunque la policía, los automóviles, el material escolar y los escaparates han servido para verificar su crítica de la ideología, de la jerarquía y de la mercancía, fue al arrojar a la policía la cruz de una clase que había invadido como supieron desafiar mejor la historia congelada del franquismo. Con este gesto se reconciliaron con la gran tradición revolucionaria que no vio jamás otro preliminar a la instauración del poder absoluto de los consejos obreros, de los que a buen seguro los *Ácratas* se reclaman.

Aunque los *Ácratas* desaparecieron en junio de 1968, dejaron el recuerdo vivo de un grupo tan próximo a Marx como a Durruti y tan alejado de Lenin como de Proudhon. ¿No vimos a los cuatro burócratas de la F.U.R. arriesgarse a la pena de muerte por haber querido quemar la Universidad y, a falta de algo mejor, incendiar el mayor convento de Madrid, donde dos buenas monjas murieron? En Barcelona, y que el decano Grappin el Matraca aprecie nuestra moderación, los estudiantes que estaban quemando la puerta de una facultad rociaron de gasolina al decano que trató de intervenir. La policía lo apagó justo a tiempo. El 20 de enero el rector de la misma Universidad escapaba por poco a la defenestración. El proceso de cierre de las facultades, que tanto entristece a los sindicatos y al poder, contribuye a clarificar cada vez más la oposición ficticia de los ideólogos de la prehistoria: el querer la recuperación de los sindicatos reenvía, aquí y en todas partes, a su recuperación por el poder. El movimiento revolucionario español seguirá vencido hasta que no tome conciencia de sus victorias. Debe reapropiárselas o dejar todos los terrenos, en primer lugar el de la memoria, a los artífices estalinianos, franquistas o demócratas, de su fracaso militar. Sus victorias son el esbozo del poder absoluto de los consejos de trabajadores. Son la reivindicación mínima de todo el movimiento obrero. Su conocimiento está ligado a toda posición revolucionaria coherente. Los que tienen conciencia de estar haciendo la historia no deben ignorar la historia de la conciencia.

Maniobra antisituacionista particularmente vil y torpe

Hemos tenido que denunciar con bastante frecuencia en esta revista a personas que se hacían pasar aquí o allá por miembros de la I.S. ocultando no obstante su verdadera identidad, caso que permanece casi siempre en el marco de una mitomanía inofensiva. Tenemos ahora que llamar la atención de los elementos revolucionarios que nos conocen sobre un asunto más grave y bastante revelador de los métodos e intenciones de sus responsables.

En Italia, en verano de 1968, un *impostor* se presentó ante numerosas personas como *el situacionista Mustapha Khayati*, y de esta forma recogió, de muchos de los que creían estar hablando con Khayati, *información* sobre sus actividades en Francia durante el movimiento de ocupaciones. Por otra parte, trató por diversos medios de comprometer a la I.S. en sus propias declaraciones y amistades miserables que él fingía aprobadas por nosotros; y luego, con otros interlocutores, atacó a los situacionistas amparándose siempre en la identidad de Khayati, al que se reputaba haber roto con la I.S. de la que era anteriormente "el jefe" (y haber escrito, con el pseudónimo Vaneigem, el *Tratado del saber vivir*, etc.)

El impostor estuvo en el Congreso anarquista de Carrare en compañía de un grupo cohnbendista de Nanterre. Se trasladó luego a Venecia durante la Bienal. El mismo individuo figuraba *en la delegación de Nanterre* del Congreso de la U.N.E.F. que tuvo lugar en Marsella a finales de diciembre, donde se mostró más prudente. Interrogado allí por los delegados de Burdeos, precisó que Khayati era la segunda parte de su nombre, que comenzaba de otra forma. Al encontrarse poco después con un delegado de Nantes, el personaje no osó por nada del mundo decir que se llamaba Khayati, sino que se presentó únicamente como un "enragé" de Nanterre. Como se le preguntó entonces si estaba en el mismo grupo que Riesel, respondió que no, pero que se encontraba "objetivamente" en las mismas posiciones. A principios de enero, este extraño emisario se encontraba en Roma, donde continuaba haciéndose pasar por Mustapha Khayati.

Allí donde este ejecutante de una política que todos los revolucionarios juzgarán como conviene no estimó que pudiese hacer creer que representaba realmente a la I.S. en la banda del ex-"22 de marzo" donde figuraba abiertamente, adoptó otra mentira cuya función es igualmente clarificadora. Fingió haber *dimitido* de la I.S. en mayo "porque la I.S. tenía en ese momento una actitud de *abstención*", de forma que "la crítica del espectáculo se había hecho ella misma espectacular, etc."

Es preciso que las ideas y la existencia

de la I.S. sean obsesivas para algunos arribistas de la burocracia izquierdista, y que se vean incapaces de oponerle la menor crítica real, para llegar a semejantes procedimientos. No han encontrado nada mejor que hacer para "demostrar" finalmente que parte alguna de la I.S. pudiese figurar nunca en su lamentable reunión, como habían insinuado cien veces a los periodistas.

Estamos ahora en disposición de afirmar que el impostor es un cierto *Mustapha Saha*, actualmente estudiante en Nanterre, de origen marroquí. A pesar del estilo indiscutiblemente policial de esta usurpación de identidad y de este espionaje entre revolucionarios, no creemos que la actividad del mencionado Saha esté orientada a la información y la denuncia en provecho de las autoridades francesas o marroquíes. La realidad verificable es mucho más extraordinaria: se trata de un *agente* de ese grupo que estuvo en el centro del ex-"movimiento 22 de marzo" y que permanece, habiendo reunido sus aliados grupusculares sus verdaderas pertenencias, bajo la dirección de un tal Jean-Pierre Duteuil.

Siempre con retraso sobre su época, estas maniobras se inspiran en prácticas que se utilizaron en la fase estaliniana de destrucción del movimiento revolucionario. Pero ahora que este movimiento comienza a reformarse, sabe que *la práctica de la verdad* es su único medio de existencia, al tiempo que su objetivo histórico. Todos aquellos que participan en él *boicotearán* evidentemente a los Duteuil, los Saha y a quien corresponda.

Una masperización

El número 42 de la revista *Partisans* (junio de 1968), dedicado al movimiento de ocupaciones, reproducía algunos documentos publicados entonces por la I.S. y el C.M.D.O., como hicieron muchas otras revistas y folletos aparecidos en Europa, América y Japón.

Pero la revista *Partisans*, dirigida por el estalino-castrista Maspero, se ha distinguido de todas las demás por una manipulación a la medida de esa *escuela estaliniana de la falsificación* de la que es un titulado eminente. Páginas 76 y 77, el *Informe sobre la ocupación de la Sorbona* firmado por el C.M.D.O. ha sido gravemente *masperizado*: manteniendo el principio y el final del texto, se ha cortado fraudulentamente *más de la mitad* -lo que constituía precisamente el informe preciso sobre las luchas desarrolladas en la Sorbona. Evidentemente, no hay ningún signo que indique la existencia de un recorte de ningún tipo.

Página 103, la masperización simplemente negativa alcanza un ejemplo chocante de *masperización total*: la falsificación que reconstruye un texto falso recomponiendo un texto real con frases sobreañadidas que le dan otro sentido. Se trata del panfleto *Por el poder de los consejos obreros* que se reproduce sin título y sin fecha (22 de mayo) pero *con la firma del C.M.D.O.* A partir de la segunda línea del texto fabricado por los masperizadores se puede leer el final del panfleto en cuestión. Pero su principio no sólo ha desaparecido: ha sido *reemplazado* por nuevas líneas que ninguno de nosotros vio nunca en ninguna parte, que llaman a manifestarse "hoy, 24 de mayo" y que contienen enormes concesiones *a la C.G.T.* ("Sí, la C.G.T. quiere hacer valer tus reivindicaciones").

Nos contentamos con citar estos excesos particulares, sin pensar que un individuo tan notoriamente turbio como Maspero merezca siquiera ser castigado por sus manipulaciones. Es su dedicación oficial. Simplemente es justo atacar su nombre. Recordemos únicamente cuán fantástico resulta escribir, como *Le Crapouillot* de mayo-junio de 1969, que la revista *I.S.* fue "difundida un tiempo por Maspero". ¡Muchos otros murmuran que los situacionistas desprecian tanto a Maspero porque les hubiese gustado que él les editase! Semejante despropósito sólo puede ser el propósito de sus autores. No sabemos si este rumor tiene su fuente en el entorno de estos desgraciados. Podemos decir únicamente que, a la vista del procedimiento que hemos expuesto aquí, no sería extraño.

El historiador Maitron

La Sorbonne par elle-même (Editions Ouvrieres, octubre de 1968), que reúne documentos sobre mayo-junio de 1968, es un libro que pretende ser históricamente objetivo. Aparecido como número especial de la revista universitaria *Le Mouvement Social*, fue realizado bajo la responsabilidad de Jean Maitron, director de esta revista, que tiene cierta reputación como historiador del movimiento obrero e incluso como "libertario". Conviene por lo demás señalar que colaboran en ella J.C. y Michelle Perrot, así como Madeleine Rebérioux, notoria *miembro del partido estaliniano francés*.

El libro cuenta muchos detalles erróneos de los situacionistas y reproduce algunos de nuestros documentos de mayo. No obstante, tras declarar noblemente en la página 6: "Nos hemos negado a realizar ningún corte (¡muerte a las puntos suspensivos que arrojan no se sabe qué a los infiernos!)", los autores publicaron sin embargo nuestro *Informe sobre la ocupación de la Sorbona* en su versión *masperizada*, que hace echar vivamente de menos el uso de los puntos suspensivos que al menos revelan que ocultan algo.

Sin embargo Maitron va más allá de esta reproducción irresponsable de una falsificación cogida en la papelera de los masperizadores. Masperiza por su cuenta: en la página 165 presenta un "panfleto anónimo" que "expresa bastante bien el punto de vista de los situacionistas". ¿De dónde le viene esta presciencia? Muy sencillo. Se trata -esta vez como texto aislado- de nueve líneas repugnantes y pro-C.G.T. pasadas por la revista *Partisans* como principio sobreañadido a un panfleto firmado por el C.M.D.O. El hecho de que se aísle así un injerto prueba que sabían que se trataba de un panfleto autónomo del estilo de los Rebérioux, estalinianos ligeramente contestatarios en esa época. Pero el hecho de que se atribuya a la I.S. demuestra que quieren aprovecharse de la atribución arriesgada por Maspero en su mezcolanza. Por consiguiente, conoce la falsificación de Maspero como tal, y se sirve alegremente de ella como referencia sin decirlo sin embargo expresamente, sino disimulando la falsa información detrás de un falso conocimiento por la *crítica implícita* ("expresa bastante bien el punto de vista...").

El 24 de octubre la I.S. escribió a Maitron una carta donde le indicaba, con pruebas de apoyo, las falsificaciones más toscas que nos concernían en su libro, y solicitaba "excusas por escrito". Pasaron

quince días y Maitron no respondió. Entonces Riesel y Viénet se acercaron a su domicilio, le insultaron como merecía, y para subrayar sus palabras rompieron una sopera que era, según este historiador, "un recuerdo de familia".

De esta forma hicimos ver al individuo que su deshonesto compendio no pasaría desapercibido e incluso podía exponerle gravemente al insulto. Lo que hará, creemos, reflexionar a sus émulos. La pasión levantada por un acto tan simple demostró que no habíamos errado nuestro objetivo. El 17 de noviembre apareció en *Le Monde* una carta firmada por el estaliniano Rebérioux y sus colegas denunciando que su "colega y amigo" Jean Maitron acababa "de ser víctima en su domicilio de una auténtica agresión. Unos jóvenes se presentaron en nombre de la Internacional situacionista y, declarándose molestos por una obra en la que se había procurado sin embargo que hubiese lugar para todas las corrientes de opinión, le insultaron y rompieron diversos objetos de su casa". El estilo "estalino-tartufo" es flagrante. Habla de una "verdadera" agresión porque sabemos que una agresión en sentido preciso es algo muy diferente. Cometida por "unos" jóvenes, cuando sólo eran dos -lo que constituye un progreso sobre la famosa numeración primitiva: "uno, dos, muchos". Riesel y Viénet dijeron por otra parte sus nombres a Maitron, y hablaron durante bastante tiempo de la carta concreta que habían firmado. La cuestión no es en ningún sentido saber si la obra hace sitio a todas las "corrientes de opinión", sino si *falsifica* o no nuestros textos cuando se cree en el deber de reproducirlos, etc. Después de otros, en diciembre de 1968 *La Quinzaine Littérarie*, apoyándose siempre en las mismas fuentes, añade: "Esta honrada obra de historiador no puede complacer a todo el mundo (...) Jean Maitron fue víctima de una auténtica agresión en su domicilio. Unos individuos que afirmaban pertenecer a la Internacional situacionista reaccionaron yendo a romper en su casa una máquina de escribir y objetos de arte. ¿Por qué? Su grupo fue citado en el libro, que presenta ampliamente un documento producido por ellos (*¿principio de confesión?* Nota de la I.S.). ¿Querían recordar, con esta agresión tan estúpida como monstruosa, que en los movimientos sociales hay siempre 'marginales' que quieren serlo y actúan de forma que no podamos conservar la estima que se debe a los animosos militantes?" El 5 de febrero de 1969, durante una emisión radiofónica, Maitron, maravillado todavía sin duda por haber sobrevivido a la "monstruosa" agresión, denunció a los situacionistas que "destrozaron" su hogar y afirmó que no les tenía miedo. Como descuidó totalmente recordar el motivo de esta "agresión", es lógico que no tenga miedo de nosotros porque está decidido en adelante a no manipular nuestros textos. Lo que será bueno para todos.

Más allá de lo cómico de este incidente -"se han entregado a importantes depredaciones", escribe *Révolution prolétarienne* en diciembre de 1968, que habla de "fascismo" e incita incluso a la "contraviolencia"- hay una cuestión importante. En nuestra opinión, para el movimiento revolucionario que se constituye actualmente, el objetivo número uno, antes incluso de la elaboración de una crítica teórica consecuente, de la relación con los comités de base democráticos en las fábricas o de la parálisis de la Universidad, está ante todo el apoyo práctico *de una exigencia de verdad y de no falsificación*. Esto es el *prólogo* y el *principio* de todo lo demás. El que falsifica debe ser desacreditado, boicoteado, tratado como canalla. Cuando se trata de *sistemas mentirosos* (como en el caso de los burócratas estalinianos y de los burgueses) son naturalmente estos sistemas los que debe destruir una gran lucha social y política. Pero esta lucha ha de crear sus propias condiciones: cuando se tienen tratos con individuos o con grupos que quieren situarse en un lugar cualquiera en la corriente revolucionaria, *no se puede pasar una*. El movimiento romperá de raiz todas las condiciones de manipulación que han acompañado y provocado su desaparición durante medio siglo. En nuestra opinión los revolucionarios deben reconocer ahora como su tarea inmediata denunciar y *desalentar* por todos los medios y a cualquier precio a los que quieren seguir falsificando. No queremos en absoluto "la estima que se debe a los animosos militantes". Los militantes animosos han hecho mucho daño al movimiento proletario, y los cobardes más todavía. Queremos estar efectivamente "al margen" del miserable compromiso generalizado de los últimos decenios, y cada vez van a ser más lo que sepan que no hay nada que hacer *allí dentro*. Como decía precisamente la carta que Maitron no supo comprender: "No dude usted, caballero, que la conciencia de clase de nuestra época ha hecho progresos suficientes para saber pedirle cuentas por sus propios medios a los pseudoespecialistas de su historia, que pretenden seguir subsistiendo de su práctica."

Para responder por anticipado a los que dirán todavía que los situacionistas insultan siempre por igual a todo el mundo y reprueban todo absolutamente, citaremos dos libros que han dado un lugar bastante amplio a nuestros documentos o al análisis de nuestra acción en mayo: *Le projet révolutionaire* de Richard Gombin (Ed. Mouton, 1969) y *Journal de la Commune étudiante* de Alain Schnapp y P. Vidal-Naquet (Seuil, 1er. trimestre de 1969). Aunque estamos en desacuerdo con los métodos y las ideas de estos autores, así como con casi todas sus interpretaciones y con algunos hechos, reconocemos de buena gana que estos libroś están escritos honestamente, que citan correctamente los documentos examinados en su versión original, y que aportan por tanto materiales que podrán servir para escribir la historia del movimiento de ocupaciones.

Familiares del Gran Truco

Ha bastado la muerte de André Breton y una invitación a La Habana para que los ex-surrealistas de *L'Archibras* se hagan apologistas de la burocracia castrista. La bella cabeza política de este equipo, Jean Schuster, firmó en enero de 1968, con los ex-estalinianos Borde, Châtelet, M. Duras, Mascolo y algunos otros bobos, una declaración afirmando que "en Cuba y gracias al movimiento de la revolución cubana, la exigencia comunista ha encontrado, al tiempo que un centro vivo, su poder de futuro". Las personas citadas más arriba, menos Borde y Châtelet, tuvieron la desagradable sorpresa de tener que expresar, ocho meses después, sus respectivos disgustos porque el "camarada Castro" había aprobado en su cínica alocución del 23 de agosto la intervención "socialista" del ejército ruso en Checoslovaquia, intervención cuya necesidad estratégica es por otra parte indudable

puesto que se trataba de combatir la amenaza de una revolución proletaria.

Cuando empezaron en Francia los problemas que llegaron a convertirse en el movimiento de ocupaciones, la única contribución perceptible del castro-surrealismo fue la publicación de un pequeño panfleto que declaraba el 5 de mayo que "el movimiento surrealista está a disposición *de los estudiantes*" (esta llamativa tontería ha sido subrayada por nosotros).

¡Y no obstante, mucho tiempo después de la fiesta, un "Comité de escritores y estudiantes" animado por el propio Schuster, con los *literatos* Duras, Mascolo, etc., publicaba en el periódico italiano *Quindici*, en junio de 1969, un texto que no temía acusar a los *situacionistas* de haber entrado en la revolución "como se entra en la literatura". Los autores de este texto, con un aplomo muy digno de sus maestros pasados o actuales, deciden que la actividad de la I.S. en mayo se limitó a escribir frases en los muros -y entre ellas, además, únicamente las que podían complacer a "ciertos burgueses sensibles". Esta idea le parecerá fantástica a quien viese entonces los muros de París, donde tantos desconocidos escribían lo que querían y reproducían o transformaban espontáneamente a su gusto lo que encontraban escrito. Pero estos "escritores-estudiantes" *han llevado la impostura hasta el punto de evocar el libro de Viénet como "prueba" de lo que afirman*. Saben sin embargo que este libro no recoge más que cinco o seis inscripciones de los situacionistas y de los enragés escritas en el *lugar* y el *momento* en que tenían cierta carga práctica. Y que Viénet, al recordar el conjunto de nuestra conducta en ese período, cita numerosos hechos y documentos mucho más importantes en materia de subversión. Pero Schuster y los demás residuos estaban resueltos de buena fe a enunciar el dogma siguiente: "lo que ningún burgués podía apreciar de las palabras de mayo... no era situacionista".

Dejemos que los lectores juzguen el valor de estos personajes, incluso como escritores, su único pequeño sucedáneo de vida; sobre todo cuando nos enteramos de que un artículo de *L'Archibras* aparecido el 18 de junio señalaba admirativamente una de las primeras intervenciones radicales en la asamblea de la Sorbona: "Una voz osa levantarse (...) para reclamar también la amnistía para los 'rufianes' (...) Esta propuesta fue acogida con gritos indignados. Estábamos entonces al principio..." Se trata de la intervención de René Riesel durante la elección del primer comité de ocupación, citada igualmente por Viénet. Mentirosos de la envergadura de Jean Schuster y sus amigos no escapan del ridículo más que en los regímenes donde trabajan con una policía que impide todo llamamiento a la realidad; en Cuba, por ejemplo.

Los tratantes engañosos

En junio de 1968, Vaneigem recibió una circular de la "Unión de Escritores" que le proponía simplemente adherirse, preguntándole si aceptaría "participar en los trabajos de la comisión profesional (C.P.) o de la comisión ideológica (C.I.) o de las dos", y si quería enviar treinta francos a Jean-Pierre Faye. Él contestó enseguida con la carta siguiente: "Podredumbre, mendrugos enmohecidos de los urinarios intelectuales, comadres, es preciso que el olor de vuestra propia descomposición se os suba a la cabeza para ofuscaros hasta el punto de proponer a un situacionista adherirse a la última de vuestras mierdecillas. Sois la consecuencia de veinte años de miseria y de mentira. Os conocemos, hijos de perra.

Lo que ha pasado recientemente en Francia ha sacado a la luz, entre otras cosas, la vergonzosa nulidad de la época en que vivís. Pero habéis creído, alfombras, que había todavía algunos gargajos que capitalizar volviendo a hacer que se hable de vosotros, volviendo a pedir, reconstituyéndoos en comisiones ideológicas y demás, aspirando a una caseta de conserje en la República de la Letras.

¡Imbéciles! Estáis tan gastados como vuestro burguibista Duvignaud, vuestro incalificable Sartre o vuestro ridículo Faye, que aspira a contar los bajos fondos de vuestra pequeña tesorería.

Pronto comprenderéis que el momento de este tipo de bromas ha pasado para vosotros. Los tiempos cambian. A la próxima os reventamos, carroña.

¿Por qué miente I.C.O.?

En el número anterior de esta revista (octubre de 1967) expusimos algunos puntos de acuerdo que creemos tener con las personas que publican el boletín *Informations Correspondance Ouvrières* sin ocultar que no estábamos de acuerdo con su rechazo a "formular una crítica teórica precisa de la sociedad actual", aclarando por otra parte que no les conocemos. Algunos de quienes están hoy entre nosotros tuvieron entre tanto la posibilidad de conocerlos directamente, pero se verá que no les conocemos mejor sólo por esto.

No sabíamos entonces más que lo que se averiguaba a partir de la lectura de su boletín: que era un grupo antisindical mayoritariamente anarquista. No era por tanto extraño verles hablar de consejos sin osar definirse como consejistas, ni leer en la plataforma ("Lo que somos, lo que queremos") que define su acción: "Sólo podemos proporcionar (a los trabajadores) información con el mismo derecho con que ellos nos la proporcionan a nosotros". Esto -que *Miseria en el medio estudiantil* había llamado la elección de la *inexistencia* hecha por I.C.O.- no recorta su realidad más que parcialmente sin embargo.

I.C.O. *existe*, y su existencia está cargada de mentiras por omisión, jerarquía oculta y discretos desprestigios. Un miembro del *grupo de los enragés* (Riesel) asistió a una reunión de I.C.O. a finales de marzo de 1968. Cuando se le *pidió*, hizo una reseña de las actividades de su grupo y de la situación en la Universidad de Nantes y Nanterre. Esta exposición se publicó en el número de *I.C.O.* que siguió a aquella reunión, en tono hostil y con bastantes contrasentidos. Sorprendidos por esta malevolencia, pero intuyendo al mismo tiempo de dónde procedía (ya que en I.C.O. participaban personas de *Noir et Rouge* y amigos de Cohn-Bendit y del "22 de marzo"), los enragés exigieron por carta la publicación de un *ruego de inserción* bastante duro. El "22 de marzo" despachó un enviado a la siguiente reunión que pidió la publicación conjunta de una respuesta al *ruego de inserción*. Los enragés aceptaron. Con el pretexto de que no es elegante nombrar a las personas a las que se ataca (Cohn-Bendit en esa ocasión, que tenía ya la unión de todos los diarios), los jefes de *I.C.O.* nunca publicaron el *ruego de inserción*.

Vemos la elegancia de estas personas, idéntica a la discreción que les hace ocultar tambien los nombres y los textos de sus opositores. Porque, aunque quieran hacerla parecer sobrenatural, I.C.O. tiene oposición. Y es además en su diligencia al enmascarar esta trivialidad, así como en su virtuosa antipatía por el papel impreso, donde se halla la explicación del cabreo que cogieron cuando varios revolucionarios les escribieron para contactar después de la apostilla *Leer I.C.O.* aparecida en *I.S.11*. En una circular del 17 de abril de 1968 *I.C.O.* se quejaba de las críticas "de un grupo de estudiantes llamados 'los enragés', influídos por los situacionistas, que han manifestado un súbito interés por *I.C.O.*". ¡Los pequeños propietarios de *I.C.O.* se veían ya infiltrados! Y precisaban que sólo eran "ideólogos" y obsesos de "la ética" -no se acordaban no obstante de su viejo amigo Rubel-, puesto que la verdadera lucha de clases "se desarrolla en el terreno económico y fuera de toda 'consciencia' (en el sentido ideológico del término)". ¿Se puede despreciar mejor a la vez a sus contradictores y a los obreros? ¿Y a la realidad histórica?

Si I.C.O. no pretende ofrecer más que sus informaciones, exige a cambio que no se le pida nada más. El grado de participación requerido a sus miembros no consiste más que en reunirse mensualmente para machacar las mismas evidencias, comunicar las mismas informaciones desmoralizadas que proceden de las mismas empresas y dejar para la siguiente sesión la discusión sobre la orientación general del grupo. Si nuevas personas vienen a poner su dedo en la llaga, la máquina se detiene el tiempo necesario para aburrirlas. Se puede escribir por tanto (nº 66, diciembre de 1967): "Tarde o temprano los camaradas que persiguen otros fines (la propagación de ideología según una forma u otra) se eliminan ellos mismos por una razón u otra, es decir, dejan de venir." Este tono mojigato no debe alentar ilusiones: cuando los "camaradas" dicen claramente que esperan llevar la discusión al interior sobre la base de los principios afirmados, no para negarlos sino para llevarlos más allá, para superar el economicismo primario y promover una crítica de la vida cotidiana, ¡I.C.O. les desaira porque su texto es muy largo! Y si los mismos "camaradas" lo sacan por su cuenta I.C.O. se niega a darles la lista de suscriptores. Cinco o seis opositores que no conocíamos fueron expulsados al principio de 1968. Dos meses después, el problema era de nuevo planteado por otros.

El hecho de que los enragés se aproximasen a I.C.O. les pareció al momento a sus dueños revelador de un vasto complot dirigido a minar su perennidad en el grupo. Es por esto sin duda por lo que, minimizando el movimiento tal y como empezaba a tomar forma, prefirieron el "22 de marzo" a los enragés. El ala cohn-bendista con la que tenían contacto les aseguraba suficientemente la inexistencia formal y la falta de teoría coherente del "22 de marzo" para merecer su confianza: al menos esos estudiantes no irían a mezclarse en sus asuntos de trabajadores conscientes de I.C.O.

Esta conciencia no va mucho más allá que su sentido del ridículo. Los lamentables análisis de su número de mayo del 68, aparecidos en el momento en que se los podía prever sin extrapolar un enfrentamiento mayor, y que quieren probar la inanidad y la inadecuación de la lucha emprendida, tuvieron cuando menos la comicidad de no decir en qué momento

estos finos observadores de la coyuntura histórica se dieron cuenta de que "pasaba algo" (*La huelga generalizada de Francia, mayo-junio de 1968*, panfleto *I.C.O.-Noir et Rouge*). Imaginamos que al mismo tiempo que el partido estaliniano. Nada contradice esta hipótesis, ni siquiera el término "huelga generalizada" para designar el movimiento de ocupaciones. I.C.O. no tomó el tren en marcha hasta que el viejo topo llegó a excavar bajo el café donde se reunían habitualmente, perturbando el desarrollo de la reunión mensual con el eco de las explosiones de las granadas de la policía. Como el partido llamado comunista, I.C.O. ve esencialmente en el movimiento de ocupaciones una acumulación de huelgas locales. La diferencia reside en lo que I.C.O. sabe y dice que son huelgas salvajes. Así, "mayo no fue desde este punto de vista (el de la evolución hacia la autonomía de las luchas) más que la expresión brutal de una situación latente que se desarrolla desde hace años en estrecha relación con la rápida modernización del capitalismo francés". Hay que tener la enorme caradura de estas personas para minimizar hasta ese punto el movimiento de ocupaciones sin que les dé la risa, reconociendo con tono repentinamente lírico que "la masa de los trabajadores entró en lucha empujada por la voluntad de cambiar algo en el sistema de explotación". Seguramente sabían que "la realización de un mundo nuevo en el que su intervención sea total, es decir, donde dirijan totalmente su actividad en el trabajo y por consiguiente en su vida", pasará por la explicación del misterio que hace presentar a I.C.O. estas realidades como separadas.

¿A quién tratan de engañar estos partidarios desengañados de la huelga salvaje cuando explican toscamente, analizando las luchas de clases en Francia en marzo de 1969 ("Organizaciones y movimiento obrero") que, puesto que las huelgas salvajes antes de mayo apuntaban a reivindicaciones categoriales y en las de después de mayo "... los trabajadores de un sector limitado de la empresa no quieren más que lo que se les impone tocante *sólo* a sus condiciones particulares de trabajo (salarios y demás), se encuentra ahí el carácter de las huelgas salvajes de Holanda, de Inglaterra, de U.S.A." (...) "Algunos querrán ver en estas huelgas el principio de una generalización de las luchas o de una transformación radical del movimiento obrero. Aunque mayo fue a la vez un revelador y precipitó una evolución, no modificó radicalmente el contexto de las luchas..."? Incapaces de ver que un sindicato no apoya una huelga salvaje más que para engañarla mejor, pero que prefiere con mucho disolverla en los meandros de una huelga legal, los realistas de *I.C.O.* se muestran aún más estúpidos que los atontados de *Lutte Ouvrière*: "La intransigencia de la patronal y del gobierno obligó (a los sindicatos) a organizar el 11 de marzo una manifestación central" - planteando que la huelga del 11 de marzo de 1969 "forma parte de esa explotación política del movimiento obrero". Será porque no intrigan otro puesto que el que ya tienen como especialistas prácticamente reconocidos del antisindicalismo por lo que los "obreros" de I.C.O. pueden predecirnos un bello futuro, "la conquista de numerosos escaños de consejeros municipales y demás". Para ser *obreros*, olvidan demasiado fácilmente lo que el movimiento revolucionario hace con los calumniadores.

El odio de I.C.O. hacia todo lo que

suene a teoría no procede de una desconfianza, que estaría justificada, hacia sus militantes estudiantes y hacia sus amigos intelectuales. Los dirigentes objetivos de I.C.O., sus impresores, han mutado ellos mismos en intelectuales a fuerza de girar la manivela. Hoy desean que los verdaderos intelectuales vengan a turnarles en esa agotadora tarea para dedicarse a tiempo completo al mantenimiento de I.C.O. que, ellos lo saben, no tiene otra cosa que perder que su ilusoria existencia. Los estudiantes no faltarán a la llamada, pero los revolucionarios sabrán que se puede *leer I.C.O.* para encontrar en ella *la ideología antisindicalista de la época de los grupúsculos.*

La élite y el atraso

Sin la menor duda, los situacionistas son muy criticables. Desgraciadamente hasta ahora nos han faltado esas críticas casi por completo. Queremos decir la crítica inteligente, precisa y sin mala fe que los revolucionarios podrían formular, y formularán fácilmente un día, a muchas de nuestras tesis y a numerosos puntos de nuestra actividad. Pero por el contrario, la forma en que muchos revolucionarios del momento nos lanzan objeciones y acusaciones ineptas, como para desembarazarse del problema con los tristes reflejos adquiridos en la vieja época de sus fracasos y de su inexistencia, no revelan más que una persistente miseria grupuscular y mezquinas *intenciones ocultas*.

Digamos ante todo que, al igual que encontramos muy normales a nuestro respecto la cólera de los burgueses o de los burócratas y el odio de los intelectuales recuperadores, admitimos de buen grado que los revolucionarios -si existen- que sean por principio enemigos de toda forma de organización sobre una plataforma precisa y comprometan la corresponsabilidad práctica de los participantes nos condenen totalmente, ya que somos manifiestamente contrarios en la opinión y en la práctica. Pero ¿y los demás? Es necesaria una evidente deshonestidad, *que confiesa implícitamente objetivos de dominación*, para reprochar a la I.S. que constituyese una organización con función dirigente cuando, por una parte, hemos hecho todo lo que hemos podido para que sea *prácticamente imposible* hacerse miembro de la I.S. (lo que parece eliminar de raíz todo riesgo concreto de convertirnos en "dirección" ante la más mínima fracción de las masas); y por otra parte, está claro que nunca hemos *negociado* nuestro -digamos- "prestigio intelectual", ni frecuentado círculo burgués o intelectual alguno -aceptando *a fortiori* "honores" o remuneraciones- ni disputado como grupúsculo el control o la admiración de una parte del miserable público estudiantil, ni tratado de ejercer la menor presión oculta, *ni siquiera la menor presencia directa o indirecta* en las organizaciones revolucionarias autónomas cuya formación preconizamos -como otros- y que empiezan a buscarse. Hay que pensar que los que nunca hicieron nada quieren explicar con los objetivos *y medios* imaginarios que ellos nos atribuyen el escándalo de que hayamos podido, nosotros, hacer algo. En realidad, es por haber chocado con algunos al rechazar su contacto e incluso su adhesión por lo que se nos reprocha ser "una élite" y, al mismo tiempo, ¡aspirar a dirigir a aquellos a los que no queremos ni conocer! Pero ¿qué papel "de élite" nos estaría reservado entonces? ¿La teoría? Hemos dicho que los obreros *tienen que hacerse dialécticos*, y los trabajadores tendrán que regular ellos mismos todos sus problemas teóricos y prácticos. Que los que quieran, en lugar de interesarse *por nosotros* de chisme en chisme, se apropien simplemente *nuestros métodos* y serán más que independientes de nosotros. Después de mayo, el retraso teórico de muchos, también entre ciertos estudiantes, puede llenarse lo bastante deprisa con una práctica adecuada y algunas lecturas ahora *accesibles*. Y el principal método que nosotros apoyamos -que apenas se aspira a retomar, sino que se prefiere reprocharnos- es cierto *rigor* intelectual y práctico. Los trabajadores instruídos del periodo anterior conocieron un "medio revolucionario" muy limitado y deprimente y admitieron como moneda corriente una serie de pequeñas mentiras. He aquí lo que nosotros ya no queremos. Esta irresponsabilidad se acabará, y los indulgentes a los que hemos descartado por esta única razón comprenderán, con el retorno del movimiento histórico profundo, que en esta materia no hay *mentiras pequeñas.*

Confundiendo voluntariamente tres mentiras por otra parte distintas, se reprocha a esta "élite" que sería la I.S. ser una organización dirigente -¿cómo?-, ser la dictadura de la teoría -¿por qué medio?- y estar compuesta por burgueses ricos -aquí mejor reír que llorar. Esta última objeción no sería menos estúpida si fuese cierta, al haber sido de origen burgués o principesco algunos revolucionarios muy conocidos del siglo XIX, que en términos socioeconómicos fueron intelectuales proletarizados o más o menos parásitos. Pero finalmente resulta que podemos oponer a todas las sospechas que nos presentan a cada momento como una *élite del medio estudiantil* una verdad deplorable: por poner el ejemplo de los autores de los tres libros que hemos publicado hasta el momento, dos de ellos son hijos de obreros, y el tercero un desclasado por decir algo, que ni siquiera fue estudiante.

Es cierto que desarrollamos una crítica radical de la sociedad moderna antes de mayo y mucho antes que otros. Para aquellos que se indignan ingenuamente, como el garnautino excluido en 1967, porque toda acción avanzada está condicionada por el mundo dominante que ha multiplicado "los atrasos en todos los campos", se comprende que, con relación a su propio *atraso* democráticamente glorificado, la I.S. sea estigmatizada con la calificación de *élite*. Si el hecho de estar allí *al mismo tiempo que la realidad revolucionaria* caracteriza a la élite, entonces nosotros somos una. Pero una "élite" semejante está más cerca del proletariado cuando reaparece como sujeto histórico que todos los especialistas orgullosos del *atraso*. Por ejemplo, la I.S. estuvo muy presente al principio del movimiento de ocupaciones, mientras que muchos otros revolucionarios -no hablamos aquí de grupos de neoburócratas- esperaron al final de mayo para empezar a reconocer en ese movimiento sus propias ideas en actos. A pesar de la crueldad del procedimiento, hay que citar el nº 71 de *Informations Correspondance Ouvrières* aparecido a mediados de mayo, que no puede haber sido escrito antes del 11 de mayo ni después del 13, puesto que anuncia la jornada de huelga y el desfile decididos para ese día por los sindicatos. He aquí el análisis de *I.C.O.* en esta fecha (que sería fuertemente rectificado, seguramente, en junio): "El desarrollo del movimiento en el estrecho marco de la

reivindicación estudiantil y de la solución del 'problema universitario' en una sociedad de explotación, la falta de solidaridad *real* de los trabajadores, el declive del movimiento que se arriesga a borrar las nuevas relaciones que la lucha había hecho surgir y devolver todo su peso a una masa hasta ahora pasiva o retraída, obligan a preguntarse por el sentido de los desarrollos futuros: ¿totalitarismo de derechas, o de izquierdas, o qué otra cosa? La violencia en la calle contra el poder *político* actual no es forzosamente signo de lucha de clases de los explotados contra el aparato capitalista. Una revolución (y estamos lejos de ella) puede ser el alumbramiento de una nueva clase, de una sociedad burocrática más "eficaz" precisamente en la represión. (...) ¿Se sienten verdaderamente implicados los trabajadores en su conjunto más allá de reacciones pasionales? ¿Cuál es la relación real del movimiento, incluso en sus desarrollos más ricos, con la lucha de clases? Puede darse ya una primera respuesta: no se ha dado la solidaridad *espontánea* de los trabajadores."

Vemos ciertamente que no hay nada aquí que peque de vanguardismo, pero ¿no es un *atraso* semejante de la comprensión, en esos días, un divorcio total con el momento revolucionario que equivale al más ridículo atraso? Afortunadamente los obreros de Nantes no se reconocen en *I.C.O.* Los que llegaron tarde -el libro de Viénet señala que el *17 de mayo* "al punto alcanzado por la crisis, ningún grupo tenía ya la fuerza suficiente para intervenir en un sentido revolucionario con un efecto importante"- vuelven a salir también con retraso. En junio de 1969, el nº 82 de *I.C.O.* publicó un artículo sobre la historia de la agrupación "interempresas" de la que forma parte el grupo I.C.O., cuyas últimas sesiones, que devinieron vacías, se prolongaron hasta "finales del 68 y principios del 69". Una nota de este artículo que concierne al C.M.D.O. señala precisamente que "el hecho de que el C.M.D.O. se disolviese el 15 de junio demuestra que sus participantes eran conscientes de los problemas que nosotros planteamos". Exactamente: con seis meses de *adelanto*.

El C.M.D.O. se disolvería días después, ya que no quiso apoyar hasta el final las últimas luchas de los obreros de Flins. El reflujo era evidente desde los primeros días de junio, y nosotros no teníamos ninguna intención de jugar a ser organización revolucionaria consejista con el C.M.D.O., que no fue más que la forma improvisada que permitía, y para nosotros exigía, la participación en el movimiento revolucionario real. A continuación, las participaciones interesadas y las maniobras ridículas de dos o tres "antiguos miembros del C.M.D.O.", la confusión de muchos otros, nos parecieron que daban a entender que esta disolución fue *impuesta* por la I.S. y una parte de los camaradas más conscientes entre los miembros del C.M.D.O., aunque en el momento fuese aceptada unánimemente y nos hubiese parecido intención de todos. Lo que quiere decir que después del *momento revolucionario,* en que la actividad fue real y la actividad común permanente tenía inmediatamente su terreno, mantener una unión semejante hubiera supuesto dos categorías inaceptables: los especialistas de la revolución y sus seguidores. Algunos componentes del C.M.D.O. hicieron ver que les habría gustado convertirse en *ejecutantes* de la I.S. y se molestaron después por no haber sido aceptados como tales. Aquellos por el contrario que demostraron en ese momento una autonomía real y que luego quisieron estar en la I.S. fueron aceptados meses después. La disolución del C.M.D.O. fue una necesidad general práctico-teórica, y no únicamente una herramienta para la táctica que dejaba normalmente a los más "comprometidos" -los situacionistas y los enragés- toda la responsabilidad de los actos delictivos que se imputasen al C.M.D.O. En el momento en que el C.M.D.O. se arriesgaba a ser una élite se suprimió instantáneamente como tal apoyando su disolución.

No hay que jugar con la organización consejista. Cuando se haga, será con trabajadores a los que no les preocupe en absoluto el elitismo, y de ninguna forma serán indulgentes con el atraso; que verán fríamente a la I.S. en su simple lugar histórico e impedirán activamente las manipulaciones del viejo mundo y los complejos de los semisabios.

El oro de la I.S. (Continuación y final)

En la estúpida mitología que el reflujo estudiantil o la envidia de los jefes de sectas izquierdistas han construido a propósito de la I.S., el tema del dinero tiene un lugar privilegiado. Se nos reprocha al mismo tiempo ser ricos por herencia y habernos hecho ricos con la I.S.; tener oscuras fuentes de financiación y ser gangsters. Vemos que pocos grupos con vocación revolucionaria, al menos en Francia, han sabido encontrar el dinero para emplearlo *a fondo perdido* en sus proyectos, lo que ha creado una especie de mística obrerista del largo texto tipografiado poco legible. Pero no hay motivo para autorizar tales extrapolaciones. La imprenta del viejo mundo es tan profunda que en el mes de mayo, cuando *muchas imprentas en huelga* trabajaban gratuitamente para nosotros, algunos querían incluso *comprarnos* lo que siempre hemos ofrecido, y se preocupaban por nuestros fondos y nuestros recursos. Respondemos aquí, esperando que sea por última vez, al conjunto de estos rumores. En esta materia, como se podrá comprender, no diremos toda la verdad, pero todo lo que digamos será verdad.

El principal motivo de sorpresa de los espectadores es que podamos publicar una revista tan "lujosa": la palabra ha sido empleada en bastantes artículos por los periodistas. Antes de nada, hemos de responder que una revista que se vende a 3 francos desde el principio -aunque no nos hemos propuesto mantener el poder adquisitivo del franco- no puede ser llamada lujosa con seriedad. Otras personas destacan la excesiva demora entre sus apariciones; pero las dificultades de financiación tienen un peso muy reducido en ello, siendo más importante el hecho de que tuviésemos otras cosas que hacer y en cierta medida nuestra pereza. Se ha dicho para explicar nuestro lujo que nos financiaba Alemania del Este o Boris Souvarine (que parece sin embargo haber tenido dificultades financieras para mantener su propia revista), la francmasonería e incluso la C.I.A. (este último rumor surgido de la policía de Bumedian, que tiene motivos para no querernos). Señalemos, por una vez, de dónde sale este lujo. Nuestra revista francesa, de la que *todos los números están agotados*, tuvo una última tirada en 5000 ejemplares, y la del número actual alcanza los 10000. Ofrecemos siempre una fuerte porción de

la tirada a grupos revolucionarios de varios países; pero finalmente cada número vendido nos reporta 2 francos; los números anteriores no nos costaban apenas más de 10.000 francos y el actual cuesta menos de 20.000. Es fácil comprender por tanto que, si no difundimos gratuitamente más que un número muy pequeño de ejemplares, esta "lujosa" revista *ya saldría ganando*. Subiendo su precio de venta a 6 francos por ejemplo, saldría ganando mucho más, pero nosotros siempre hemos rechazado esta posibilidad porque la encontramos contagiada de mezquindad (dejemos a aquellos de nuestros lectores a los que que les guste el cálculo que hallen el dinero que esta revista, a su precio o a 6 francos, podría reportar a la I.S. si apareciese cada tres o cada seis meses siendo tres veces menos voluminosa). Es cierto que tenemos otros gastos: abogados, seguros a grupos revolucionarios que carecen de ellos, ayuda a ciertos camaradas de la I.S. momentáneamente obligados a cambiar de país, envíos urgentes de delegados que no viajarían tan deprisa con sus propios fondos, adquisición de material, etc. Pero así como la I.S. no acepta ningún tipo de cotización, recibe naturalmente en *potlacht* todo lo que pueden dar sus miembros y algunos de los que la vieja política llamaría "simpatizantes". Y estamos lejos de estar en el aislamiento, a pesar de -o precisamente gracias a- tantas exclusiones, rupturas y rechazos de contacto. No se contrariará la modestia de los camaradas de la I.S. que han escrito los libros situacionistas ya aparecidos indicando que estos libros también han reportado algo de dinero. Por otra parte, esta "riqueza" de la I.S., que resulta extraña porque contrasta con la pobreza relativa de los situacionistas individualmente, siempre ha sido esencialmente producto del arte de contraer deudas y de encontrar después a tiempo dinero suficiente para pagar lo esencial a fin de contraer otras.

Que seamos capaces de "encontrar dinero" sin alienar la independencia de la I.S., y sobre todo sin verla comprometida en algún enriquecimiento personal, he aquí lo que enfurece a algunas personas; las mismas cuyo comportamiento no deja la menor esperanza de que se condujesen con un mínimo de rigor si se les ofreciese un día únicamente el 1/10 de las "oportunidades" dudosas de enriquecimiento que hemos rechazado constantemente.

Desde abajo, se reprocha a los situacionistas su riqueza, hereditaria o adquirida. De forma que quienes dicen no ser *tan ricos* y justamente nos atribuyen esa riqueza, están *ipso facto* excluídos de haber tenido que pasar por el arribismo y la prostitución intelectual: al ser pobres -y no preocuparse demasiado por dejar de serlo- y no tener gran interés -salvo para sus protectores del C.N.R.S. o de otros salones- ¿qué pueden hacer? "¡Sería tan consistente como los situs si tuviese sus rentas!" Al no escapar a nuestros enemigos la falta de seriedad de esta imputación nos atribuyen simultáneamente enriquecimientos personales obtenidos con la I.S.. Es evidente sin embargo que nadie puede citar un solo situacionista que haya hecho carrera en ningún sitio utilizando su renombre -muy limitado él mismo debido al *contenido* de las posiciones de la I.S. y de nuestra política- para exhibirse en tal o cual plaza intelectual a lo Rubel, Lefebvre, etc. ¿Viven los situacionistas, casi en su totalidad, de expedientes? Se les denuncia estúpidamente como contactos o traficantes de droga -dos ilegalidades manifiestamente contrarias a los métodos y prácticas que exige el movimiento revolucionario, ya que toda ilegalidad está lejos de ser mecánicamente buena porque contradiga la ley. ¿Utilizan medios de difusión existentes? Se denuncia su arribismo mundano finalmente demostrado. Basta ver qué excesos calumniosos produjo la simple aparición, en la editorial del pobre Gallimard, de dos libros de situacionistas. Dijímos en *I.S. 10* lo que pensamos del empleo de los editores en el mundo burgués (como Marx, Bakunin o quien sea). Y sin embargo, cuando rompimos ilícitamente todo vínculo con Gallimard por una estupidez relativamente benigna cometida por su medio, los cretinos todavía ponían este ejemplo de nuestra "recuperación". Se nos llega a reprochar ser sobreabundantemente citados por la "prensa burguesa", cuando todos los periódicos y revistas han mantenido un silencio absoluto a nuestro respecto durante años y cuando hemos rechazado siempre las *entrevistas*.

Al tiempo que se nos reprocha todo lo contrario, se ataca a los situacionistas por el trabajo asalariado que se han visto obligados a hacer. Algunos de nosotros hemos sido albañiles, marinos, estibadores, ¡he ahí el obrerismo ficticio! Khayati traduce una enciclopedia científica y es redactor en otra: los burócratas magrebíes le atribuyen un tren de vida fastuoso que encuentran muy sospechoso. Vaneigem ha trabajado, siempre en un puesto subalterno y anónimo, como redactor de la segunda enciclopedia citada aquí, que se quiere completamente "objetiva" en la información. Sólo él ha corregido textos para la revista *Constellation*. Se ha supuesto incluso que la dirigía, e incluso que era redactor-jefe del *Reader's Digest*.

En cuanto a Debord, de quien el más demencial de nuestros enemigos tendría difícil decir que haya comercializado nunca su "celebridad" situacionista en la única materia que conoce -a saber, el cine- ni que haya aceptado hacer nada que se oponga, en forma o en contenido, a sus posiciones revolucionarias de conjunto, se le inventa simplemente una inmensa fortuna heredada o por heredar, y hasta un padre industrial rico, cuando no ministro. Los inventores menos desprovistos de humor afirman que se gana la vida e incluso que financia a la I.S. haciendo trampas al póquer. Se dice que René Viénet está implicado en diversos *rackets*: él es, de alguna forma, sinólogo. Otros le censuran también serlo. En resumen: los situacionistas -un gran porcentaje de nuestras expulsiones lo atestigua- nunca han hecho nada, ni para su supervivencia económica personal ni para asegurar su financiación colectiva (ya que son dos cuestiones distintas) que se oponga a los métodos revolucionarios generales que hemos afirmado ni a la coherencia del proceso práctico que exigen. Los que insinúan lo contrario nos calumnian sin sombra de preocupación por la verosimilitud. Este folklore será superado con el crecimiento del futuro movimiento revolucionario, ya que se ocupará menos de las anécdotas del período anterior y habrá resuesto con su práctica sus problemas de financiación.

Se recupera lo que se quiere

Puede leerse en el *Figaro Littéraire* del 16 de diciembre de 1968 a poropósito de la concesión de un "Premio Sainte-Beuve" a la señora Lucie Faure:

"El presidente Edgar Faure que vino a felicitar gentilmente a su esposa (...) mostró que un jurado todavía podía sentarse en 1968 en la tribuna sin ser alborotado. Ello no impide que empleásemos la contestación, e incluso la violencia, si el jurado del Premio Sainte-Beuve hubiese coronado a Guy Debord, como tuvo intención de hacer en su momento, por su libro *La sociedad del espectáculo*. El señor Debord es un arisco situacionista y no aceptaba estar en una fiesta de burgueses en el curso de un cóctel dado por la sociedad de consumo. Había prevenido a su editor, el señor Edmond Buchet: "Como sabéis, soy radicalmente hostil a los premios literarios. Hágaselo saber por tanto si le complace a quien corresponda para evitar una equivocación. Debo confesarle incluso que, en una eventualidad tan desagradable, sería sin duda incapaz de impedir que los jóvenes situacionistas la tomasen con el jurado que hubiese concedido semejante distinción, sentida por ellos como un ultraje.

El retorno de Charles Fourier

El lunes 10 de marzo a las 19 horas, justo cuando comenzaba una "huelga general" de advertencia cuidadosamente limitada a veinticuatro horas por el conjunto de las burocracias sindicales, la estatua de Charles Fourier fue repuesta sobre su pedestal, vacío desde que los nazis arrebatasen su primera versión de la plaza de Clichy. Una placa grabada en la base de la estatua decía originalmente: "En homenaje a Charles Fourier, los barricadistas de la calle Gay-Lussac". Nunca antes la tecnología del *desvío* había tocado un campo semejante.

El trabajo de instalación se efectuó en un momento en que la plaza estaba muy frecuentada y ante más de cien testigos, de los cuales muchos se agruparon alrededor, pero ninguno se extrañó siquiera al leer la placa (nos extrañamos poco en Francia después de mayo de 1968). La estatua, réplica exacta de la anterior, estaba realizada en yeso finamente bronceado. A simple vista parecía verdadera. Pesaba alrededor de cien kilos. La policía advirtió poco después su presencia y puso en ella un vigilante durante todo el día siguiente. Fue quitada al amanecer del segundo día por los servicios técnicos de la Prefectura.

Un comando de unos veinte desconocidos, como decía *Le Monde* del 13 de marzo, había bastado para cubrir toda la operación. Según un testigo citado por *France-Soir* el día 13, "ocho jóvenes de unos veinte años vinieron a instalarla con ayuda de unas tablas. Una buena performance si tenemos en cuenta que no se necesitaron menos de treinta guardias de paz y una grúa para volver a dejar el pedestal desnudo al día siguiente." Y *L'Aurore*, por una vez verídico, resaltaba que el asunto era notable, puesto que "los enragés no suelen hacer homenajes".

Sobre la represión

El vocabulario izquierdista de 1968, fundamentalmente retardatario, pero siempre un grado por delante de la realidad cuando se trata de identificarla con una situación arcaica, llamaba "represión" a la acción de la policía al reconquistar las calles mantenidas por los rebeldes y cubiertas de barricadas. La vieja izquierda sentía todavía una indignación equívocamente moralizante, del tiempo de las peticiones respetuosas. Y cuando a mediados de junio comenzó la represión real -que siguió siendo por otra parte muy limitada con respecto a lo que se había hecho-, los mismos temieron luego al fascismo.

Los grupos izquierdistas fueron entonces disueltos. Dejando aparte al "22 de marzo" que trató -sin acierto afortunadamente- de reagrupar a todas las corrientes marginales y originales, todos los grupos disueltos eran *leninistas* (los trotskistas son lo mismo) o *estalinistas* (los maoístas son lo mismo).

La posición de la I.S. es muy clara en este punto: defendemos evidentemente, en nombre de nuestros principios, la libertad de asociación y de expresión de estas personas, libertad que ellos nos negarían en nombre de los suyos si un día tuviesen posibilidad de hacerlo (añadimos que encontramos indigno de revolucionarios que llamen a la policía gaullista para disolver a un grupo fascista como "Occident" y que se feliciten por semejante "éxito").

Durante la recaída del movimiento tuvieron lugar atentados con explosivos. Los obreros de Burdeos fueron condenados por estos hechos sin que los "estudiantes" revolucionarios les manifestasen de una forma visible la menor solidaridad. Seis meses después, Andrée Destouet fue implicado en la voladura de algunas fachadas de bancos parisinos. Al examinar el asunto desde el punto de vista de la estrategia de las luchas sociales, hemos de decir ante todo que no hay nunca que *jugar con el terrorismo*. Además, un terrorista serio nunca tuvo históricamente eficacia más que allí donde se hizo imposible cualquier otra forma de actividad revolucionaria por una represión total, y por tanto una parte importante de la población tomaba partido por los terroristas. Sin embargo, la personalidad del que asumió toda la responsabilidad de los atentados en cuestión -Elisée Georgev- permite afirmar que guió sus actos una verdadera intención de servir a la causa de los explotados, por lo que los izquierdistas que han hablado a este respecto de "provocación policial" merecen el desprecio definitivo de todos los revolucionarios.

Aunque la amnistía de junio de 1969 haya detenido las persecuciones relativas contra casi todos los crímenes y delitos relacionados con el movimiento de 1968, sabemos que los extranjeros expulsados entonces administrativamente (como Cohn-Bendit), al no haber sido inculpados no resultan afectados por esta amnistía. Exigir su derecho incondicional a volver a Francia, no con reclamaciones lastimeras, sino mediante cualquier forma de acción directa que resulte posible, debe ser un objetivo inmediato de todos los grupos que actualmente estimen que pueden "paralizar" el funcionamiento de una facultad o de cualquier otro sector.

Aviso

La hostilidad apasionada que la I.S. despertó hace tiempo en ciertos medios ha adquirido después de mayo de 1968 una gran amplitud. Reviste a menudo formas muy alejadas del estilo corriente de las calumnias políticas, distinguiéndose de ellas principalmente por una inverosimilitud y una *inutilidad* absolutas. Entre admiradores expulsados o simplemente no admitidos se producen expresiones manifiestamente neuróticas de esa hostilidad, y llega a ser la única "producción" en

la que haya participado una capa miserable de asombrosos pretendientes a un papel intelectual *dirigente* del que todo les quita afortunadamente los medios. Generalmente empezaron haciendo creer en su entorno que comprendían y aprobaban la teoría de la I.S., incluso que conocían a los situacionistas. Entonces, para confirmar su propio valor relativo, no tuvieron más que atribuir a estos situacionistas errores sorprendentes de los que los buenos apóstoles, ellos, estarían cuando menos exentos, si es cierto que no cometieron ningún otro.

Las exageraciones, falsificaciones y reproches de mala fe sobre el aspecto real de nuestras actividades consiguen que haya personas que nos atribuyen propósitos completamente demenciales, mantienen repetidamente por ciertos individuos que no han tenido el valor de publicarlos por escrito. Se dice así que los situacionistas son macarras, que todos han concluido oportunamente matrimonios ricos, que violan a las niñas, que viven en un lujo principesco, que en mayo no hicieron nada, por miedo más que por estupidez, siendo integralmente falsos tanto el discurso como los documentos del libro de Viénet, que en el mismo período los propios situacionistas reinaron jerárquicamente en las oficinas que habían captado, ferozmente guardadas por sus esbirros serviles y rechazando toda discusión con la masa de los revolucionarios auténticos que quería ser recibida; ¡y que tal o cual puede insultarnos valientemente y, sí, abofetearnos sin que, en nuestra mala conciencia, osemos replicar siquiera!

Invenciones tan puramente delirantes sugieren con claridad su origen: es el sueño compensatorio de los *estudiantes impotentes*. Según algunos testigos, un tal Jean-Yves Bériou, que parece babear a menudo en la región de Lyon, es una especie de modelo de este tipo, habiendo expresado él todos los ejemplos que acabamos de citar. Sin embargo otras imaginaciones, cuantitativamente menos fértiles pero de calidad similar, trabajan de Nanterre a Toulouse y de Estrasburgo a Burdeos.

Primera conclusión práctica: encontramos bastante desagradable la actitud de quienes vienen a hablar con nosotros para denunciar inepcias emitidas por algún desgraciado al que después de todo han frecuentado y aceptado escuchar, como si quisieran sacar algún mérito de no haber sido engañados o de no haber caído ellos mismos tan bajo. Que se entienda bien que no pedimos que nadie nos visite, y que evidentemente no existe ningún individuo para el que ese contacto sea una necesidad vital. Por consiguiente, no admitiremos en lo sucesivo a quien crea poder acercarse a nosotros por haber encontrado a algún calumniador evidente de la I.S. si no ha desmentido él mismo sobre el terreno al manipulador y roto con él, golpeándole si es preciso. *Esta decisión estará vigente a partir de la publicación del presente número de esta revista.*

A propósito de Nantes

Con el título un tanto excesivo de *La Comuna de Nantes* (Ed. Maspero, mayo de 1969) un tal Yannick Guin evoca el movimiento de ocupaciones en Nantes, propagando la inevitable banalidad del *izquierdismo moderado*: habría existido en Nantes un esbozo de "doble poder", porque el Comité Intersindical de Huelga tomó efectivamente el control de la ciudad de forma paralela al prefecto, y más que él. Sabemos que las minorías izquierdistas o sindical-revolucionarias tienen en los sindicatos de la Loira Atlántica (en F.O. e incluso en la C.F.D.T.) una influencia incomparable con su realidad nacional, hecho ligado a tradiciones de lucha obrera y a condiciones económicas locales.

Este esbozo de poder insurreccional del Comité Central de Huelga se manifestó claramente en Nantes con la gran huelga de 1953: un bello residuo, en una época de liquidación general del movimiento obrero, de las posibilidades revolucionarias que el sindicalismo había contenido mientras tanto. En 1968 la situación era completamente distinta. La contribución decisiva de los nanteses tras el sabotaje llevado a cabo a partir del medio universitario por el grupo revolucionario de "estudiantes" que tenían en su poder la oficina local de la U.N.E.F. (Yvon Chotard, Quillet, etc.), que fueron los primeros en Francia en hacer reaparecer en la calle juntas la bandera roja y la bandera negra, fue evidentemente que los obreros de Sud-Aviation inaugurasen el 14 de mayo la ocupación de fábricas. Pero es falso considerar a Nantes, por esta acción ejemplar, como la vanguardia del movimiento de mayo. Mayo fue esencialmente una *huelga salvaje en todo el país* -y no una "huelga generalizada" como dicen púdicamente los burócratas y los que no osan distinguirse de ellos. Esta huelga no se "generalizó" debido a una especie de inocencia mecánica, como una reacción observada en laboratorio, *al lado* de los sindicatos que nunca quisieron declarar la "huelga general", lo que luego les prohibió emplear ese término clásico. En realidad la huelga se extendió *contra* ellos. Cuando por vez primera una corriente revolucionaria obrera estaba en lucha en todo el país contra los sindicatos, la pseudocomuna de Nantes, con su Intersindical dirigente, estuvo muy por detrás de lo que el movimiento de ocupaciones tuvo de nuevo y de profundo.

Junto a las estupideces habituales que componen este libro tan malo, Guin concede gran lugar a las anécdotas, a menudo exactas, aunque expuestas siempre con malevolencia, relativas a la importante contribución de los "estudiantes" revolucionarios de Nantes. Al menos una de esas anécdotas es pura falsedad. Se lee en su cuarto capítulo: "En realidad la verdadera influencia procedía de la Internacional situacionista, con la que efectuaban frecuentes intercambios. Pero podía percibirse todavía el particularismo nantés. Se vio así a Vaneigem, la principal cabeza pensante de la I.S., desembarcar en Nantes y presentarse en el local de la A.G.E.N pidiendo ver inmediatamente a Chotard. Se le respondió con retintín que no se sabía dónde se encontraba. Vaneigem tuvo que esperar toda la tarde, soportando las risitas de los estudiantes nanteses."

Esta *novela policíaca* no la "vio" nunca nadie en el mundo, excepto el autor que la ha inventado. Vaneigem *y un camarada obrero* llegaron a Nantes como delegados del "Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones". Encontraron a Chotard en cuanto llegaron. No tenían evidentemente ninguna "orden" que dar a un grupo revolucionario completamente autónomo, tanto con respecto a la I.S. como al C.M.D.O. Vaneigem, cuyo nombre era algo famoso en Nantes, puso todos los medios para no presentarse como estrella, rechazando incluso tomar la palabra en un mitin cuando fue invita-

do a hacerlo por los nenteses. Los delegados del C.M.D.O. se limitaron a intercambiar información con los revolucionarios de Nantes: estos habían enviado antes dos o tres veces a París a algunos camaradas (entre ellos a Chotard) que fueron tan rápida y cordialmente recibidos por el C.M.D.O. como era natural. No vinieron evidentemente a París a recoger órdenes, y nadie afortunadamente pensaba dárselas. Por supuesto tampoco vinieron a dárnoslas a nosotros.

En realidad, aunque algunos nanteses radicales mantuvieron durante el año anterior al movimiento de ocupaciones discusiones e intercambios postales con la I.S. sobre una base claramente precisada de autonomía e igualdad, y aunque evolucionaron poco a poco hacia nuestras posiciones -no todas-, tenían plena libertad, por efecto de sus propias reflexiones y sobre todo de su experiencia concreta. No tenían con nosotros ningún vínculo organizativo abierto ni oculto, y menos todavía la menor huella de una sujeción que de todas formas nosotros no queríamos y que no hubiesen querido ellos tampoco.

Lo que siguió parece demostrar que algo tan evidente para nosotros no lo parecía tanto para ellos, y que esto molestaba a algunos. Después de leer el libro de Guin, la I.S. escribió a los nanteses para preguntarles cómo pensaban reaccionar ante esta calumnia, y también lo que sabían con precisión sobre la existencia de ese Guin. Sobre este último punto creyeron tener que hacer una respuesta dilatoria. Y sobre el primero, nos escribieron que la calumnia contra Vaneigem no era más que un detalle en un libro generalmente calumniador, pero que no pensaban, como nosotros, que desvelar a los calumniadores fuese un "deber revolucionario". Estimaban cómicamente que habían superado el problema al rechazar poco antes toda referencia al terreno universitario y erigirse en "Consejo de Nantes". Sin examinar aquí el problema de la validez de una proclamación voluntarista de organizaciones proletarias consejistas que existen simplemente al margen del medio universitario con el mismo reclutamiento, consideramos que la *falta de rigor* de los camaradas del "Consejo de Nantes" revelaba desgraciadamente que no habían comprendido la verdad de la *única* lección que, modestia aparte, tendrían seguramente que haber *aprendido de nosotros*. A pesar de que consideramos muy valiosa su actividad en 1968 -particularmente en el caso de Yvon Chotard, cuyas intenciones y capacidades revolucionarias reconocemos-, la I.S. rompió enseguida toda relación con todos los miembros del actual "Consejo de Nantes". (Señalemos que Juvénal Quillet nos hizo saber poco después que, aunque su firma hubiese sido llevada con engaños sobre un cartel del "Consejo de Nantes", se desolidarizó luego).

La historia de la I.S. se escribirá más tarde

Parece que varios Brau quieren escribir libros que tratan de la I.S., pero no lo han logrado todavía. Hay que ser un crítico del calibre de Maurice Joyeux (*La Rue n° 4*, 2° trimestre de 1969) para creer o fingir creer que estos autores hayan formado parte nunca de la I.S. Y hay que ser sin duda estudiante para creer que hayan entendido qué somos. Los educadores no se han educado lo bastante, y su buena voluntad didáctica sigue siendo insuficiente para tratar esta nueva cuestión. El señor Jean-Louis Brau, en su obra *Cours, Camarade, le vieux monde est derrière toi!* (Albin Michel, 4° trimestre de 1968) ha tocado de forma torpe el tema en uno o dos capítulos poco informados y, en lo que concierne a metodología, por debajo de todo lo conocido. Peor todavía, la señora Eliane Brau ha entregado, en *Le situationnisme o la nouvelle Internationale* (Nouvelles Editions Debresse, 4° trimestre 1968), una compilación incomprensible de textos situacionistas en la que no domina siquiera el uso de comillas: muchas de sus citas empiezan y no acaban nunca. A juzgar por tales "extractos" empobrecidos con comentarios semejantes habría que preguntarse qué hay en el movimiento situacionista que "preocupe a los ministros de Interior de todos los países", por destacar aquí los términos de la publicidad *provocadora* de este memorial.

Un libro dedicado a la I.S., *L'estremismo coerente dei situazionisti*, ha aparecido en Italia en la editorial *Ed 912* de Milán en noviembre de 1968. De un nivel muy superior, presenta una elección inteligente de textos bien traducidos combinada con comentarios que testimonian alguna comprensión.

Sobre nuestra difusión

En julio de 1968 aparecieron los números 1 de la revista de la sección americana de la I.S., *Situationist International*, en New York, y de la sección italiana, *Internazionale Situazionista* en Milán (5 y 4000 ejemplares). Este número 12 de *Internationale Situationniste* tiene una tirada de 10000 ejemplares. El número 3 de la revista escandinava *Situationistisk Revolution* está en imprenta.

El folleto *Sobre la miseria en el medio estudiantil*, teniendo en cuenta su difusión en varios países, ha alcanzado una tirada total que puede evaluarse entre 250.000 y 300.000 ejemplares. La I.S. editó directamente en torno a 70.000 ejemplares, y el resto fue editado por grupos revolucionarios independientes, editores o periódicos extremistas. Se ha constatado incluso en Francia la existencia de dos o tres "ediciones piratas" que suprimían toda referencia a la I.S. En *I.S. 11* citamos ya las traducciones inglesa, sueca, americana y española (publicada en el exterior). Después se imprimió clandestinamente en Barcelona otra traducción española en primavera de 1969. Han aparecido ediciones en Italia, Alemania (*Das Elend der Studenten*, Berlín, 1968), Dinamarca y Portugal. La traducción inglesa se recuperó en una segunda edición americana de New York en noviembre de 1967, y fue reeditada por entregas en el semanario de los estudiantes radicales de Berkeley, *Berkeley Barb*, a partir de su número del 29 de diciembre de 1967. Otra traducción española aparecerá próximamente en México. Otra traducción de *Miseria* apareció en junio de 1968 en el n° 6 de una revista intelectual londinense, *Circuit* con el título general de *Cómo se quiebra un sistema: los situacionistas franceses.*

Otros folletos de la I.S. se han reproducido a menudo, por ejemplo: *The Decline and fall of the "spectacula" commodity-economy* por nuestra sección americana (aumentada con recortes de prensa relativos a los problemas de Newark y Detroit), y en Suecia por las ediciones revolucionarias *Libertad* con el título *Varn Spektaklets nedgaang och fall.* Esta editorial ha traducido igualmente

Banalidades de base (enero 1968), *Llamada a los revolucionarios de Argelia y de todos los países* y *El punto de explosión de la ideología en China*. Este último texto se publicó en danés por nuestra sección escandinava. La sección americana de la I.S. reeditó también la *Llamada a los revolucionarios*, *Banalidades de base* y una decena más de textos. El grupo revolucionario de Madrid que la policía ha llamado "ácratas", cuyos miembros están en prisión por muchos años -con excepción de dos o tres de ellos que pudieron zafarse de las pesquisas- tradujeron algunos textos de la I.S..

Los documentos publicados por la I.S. y el C.M.D.O. en mayo-junio de 1968 han sido tan reproducidos que es imposible enumerar la lista. Señalemos únicamente que en nuestro conocimiento han sido traducidos y editados, una o varias veces, en Italia, Japón, Estados Unidos, Suecia, Venezuela, Dinamarca y Portugal. Comenzaban a ser difundidos en Checoslovaquia cuando las tropas rusas restablecieron el orden.

Los libros de Vaneigem y Debord se agotaron seis meses después de su aparición en junio de 1968. El editor de Vaneigem sacó pronto una segunda tirada y, al agotarse de nuevo, una tercera en mayo de 1969. *La sociedad del espectáculo*, por el contrario, ha permanecido inencontrable durante ocho meses, hasta que su editor ha hecho una segunda tirada en marzo de 1969. Este libro se publicó en Italia en septiembre de 1968 con el título *La Società dello Spettacolo* por las ediciones De Donato, que vendieron gran cantidad de ejemplares en *libro de bolsillo*, pero su traducción es muy defectuosa.

Cine y revolución

En *Le Monde* del 8 de julio de 1969, J.-P. Picaper, corresponsal en el Festival de Cine de Berlín, se asombra de que "Godard lleve su saludable crítica en *Le Gai Savoir*, coproducción de la O.R.T.F. y de Radio-Stuttgart -prohibida en Francia- hasta el punto de proyectar secuencias rodadas en la oscuridad y dejar al espectador durante un lapso de tiempo casi insoportable ante una cámara vacía". Sin ponernos a valorar lo que esta crítica llama "un lapso de tiempo casi insoportable", vemos que la obra de Godard, siempre en punta, culmina en un estilo destructivo tan tardíamente plagiado e inútil como lo demás, al haberse formulado esta negación del cine antes incluso de que Godard emprendiesese la larga serie de pretenciosas falsas novedades que ha suscitado tanto entusiasmo entre los estudiantes del período anterior. El mismo periodista nos informa de que el propio Godard confiesa en un cortometraje titulado *L'Amour*, a través de uno de sus personajes, que no se puede "poner la revolución en imágenes" porque "el cine es el arte de la mentira". El cine no ha sido un "arte más mentiroso" que el resto de las artes, muertas totalmente mucho antes de Godard, que no ha sido *siquiera* un artista moderno, es decir, susceptible de una mínima originalidad personal. El mentiroso prochino termina por tanto su bluff haciendo admirar el hallazgo de un cine que no lo sería, denunciando una especie de mentira ontológica en la que él habría participado tanto como los demás, pero no más. En realidad Godard *pasó de moda* inmeditamente después del movimiento de mayo del 68, como fabricante espectacular de una pseudocrítica del arte

recuperado mediante chapuzas del basurero del pasado (cf. *El papel de Godard* en *I.S. 10*). Godard desapareció fundamentalmente como cineasta en ese momento, en que fue insultado y ridiculizado personalmente en varias ocasiones por los revolucionarios que lo encontraron en su camino. Como medio de comunicación revolucionario, el cine no es intrínsecamente mentiroso porque Godard o Jacopetti lo hayan advertido, al igual que un análisis político no está condenado a la falsedad porque lo escriban estalinianos. Actualmente, en diferentes países, muchos nuevos cineastas tratan de utilizar el cine como instrumento de crítica revolucionaria, y algunos lo consiguen parcialmente. Sólo que las limitaciones que padecen en su reconocimiento de la verdad revolucionaria, así como sus concepciones estéticas, les impedirán aún por mucho tiempo en nuestra opinión llegar tan lejos como es preciso. Creemos que en este momento sólo las posiciones y métodos de los situacionistas, según las tesis formuladas por René Viénet en nuestro número anterior, tienen acceso directo a un uso actual revolucionario del cine, aunque las condiciones político-económicas son todavía sin duda un problema.

Ya sabemos que Eisenstein quiso rodar *El Capital*. Podemos preguntarnos, a la vista de las concepciones formales y de la sumisión política de este cineasta, si su película hubiese sido fiel al texto de Marx. Pero por nuestra parte no dudaremos en hacer lo que podamos. Por ejemplo, en cuanto pueda, Guy Debord realizará una adaptación cinematográfica de *La sociedad del espectáculo* que no tendrá nada que envidiar a su libro.

La 8ª conferencia de la I.S.

La próxima Conferencia de la I.S. tendrá lugar a últimos de septiembre de 1969 en Italia.

Es el momento de hacer algunas precisiones sobre la organización de la I.S. en el pasado y actualmente, y de disipar la extraña leyenda de nuestra organización jerárquica y dictatorial que acompaña alegremente la otra (desmentida ya por todos nuestros textos) según la cual seríamos partidarios en teoría de un espontaneísmo puro en cuanto a la acción de las masas. El más fantástico esbozo de esta supuesta evolución de la I.S. hacia el centralismo se encuentra en el artículo, en todos los sentidos monstruoso, de Robert Estivals, investigador del C.N.R.S., incluído en el número 12 de la revista *Communications*, a partir de una cita evidentemente falsa de *I.S. 3*-"una concepción federativa de la I.S. basada en la autonomía nacional se impuso en su origen por influencia de la sección estaliniana" *(sic)*, el autor constata que este federalismo fue abandonado en beneficio de un "consejo central" que "pronto... recibe todos los poderes de la conferencia". Llegamos al final: "La dictadura de este comité central permite finalmente a Debord dirigir personalmente a la I.S.".

Dejemos aquí este razonamiento delirante, que llega incluso a insinuar que este obsesivo Debord habría fomentado él solo el movimiento de mayo y provocado también su derrota ("la acción llevada a cabo en Estrasburgo, repetición general del proyecto en París" - "Hay que subrayar de paso el pronunciado gusto de Debord por el término internacional" - "la Internacional situacionista es esencialmente obra de Debord" - "No se efectuó

la reconversión psicológica y ésta es, según nosotros, la causa del error de la I.S., y en consecuencia del fracaso de la socialdemocracia estudiantil de mayo de 1968"), y volvamos a una "realidad" bien extraña a la concepción psicológico-policial de la historia de Estivals. La I.S. *nunca*, y ello deliberadamente, ha agrupado hasta ahora a más de veinticinco o treinta participantes -a menudo menos-, lo que aclara suficiente esas historietas sobre "la base" desposeída y condenada desde arriba. La participación de *individuos* autónomos ha sido nuestra exigencia constante, aunque no siempre estuvieron muchos de ellos a la altura de esta exigencia. Al principio hubo efectivamente, en base a un acuerdo muy general, una completa autonomía de nuestros diversos grupos nacionales, no únicamente en la práctica sino en las propias concepciones de lo que la I.S. llegase a ser, aunque no coincidiesen exactamente con las tendencias actuales. Estos grupos cambiaron sin que hubiese nunca más de tres que llevasen a cabo *simultáneamente* una actividad efectiva (con más frecuencia en Alemania, Francia y Holanda). El Consejo Central se estableció en la Conferencia de Londres como *consejo de delegados* con el propósito de reunirse cada dos o tres meses para coordinar la actividad de nuestros grupos, sin *ningún tipo de existencia al margen de estas reuniones.* Aunque eran nombrados por la Conferencia, los delegados han sido a veces reemplazados en alguna reunión por otros miembros enviados por su grupo. Tuvo lugar un vivo debate en la I.S. en la Conferencia de Göteborg, que sería un tanto simplificador calificar de oposición entre "artistas" y "revolucionarios", pero que volvía a tocar con amplitud ese antagonismo. La discusión teórica fue larga y democrática en extremo, pero finalmente las manifestaciones absolutamente divergentes en la práctica, la ruptura de toda solidaridad y el rechazo de compromisos concretos por parte de los "artistas", que sin embargo querían permanecer en la I.S. y comprometerla en sus propias elecciones, trajeron consigo su expulsión en 1962. En ese momento la sexta Conferencia de Amberes constató que se había hecho necesaria una unificación teórica coherente. Desde entonces se planteó la cuestión de disolver ese Consejo central, que no se mantuvo finalmente más que para marcar la religación a la I.S. de los camaradas que combatían en Escandinavia la impostura publicitaria de los *nashistas*, que pretendían representar todavía a la I.S. en las galerías de pintura y en los periódicos de Estocolmo. Desde que desapareció el nashismo nadie hizo mención jamás de ese Consejo central, que fue formalmente suprimido sin discusión en 1966 en la Conferencia de París, después de que la I.S. hubiese escrito en 1962 que se consideraba un único grupo unido, aunque muchos camaradas estuviesen geográficamente dispersos por Europa, y que lo esencial de su actividad se organizaba en Francia, donde aparecía la revista que ha sido su principal publicación (y que dejó por tanto, desde su número 9, de llevar el subtítulo "boletín central"). Nuestra propósito era naturalmente reformarlo a partir de las bases alcanzadas por este grupo coherente, teniendo las secciones nacionales una actividad autónoma real. El primer esbozo en Inglaterra se disolvió en el momento mismo en que debía comenzar a existir como grupo (cf. nota *Las últimas expulsiones*). Sólo en 1968-69 la I.S. se vio formada por secciones nacionales, editando cada una revista (y está claro que nunca hubo ningún "grupo de Estrasburgo", sino únicamente miembros de la I.S. en esa ciudad hasta principios de 1967).

Aunque la I.S. agrupa en el momento de su 8ª Conferencia a camaradas de una decena de nacionalidades -siendo nuestras secciones de composición internacional- está organizada únicamente en cuatro secciones: americana, francesa, italiana y escandinava.

DOCUMENTOS

RAZONES PARA UNA REEDICIÓN

Después de mayo, la afirmación errónea tal vez más repetida en libros y periódicos se refiere a la influencia que habría tenido el "pensamiento" de Henri Lefebvre en los estudiantes revolucionarios, debida a su libro, efectivamente bastante leído, *La Proclamation de la Commune.* Vamos a limitarnos a algunos ejemplos. Anzieu-Epistémon escribe en *Ces idées qui ont ébranlé la France*: "La obra de Henri Lefebvre, aparecida hace tres años, que marcó sin duda a los estudiantes de Nanterre, ve en la Comuna de París de 1871 la demostración de la espontaneidad popular creadora, etc.)". Una nota del capítulo VII del libro de Schnapp y Vidal-Naquet afirma que "el libro de Henri Lefebvre *La Proclamation de la Commune*, París, Gallimard, 1967 (*en realidad: 1965*), que define la revolución como una fiesta, ejerció una influencia indiscutible." Y en *Le Monde* J.-M. Palmier afirma el 8 de marzo de 1969: "Uno de los libros que más ha marcado a los estudiantes es la obra de Henri Lefebvre sobre la Comuna de París, que ha mostrado el imperio de la espontaneidad popular". Al lado de esto, todo tipo de comentarios afirman que los situacionistas deben "mucho" a Lefebvre. Se lee también, en *Le Monde* del 26 de junio de 1968 el elogio de los espíritus originales que, en la revista *Utopie*, comenzaron la crítica revolucionaria del urbanismo, y se cita la idea básica de su maestro Lefebvre escribiendo en *Métaphilosophie* en 1965: "Lo que se llama corrientemente 'urbanismo' ¿no será acaso una ideología?..."

Si Lefebvre, que es una especie de gigante del pensamiento en relación con los gozquejos de *Utopie,* ha mezclado el urbanismo con todas las cuestiones que trata desordenadamente en la decena de pesados volúmenes que ha producido desde hace cinco o seis años, es únicamente porque ha oído hablar de él en *Internationale Situationniste*: él mismo lo dijo por otra parte en *Introduction à la modernité*, pág. 336 (Editions de Minuit, 2º trimestre, 1962), aunque no es muy frecuente que este autor confiese este tipo

de fuentes. Por ejemplo, la frase citada más arriba es una derivación modesta de la primera frase de un artículo de *I.S. 6* de agosto de 1961: "El urbanismo no existe: es una 'ideología' en el sentido de Marx...".

En cuanto a las tesis sobre la Comuna, que habrían tenido una influencia tan amplia, pocos comentadores ignoran que proceden de la I.S., pero esperan que sus lectores no lo sepan. Mucho antes de la aparición de su histórica obra, Lefebvre publicó los planteamientos fundamentales en el último número de la revista *Arguments* a principios de 1963. La I.S. difundió entonces el panfleto *Al basurero de la historia,* que revelaba un plagio realmente desmesurado.

Adviértase que este panfleto no fue nunca desmentido por nadie, confesando Lefebvre entonces *en cátedra* que creyó poder servirse de nuestro texto incluso en la revista *Arguments* y que lamentaba el "malentendido". Como este documento se ha hecho desde hace tiempo inencontrable -pero no se ha *olvidado* en la misma medida, puesto que los enragés de Nanterre empezaron a sabotear los cursos de Morin-Lefebvre al grito "¡al basurero de la historia!"-, pensamos que será interesante volver a ponerlo en circulación ahora. Se juzgarán fácilmente con su lectura las manipulaciones hechas *y rehechas* en todo momento por los especialistas para ocultar el pensamiento revolucionario, en esta circunstancia el de la I.S.

¡AL BASURERO DE LA HISTORIA!

"Lo cualitativo es nuestra fuerza de choque"
Raoul Vaneigem, *Internationale Situationniste* 8

La desaparición de la revista "Arguments" ha demostrado, a quien sabe leer el texto social de nuestra época sin los garabatos débiles y dementes de los que está cubierto en la sociedad del espectáculo, algunas de las nuevas condiciones de existencia, es decir de lucha, del pensamiento libre de hoy. "Arguments" presenta el caso, inexistente hasta ahora, de una revista de investigación que muere a pesar de su claro éxito económico (un editor, muchos suscriptores) por puro agotamiento de ideas, desgaste que no puede disimular el mínimo acuerdo entre sus colaboradores, en una palabra: bajo el peso de sus limitaciones, que se han hecho incontestables para sus propios responsables. "Arguments" representaba oficialmente en la prensa francesa desde 1957 el pensamiento que cuestiona lo existente, que busca nuevas perspectivas, contesta las ideas dominantes y agrupa las ideas dominantes de la pseudocontestación encarnada por el estalinismo. En realidad, "Arguments" representa precisamente la ausencia de todo pensamiento de este tipo en el medio intelectual "reconocido" y la organización misma de esa ausencia, viéndose esta revista obligada a ocultar completamente toda fuente de contestación verdadera de la que oye hablar. Estos días vemos morir a "Arguments" en un apoteosis de reconocimiento de su valor innovador y cuestionante (ver "L'Express" del 14 de febrero de 1963). Tras el espectáculo de la ausencia se nos muestra el espectáculo de la desaparición de la ausencia. Hay que confesar que es muy fuerte. El rey, que estaba desnudo, se rasga las vestiduras. Las mistificaciones sacan provecho del mercado hasta en medio de su desplome declarado.

A pesar de la estupefactante satisfacción exhibida por quienes hacen bancarrota: "Nadie en nuestros días lo ha hecho ni lo hace mejor..." (página 127 del último número de "Arguments"), cantidad de personas -y muchas estaban encantadas de saberlo- sabían que la Internacional situacionista había declarado a finales de 1960 que la revista "Arguments" estaba condenada a muerte debido a su evidente colusión con todas las falsas vanguardias y con lo esencial del espectáculo cultural dominante, y han bastado dos años para que el desarrollo de las contradicciones de la mentira que era "Arguments" ejecutase nuestra sentencia.

Los situacionistas han puesto a veces en evidencia las sorprendentes tonterías de los responsables de "Arguments", y cómo esta revista encontraba a menudo su inspiración en los propios textos de los fantasmas situacionistas cuya existencia negaba (cf. plagio revelado en "Internationale Situationniste" 8). Existe coherencia y fidelidad hasta en el confusionismo y la manipulación. El leopardo muere con sus manchas. Y la banda de "Arguments" con una última [...] reveladora.

Henri Lefebvre, que estaba escribiendo un libro sobre la Comuna, nos pidió algunas notas que sirvieran para su trabajo. Estas notas le fueron efectivamente comunicadas a principios de abril de 1962. Estimamos que era bueno hacer pasar algunas tesis radicales sobre este asunto en una colección accesible al gran público. El diálogo entre Henri Lefebvre y nosotros (aprovechamos la oportunidad para desmentir el rumor completamente fantástico que presenta a Lefebvre como miembro clandestino de la I.S.) se justificaba por su dedicación a muchos problemas que nos preocupan en "La suma y la resta" e incluso antes, aunque mucho más fragmentariamente, en su primera "Crítica de la vida cotidiana" y en su declaración sobre el romanticismo revolucionario. Cuando nos conocimos Lefebvre había abandonado evidentemente su colaboración con "Arguments" desde que la I.S. proclamó el complot como primera contramedida. Como demuestran los documentos reproducidos a continuación, Lefebvre, que evolucionó hace tiempo en un sentido contrario a la necesaria radicalización de su aportación teórica, creyó adecuado volver a unirse al campo argumentista en el preciso momento de su caída. Publicó en ese último número 27-28 las mejores páginas de su libro sobre la Comuna. Se constatará que las tesis de los situacionistas, en lo referente a las comillas, encuentra paradójicamente un lugar bastante amplio entre sus enemigos, como perlas ocultas en el estiércol del cuestionamiento absoluto.

No ignoramos que lo que decíamos de la Comuna sería ciertamente demorado y debilitado, como es fácil juzgar comparando nuestro texto con las variaciones de Lefebvre, que escribe también en el mismo artículo que "el Estado, hasta nueva orden, triunfa en el mundo entero (¿salvo en Yugoslavia?)"; este interrogante sobre Yugoslavia equivale a los de Axelos sobre "el problema Dios" o la insurrección griega de 1944. Un factor imprevisto e inaceptable de oscurecimiento y de vulgarización de nuestras tesis surge con su insólita publicación en "Arguments", donde se impone una lectura más restrictiva por el simple hecho de su proximidad con todo lo que hay de notoriamente sumiso e inofensivo en la inteligencia francesa. Todo lector informado pensará que quienes participan en la manipulación de la historia actual de la cultura (y ocultar a la I.S., sin ir más lejos, revela esta manipulación) están evidentemente mal situados para comprender la historia revolucionaria del pasado. El hecho de recurrir a lo oculto actual para comprender lo oculto de la historia revolucionaria atestigua un gusto demasiado vivo para nuestro paladar por el ocultismo. Estos versalleses de la cultura no se librarán tan rápido de nosotros.

Se nos podrá objetar que nos ocupamos demasiado a menudo de personas terriblemente mediocres (¿quién sabrá dentro de cincuenta años que Edgar Morin existió nunca si no se leyese esta información en "Internationale Situationniste"?). Personas que no representan nada en el plano del pensamiento -y hay que decir que es lamentable que Lefebvre, él, no se haya distinguido más de ellos- personas que no son prácticamente nada como últimos epígonos de los pensadores clásicos y menos aún como portadores de su superación. Justamente eso. Como trabajo previo a la realización de otras posibilidades de acción, empezamos demostrando metódicamente que no eran nada, sin que dejasen de mantener en permanencia, en una zona precisa de esta sociedad del espectáculo que constituye en todas partes el capitalismo moderno, el rol (pagado) del pensamiento investigador y cuestionante. Echando así a perder en su nulidad de pensamiento y de acción a una parte considerable de quienes buscan durante un tiempo, ante la resignación que organizan todas las fuerzas del viejo mundo, la contestación del presente y los prolegómenos de la vida nueva.

Casi todos los de "Arguments" formaron antes parte del estalinismo, dejando allí pasar sin reaccionar muchas graves consecuencias políticas e intelectuales. Han visto enviar fácilmente "al basurero de la historia" a antiguos pensadores de los que ni siquiera acabaron de comprender su impor-

tancia y de apropiarse sus métodos. Luego se han visto "libres" y han dado su propia medida, de la que la colección de "Arguments" es un testimonio bastante exacto (con excepción de varias buenas traducciones de artículos alemanes e ingleses destinados a adornar su miseria). Está claro por tanto que merecieron realmente ser arrojados, ahora dos veces más, con sus más-o-menos históricos a la basura, al famoso basurerero de la historia. La I.S. puede decir esto porque ella representa, en este momento no abstractamente la verdad, sino la vanguardia de la verdad.

Hay que tomar nota de una frase que Marx lanzó contra su tiempo: los propietarios actuales del pensamiento marxista más o menos degradado (revisado regresivamente) se parecen a los hebreos errando en el desierto: tienen que desaparecer para dejar sitio a otra generación digna de entrar en la tierra prometida de la nueva praxis revolucionaria.

SOBRE LA COMUNA

[Reproducimos en letra más grande el texto redactado por los situacionistas Debord, Kotànyi y Vaneigem. En letra más pequeña a continuación el texto paralelo publicado por Lefebvre en el último número de *Arguments* (27-28, de 1962): "El significado de la Comuna".]

1. Hay que retomar el estudio del movimiento obrero clásico de una forma desengañada, y desengañada ante todo en cuanto a sus diversos tipos de herederos políticos o pseudoteóricos, puesto que no poseen más que la herencia de su fracaso. Los éxitos aparentes de este movimiento son sus fracasos fundamentales (el reformismo o la instalación en el poder de una burocracia estatal) y sus fracasos (la Comuna o la revuelta de Asturias) son hasta ahora sus éxitos abiertos, para nosotros y para el futuro." *(Notas editoriales de* I.S. 7)

2. La Comuna fue la mayor fiesta del siglo XIX. Se encuentra en ella, en su base, la impresión de los insurgentes de haberse convertido en dueños de su propia historia, no tanto en el plano de la decisión política "gubernamental" como en el plano de la vida cotidiana en esa primavera de 1871 (ver el *juego* de todos con las armas, lo que quiere decir: "jugar con el poder"). Es *también* en este sentido como hay que comprender a Marx: "la dimensión social más importante de la Comuna fue su propia existencia en actos".

¿La Comuna? Fue una fiesta, la más grande del siglo y de los tiempos modernos. El análisis más frío descubre en ella la impresión y la voluntad de los insurgentes de convertirse en dueños de su vida y de su historia, no únicamente en lo que concierne a las decisiones políticas, sino en el plano de la cotidianidad. Es en este sentido como nosotros entendemos a Marx: "la dimensión social más importante de la Comuna fue su propia existencia en acto... París, todo verdad, Versalles, todo mentira."

3. La frase de Engels: "Mirad la Comuna de París. Era la dictadura del proletariado" debe tomarse en serio, como base para distinguir lo que no es la dictadura del proletariado en tanto que régimen político (las diversas modalidades de dictadura sobre el proletariado, en su nombre).

3) La fórmula de Marx y Engels: "Mirad la Comuna de París. Era la dictadura del proletariado" debe tomarse como punto de partida para mostrar lo que es la dictadura del proletariado, pero también lo que no es. En particular, la experiencia de la Comuna y las fórmulas de Marx y Engels aportan piezas esenciales al proceso del estalinismo, en tanto que desviación de la dictadura del proletariado cuya teoría fue construida por Marx, Engels y Lenin a partir precisamente de la Comuna. Los historiadores estalinizantes consiguen deformar la historia de la Comuna porque continúan metiendo en el celemín la verdadera teoría de la dictadura del proletariado, idéntica al debilitamiento del Estado.

4. Todo el mundo ha hecho justas críticas de las incoherencias de la Comuna, del defecto manifiesto del *aparato*. Pero como pensamos que el problema de los aparatos políticos es hoy mucho más complejo de lo que pretenden los herederos engañosos del aparato bolchevique, es momento de considerar la Comuna no sólo como un primitivismo revolucionario superado cuyos errores se vencen, sino como una experiencia positiva cuya verdad todavía no se ha encontrado y cumplido.

Muchos historiadores, principalmente marxistas, han criticado las incoherencias de la Comuna y el defecto manifiesto del "aparato" político (partido, personal gubernamental). Pensamos que hoy el problema de los aparatos es complejo en un sentido que no es el que pretenden los estalinianos, declarados o avergonzados.

Es momento por tanto de no considerar ya la Comuna como el ejemplo típico de un primitivismo revolucionario cuyos errores se han corregido, sino como una experiencia inmensa negativa y positiva cuya verdad no se ha encontrado y cumplido todavía.

5. La Comuna no tuvo jefes. Y ello en un período histórico en que la idea de que era necesario tenerlos dominaba absolutamente el movimiento obrero. Así se explican sobre todo sus fracasos y sus logros paradójicos. Los guías oficiales de la Comuna son incompetentes (si tomamos como referencia a Marx o Lenin, e incluso a Blanqui). Pero en cambio los actos "irresponsables" de ese momento son precisamente los que son reivindicables por la continuación del movimiento obrero en nuestro tiempo (aunque las circunstancias los hayan limitado prácticamente al estadio destructivo -el ejemplo más conocido es el insurgente diciendo al burgués sospechoso que afirma que él jamás hizo política: "precisamente por eso te mato").

4) En la insurrección del 18 de marzo y en la Comuna hasta su final dramático, el héroe y el genio fue colectivo. La Comuna no tuvo grandes jefes. Los guías oficiales del movimiento de 1871 -tanto los teóricos como los hombres de acción, los miembros del Comité central y los del consejo comunal- carecían de amplitud de miras, de genio e incluso de competencia. Así se explica hasta cierto punto el enredo paradójico de éxitos y fracasos del movimiento. De todas formas tenemos que advertir que los actos más espontáneos e "irresponsables" son también y sobre todo reivindicables por la continuación del movimiento revolucionario de nuestro tiempo.

6. La vital importancia del armamento general del pueblo se manifestó, en la práctica y en los indicios, de principio a fin del movimiento. En conjunto no se abdicó en favor de especialistas liberados el derecho a imponer por la fuerza una voluntad común. El valor ejemplar de esta autonomía de los grupos armados tiene su reverso en la falta de coordinación: el hecho de no haber llevado la fuerza popular a un grado de eficacia militaren en ningún momento de la lucha contra Versalles, ni ofensivo ni defensivo; pero no hay que olvidar que la revolución española, y finalmente la guerra misma, se perdieron en nombre de una transformación tal en "ejército republicano". Puede pensarse que la contradicción entre autonomía y coordinación depende en gran medida del nivel tecno-

lógico de la época.

La importancia del armamento del pueblo se manifestó desde el principio del movimiento hasta su término. En conjunto, el pueblo parisino y sus mandatarios no abdicaron en favor de especialistas liberados -voluntarios, tropas de élite o de choque, formaciones de marcha y de ataque- el derecho a imponer la voluntad común. Es cierto que esta actitud colectiva y espontánea engendró dificultades, contradicciones y conflictos. El valor ejemplar del armamento general del pueblo tiene su reverso: la falta de coordinación de las ofensivas militares, el hecho de que la lucha contra Versalles jamás llevase la fuerza popular a un grado de eficacia militar. De todas formas, no olvidemos que la revolución española fue vencida a pesar de la sólida organización de un ejército republicano.

7. La Comuna representa *la única realización del urbanismo unitario* hasta nosotros al atacar sobre el terreno los signos petrificados de la organización dominante de la vida y reconocer el espacio social en términos políticos sin creer que haya monumentos inocentes. Los que atribuyen esto a un nihilismo del lumpenproletariado o a la irresponsabilidad de los incendiarios confiesan en contrapartida todo lo que ellos consideran positivo y digno de conservarse de la sociedad dominante (veremos que casi todo). "Todo el espacio está ya ocupado por el enemigo... El auténtico urbanismo aparecerá cuando se cree en ciertas zonas el vacío dé esa ocupación. Lo que nosotros llamamos construcción empieza ahí. Esto puede entenderse con ayuda del concepto de *agujero positivo* forjado por la física moderna". ("Programa elemental del urbanismo unitario, *I.S.* 6).

5) La Comuna representa el único intento de un urbanismo revolucionario hasta nosotros al atacar sobre el terreno los signos de la vieja organización, captar las fuentes de la sociabilidad -en este momento *el barrio*, reconocer el espacio social en términos políticos y no creer que haya un monumento inocente (demolición de la columna Vendôme, ocupación de las iglesias por los clubs, etc.). Los que atribuyen estos actos al nihilismo o a la barbarie confiesan que en contrapartida ellos se disponen a conservar todo lo que consideran "positivo", es decir, todos los resultados de la historia, todas las obras de la sociedad dominante, todas las tradiciones: todo lo adquirido, incluido lo muerte y congelado.

8. La Comuna de París fue vencida menos por la fuerza de las armas que por la fuerza de la costumbre. El ejemplo práctico más escandaloso es su negativa a recurrir a un cañón para apoderarse de la Banca de Francia cuando faltaba dinero. Mientras duró el mando de la Comuna, la Banca siguió siendo un enclave de Versalles en París defendido por algunos fusiles y el mito de la propiedad y el robo. Los demás hábitos ideológicos fueron ruinosos en todos los sentidos (la resurrección del jacobinismo, la estrategia derrotista de las barricadas en recuerdo del 48, etc.).

Por otra parte, la Comuna de París fue vencida menos por la fuerza de las armas que por la fuerza de la costumbre, sacudida por la espontaneidad fundamental, pero reconstituida por ciertos dirigentes en nombre de su ideología (los proudhonianos, cuyo lado nefasto es éste). Que la Banca de Francia haya seguido siendo un enclave de Versalles en París, así como la Bolsa, los bancos en general, la Caja de Ahorros y consignaciones es una sorpresa y un escándalo para el historiador. Los demás hábitos ideológicos han sido ruinosos y comportan algunas causas de su fracaso: los rebrotes de jacobinismo, las nostalgias del 89 (que Marx denunció tanto), la estrategia defensiva y en consecuencia derrotista de las barricadas por barrios recordando 1848, etc.

9. La Comuna muestra cómo los defensores del viejo mundo se aprovechan siempre, en un punto u otro, de la complicidad de los revolucionarios y sobre todo de los que *piensan* la revolución. De este tema los revolucionarios *piensan como ellos*. El viejo mundo

controla así las bases (ideología, lenguaje, costumbres, gustos) del desarrollo de sus enemigos, y se sirve de ellas para recuperar el terreno perdido. (Sólo se le escapa para siempre el pensamiento natural en actos del proletariado revolucionario: el Tribunal de Cuentas ardió. La verdadera "quinta columna" está en el espíritu de los revolucionarios.

La Comuna y su fracaso muestran cómo los defensores del viejo mundo se aprovechan de la complicidad de los revolucionarios, de los que piensan o pretenden pensar la revolución. Ellos revisten las auténticas creaciones revolucionarias con viejos ropajes que las sofocan. El viejo mundo caduco mantiene así sus puntos de apoyo: ideología, lenguaje, costumbres, gustos, ritos sospechosos, imágenes consagradas, viejos símbolos- incluso entre sus enemigos. Se sirve de ellos para recuperar el terreno perdido. Sólo se les escapa para siempre la espontaneidad fundamental, la capacidad creadora, el pensamiento inherente al proletariado y al pueblo revolucionario. La "quinta columna" yace muy a menudo en el corazón, el alma y el espíritu de los propios revolucionarios.

10. La anécdota de los incendiarios, que fueron a destruir Notre-Dame los últimos días y tropezaron con el batallón armado de los artistas de la Comuna está cargada de sentido: es un buen ejemplo de democracia directa. Muestra también, y más aún, los problemas todavía por resolver en la perspectiva del poder de consejos. ¿Tenían razón estos artistas unánimes al defender una catedral en nombre de valores estéticos permanentes, y en ultima instancia del espíritu de los museos, cuando otros hombres querían justamente acceder a la expresión allí mismo, manifestando con esa demolición su total desafío a una sociedad que, en la postración en que vivían, arrojaba su existencia a la nada y al silencio? Los artistas partidarios de la Comuna, al actuar como especialistas, se encontraban ya en conflicto con una manifestación extremista de la lucha contra la alienación. Hay que reprochar a los hombres de la Comuna no haber osado responder al terror totalitario del poder empleando todas sus armas. Todo hace pensar que *se hizo desaparecer* a los poetas que expresaron en ese momento la poesía pendiente en la Comuna. Los muchos actos inacabados de la Comuna permiten que se conviertan en "atrocidades" los actos esbozados y que se censuren los recuerdos. La frase "quienes hacen revoluciones a medias sólo cavan su propia tumba" explica también el *silencio* de Saint-Just.

La anécdota de los incendiarios que fueron a destruir Notre-Dame y tropezaron con el batallón de artistas de la Comuna propone un singular tema de meditación. Por un lado, hay hombrea -los artistas- que defienden una gran obra de arte en nombre de valores estéticos permanentes. Por el otro, hay hombres que quieren acceder a la expresión allí mismo, expresando con ese acto destructivo su total desafío a una sociedad que los arroja en la postración a la nada y el silencio. Así Hércules, símbolo del héroe colectivo, manifiesta su naturaleza heroica a la vez vital, humana y sobrehumana, encendiendo la hoguera que le consumirá.

Hay que reprochar evidentemente a los hombres de la Comuna no haber osado responder al terror totalitario del poder establecido empleando todos sus medios y todas sus armas.

Los muchos actos esbozados en la Comuna permiten que sean tachadas de "atrocidades" tal o cual acción particular que quedó inacabada y en estado de intención espontánea.

11. Los teóricos que reconstruyen la historia de este movimiento desde el punto de vista omnisciente de Dios que caracterizaba al novelista clásico, muestran fácilmente que la Comuna estaba objetivamente condenada a no tener superación posible. No hay que olvidar que, para aquellos que vivieron el acontecimiento, la superación *estaba en ella misma*.

A los historiadores que reconstruyen la historia colocándose, conscientemente o no, en el punto de vista de una providencia divina o de un determinismo subyacente (lo que viene a ser lo mismo), no

les cuesta ningún trabajo demostrar que la Comuna estaba objetivamente condenada. Atrapada en sus propias contradicciones, no podía superarlas. Pero no olvidemos que para quienes vivieron el acontecimiento, la superación estaba en él mismo, cercana, en marcha, en el propio movimiento.

12. La audacia y la invención de la Comuna no se miden evidentemente en relación con nuestra época sino en relación con las banalidades de la vida política, intelectual y moral de entonces. En relación con la *solidaridad* de todas las banalidades sobre las cuales la Comuna llevó el fuego. Así, analizando la solidaridad de las banalidades actuales (de derechas y de izquierdas) podemos saber cuánta invención podemos esperar de una explosión igual.

La audacia y la invención del movimiento revolucionario en 1871 no pueden medirse evidentemente en relación con nuestra época, sino en relación con las banalidades reinantes entonces en la vida cultural, política, moral y cotidiana. El movimiento revolucionario acabó con ellas. Si analizamos la suma de banalidades actualmente en curso podemos saber la invención que daría como resultado una explosión análoga en el mundo llamado moderno.

13. La guerra social de la que la Comuna es un momento dura siempre (aunque las condiciones superficiales hayan cambiado mucho). Para el trabajo de "hacer conscientes las tendencias inconscientes de la Comuna" (Engels) no se ha dicho la última palabra.

La gran lucha de la que la Comuna es un momento dura siempre (aunque sus condiciones hayan cambiado). Para "hacer conscientes las tendencias inconscientes de la Comuna" (Engels) está lejos de decirse la última palabra. Retomando aquí íntegralmente el pensamiento de Marx sobre la Comuna, hemos visto en ella el gran intento de destrucción del poder jerarquizado, la praxis completamente subversiva que descubre el mundo existente para destruirlo y sustituirlo por otro, un mundo nuevo, tangible, sensible y transparente. Momento único hasta ahora de la revolución total.

14. Después de más de veinte años, los cristianos de izquierdas y los estalinianos se ponen de acuerdo en Francia en memoria de su frente nacional antialemán, para poner el acento sobre el nacionalismo de la Comuna, sobre el patriotismo herido y, por decirlo todo, sobre el "pueblo francés que reclama ser bien gobernado" (según la "política" estaliniana actual), y es empujado finalmente a la desesperación por las lagunas de un derecho burgués apátrida. Para escupir este agua bendita bastaría con estudiar el papel de los extranjeros que vinieron para combatir por la Comuna: era ante todo la inevitable prueba de fuerza a la que debía llevar desde 1848 en Europa toda la acción de "nuestro partido", como decía Marx.

18 de marzo de 1962, **Debord, Kotànyi** y **Vaneigem**

Desde hace tiempo, en Francia, liberales, cristianos de izquierdas y estalinianos se ponen de acuerdo para reducir la significación de la Comuna. En memoria del "frente nacional", ponen el acento en lo que hubo en la Comuna de desarrollo patriótico. Describen un patriotismo innato, teñido de preocupaciones sociales. La Comuna sería el pueblo francés que pedía ser bien gobernado, reclamando mediante petición un gobierno "a buen precio" y dirigentes honestos, y que luego fue empujado a la desesperación por el derecho burgués y apátrida. Banalidades y vulgaridades positivistas.

Nosotros hemos visto infinitamente más en la Comuna.

Henri LEFEBVRE

Nota: Este texto forma parte de las *Conclusiones* de una obra sobre *La Comuna* que aparecerá en la colección "Los treinta días que hicieron a Francia" en Gallimard.

Después de esto, sugerimos a Lefebvre publicar sin demora su propia opinión, fuese la que fuese, no ya a propósito de la Comuna, sino de la Internacional situacionista y el hundimiento de "Arguments". Particularmente para evitarse el papel bastante equívoco de cómplice del silencio inmovilista de los regímenes de intelectuales de izquierdas franceses con respecto a la I.S., puesto que era patente, tanto en su caso como en los demás de "Arguments", que el silencio sobre la I.S. no podía justificarse ni por total ignorancia ni por un juicio sincero que concluyese la falta de importancia del asunto. Un artículo que nos envió manuscrito el 14 de febrero y que parecía destinado a "L'Express", aunque favorable, no fue ni tan rápidamente publicado ni tan profundamente estudiado como su trabajo sobre la Comuna. Por consiguiente, una vez más, sólo podemos contar con nosotros mismos para dar sentido al itinerario y el naufragio de "Arguments".

Creemos que otra conclusión útil es la verificación objetiva de lo que afirmamos en el número 7 de Internationale Situationniste *sobre nuestro manejo de lo cualitativo: "los especialistas se jactan tal vez de la ilusión de que dominan algunos campos del conocimiento y la práctica, pero no hay especialista que escape a nuestra crítica... Tenemos lo cualitativo, que actúa desde ahora como un exponente que multiplica la cantidad de información de la que disponemos. Podemos extender este ejemplo a la comprensión del pasado: nos hacemos fuertes al profundizar y reevaluar periodos históricos sin acceder a la erudición de los historiadores". No podemos considerar exactamente a Lefebvre como un historiador especializado. Pero conviene tener también en cuenta que estas notas sobre la Comuna no representan más que un subproducto imperfecto y apresurado de elaboración teórica situacionista, nada más que tres o cuatro horas en total de trabajo en común de sólo tres de nosotros. Esto debe dar qué pensar.*

21 de febrero de 1963. El Consejo Central de la I.S.: Michèle Bernstein, Guy Debord, Attila Kotanyi, Uwe Lausen, J.V. Martin, Jan Strijbosch, Alexander Trocchi, Raoul Vaneigem.

NO CREÁIS YA A LOS PENSADORES RESPETABLES
NO CREÁIS QUE LA TEORÍA REVOLUCIONARIA NO EXISTE
LEED DIRECTAMENTE LA REVISTA "INTERNATIONALE SITUATIONNISTE"

LA CUESTIÓN DE LA ORGANIZACIÓN PARA LA I.S.

1. Todo lo que se conoce hasta ahora de la I.S. pertenece a una época felizmente acabada (digamos con más precisión que fue la "segunda época", si contamos como primera la actividad centrada en la superación del arte en 1957-1962).

2. Aunque todavía débiles y confusas, las nuevas tendencias revolucionarias de la sociedad actual ya no se ven relegadas a una clandestinidad marginal: este año se manifiestan en la calle.

3. Paralelamente, la I.S. ha salido del silencio, y debe -estratégicamente hablando- explotar ahora este frente abierto. No podemos impedir que, aquí y allá, el término "situacionista" esté en boga. Hemos de actuar de forma que este fenómeno (que es normal) sea más útil que perjudicial para nosotros. "Sernos útil" equivale en mi opinión a ser útil para unificar y radicalizar las luchas dispersas. Ésta es la tarea de la I.S. como organización. Aparte de ello, el término "situacionista" puede designar vagamente una determinada época del pensamiento crítico (y ya es bastante con haberla inaugurado), pero a la que nadie está vinculado más que por lo que hace personalmente, sin referencia a una comunidad organizacional. Pero mientras dicha comunidad exista, tendrá que saber distinguirse de quien habla de ella sin ser ella.

4. Puede decirse, en relación con las tareas que hemos asumido antes, que actualmente no hay que poner tanto el acento en la elaboración teórica -que ha de proseguirse- como en su comunicación: esencialmente en la unión práctica con lo que surge (aumentando rápidamente nuestras posibilidades de intervención, de crítica, de apoyo ejemplar).

5. El movimiento que a duras penas comienza es el principio de nuestra victoria (es decir, de la victoria de lo que hemos sostenido y demostrado desde hace años). Pero no debemos "capitalizar" esta victoria (cada afirmación de un momento de la crítica revolucionaria reclama ya ene ste sentido -al nivel en que se encuentre- la exigencia de que toda organización avanzada que sea coherente se pierda en la sociedad revolucionaria). Hay mucho que criticar en las corrientes subversivas actuales y futuras. Sería poco elegante que hiciésemos esta necesaria crítica dejando a la I.S. por encima de la misma.

6. La I.S. debe ahora probar su eficacia en un período ulterior de la actividad revolucionaria o desaparecer.

7. Para alcanzar esa eficacia es preciso ver y declarar algunas verdades sobre la I.S., que evidentemente eran ya verdaderas antes. Pero en la fase actual en que esta "verdad se verifica", se ha hecho urgente precisarlo.

8. No habiendo considerado nunca nosotros a la I.S. como un fin, sino como momento de una actividad histórica, la fuerza de las cosas nos lleva ahora a dar prueba de ello. La "coherencia" de la I.S. es una tendencia mantenida entre todas las tesis que hemos formulado y entre ellas y nuestra acción, así como nuestra solidaridad en cuestiones (muchas, pero no todas) en las que cualquiera de nosotros debe comprometer la responsabilidad de los demás. Ello no puede constituir la garantía absoluta para nadie que se reputase haber adquirido nuestras bases teóricas tan correctamente que extrajese de ellas automáticamente la buena conducta indiscutible. Ni tampoco la exigencia (mucho menos el reconocimiento) de una excelencia igual de todos en todas las cuestiones u operaciones.

9. La coherencia se adquiere y se verifica con la participación igualitaria en el conjunto de una práctica común, que a la vez revele defectos y aporte remedios. Esta práctica exige reuniones formales que tomen las decisiones, transmitan la información y examinen las faltas constatadas.

10. Esta práctica requiere ahora más participantes en la I.S. escogidos entre quienes afirmen estar de acuerdo con ella y demuestren su capacidad. La pequeña cantidad, muy injustamente seleccionada hasta ahora, ha sido causa y consecuencia de una sobreestimación ridícula reconocida "oficialmente" a todos los miembros de la I.S. por el mero hecho serlo, aún cuando muchos no hubiesen demostrado en absoluto las mínimas capacidades reales (ver las expulsiones de hace un año de garnautimos e ingleses). Una limitación numérica pseudocualitativa tal aumenta exageradamente la importancia de cualquier tontería particular, al tiempo que la suscita.

11. Producto directo de esta ilusión selectiva ha sido fuera el reconocimiento mitológico de pseudo-grupos autónomos situados gloriosamente a la altura de la I.S., cuando no eran más que admiradores lábiles (y por tanto, a la fuerza, detractores deshonestos en poco tiempo). Me parece que no podemos reconocer ningún grupo autónomo sin un medio de trabajo práctico autónomo, ni su éxito duradero sin una acción unida con los obreros (sin caer por supuesto por debajo de nuestra "definición mínima de las organizaciones revolucionarias"). Todo tipo de experiencias recientes han mostrado el confusionismo recuperado del término "anarquista" y creo que hemos de oponernos a él en todas partes.

12. Estimo que es preciso admitir en la I.S. la posibilidad de tendencias a propósito de diversas preocupaciones u opciones tácticas, a condición de que no se pongan en cuestión nuestras bases generales. Igualmente es preciso ir hacia una completa autonomía práctica de los grupos nacionales, a medida que se constituyan realmente.

13. Contrariamente a las costumbres de los expulsados que en 1966 querían alcanzar en la I.S. -inactivamente- una realización total de la transparencia y de la amistad (estábamos casi molestos por juzgar su fastidiosa compañía), y que corolariamente desarrollaban en secreto los celos más estúpidos, mentiras indignas de la escuela primaria, complots tan ignomiosos como irracionales, no debemos admitir entre nosotros más que relaciones históricas (una confianza crítica, el conocimiento de las posibilidades y limitaciones de cada uno), pero sobre la base de la lealtad fundamental que exige el proyecto revolucionario que se definió hace más de un siglo.

14. No tenemos derecho a equivocamos en la ruptura. Tendremos que equivocarnos aún

en la adhesión -más o menos a menudo-: las expulsiones no han marcado casi nunca un progreso teórico de la I.S. (no descubríamos en dichas ocasiones una definición más precisa de lo inaceptable -lo sorprendente del garnautismo apunta justamente a que fue la excepción a esa regla). Las expulsiones han respondido casi siempre a presiones objetivas que las condiciones existentes reservaban a nuestra acción: ello puede por tanto reproducirse en niveles superiores. Los "nashismos" de todo tipo pueden renacer: se trata únicamente de estar en disposición de destruirlos.

15. Para concordar la forma de este debate con lo que creo que debe ser su contenido propongo que este texto sea comunicado a determinados camaradas próximos a la I.S. o susceptibles de formar parte de ella, y que solicitemos su opinión sobre esta cuestión.

Guy DEBORD

NOTA AÑADIDA EN AGOSTO DE 1969

Estas notas de abril de 1968 eran una contribución a un debate sobre organización que debía comenzar entonces entre nosotros. Dos o tres semanas después el movimiento de ocupaciones, que fue evidentemente más agradable e instructivo que ese debate, nos obligó a replantearlo.

Sólo el último punto fue luego aprobado por los camaradas de la I.S. Por tanto este texto, que ciertamente no tenía nada de secreto, no era exactamente un documento interno. Sin embargo, a finales de 1968 constatamos que algunos grupos izquierdistas habían puesto en circulación versiones mutiladas y sin fecha, ignoro con qué objetivo. La I.S. estimó en consecuencia que había que publicar en esta revista la versión auténtica.

Cuando retomamos nuestra discusión sobre organización en otoño de 1968 los hechos habían marchado muy deprisa y los situacionistas adoptaron estas tesis, que volvieron a resultar confirmadas. Recíprocamente, la I.S. actuó en mayo de una forma que respondía bastante bien a las exigencias formuladas en ellas para el futuro inmediato.

Creo que hay que añadir una precisión, ahora en que este texto tiene una difusión más amplia, para evitar un contrasentido sobre la cuestión de la apertura relativa pedida para la I.S. Yo no propuse aquí ninguna concesión a la "acción común" con las corrientes que tratan ya de formarse, ni mucho menos el abandono de nuestro rigor, que podía desembocar en lo contrario de lo que queremos. Los excesos admirativos o subsiguientemente hostiles de los que hablan de nosotros como espectadores intempestivamente apasionados no deben encontrar réplica en una "situ-jactancia" que, entre nosotros, diese a entender que los situacionistas son gente maravillosa que posee efectivamente en su vida lo que han enunciado o simplemente admitido como que teoría o programa revolucionarios. Hemos comprobado en mayo la amplitud y la urgencia que ha adquirido este problema.

Los situacionistas no tienen monopolio que defender ni recompensa con la que contar. Se emprendió una tarea que nos convenía y se mantuvo bien que mal, y en conjunto correctamente, con los medios disponibles. El actual desarrollo de las condiciones subjetivas de la revolución llevará a definir una estrategia que, partiendo de datos diferentes, sea tan buena como la que la I.S. siguió en tiempos difíciles.

CORRESPONDENCIA CON UN EDITOR

La I.S. al señor Claude Gallimard
c/ Sébastien Bottin, 5. París 7°

París, 16 de enero de 1969

Señor:

Hemos averiguado que la semana pasada, en casa de un tal Sergio Veneziani, alguien llamado Antoine Gallimard habló ante personas que nos han informado de los situacionistas y de sus relaciones con la Casa Gallimard. El muy estúpido dijo que "los situacionistas" habían hecho varios ofrecimientos, entre ellos uno que por otra parte había tenido que "rechazar" acerca de una colección; y que a pesar de ello los situacionistas, en bloque estaban "empleados" en Gallimard o a punto de estarlo.

Esta cagarruta se hace evidentemente ilusiones, aunque no puede vender tales esperanzas de puerta en puerta si tú no se las hubieras confiado.

Hijo fracasado de tu padre, no te sorprenderá ver tu debilidad agravada en la generación siguiente.

El muy mierda se identifica a su vez con tu miserable papel porque, como tú, espera heredar.

Esta pretensión esta más allá de vuestras posibilidades.

Dos situacionistas han hecho editar sus libros con vosotros hasta el momento. No volveréis a conocer a ningún otro, y de los dos mencionados jamás tendréis otro libro.

Eres tan ignorante y tan desgraciado que no merece la pena añadir ningún otro insulto.

Por la I.S.:

Guy Debord, Mustapha Khayati, René Riesel, René Viénet.

*

Ediciones Gallimard

Paris, 17 de enero de 1969,
Señor René Viénet
(...)
París 4ª

Muy señor mío:

Su carta nos ha resultado muy divertida, lo que no es poco en una época que se pretende tristemente seria.

He encontrado gracioso que descubráis ahora que soy hijo de mi padre; en cuanto a si mi padres fracasaron o tuvieron éxito conmigo, me extraña que no lo hayáis pensado antes cuando estáis vinculados a mí por un contrato para la publicación de vuestros libros.

Vuestra concepción de la herencia me ha dado una idea (diréis que esto es sorpren-

dente), pero si mis hijos son aún más estúpidos que yo y yo lo soy más que mi padre, no nos habéis hablado nunca de vuestro abuelo, que sería sin duda un genio.

Pero seamos serios un segundo: he tenido constancia de vuestro rigor en la búsqueda de información, pero en esta circunstancia parecéis ateneros a delaciones de segunda mano, truncadas y anónimas.

Ya que os gusta divertiros, estáis invitados a tomar una copa con el llamado Antoine Gallimard, quien a pesar de su debilidad no carece de humor, y podremos insultarnos alegremente unos a otros, puesto que no hay ninguna base en vuestra carta para cambiar nuestras relaciones. Estaría naturalmente encantado de que lleváseis a vuestros amigos a esta pequeña reunión que cambiaría un poco mi rutina cotidiana.

Claude Gallimard

*

La I.S. a Claude Gallimard

París, 21 de enero de 1969

Tienes pocos motivos para encontrar divertida nuestra carta del 16 de enero. Y estás más equivocado todavía si piensas que puedes arreglarlo o siquiera reunirnos alrededor de unas copas.

Nuestros testimonios son directos, seguros y muy conocidos por nosotros. Te hemos dicho que jamás tendrás un libro de un situacionista. Es todo lo que tenemos que decir.

Que te den por culo. Olvídanos.

Por la I.S.:

Christian Sébastiani, Raoul Vaneigem, René Viénet.

apéndice III

TESIS SOBRE LA INTERNACIONAL SITUACIONISTA Y SU TIEMPO (*)

1. La Internacional situacionista se ha impuesto en un momento de la historia universal como el pensamiento del *hundimiento de un mundo*; hundimiento que ha comenzado ahora ante nuestros ojos.

2. El ministro de interior francés y los anarquistas federados de Italia experimentan la misma cólera: nunca un proyecto tan extremista, declarándose en una época que parecía tan hostil para él, había afirmado en tan poco tiempo su hegemonía en la lucha de ideas, producto de la historia de las luchas de clases. La teoría, el estilo, el ejemplo de la I.S. los adoptan hoy miles de revolucionarios en los principales países desarrollados. Pero, más profundamente, es el conjunto de la sociedad moderna el que parece convencido de la verdad de los planteamientos situacionistas, sea para realizarlos o para combatirlos. En todas partes se traducen y comentan libros y textos de la I.S. Sus exigencias se declaran tanto en las fábricas de Milán como en la Universidad de Coimbra. Sus principales tesis se infiltran clandestinamente o se proclaman en luchas abiertas de California a Calabria, de Escocia a España, de Belfast a Leningrado. Los intelectuales sumisos que inician actualmente su carrera se ven obligados a disfrazarse de situacionistas moderados o de situacionistas a medias sólo para demostrar que son capaces de comprender el último momento del sistema que les emplea. Si se puede señalar en todas partes la influencia difusa de la I.S. es porque es la expresión concentrada de una subversión histórica que está en todas partes.

3. Las ideas llamadas "situacionistas" no son otra cosa que las principales ideas del periodo de reaparición del movimiento revolucionario moderno. Lo que hay en ellas de radicalmente nuevo corresponde precisamente a los nuevos caracteres de la sociedad de clases, al desarrollo real de sus logros pasajeros, de sus contradicciones, de su opresión. Por lo demás, se trata evidentemente del pensamiento revolucionario nacido en los dos últimos siglos, el pensamiento de la historia, que vuelve a encontrarse en las condiciones actuales *como en su casa*; no "revisado" a partir de planteamientos anteriores legados como problema a los ideólogos, sino *transformado* por la historia actual. La I.S. ha triunfado simplemente porque ha expresado "el movimiento real que suprime las condiciones existentes" y porque *ha sabido expresarlo*: es decir ha sabido empezar a hacer que se escuche la parte subjetivamente negativa del proceso, su "lado malo", su propia teoría desconocida[a], la que ese lado de la práctica social crea sin conocerla al principio. La propia I.S. pertenece a ese "lado malo". Finalmente, no se trata pues de una teo-

ría *de la I.S.*, sino de *la teoría del proletariado.*

4. Cada momento de ese proceso histórico de la sociedad moderna que realiza y abole el mundo de la mercancía, y que contiene también el momento antihistórico de la sociedad *constituida en espectáculo*, ha llevado a la I.S. a ser *todo lo que podía ser*. En lo que se convierte la práctica social ahora que se abre una nueva época, la I.S. debe reconocer cada vez más su verdad, comprender lo que quiso y lo que hizo, y *cómo* lo hizo.

5. La I.S. no sólo vio venir la subversión proletaria moderna, *llegó con ella*. No la anunció como un fenómeno exterior mediante la extrapolación congelada del cálculo científico: fue a su encuentro. No pusimos nuestras ideas "en todas las cabezas" influyendo desde fuera, como sólo puede hacer sin éxito duradero el espectáculo burgués o burocrático-totalitario. Enunciamos las ideas *que ya estaban forzosamente* en esas cabezas proletarias, y al hacerlo contribuimos a activarlas, así como a hacer posible, además de la crítica teórica, la crítica en actos decidida a hacer del tiempo su tiempo. Lo que se *censura* en el espíritu de las personas es censurado también naturalmente por el espectáculo cuando se expresa socialmente. Esta censura se ejerce firmemente todavía hoy sobre la práctica totalidad del proyecto y del *deseo* revolucionario de las masas. Pero la teoría y la crítica en actos han creado ya una brecha imposible de tapar en la censura espectacular. El *reflujo* de la crítica proletaria ha salido a la luz, ha adquirido memoria y lenguaje. Ha emprendido el *juicio del mundo*. Y al no tener las condiciones dominantes con qué defender su causa, la sentencia no plantea otro problema que el que puede resolver: el de su ejecución.

6. Como había ocurrido en general con los momentos prerrevolucionarios de los tiempos modernos, la I.S. declaró abiertamente sus objetivos y casi todos creyeron que se trataba de una broma. El silencio mantenido a este respecto por los especialistas de la observación social y los ideólogos de la alienación obrera durante una decena de años -periodo muy corto para acontecimientos de esta escala-, aunque enturbiado hacia el final por la resonancia de algunos escándalos erróneamente considerados periféricos y sin futuro, no permitió a la falsa conciencia de la inteligencia sumisa prever ni comprender lo que estalló en Francia en mayo de 1968 y después no ha hecho más que profundizarse y extenderse[(b)]. La demostración aportada por la historia, y no ciertamente la elocuencia situacionista, trastocó en este y otros aspectos las condiciones de ignorancia y seguridad ficticia mantenidas por la organización espectacular de las apariencias. No puede probarse dialécticamente que se tiene razón de otra forma que manifestándose en *el momento de la razón* dialéctica. Al igual que levantó enseguida a sus partidarios en las fábricas de todos los países, el movimiento de ocupaciones pareció al instante a los dueños de la sociedad y a sus ejecutantes intelectuales tan incomprensible como terrible. Las clases propietarias tiemblan todavía, pero lo entienden mejor ahora. Esta crisis revolucionaria se presentó de buenas a primeras ante la conciencia oscurecida de los especialistas del poder únicamente en forma de pura negación del pensamiento. El proyecto que expresaba y el lenguaje que hablaba no eran traducibles para ellos, garantes del *pensamiento sin negación* empobrecido en grado sumo por decenios de monólogo

maquinal en el que la insuficiencia se presenta ante sí misma como *nec plus ultra* y ya no cree más que en su propia mentira. A quien reina mediante el espectáculo y en el espectáculo, es decir, con el poder práctico del modo de producción que se ha "desprendido de sí mismo y ha edificado un imperio independiente en el espectáculo", el movimiento real que se ha desarrollado fuera de él y acaba de interrumpirlo por primera vez se presenta como la irrealidad misma, realizada. Pero lo que elevó la voz en Francia en ese momento no era sino ese mismo movimiento revolucionario que había empezado manifestándose sordamente en todas partes. El brazo francés de la Santa Alianza de los poseedores de la sociedad vio primero en esa pesadilla su muerte inminente; luego se creyó definitivamente salvado; después ha vuelto a caer en estos dos errores[(c)]. Para ella y sus asociados ha comenzado *otro tiempo*. Se descubre en él que el movimiento de ocupaciones tenía desgraciadamente ideas, y que estas ideas eran situacionistas: hasta quienes las ignoran parecen posicionarse con respecto a ellas. Los explotadores cuentan todavía con reprimirlas, pero ya no aspiran a hacer que se olviden.

7. El movimiento de ocupaciones fue un esbozo de revolución "situacionista", pero nada más que un esbozo, en tanto que práctica de una revolución y conciencia situacionista de la historia. En ese momento una generación comenzó a ser internacionalmente situacionista.

8. La nueva época es profundamente revolucionaria y *lo sabe*. A todos los niveles, la sociedad mundial *ya no puede*, ni *se quiere ya*, continuar como antes. Por arriba, no se puede ya dirigir tranquilamente el curso de las cosas, porque se descubre que los frutos de la *superación de la economía* no están sólo maduros: han empezado a pudrirse. En la base ya no se puede soportar lo que ocurre, y la exigencia *de vida* se ha incorporado actualmente al programa revolucionario. La resolución a hacer uno mismo su historia, he aquí el secreto de todas las negaciones "salvajes" e "incomprensibles" que burlan el viejo orden.

9. El mundo de la mercancía, que era esencialmente inhabitable, lo es ahora *visiblemente*. Esta idea surge por dos movimientos que interactúan. Por una parte el proletariado quiere poseer toda su vida y poseerla *como vida*, como totalidad de su realización posible. Por otra, la ciencia dominante, la ciencia de la dominación, *calcula* con precisión el crecimiento cada vez más acelerado de las contradicciones internas que suprimen *las condiciones generales de supervivencia* en la sociedad de la desposesión.

10. Los síntomas de crisis revolucionaria se acumulan por millares, y son de tal gravedad que el espectáculo está ahora *obligado a hablar de su propia ruina*. Su falso lenguaje evoca a sus verdaderos enemigos y su desastre real[(d)].

11. El lenguaje del poder se ha hecho furiosamente reformista. En todas partes muestra la felicidad en escaparates, y siempre al mejor precio. Denuncia los defectos omnipresentes de su sistema. Los poseedores de la sociedad han descubierto de repente que todo ha de cambiar sin demora, tanto la enseñanza como el urbanismo, la forma en que se vive el trabajo o las orientaciones que sigue la tecnología. En resumen, este mundo ha

perdido la confianza de todos sus gobiernos; se proponen por tanto disolverlo y constituir otro. Nos hacen ver únicamente que se encuentran más cualificados que los revolucionarios para emprender una subversión que exige tanta experiencia y tantos medios, que son precisamente ellos quienes los detentan y quienes están habituados a ellos. He aquí por tanto que, con el corazón en la mano, los programadores asumen el compromiso de programar lo cualitativo y los *dirigentes* de la polución se dan como primera tarea dirigir la lucha contra su propia polución. Pero el capitalismo moderno se presentaba ya antes, frente a los antiguos fracasos de la revolución, como un reformismo que *había triunfado*. Se jactaba de haber producido esta libertad y esta felicidad de la mercancía. Un día acabaría liberando a sus esclavos asalariados, si no del salariado, al menos sí de los abundantes restos de privación y desigualdad excesiva heredados de su periodo de formación -o más exactamente de aquellos que él mismo estimaba que debía reconocer como tales-. Promete hoy liberarles, además, de los nuevos peligros y molestias que está a punto de producir en masa, como característica esencial de la mercancía *más moderna* tomada en conjunto. Y la propia producción en expansión, tan encomiada como correctivo final de todo, va a tener que corregirse ella misma, siempre bajo el control exclusivo de los mismos patronos. La quiebra del viejo mundo se deja ver claramente en el ridículo lenguaje de *la dominación descompuesta*[e].

12. Las costumbres mejoran. El sentido de las palabras participa de ello. En todas partes *se ha perdido el respeto por la alienación*. La juventud, los obreros, las personas de color, los homosexuales, las mujeres y los niños se atreven a desear todo lo que les estaba *prohibido*, al tiempo que rechazan la mayor parte de los miserables resultados que la vieja organización de la sociedad de clases *permitía* obtener y soportar. No quieren jefes, ni de familia ni del Estado. Critican la arquitectura y aprenden a hablarse. Y al rebelarse contra cien opresiones particulares, contestan de hecho el trabajo alienado. *La abolición del trabajo asalariado* está ahora a la orden del día. Cada lugar de un espacio social cada vez más directamente fabricado por la producción alienada y sus planificadores se convierte por tanto en un nuevo terreno de lucha, de la escuela primaria a los transportes comunitarios y de los asilos psiquiátricios a las prisiones. Todas las Iglesias se descomponen. El telón cae con un estallido de risa general sobre la vieja tragedia de la expropiación de las revoluciones obreras por la clase burocrática, que se ha repetido en los veinte últimos años como simple comedia exótica. Los payasos hacen adiós con pantomimas. Castro se ha hecho reformista en Chile poniendo en escena la parodia del proceso de Moscú después de haber condenado en 1968 el movimiento de ocupaciones y la revuelta mexicana y aprobado en voz alta la acción de los tanques rusos en Praga; la cómica banda bicéfala de Mao y Lin Piao vuelve a caer en el desorden terrorista de esa burocracia hecha pedazos justo cuando sus últimos espectadores occidentales fieles, burgueses e izquierdistas, señalaban finalmente el remate de su triunfo en la larga lucha que divide a los explotadores de China[f] (no se trataba en absoluto de negociar con los Estados Unidos o de negarse a hacerlo, sino únicamente de saber *quién* recibiría a Nixon en Pekín y cuál sería su séquito). Si la humanidad se separa tan alegremente de su pasado es porque lo *serio* ha vuelto al mundo con la historia misma, que lo reunifica en su

verdad. La crisis de la burocracia totalitaria, como parte de la crisis general del capitalismo, reviste sin duda caracteres específicos, tanto en los modos sociojurídicos particulares de apropiación de la sociedad por la burocracia constituida en clase como en razón de su evidente *retraso* en el desarrollo de la producción de mercancías. La participación de la burocracia en la crisis de la sociedad moderna consiste principalmente en ser abatida igualmente por el proletariado. La amenaza de la revolución proletaria, que desde hace tres años domina en Italia la política de la burguesía y del estalinismo y que entraña la asociación abierta de sus intereses comunes, pesa al mismo tiempo sobre la burocracia llamada soviética. Retrasar el momento del levantamiento de los obreros rusos es *la única verdadera preocupación* de su estrategia mundial -que temía el proceso checoslovaco y no la independencia de la burocracia rumana-, así como de su policía y sus psiquiatras. A lo largo de las costas del Báltico, los marineros y los estibadores comienzan de nuevo a comunicarse experiencias y proyectos. En Polonia, con la huelga insurreccional de diciembre de 1970, los obreros consiguieron debilitar a la burocracia y reducir aún más el margen de maniobra de sus economistas: se retiró el aumento de precios, subieron los salarios, el gobierno cayó, la agitación se mantuvo[g]. Pero también se descompone la sociedad americana, y hasta su ejército en Vietnam, convertido en el "ejército de la droga", tiene que retirarse porque sus soldados no quieren pelear; lo harán con los Estados Unidos. Las huelgas salvajes atraviesan Europa desde Suecia hasta España, y los industriales y sus periódicos imparten ahora lección a los obreros para tratar de persuadirles de la utilidad del sindicalismo. En estas "bacanales de la verdad donde nadie permanece sobrio", la revolución proletaria británica no faltará esta vez a la cita: podrá abrevar en las fuentes de la guerra civil que ya marca el retorno del *problema irlandés*.

13. El declive y la caída de ese orden se siente con rabia y con angustia entre los explotadores y entre muchas de sus víctimas, que han renunciado definitivamente a su propia vida dando al sistema dominante una aquiescencia neurótica. Estas emociones se traducen en primer plano por un miedo y un odio sin precedentes hacia la juventud. Pero en el fondo lo que se teme es la revolución. La juventud como estado pasajero no amenaza el orden social, sino la crítica revolucionaria moderna en actos y en teoría que cada año se amplifica a partir de un punto de partida histórico que acabamos de vivir. Comienza con la juventud de un tiempo, *pero no envejecerá*. El fenómeno no es cíclico, es acumulativo. La juventud no asustaba recientemente a nadie cuando su agitación parecía limitarse todavía al medio estudiantil, y es ahí en efecto donde se recluta el izquierdismo neoburocrático, que no es más que la *niñera* del viejo mundo; ahí donde se disfraza con la panoplia de algunos héroes paternales que se cuentan en realidad entre los fundadores de la sociedad existente. La juventud se hizo temible cuando se constató que la subversión había ganado a la masa juvenil de los trabajadores y que la ideología jerárquica del izquierdismo no la recuperaría. Es esta juventud la que es encarcelada y la que se rebela en las prisiones. Es un hecho que la juventud, aunque le queda mucho que aprender y que inventar, y aunque conserva muchos atrasos, sobre todo entre los diferentes tipos de aprendices de revolucionario profesional, no ha sido nunca *tan inteli-*

gente ni ha estado tan resuelta a destruir la sociedad establecida (la *poesía* que hay en la I.S. puede ser leída por una niña de catorce años, sobre este punto hemos colmado el deseo de Lautréamont). Quienes reprimen a la juventud se defienden en realidad de la subversión proletaria, con la que se la identifica en gran medida y con la que ella se identifica aún más; y los mismos que hacen esta amalgama sienten cómo les condena. El pánico ante la juventud, que se quiere enmascarar con tantos análisis ineptos y exhortaciones pomposas, se basa en este simple cálculo: en doce o quince años los jóvenes serán adultos, los adultos serán viejos y los viejos estarán muertos. Los responsables de la clase en el poder necesitan por tanto invertir en pocos años *la baja tendencial de su tasa de control sobre la sociedad*, y tienen muchas razones para creer que no la invertirán.

14. Mientras el mundo de la mercancía es contestado por los proletarios con una profundidad que su crítica no había alcanzado nunca y que es la única que conviene a sus fines -una crítica de la totalidad- el funcionamiento mismo del sistema económico ha entrado por su propia inercia en el camino de la autodestrucción. La crisis *de la economía*, es decir del fenómeno económico entero, crisis cada vez más patente en los últimos decenios, acaba de franquear un umbral cualitativo. Incluso hemos visto reaparecer en el mismo periodo, como posibilidad cercana, la antigua forma de simple *crisis económica* que el sistema lograba remontar. Ello es efecto de un doble proceso. Por una parte los proletarios, no sólo en Polonia, sino también en Inglaterra[h] e Italia, en forma de obreros sin encuadramiento sindical, imponen reivindicaciones salariales y condiciones de trabajo que perturban ya de forma importante las previsiones y decisiones de los economistas estatales que dirigen la buena marcha del capitalismo concentrado. El rechazo de la actual organización del trabajo en la fábrica es al mismo tiempo un rechazo directo de la sociedad que se basa en esta organización, y por eso algunas huelgas italianas estallaron al día siguiente de que los patronos aceptasen todas sus reivindicaciones anteriores. Pero la simple reivindicación salarial, cuando se renueva muy a menudo fijando cada vez un porcentaje de aumento suficientemente elevado, muestra claramente que los trabajadores toman conciencia de su miseria y de su alienación en el *conjunto* de su existencia social, que ningún salario compensa. Por ejemplo, como el capitalismo ha ordenado a su gusto el hábitat extraurbano de los trabajadores, estos se verán pronto llevados a exigir que las penosas horas de transporte cotidiano le sean *pagadas* por lo que son en realidad: *tiempo de trabajo*. En todas esas luchas que reconocen el trabajo asalariado debe aceptarse todavía el sindicalismo, pero como forma visiblemente mal adaptada y perpetuamente *desbordada*. Pero los sindicatos no pueden durar indefinidamente en tal coyuntura sociopolítica, y *notan que se desgastan*. En los discursos de los ministros burgueses y de los burócratas estalinianos, *el mismo miedo* desemboca en las mismas palabras: "Yo pregunto: ¿volverá a pasar lo que en 1968? Respondo: no, eso no debe volver a pasar." (Declaración de Georges Marchais en Estrasburgo el 25 de febrero de 1972). Por otra parte los proletarios de la sociedad de la abundancia mercantil, en forma de consumidores hartos de los pobres "bienes semiduraderos" de que han sido saturados, generan dificultades que amenazan con liquidar la producción. De forma que el único fin confesado del desarrollo actual de la economía y la condición de supervivencia de todos

en el marco del sistema que reposa sobre el trabajo-mercancía, *la creación de nuevos empleos*, vuelve a aplicarse a la creación de empleos que los trabajadores no quieren ya asumir, con el fin de producir esa parte creciente de bienes que no quieren ya comprar. Pero hay que comprender, a un nivel mucho más profundo, que la economía mercantil, con esa tecnología concreta de cuyo desarrollo es inseparable, *ha entrado en agonía*. La reciente aparición en el espectáculo de una ola de discursos moralizantes y remiendos para lo que los gobiernos y sus *mass media* llaman polución quiere disimular y debe revelar a la vez esta evidencia: el capitalismo muestra finalmente *que no puede desarrollar más las fuerzas productivas*. No es *cuantitativamente*, como muchos han creído entender, como se mostrará incapaz de proseguir este desarrollo, sino *cualitativamente*. Sin embargo aquí la cualidad no es en absoluto una exigencia estética o filosófica: es una cuestión histórica por excelencia, la de la posibilidad misma de continuación de la vida de la especie. La frase de Marx: "El proletariado es revolucionario o no es nada" encuentra en este momento su sentido final; y el proletariado que se enfrenta a esta alternativa concreta es verdaderamente la clase que realiza la disolución de todas las clases. "Las cosas han llegado por tanto en este momento al punto en que los individuos deben apropiarse la totalidad existente de las fuerzas productivas, no sólo para afirmarse a sí mismos, sino también, en suma, para asegurar su existencia" (*La ideología alemana*).

15. La sociedad que dispone de medios técnicos para alterar las bases biológicas de la existencia sobre la Tierra dispone también, por el mismo desarrollo técnico-científico separado, de medios de control y previsión matemática para medir exactamente por anticipado en qué descomposición del medio humano puede desembocar -y hacia qué fecha, según una prolongación óptima o no- el crecimiento de las fuerzas productivas alienadas de la sociedad de clases. Ya se trate de la polución química del aire respirable o de la falsificación de alimentos, de la acumulación irreversible de radioactividad por el uso industrial de energía nuclear o del deterioro del ciclo del agua de las capas subterráneas y de los océanos, de la lepra urbanística que se extiende cada vez más sobre lo que fueron la ciudad y el campo o de la "explosión demográfica", de la progresión del suicidio y las enfermedades mentales[i] o del umbral cercano de nocividad del ruido -en todas partes los conocimientos *parciales* sobre la imposibilidad de ir más lejos, según los casos más o menos urgente o más o menos mortal, componen un cuadro de la degradación general y de la *impotencia general* conformado por conclusiones científicas especializadas simplemente yuxtapuestas. Estos lamentables trazos del mapa del territorio de la alienación poco antes de ser engullido se han realizado naturalmente de la misma forma que se ha construido el territorio: por sectores separados. Estos conocimientos de lo fragmentario están sin duda obligados a saber, por la desgraciada concordancia de sus observaciones, que toda modificación eficaz y rentable a corto plazo en un punto determinado repercute sobre la totalidad de las fuerzas en juego y puede suponer ulteriormente una pérdida decisiva. Pero una ciencia que es sierva del modo de producción y las aporías *del pensamiento* que ha producido no sirven para concebir una verdadera subversión del curso de las cosas. No sabe *pensar estratégicamente*, lo que por otra parte nadie le pide, ni tiene medios prácticos para intervenir en ese curso. Sólo puede discutir

por tanto el *plazo* y los mejores paliativos que, de aplicarse firmemente, lo prolongarían. Esta ciencia muestra así, en el grado más caricaturesco, la inutilidad del conocimiento sin empleo y la nada del pensamiento no dialéctico en una época arrastrada por el movimiento del tiempo histórico. De esta forma el viejo eslogan, "revolución o muerte", no es más que la expresión lírica de la conciencia amotinada, *la última palabra del pensamiento científico* de nuestro siglo. Pero esta palabra sólo puede ser dicha por otros, y no por este viejo pensamiento científico *de la mercancía* que revela las bases insuficientemente racionales de su desarrollo desde el momento en que todas sus aplicaciones se despliegan en poder de una práctica social completamente irracional. Es el pensamiento *de la separación*, que no ha podido incrementar nuestro dominio material más que por la vía metodológica de la separación y encuentra al final esa separación cumplida en la sociedad del espectáculo y en su autodestrucción.

16. La clase que acapara *el beneficio* económico, que no tiene otro objetivo que conservar la dictadura de la economía independiente de la sociedad, ha tenido hasta ahora que considerar y dirigir la incesante multiplicación de la productividad del trabajo industrial como si se tratase todavía del *modo de producción agrario*. Ha perseguido constantemente la máxima producción puramente cuantitativa, a la manera de las antiguas sociedades que, efectivamente incapaces de hacer retroceder los límites de la penuria, debían recoger cada temporada *todo lo que se podía*. Esta identificación con el modelo agrario se expresa en el modelo pseudocíclico de la producción abundante de mercancías, donde se ha *integrado científicamente el desgaste* de los objetos producidos tanto como de sus imágenes espectaculares para mantener artificialmente el *carácter de temporada* del consumo, que justifica la incesante reinversión de fuerza productiva y mantiene la proximidad de la penuria. Pero la *realidad acumulativa* de esta producción indiferente a lo útil o lo nocivo, indiferente de hecho a su propio poder *que prefiere ignorar*[i], no se deja olvidar y vuelve en forma de polución. La polución es por tanto una desastre del pensamiento burgués que la burocracia totalitaria sólo puede imitar pobremente. Es el estadio supremo de la *ideología materializada*, la abundancia *efectivamente envenenada* de la mercancía y las miserables repercusiones reales del esplendor ilusorio de la sociedad espectacular.

17. La polución y el proletariado son hoy los dos lados concretos de la *crítica de la economía política*. El desarrollo universal de la mercancía se ha verificado completamente como cumplimiento de la economía política, es decir como "renuncia a la vida". Cuando todo entra en la esfera de los bienes económicos, hasta el agua de las fuentes y el aire de las ciudades, todo se convierte en *mal económico*. La mera sensación inmediata de "nocividades" y peligros, más oprimente cada trimestre, que agreden ante todo y principalmente a la gran mayoría, es decir a los pobres, constituye ya un factor inmenso de revuelta, una exigencia vital de los explotados tan *materialista* como lo fue la lucha de los obreros del siglo XIX por la comida. Los remedios para el conjunto de las enfermedades que crea la producción son ya, en esta fase de su riqueza mercantil, demasiado caros para ella. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas han alcanzado finalmente una incompatibilidad radical, puesto que el sistema social existente ha ligado su suerte a la prosecución de un deterioro literalmente insoportable de las condiciones de vida.

18. En la nueva época se da esta admirable coincidencia: la revolución es querida de forma total justamente cuando no puede cumplirse más que de forma total y el funcionamiento de la sociedad se hace absurdo e imposible sin ese cumplimiento. Lo fundamental no reside ya tanto en que existan todos los medios materiales para la construcción de la vida libre en la sociedad sin clases, sino en que el subempleo ciego que hace de estos medios la sociedad de clases no puede interrumpirse ni ir más lejos. Nunca se ha dado tal conjunción en la historia del mundo.

19. La mayor fuerza productiva es la clase revolucionaria misma. El mayor desarrollo de las fuerzas productivas actualmente posible es simplemente el uso que puede hacer de ellas *la clase de la conciencia* histórica en la producción de historia como campo de desarrollo humano cuando se dan los medios prácticos de esa conciencia: los futuros consejos revolucionarios, en los que todos los revolucionarios tendrán que decidir todo. La definición necesaria y suficiente de consejo *moderno* -para diferenciarlo de sus tímidos intentos primitivos, aplastados siempre antes de seguir su lógica y conocer su poder- es *el cumplimiento de su mínimo de tareas*, que consiste nada menos que en el reglamento práctico definitivo de *todos* los problemas que la sociedad de clases es actualmente incapaz de resolver. La caída brutal de la producción *prehistórica*, que sólo puede obtener la revolución social de la que hablamos, es la condición necesaria y suficiente para el comienzo de la era de la gran producción histórica, la recuperación indispensable y urgente de la producción del hombre por sí mismo. La amplitud de las tareas actuales de la revolución proletaria se manifiesta cabalmente en la dificultad que experimenta para conquistar los primeros medios de formulación y de comunicación de su proyecto: para organizarse de forma autónoma y, con esta organización, comprender y formular explícitamente la totalidad de su proyecto en las luchas que lleva ya a cabo[h]. En este punto central del monopolio espectacular del diálogo social y de la explicación social,que será el último en caer, el mundo entero parece Polonia: cuando los trabajadores se reúnen libremente y sin intermediarios para discutir sus problemas reales el Estado empieza a disolverse. Puede también descifrarse la fuerza de la subversión proletaria que crece en todas partes desde hace cuatro años en este hecho negativo: sigue estando muy por debajo de las reivindicaciones explícitas que otras veces afirmaron movimientos proletarios *que no iban tan lejos* y que *creían* conocer sus programas, pero los conocían como programas *menores*. El proletariado no ha sido llevado a ser "la clase de la conciencia" por su talento intelectual o su vocación ética, ni por el placer de realizar la filosofía, sino simplemente porque no tiene a fin de cuentas otra opción que apoderarse de la historia en la época en que los hombres se ven "obligados a considerar con ojos desengañados las condiciones de su existencia y de sus relaciones recíprocas" (*Manifiesto Comunista*). Lo que hará *dialécticos* a los obreros no es otra cosa que la revolución, que tendrán que conducir esta vez ellos mismos.

20. Richard Gombin, en *Los orígenes del izquierdismo*, constata que "las sectas margi-

nales de no hace mucho adquieren rasgos de movimiento social", lo que demuestra en todo caso que el "marxismo-leninismo organizado" no es ya el movimiento revolucionario. Lo que Gombin designa con el término inadecuado de "izquierdismo" no incluye legítimamente las repeticiones neoburocráticas que van desde los numerosos trotskismos hasta los diferentes maoísmos. Aunque es tan benévolo como puede con algunas críticas balbucidas en algún momento por la inteligencia sumisa de los treinta últimos años, Gombin apenas encuentra esencialmente en el origen del nuevo movimiento revolucionario, además del retorno de la tradición pannekoekista del comunismo de los consejos, más que a la Internacional situacionista[l]. Aunque "por sus inmensas ambiciones merece ya que se hable de ella", según Gombin no está asegurado que la subversión actual se adueñe de la sociedad mundial. Considera que puede producirse también lo contrario, a saber el perfeccionamiento absoluto de "la era de la *dirección*", de forma que esta subversión no se manifestaría ya históricamente más que como un último asalto de vana revuelta contra "un universo que tiende a la organización racional de todos los aspectos de la vida". Pero como es fácil constatar de parte a parte en el libro de Gombin que este universo, a pesar de sus buenas intenciones y de sus equivocadas justificaciones, no hace más que seguir la vía de la *irracionalización* galopante que culmina en su actual asfixia, la alternativa final que formula este sociólogo carece por completo de realidad. Apenas se puede, al tratar estos temas, ser más *moderado* que Gombin; y sólo el infortunio de los tiempos ha impedido a la sociología emprender su estudio. Y sin embargo Gombin no deja a sus lectores, aunque por torpeza, ninguna otra conclusión posible que una audaz seguridad sobre la ineluctabilidad de la victoria de la revolución.

21. Cuando cambian todas las condiciones de la vida social, la I.S., en el centro de ese cambio, ve las condiciones en las cuales efectuó transformaciones más deprisa que los demás. Ninguno de sus miembros podía ignorarlo ni se le ocurría negarlo, pero de hecho muchos *no querían tocar a la I.S.* No se hacían conservadores de la actividad situacionista del pasado, sino de su *imagen*.

22. El éxito histórico de la I.S. trajo inevitablemente consigo que fuese a su vez *contemplada*, y en esa contemplación la crítica sin concesiones de todo lo que existe era *positivamente apreciada* por un sector cada vez más amplio de la impotencia que se ha hecho prorevolucionaria. La fuerza de lo negativo puesta en juego contra el espectáculo era *también* admirada servilmente por los espectadores. La conducta anterior de la I.S. estuvo completamente dominada por la necesidad de actuar en una época que, sobre todo, *no quería escuchar*. Rodeada de silencio, la I.S. no tenía ningún apoyo, y numerosos elementos de su trabajo eran una vez y otra *recuperados* contra ella a medida que aparecían. Tenía que esperar el momento en que fuese juzgada no "por los aspectos superficialmente escandalosos de las manifestaciones con las que aparece, sino por su verdad central *esencialmente escandalosa*" (*I.S. n° 11*, octubre 1967). La afirmación serena del extremismo *más general*, así como la expulsión de situacionistas ineficaces o indulgéntes, fueron las armas de la I.S. en *este* combate, y no con el objeto de convertirse en autoridad o poder. Así, el tono de soberbia cortante, muy utilizado en algunas

formas de expresión situacionista, era legítimo debido a la inmensidad de la tarea y permitió su prosecución y su logro. Pero dejó de ser conveniente cuando la I.S. se hizo reconocer por una época que no considera ya su proyecto inverosímil[m]; y precisamente porque la I.S. había conseguido esto su tono estaba *pasado de moda* para nosotros, si no para los espectadores. Sin duda la victoria de la I.S. parece tan discutible como pueda serlo la que el movimiento proletario ha alcanzado por el mero hecho de que ha vuelto a comenzar la guerra de clases -la parte visible de la crisis que emerge en el espectáculo es incomparable con su profundidad-, y como victoria estará también siempre *suspendida* hasta que los tiempos prehistóricos hayan visto su término, pero para quien sabe "escuchar crecer la hierba" es *indiscutible*. La teoría de la I.S. ha pasado a las masas. Ya no puede ser liquidada en su soledad primitiva. Es cierto que puede aún ser falsificada, pero en condiciones muy diferentes. Ningún pensamiento histórico puede asegurarse por anticipado contra toda incomprensión o falsificación. Como ya no pretende ofrecer un sistema coherente y acabado, tanto menos espera presentarse por lo que es de forma tan perfectamente rigurosa que la estupidez y la mala fe se encuentren prohibidas en cada uno de los que tengan que tratar con ella, y de forma que se imponga universalmente una lectura verdadera. Pretensión tan idealista sólo se sostiene con el dogmatismo, abocado al fracaso. El dogmatismo es la derrota inaugural del pensamiento. Las luchas históricas que corrigen y mejoran esta teoría son también terreno de errores de interpretación reductores, como los rechazos interesados a admitir su sentido más unívoco. La verdad sólo puede imponerse en él convirtiéndose en fuerza práctica, y sólo se manifiesta como verdad porque con mínimas fuerzas prácticas puede derrotar a otras más grandes. De forma que, aunque la teoría de la I.S. sea incomprendida o engañosamente traducida, como lo fueron a menudo la de Marx y la de Hegel, sabrá volver con toda su autenticidad cada vez que llegue históricamente su hora a partir de hoy mismo. Hemos dejado atrás la época en que se nos podía falsificar o eliminar *sin apelación*, ya que nuestra teoría goza ahora, para bien y para mal, de la *complicidad* de las masas.

23. Ahora que el movimiento revolucionario es el único que se plantea hablar seriamente de la sociedad, ha de encontrar *dentro de sí mismo* la guerra que antes mantenía unilateralmente en la lejana periferia de la vida social, completamente ajeno a todas las ideas que esta sociedad podía entonces enunciar sobre lo que creía ser. Cuando la subversión invade la sociedad y su sombra se cierne sobre el espectáculo, las fuerzas espectaculares del presente se manifiestan también en el interior de nuestro partido -"en el sentido eminentemente histórico del término"-, porque ha tenido que tomar efectivamente a su cargo la totalidad del mundo existente, incluidas sus insuficiencias, su ignorancia y sus alienaciones. Hereda toda la miseria, también la miseria intelectual que el viejo mundo ha producido; puesto que finalmente la miseria es *su verdadera causa*, aunque le haya sido necesario apoyar esa causa con grandeza.

24. Nuestro partido entra en el espectáculo como enemigo, pero como enemigo ahora *conocido*. La antigua oposición entre teoría crítica y espectáculo apologético "se ha superado en el elemento superior victorioso y se presenta en él clarificada". Quienes *únicamente contemplan* las ideas y las tareas revolucionarias de hoy, y particularmente a la

I.S., con el fanatismo de una pura aprobación desarmada, manifiestan principalmente que, en el momento en que el conjunto de la sociedad está obligado a hacerse revolucionario, un amplio sector *no sabe todavía serlo.*

25. Han existido espectadores entusiastas de la I.S. desde 1960, pero muy pocos al principio. En los cinco últimos años se han convertido en masa. Este proceso empezó en Francia, donde se les atribuyó el apelativo popular de "prositus", pero este nuevo "mal francés" se ha extendido a otros países. Su cantidad se multiplica por su vacío: todos dan a entender que aprueban integralmente a la I.S. y no saben hacer otra cosa. Aunque se hagan numerosos siguen siendo idénticos: el que conoce o lee a uno los conoce o lee a todos. Son un resultado significativo de la historia actual, pero en cambio no la producen en absoluto. El medio prositu refleja *aparentemente* la teoría de la I.S. que se ha hecho ideológica -y la moda pasiva de una ideología absoluta y absolutamente inútil como ésta confirma por el absurdo la evidencia de que el papel de las ideologías revolucionarias ha acabado con las formas burguesas de revolución-, pero en realidad este medio expresa esa parte de la contestación moderna que ha tenido que seguir siendo *todavía ideológica*, presa de la alienación espectacular e *instruída* únicamente según sus propios términos. La presión de la historia ha aumentado de tal forma que los portadores de la *ideología de la presencia histórica* están hoy obligados a permanecer completamente *ausentes*.

26. El medio prositu no tiene más que *buenas intenciones*, y quiere consumar de inmediato las rentas ilusoriamente, aunque sólo bajo la forma del enunciado de sus *vanas pretensiones*. Este fenómeno prositu fue censurado por todos en la I.S., en la medida en que se veía en él una imitación *exterior* subalterna, pero no fue comprendido por todos. Debe entenderse no como un accidente superficial y paradójico, sino como la manifestación de una alienación profunda de la parte *más inactiva* de la sociedad moderna que se ha hecho vagamente revolucionaria[n]. Es preciso reconocer en esta alienación una verdadera *enfermedad infantil* de la aparición del nuevo movimiento revolucionario. En primer lugar porque la I.S., que no es en absoluto exterior o superior a ese movimiento, no pudo mantenerse ciertamente al margen de esta especie de deficiencia, y no escapaba a la crítica que necesita. Por otra parte, si la I.S. continuaba actuando imperturbablemente como antes en circunstancias distintas podía convertirse en la última *ideología espectacular* de la revolución y afianzar esa ideología. La I.S. se hubiese arriesgado a estorbar el *movimiento situacionista real*: la revolución.

27. La contemplación de la I.S. no es más que una alienación suplementaria de la sociedad alienada; pero *el mero hecho de que sea posible* expresa a la inversa que se constituye ahora un partido real en la lucha contra la alienación. Comprender a los prositus, es decir combatirlos, en lugar de limitarse a despreciarlos abstractamente por su nulidad o por no tener acceso a la aristocracia situacionista, era primordial para la I.S.. Al tiempo hemos de entender cómo pudo formarse esta aristocracia situacionista y qué *capa inferior* de la I.S. podía contentarse con dar de sí misma hacia el exterior esa apariencia de valorización jerárquica que no procedía más que de un *título*: esa capa era la nulidad

enriquecida únicamente por el certificado de su pertenencia a la I.S.. Y tales situacionistas no sólo existían manifiestamente, sino que la experiencia revelaba que no querían otra cosa que perseverar en su *insuficiencia titulada*. Comulgaban con los prositus, aunque distinguiéndose jerárquicamente de ellos, en esa creencia igualitaria según la cual la I.S. sería un monolito ideal, donde cada uno piensa en conjunto lo mismo que los demás en todos los temas y obra con la misma perfección. Los que, dentro de la I.S., no pensaban ni actuaban, reivindicaban un estatuto místico semejante a aquél al que los espectadores prositus ambicionaban aproximarse. Los que desprecian a los prositus sin comprenderlos -empezando por los prositus mismos, cada uno de los cuales querría afirmarse muy superior a todos los demás- confían simplemente en hacer creer, y en creerse ellos mismos, que han sido elegidos por alguna *predestinación revolucionaria* que les dispensaría de aportar pruebas de su propia eficacia histórica. La participación en la I.S. fue su jansenismo, así como la revolución es su Dios oculto. A resguardo de la praxis histórica, y creyéndose sustraídos en virtud de no se sabe qué del mundo miserable de los prositus, no veían en esa miseria más que la miseria como tal, en lugar de ver también la parte ridícula de un movimiento profundo que arruinará la vieja sociedad.

28. Los prositus no vieron en la I.S. una determinada actividad crítico-práctica que explicase o precediese a las luchas sociales de la época, sino sólo ideas extremistas; y no tanto ideas extremistas como la idea de extremismo; y menos en último análisis la idea de extremismo que la imagen de los héroes extremistas reunidos en una comunidad triunfante. En el "trabajo de lo negativo", los prositus temen lo negativo, y también el trabajo. Después de haber plebiscitado el pensamiento de la historia, continúan secos porque no comprenden la historia, y menos el pensamiento. Para acceder a la afirmación, que tanto les tienta, de una personalidad autónoma, no les falta más que autonomía, personalidad y talento para afirmar algo.

29. Los prositus en masa han comprendido que ya no pueden existir estudiantes revolucionarios, y siguen siendo *estudiantes de revoluciones*. Los más ambiciosos sienten la necesidad de escribir, e incluso de publicar sus escritos para notificar abstractamente su existencia abstracta, creyendo darle de esa forma alguna consistencia. Pero en este campo, para saber escribir hay que haber leído, y para saber leer hay que saber vivir: esto es lo que el proletariado tendrá que aprender en una sola operación en la lucha revolucionaria. Sin embargo el prositu no puede considerar críticamente la vida real ya que su actitud tiene precisamente por objetivo escapar ilusoriamente de su triste vida, tratando en vano de enmascararla y de extraviar a los demás en este propósito. Ha de postular que su conducta es *esencialmente* buena porque es "radical", ontológicamente revolucionaria. Con respecto a esta garantía central imaginaria, no da importancia a mil errores circunstanciales o cómicas deficiencias. No las reconoce, en el mejor de los casos, más que por el *resultado* que han supuesto en su detrimento. Se consuela y se excusa afirmando que no volverá a cometer estos errores y que, por principio, no deja de mejorar. Pero se encuentra igualmente desarmado ante los errores siguientes, es decir ante la necesidad práctica de comprender lo que hace en el preciso momento de hacerlo: evaluar las condiciones, saber lo que se quiere y lo que se elige, cuáles serán las con-

secuencias probables y cómo controlarlas. El prositu dirá que quiere todo, porque desespera en realidad de alcanzar el menor objetivo, sólo quiere hacer saber que quiere todo, con la esperanza de que alguien admire su firmeza y su buen corazón. Necesita una totalidad que, como él, no tenga ningún contenido. Ignora la dialéctica, porque al negarse a contemplar su propia vida se niega a comprender *el tiempo*. El tiempo le da miedo porque está hecho de saltos cualitativos, de elecciones irreversibles, de ocasiones que no vuelven. El prositu disfraza el tiempo de simple espacio uniforme que él atravesará, de error en error y de carencia en carencia, enriqueciéndose constantemente. Como teme que se aplique a su propio caso, el prositu odia la crítica teórica cada vez que se mezcla con los hechos concretos, cada vez por tanto que se da efectivamente: los *ejemplos* le asustan, pues no conoce más que el suyo y quiere ocultarlo. El prositu pretende ser original afirmando lo que resulta evidente también para los demás; nunca ha pensado qué hacer en situaciones concretas, que son siempre originales. El prositu, que repite generalidades calculando que sus errores serán así menos precisos y sus autocríticas inmediatas más fáciles, prefiere tratar el problema de la organización, porque busca la piedra filosofal que opere la transmutación de su merecida soledad en "organización revolucionaria" utilizable *por él*. Como no entiende en absoluto en qué consiste la revolución, el prositu no ve otro progreso en ella que *el que le afecta*. Así que cree generalmente que conviene decir que el movimiento de mayo del 68 "refluyó" después. Pero admite al mismo tiempo referir que la época es cada vez más revolucionaria para hacer creer que él es como ella. Los prositus erigen su impaciencia y su impotencia en criterios de la historia y de la revolución, así que no ven progresar casi nada fuera de su invernadero bien cerrado, donde nada cambia realmente. A fin de cuentas, los prositus están deslumbrados por el éxito de la I.S., que *para ellos* es verdaderamente espectacular y que envidian agriamente. Evidentemente, todos los prositus que han tratado de aproximársenos han sido tratados tan mal que se han visto a continuación obligados a revelar, incluso a sí mismos, su verdadera naturaleza de *enemigos de la I.S.*; pero vuelve a lo mismo puesto que siguen siendo igual de poca cosa en esa nueva posición. Estos gozquejos sin dientes querrían descubrir *cómo* ha podido hacerse la I.S., e incluso si no será en alguna medida *culpable* de haber suscitado una pasión semejante, para utilizar entonces la receta en su provecho. El prositu, *arribista* que se sabe sin medios, tiene que exhibir en conjunto el logro total de sus ambiciones, alcanzadas por postulado el día en que se consagró a la radicalidad: el fullero más débil asegurará tras algunas semanas que conoce como nadie la fiesta, la teoría, la comunicación, el desenfreno y la dialéctica: no le falta más que una revolución para colmar su dicha. Allí arriba, espera a un admirador que no viene. Puede advertirse aquí la peculiar mala fe que revela la elocuencia con la que se engalla esta vulgaridad. Cuanto menos práctica es, más habla de revolución; donde su lenguaje es más mortecino y parco, pronuncia más a menudo las palabras "vivido" y "apasionante"; donde manifiesta más infatuación y vanidoso arribismo, tiene todo el tiempo en la boca la palabra "proletariado". Esto viene a significar que, habiendo hecho una *crítica de la vida entera*, la teoría revolucionaria moderna sólo puede degradarse, entre quienes quieran retomarla sin saberla practicar, en una ideología total que no deja *nada verdadero* en ninguno de los aspectos de su miserable vida.

30. Mientras la I.S. ha sabido siempre burlarse despiadadamente de las dudas, flaquezas y miserias de sus primeras tentativas, mostrando a cada momento las hipótesis, oposiciones y rupturas que han constituido su historia -particularmente sacando a la luz en 1971 la reedición integral de la revista *Internationale Situationniste*, donde se encuentra consignado todo este proceso-, por el contrario los prositus amontonados, absolutamente divididos entre sí, han fingido siempre que admiraban a la I.S.. Se cuidan de entrar en los detalles, legibles por todas partes, de los enfrentamientos y elecciones, para limitarse a aprobar completamente lo ocurrido. Y actualmente, aunque son esencialmente vaneigemistas, los prositus tiran insolentemente por tierra a Vaneigem, olvidando que no han demostrado nunca la centésima parte de su antiguo talento; y salivan todavía ante la fuerza sin comprenderla más por ello. Pero la menor crítica real de lo que son disuelve a los prositus explicando la naturaleza de su ausencia, puesto que ellos mismos han demostrado ya continuamente esa ausencia tratando de hacerse ver: no han interesado a nadie. En cuanto a los situacionistas contemplativos -al menos algunos- que se congratulaban de suscitar cierto interés como miembros de la I.S., han descubierto desde que salieron de ella la dureza del mundo en el que se ven obligados ahora a actuar *personalmente*; y casi todos reúnen en idénticas circunstancias la insignificancia de los prositus.

31. Cuando la I.S. prefirió inicialmente enfatizar el aspecto colectivo de su actividad y presentar la mayoría de sus textos en un relativo anonimato, era porque sin esa actividad colectiva nuestro proyecto no hubiese podido formularse ni ejecutarse, y porque había que impedir la designación entre nosotros de celebridades personales que el espectáculo hubiese podido entonces manipular contra nuestro objetivo común: esto se logró porque quienes disponían de medios para adquirir celebridad personal como integrantes de la I.S. no quisieron, y porque quienes querían no tuvieron los medios. Pero por aquí se pusieron sin duda las bases para la constitución ulterior, en la mística de los sitúfilos, del conjunto de la I.S. como *celebridad colectiva*. No obstante esta táctica vino bien, puesto que lo que nos permitió lograr era infinitamente más importante que los inconvenientes que pudo favorecer en la fase siguiente. Cuando la perspectiva revolucionaria *parecía ser* únicamente nuestro proyecto común, había ante todo que defender sus posibilidades de existencia y desarrollo. Hoy, que se ha convertido en el proyecto común de tanta gente, las necesidades de la nueva época encontrarán ellas mismas, más allá de la pantalla de concepciones irreales que no pueden traducirse en fuerzas -y ni siquiera en frases-, las obras y los actos precisos que la lucha revolucionaria actual debe apropiarse y verificar, y que ella superará(o).

32. La verdadera causa de la desdicha de los espectadores de la I.S. no tiene nada que ver con lo que la I.S. hiciese o dejase de hacer, y la influencia de algunas simplificaciones estilísticas o teóricas del primitivismo situacionista jugaron un papel poco importante. Prositus y vaneigemistas son producto más bien de la debilidad y de la inexperiencia generales del nuevo movimiento revolucionario, del inevitable periodo de agudo contraste entre la amplitud de su tarea y la limitación de sus medios. La tarea que se plantea una vez que se está realmente de acuerdo con la I.S. es aplastante. Pero para los

meros prositus lo es absolutamente, de ahí su inmediata desbandada. La longitud y duración de este camino histórico producen en la parte más débil y pretenciosa de la actual generación prorevolucionaria, la que en otras palabras no sabe todavía vivir y pensar más que con los modelos fundamentales de la sociedad dominante, el espejismo de una especie de *recorrido turístico* hacia objetivos infinitos. Como compensación de su inmovilidad real y de su *sufrimiento real*, el prositu consume la *ilusión infinita* de estar no sólo en camino, sino siempre literalmente a las puertas de la Tierra Prometida de la reconciliación dichosa con el mundo y consigo mismo, allí donde su insoportable mediocridad se transfigurará en vida, en poesía, en importancia. Lo que significa que el consumo espectacular de radicalidad ideológica, con su esperanza de distinguirse jerárquicamente de sus vecinos y su permanente decepción, es comparable al consumo efectivo de cualquier otra mercancía espectacular(p) y está tan condenado como él.

33. Aquellos que describen el fenómeno verdaderamente sociológico de los prositus como algo inaudito que no podía siquiera imaginarse antes de la asombrosa existencia de la I.S. son bastante ingenuos. Cada vez que una época reconoce y recupera ideas revolucionarias extremas, se produce en parte de la juventud un reconocimiento entusiasta comparable en todos los aspectos, particularmente entre los intelectuales o semiintelectuales desclasados que aspiran a conseguir un rol social privilegiado, categoría que la enseñanza moderna ha multiplicado al tiempo que ha reducido aún más su calidad. Sin duda los prositus son los más visiblemente faltos y desgraciados, porque hoy las exigencias de la revolución son más complejas y la enfermedad de la sociedad más sensible. Pero la única diferencia fundamental con los periodos en que eran reclutados por los blanquistas, los socialdemócratas llamados marxistas o los bolcheviques reside en que entonces este tipo de gente era reunida y empleada por una organización jerárquica, mientras que la I.S. ha dejado a los prositus masivamente fuera.

34. Para entender a los prositus hay que entender su base social y *sus intenciones sociales*. Los obreros que se unieron al principio a las ideas situacionistas -venidos generalmente del viejo ultraizquierdismo y marcados por consiguiente por el escepticismo derivado de su larga ineficacia, inicialmente muy aislados en sus fábricas y con un conocimiento de nuestras ideas relativamente sofisticado y sin empleo, aunque a veces sutil- frecuentaron, no sin despreciarlo, el medio infraintelectual de los prositus y se impregnaron de muchos de sus defectos; pero los obreros en conjunto que desde entonces descubren colectivamente las perspectivas de la I.S., en la huelga salvaje o en cualquier otra forma de crítica de sus condiciones de existencia, no se convierten de ninguna manera en prositus. Y en cuanto al resto, todos aquellos que sin ser obreros han emprendido una tarea revolucionaria concreta o han roto efectivamente con el modo dominante de vida no son tampoco prositus: el prositu se define ante todo por su huida ante una ruptura y unas tareas semejantes. No todos los prositus son estudiantes que persiguen en realidad una cualificación a través de la actual sub-Universidad, y *a fortiori* no todos son hijos de burgueses. Pero todos están ligados a una capa social determinada, ya porque se propongan adquirir realmente su estatus o porque se limiten a consumir por anticipado sus ilusiones específicas. Esta capa es la de los *cuadros*. Aunque es ciertamente la más *visible* en el espectáculo social, parece seguir siendo desconocida para los pensadores de la rutina izquierdista, que tienen un *interés directo* en mantener el resumen empobrecido de la definición de las clases del siglo XIX: o bien quieren disimular la existencia de la clase burocrática en el poder o que aspira al poder totalitario, o bien, y a menudo simultáneamente, quieren disimular sus propias condiciones de existencia y sus aspiraciones como cuadros ligeramente privilegiados en las relaciones de producción dominadas por la burguesía actual.

35. El capitalismo ha modificado continuamente la composición de las clases a medida que transformaba el trabajo social global. Ha debilitado o recompuesto, suprimido e incluso creado clases que tienen una función *secundaria* en la producción del mundo de la mercancía. Únicamente la burguesía y el proletariado, las clases históricas primordiales de este mundo, siguen jugándose el destino entre ellas en un enfrentamiento que sigue siendo esencialmente el mismo. Pero las circunstancias, el guión, los comparsas y hasta el espíritu de sus principales protagonistas han cambiado con el tiempo que nos ha llevado al último acto. El proletariado según Lenin, cuya definición corregía de hecho la de Marx, era la masa de obreros de la gran industria; los más cualificados profesionalmente se ven arrojados a una sospechosa situación marginal bajo la noción de "aristocracia obrera". Dos generaciones de estalinianos y de imbéciles, apoyándose en este dogma, han cuestionado la cualidad de proletarios de los trabajadores que hicieron la Comuna de París, todavía bastante próximos al artesanado o a los talleres de la pequeña industria. Se plantean igualmente cuál es la esencia del proletariado actual, perdido en múltiples estratificaciones jerárquicas, desde el obrero "especializado" de las cadenas de montaje y el albañil inmigrado hasta el obrero cualificado y el técnico o semitécnico, y se preguntan bizantinamente si el conductor de locomotoras produce plusvalía. Lenin tenía sin embargo razón cuando afirmaba que el proletariado *de Rusia*, entre 1890 y 1917, se reducía esencialmente a los obreros de la gran industria moderna que acababa de aparecer en el mismo periodo con el reciente desarrollo capitalista importado en este país. Fuera de este proletariado no existía en Rusia otra fuerza revolucionaria *urbana* más que la parte radical de la intelligentsia, mientras que todo ocurrió de forma muy diferente en los países donde el capitalismo, con la burguesía de las ciudades, conoció su maduración natural y su aparición original. Esta intelligentsia rusa buscaba, como en todas partes las capas homólogas más moderadas, el encuadramiento político de los obreros. Las condiciones rusas favorecían un encuadramiento de naturaleza directamente política en las empresas: los sindicatos profesionales estaban dominados por una especie de "aristocracia obrera" que pertenecía al partido socialdemócrata, y a su fracción menchevique más frecuentemente que a la bolchevique, mientras que en Inglaterra por ejemplo la capa equivalente de sindicalistas seguía siendo apolítica y reformista. Que el saqueo del planeta por el capitalismo en su fase imperialista le haya permitido mantener a más obreros cualificados mejor pagados, he aquí una constatación que, bajo un aparejo moralista, carece de importancia para la evaluación de la política revolucionaria del proletariado. El último "obrero especializado" de la industria francesa o alemana de hoy, incluso un inmigrante particularmente maltratado e indigente, se beneficia también de la

explotación planetaria del productor de yute o de cobre de países subdesarrollados y no es menos proletario por ello. Los trabajadores cualificados, que disponen de más tiempo, dinero e instrucción, han dado en la historia de la lucha de clases votantes satisfechos de su suerte y respetuosos de las leyes, pero también a menudo revolucionarios extremistas, tanto en el espartaquismo como en la F.A.I.. Considerar "aristocracia obrera" sólo a los partidarios y empleados de los dirigentes sindicales reformistas era enmascarar con una polémica pseudoeconomicista la verdadera cuestión económico-política del *encuadramiento* exterior de los obreros. Los obreros, para su indispensable lucha económica, tienen necesidad inmediata de *cohesión*. Empiezan a saber cómo adquirirla *ellos mismos* en las grandes luchas de clases que son siempre, para todas las clases en conflicto, luchas políticas. Pero en las luchas cotidianas -el *primum vivere* de la clase-, que parecen únicamente luchas económicas y profesionales, los obreros han obtenido esa cohesión sobre todo por una dirección burocrática que, en esa fase, se recluta en la propia clase. La burocracia es una vieja invención *del Estado.* Al tomar el Estado, la burguesía tomó a su servicio sobre todo la burocracia estatal, y sólo más tarde desarrolló la burocratización de la producción industrial por los *managers*, siendo esas dos formas burocráticas *las suyas*, a su directo servicio. En la fase ulterior de su reinado, la burguesía utiliza *también* a la burocracia subordinada y rival que se ha formado en las organizaciones obreras, e incluso, a escala de la política mundial y del mantenimiento del equilibrio existente en la actual división de las tareas del capitalismo, utiliza a la burocracia totalitaria que tiene en sus manos la economía y el Estado en muchos países. A partir de cierto punto de desarrollo general de un país capitalista avanzado y de su Estado-providencia, hasta las clases en liquidación que, al estar constituidas por productores independientes aislados no podían proveerse de una burocracia y enviaban únicamente a los más dotados de sus hijos a los grados inferiores de la burocracia estatal -campesinos, pequeña burguesía comerciante-, confían su defensa, ante la burocratización y la estatalización generales de la economía moderna concentrada, a burócratas particulares: sindicatos de "jóvenes agricultores", cooperativas campesinas, sindicatos de defensa de los comerciantes. Sin embargo, los obreros de la gran industria, de los que Lenin repetía francamente que la disciplina de la fábrica les había condicionado mecánicamente a la obediencia *militar,* a la disciplina de cuartel, vía por la que esperaba hacer triunfar el socialismo en su partido y en su país, esos obreros, que han averiguado también dialécticamente todo lo contrario siguen siendo, si no el proletariado como tal, seguramente su centro: porque asumen de arriba a abajo lo esencial de la producción social y pueden interrumpirla, y porque se ven llevados más que ningún otro a reconstruirla sobre la tabula rasa de la supresión de la alienación económica. Toda definición simplemente *sociológica* del proletariado, sea conservadora o izquierdista, oculta de hecho una elección política. El proletariado no puede ser definido más que históricamente por lo que *puede* hacer y por lo que puede y debe querer. De la misma forma, la definición marxista de la pequeña burguesía, de la que se ha hecho después tanto uso como mofa estúpida, es igualmente ante todo una definición que reposa sobre la posición de la pequeña burguesía en las luchas históricas de su tiempo, pero lo hace, al contrario que la del proletariado, sobre una comprensión de la pequeña burguesía como

clase oscilante y desgarrada que quiere sucesivamente objetivos contradictorios y cambia de campo según el giro que tomen las circunstancias. Desgarrada en sus intenciones históricas, la pequeña burguesía ha sido también, sociológicamente, la clase menos definible y menos homogénea de todas: se clasificaba como tal a un artesano y a un profesor de universidad, a un pequeño comerciante acomodado y a un médico pobre, a un oficial sin fortuna y a un empleado de correos, al bajo clero y a los patrones pesqueros. Pero hoy, y sin que ciertamente todas esas profesiones se hayan fundido con el proletariado industrial, la pequeña burguesía de los países económicamente avanzados ha abandonado ya el escenario de la historia por los bastidores donde se debaten los últimos defensores del pequeño comercio expulsado. Ya no tiene más que una existencia museográfica, como maldición ritual que cada burócrata obrerista lanza gravemente a todos los burócratas que no militan en su secta.

36. Los cuadros son hoy la metamorfosis de la pequeña burguesía urbana de productores independientes *que se ha hecho asalariada*. Se encuentran muy diversificados, pero la capa real de cuadros superiores, que constituye para los demás el modelo y el objetivo ilusorios, está ligada en realidad a la burguesía por mil vínculos y casi siempre se integra en ella. La gran masa de cuadros está compuesta por cuadros medios y pequeños cuadros, cuyos intereses reales están aún menos alejados de los del proletariado que de los de la pequeña burguesía -puesto que el cuadro no posee jamás su instrumento de trabajo-, pero cuyas concepciones sociales y aspiraciones promocionales se vinculan firmemente a los valores y perspectivas de la burguesía moderna. Su función económica está esencialmente ligada al sector terciario, a los servicios, y muy particularmente a la rama propiamente espectacular de la venta, el mantenimiento y el elogio de las mercancías, incluido el propio trabajo-mercancía. El tipo de vida y los placeres que la sociedad fabrica expresamente para ellos, sus hijos modélicos, influye bastante a las capas de empleados pobres o pequeños burgueses que aspiran a reconvertirse en cuadros, y no queda sin efecto en parte de la burguesía media actual. El cuadro dice siempre "de un lado, del otro lado", porque se sabe desgraciadamente trabajador, pero quiere creerse un consumidor feliz. Cree de manera ferviente en el consumo, porque se le paga lo suficiente para consumir un poco más que los demás, pero de la misma mercancía en serie: raros son los arquitectos que habitan los grandes rascacielos decadentes que edifican, pero muchas las dependientas de boutiques de simili-luxe que compran la ropa que difunden en el mercado. El cuadro representativo se ubica entre estos dos extremos: admira al arquitecto y es imitado por la vendedora. Es el consumidor por excelencia, es decir el *espectador* por excelencia. Se encuentra por tanto, irresuelto y decepcionado, en el centro de la *falsa conciencia* moderna y de la alienación social. Contrariamente al burgués, al obrero, al siervo o al señor feudal, el cuadro no se siente nunca *en su sitio*. Aspira siempre a más de lo que es y de lo que puede. Pretende y duda al mismo tiempo. Es el hombre enfermo, nunca seguro de sí, pero lo disimula. Es el hombre absolutamente *dependiente*, que cree que debe reivindicar la libertad idealizada en su consumo semiabundante. Es el ambicioso que mira constantemente por su futuro, por lo demás miserable, cuando duda incluso de ocupar su sitio ahora. No por azar (cf. *Sobre la miseria en*

el medio estudiantil) el cuadro es siempre *antiguo estudiante*. El cuadro es *el hombre de la falta*: su droga es la ideología del espectáculo puro, el espectáculo de la *nada*. Para él se cambia hoy el decorado de las ciudades, para su trabajo y su ocio, desde los edificios de oficinas hasta la insulsa comida de los restaurantes donde se habla alto para dar a entender a los vecinos que se ha educado la voz charlando con los altavoces de los aeropuertos al fondo. Llega con retraso a todo, y en masa, queriendo ser el único y el primero. En una palabra, según la reveladora acepción nueva de una vieja palabra del argot, el cuadro es al mismo tiempo *el paleto*. Hasta aquí, tal vez para mantener la simplicidad del lenguaje teórico, lo hemos llamado "hombre". Por supuesto el cuadro es también, e incluso en mayor número, *la mujer* que ocupa la misma función en la economía y adopta el estilo de vida que le corresponde. La vieja alienación femenina, que habla de liberación con la lógica y el tono de la esclavitud, se refuerza con la alienación extrema del fin del espectáculo. Ya se trate de su oficio o de su ocio, los cuadros fingen siempre *haber querido lo que han tenido*, y su angustiosa insatisfacción oculta les lleva, no a querer algo mejor, sino a tener más de la misma "privación que se ha hecho más rica". Al ser los cuadros fundamentalmente personas separadas, el mito de la pareja feliz prolifera en ese medio, aunque desmentido, como todo lo demás, por la realidad inmediata y dolorosa. El cuadro recomienza esencialmente la triste historia del pequeño burgués, porque es pobre y quiere hacer creer que es recibido entre los ricos. Pero el cambio de las condiciones económicas les diferencia diametralmente en muchos aspectos que se encuentran en el primer plano de su existencia: el pequeño burgués se quería austero, el cuadro debe demostrar que consume de todo. El pequeño burgués estaba estrechamente asociado a los valores tradicionales, el cuadro debe seguir la corriente de las pseudonovedades semanales del espectáculo. La vulgar estupidez del pequeño burgués estaba cimentada en la religión y la familia, la del cuadro se licúa en la corriente de la ideología espectacular que no le deja nunca en paz. Sigue la moda hasta el punto de aplaudir la *imagen* de la revolución -muchos han sido favorables a parte de la atmósfera del movimiento de ocupaciones- y algunos de ellos piensan todavía hoy que están de acuerdo con los situacionistas.

37. El comportamiento de los prositus se inscribe completamente en las *estructuras* de esa existencia de los cuadros, y esa existencia les pertenece mucho más como ideal reconocido que como género real de vida. La revolución moderna, que es el partido de la conciencia histórica, se encuentra en el más directo conflicto con estos partidarios y esclavos de la falsa conciencia. ¡Debe primero *desmoralizarlos haciendo su vergüenza aún más vergonzosa*! Los prositus están de moda en un momento en que no importa quién se declare partidario de crear situaciones sin retorno y en que el programa de un ridículo partido "socialista" occidental se propone atrevidamente "cambiar la vida". El prositu, no tendrá miedo de decirlo, vive las pasiones, dialoga con transparencia, rehace radicalmente la fiesta y el amor de la misma forma que el cuadro encuentra en el criador el vino que pondrá en sus propias botellas o hace escala en Katmandú. Para el prositu como para el cuadro, el presente y el futuro están ocupados por el consumo que se ha hecho revolucionario: aquí se trata sobre todo de la revolución de las mercancías, del

reconocimiento de una serie incesante de *putschs* mediante los que se reemplazan las mercancías prestigiosas y sus exigencias; allí se trata principalmente de la prestigiosa mercancía de la revolución misma. En todas partes, la misma pretensión de autenticidad en un juego cuyas condiciones, agravadas por la fullería impotente, prohíben absolutamente desde el principio la menor autenticidad. El mismo diálogo ficticio, la misma pseudocultura contemplada rápido y desde lejos. La misma pseudoliberación de las costumbres que no encuentra más que la misma ocultación del placer. Sobre la misma pueril ignorancia radical disimulada, arraiga y se institucionaliza por ejemplo la perpetua interacción tragicómica de la simpleza masculina y de la simulación femenina. Pero más allá de todo caso particular su elemento común es *la simulación general*. La particularidad principal del prositu consiste en que reemplaza por puras ideas los camelos que el cuadro consumado consume efectivamente. Es el simple *sonido* de la moneda espectacular que el prositu cree imitar más fácilmente que la propia moneda; pero es alentado en esta ilusión por el hecho real de que las mercancías que el consumo actual propone para su admiración hacen mucho más ruido que dan nueces. El prositu querría poseer todas las cualidades del horóscopo: inteligencia y valor, seducción y experiencia, etc., y se extraña, él que no se ha preocupado por obtenerlas ni por utilizarlas, de que la menor práctica venga ahora a perturbar su cuento de hadas por el triste azar de *que no ha sabido siquiera disimularlas*. Igualmente, el cuadro no ha podido hacer creer nunca a ningún burgués ni a ningún cuadro que está por encima del cuadro.

38. El prositu, naturalmente, no puede desdeñar los bienes económicos de los que dispone el cuadro, puesto que toda su vida cotidiana está orientada por los mismos gustos. Es revolucionario porque querría tenerlos sin trabajar, o más bien tenerlos "trabajando" en la revolución antijerárquica que abolirá las clases. Engañado por el fácil desvío de las escasas asignaciones por estudios con las que la burguesía actual recluta precisamente a sus pequeños cuadros en clases diversas -pasando fácilmente a pérdidas y beneficios la fracción de estos subsidios que sirve algún tiempo para mantener a personas que dejarán de seguir carrera-, el prositu piensa en secreto que la sociedad actual tiene que permitirle vivir de forma solvente, aunque sea sin trabajo, sin dinero y sin talento, por el mero hecho de declararse revolucionario puro. Y cree hacerse reconocer como revolucionario porque ha declarado que lo es en estado puro. Estas ilusiones pasarán deprisa: su duración se limita a los dos o tres años durante los cuales los prositus pueden creer que algún milagro económico los salvará, no saben cómo, en tanto que privilegiados. Muy pocos tendrán la energía y la capacidad para esperar en estas condiciones el cumplimiento de la revolución, que no dejará ella misma de decepcionarles parcialmente. Irán a trabajar. Algunos serán cuadros y la mayoría trabajadores mal pagados. Muchos se resignarán. Otros se convertirán en trabajadores revolucionarios.

39. En el momento en que la I.S. tuvo que criticar algunos aspectos de su propio éxito, que le permitía y al mismo tiempo le obligaba a ir más lejos, se encontraba particularmente mal compuesta y poco preparada para la autocrítica. Muchos de sus miembros se manifestaban incapaces de tomar siquiera parte personalmente en la simple continuación de sus actividades anteriores: estaban más dispuestos a dar por buenas las realizaciones

del pasado, que ya le resultaban inaccesibles, que a asignarse como superación tareas todavía más difíciles. Fue preciso, desde 1967, ocuparse prioritariamente de estar presentes en los diversos países en los que comenzaba la subversión práctica que buscaba nuestra teoría, y particularmente a partir de otoño de 1968 tuvimos que actuar para dar a conocer en el extranjero tanto como lo eran ya en Francia la experiencia y las conclusiones principales del movimiento de ocupaciones[q]. Este periodo aumentó la cantidad de miembros de la I.S., pero no su calidad. En 1970, lo esencial de esta tarea fue afortunadamente retomado, y bastante extendido, por elementos revolucionarios autónomos. Los partidarios de la I.S. han estado casi siempre allí donde comenzaban luchas obreras autónomas y extremistas, en los países más agitados. Sigue siendo sin embargo responsabilidad de los miembros de la I.S. asumir la posición de la propia I.S. y sacar las conclusiones necesarias de la nueva época.

40. Muchos miembros de la I.S. no habían conocido en absoluto el tiempo en que decíamos que "extraños emisarios viajaban a través de Europa y más lejos encontrándose entre ellos, portadores de instrucciones increíbles". (*I.S. # 5*, diciembre 1960). Cuando estas instrucciones dejaron de ser increíbles, pero se hicieron más complejas y precisas, estos camaradas fracasaban casi siempre que tenían que formularlas o apoyarlas y muchos preferían no arriesgarse a ello. Junto a los que en realidad nunca llegaron a entrar en la I.S., otros dos o tres que hicieron algún mérito en años más pobres pero menos tranquilos, quebrantados completamente por la aparición de la época que habían deseado, huyeron en realidad de la I.S., pero sin querer reconocerlo. Hubo que constatar entonces que muchos situacionistas no imaginaban siquiera en qué podía consistir introducir ideas nuevas en la práctica y reescribir recíprocamente teorías con la ayuda de los hechos; y era eso no obstante lo que la I.S. había hecho.

41. Que algunos de los primeros situacionistas supiesen pensar, asumir riesgos y vivir, o que entre otros que desaparecieron, muchos acabasen suicidándose o en asilos psiquiátricos, esto no confería *hereditariamente* a cada uno de los últimos originalidad y sentido de la aventura. El idilio más o menos vaneigemista -*Et in Arcadia situ ego*- cubría de una especie de formalismo jurídico de igualdad abstracta la vida de aquellos que no dieron pruebas de su calidad ni en su participación en la I.S. ni en su existencia personal. Retomando esa concepción *todavía burguesa* de la revolución, no eran más que *ciudadanos de la I.S.*. Eran en realidad, en todas las circunstancias de su vida, los hombres *de la aprobación*. Estando en la I.S. creían salvarse situando todo bajo el bello signo de la negación histórica, pero se contentaban con aprobar dulcemente esa negación. Aquellos que no decían nunca "yo" ni "tu", sino "nosotros" y "se", se encontraban a menudo por debajo del militante político, cuando la I.S. había sido desde su origen un proyecto mucho más vasto y profundo que un movimiento revolucionario simplemente político. Coincidían dos milagros que les parecían debidos por el orden del mundo a su atonía discreta, pero arrogante: la I.S. hablaba y la historia la confirmaba. La I.S. era todo para los que no hacían nada ni llegaban por otra parte a nada. De esta forma defectos muy diversos, e incluso opuestos, se apoyaban recíprocamente en la unidad contemplativa basada en la excelencia de la I.S., a la que se reputaba también garantizar la excelencia de lo mediocre del resto de su existencia[r]. Los más mohínos hablaban de juego, los más resignados de pasión. La pertenencia a la I.S., aunque fuese contemplativa, bastaría para demostrar todo esto, de lo que de otra forma nadie se le hubiese ocurrido acreditarles. Aunque muchos observadores, policías y demás, al denunciar la presencia directa de la I.S. en cien empresas de agitación que se desarrollaban perfectamente ellas solas a través del mundo, hayan podido dar la impresión de que todos los miembros de la I.S. trabajaban veinte horas al día para revolucionar el planeta, hemos de subrayar la falsedad de esta imagen. La historia registrará por el contrario la significativa *economía de fuerzas* con la que la I.S. hizo lo que hizo. De forma que, cuando decimos que algunos situacionistas hacían realmente poco, hay que entender que no hacían literalmente casi nada. Añadamos un hecho curioso que verifica muy bien la existencia dialéctica de la I.S.: no hubo ninguna oposición entre teóricos y prácticos, ni de la revolución ni de nada. Los mejores teóricos entre nosotros han sido siempre los mejores en la práctica, y los que no eran buenos como teóricos eran igualmente los más mermados ante toda cuestión práctica.

42. Los contemplativos de la I.S. eran prositus *consumados* que veían su actividad imaginaria confirmada por la I.S. y por la historia. El análisis que hemos hecho del prositu *y de su posición social* se aplica plenamente a ellos y por las mismas razones: la ideología de la I.S. es arrastrada por todos aquellos que no han sabido conducir por sí mismos la teoría y la práctica de la I.S. Los "garnautinos" expulsados en 1967 representaron el primer caso del fenómeno prositu dentro de la propia I.S., pero se extendió después. La inquietud envidiosa del prositu vulgar era sustituida en nuestros contemplativos por el gozo pacífico. Pero la experiencia de su propia inexistencia, al entrar en contradicción con las exigencias de actividad histórica que se encuentran en la I.S. -no sólo en su pasado, sino multiplicadas por la extensión de las luchas actuales-, provocaban su disimulo ansioso y les hacía encontrarse menos a sus anchas todavía que los prositus de fuera. La relación jerárquica que existía en la I.S. era de un tipo nuevo, *invertido*: los que la sufrían, la disimulaban. Esperaban, con temor y temblor ante su fin que se acercaba, hacerla durar cuanto fuese posible, en el falso aturdimiento y la pseudoinocencia, puesto que muchos sentían también llegado el momento de algunas recompensas históricas y no las obtuvieron.

43. Estábamos para combatir el espectáculo, no para gobernarlo. Los más astutos de los contemplativos pensaban sin duda que la vinculación de todos a la I.S. exigiría que se controlase su número o, en un caso o dos, su reputación. En esto como en lo demás se engañaban. Este "patriotismo de partido" no tiene base en la acción revolucionaria de la I.S. -"Los situacionistas no forman un partido distinto. [...] No tienen intereses separados de los del proletariado en conjunto", *Avviso al proletariato italiano sulle possibilità presenti della rivoluzione sociale*, 19 de noviembre de 1969-, y la I.S. nunca fue otra cosa que la antorcha que ilumina el camino[s], y más aún en la época actual. Los situacionistas se han dado libremente, en un siglo muy áspero, una regla del juego muy dura, y la han sufrido normalmente. Hay por tanto que expulsar esas bocas inútiles que no saben hablar más que para mentir acerca de lo que son y para reiterar promesas glorio-

sas sobre lo que nunca podrán ser.

44. Si la I.S. ha llegado a ser contemplada como organización revolucionaria en sí que posee la existencia fantomática de la idea pura de organización, convirtiéndose para muchos de sus miembros en una entidad exterior, a la vez distinta de lo que la I.S. había realizado efectivamente y de su irrealización personal, pero cubriendo de sobra estas realidades contradictorias, es evidentemente porque esos contemplativos no habían comprendido ni querido saber lo que puede ser una organización revolucionaria ni lo que hubiera podido ser *la suya*. Esta incomprensión se produce ella misma por la incapacidad para pensar y actuar en la historia y por el fracaso individual que reconoce vergonzosamente semejante incapacidad y querría no superarla, sino disimularla. Los que, en vez de afirmar y desarrollar su verdadera personalidad criticando y decidiendo lo que la organización en todo momento hace o puede hacer, preferían aprobarlo todo perezosamente por sistema, no pretendían otra cosa que ocultar esa exterioridad mediante su identificación imaginaria con el resultado.

45. La ignorancia sobre la organización es la ignorancia fundamental sobre la praxis, y cuando es *querida* no expresa más que intención miedosa de mantenerse al margen de la lucha histórica, prefiriendo ir los domingos y los días de fiesta a pasear junto a espectadores informados y exigentes. El error sobre la organización es *el error práctico central*. Si es voluntario, aspira a utilizar a las masas. Si no, es cuando menos un error completo sobre las condiciones de la práctica histórica. Es por tanto el error fundamental de la teoría de la revolución.

46. La teoría de la revolución no se aplica al campo de conocimientos propiamente científicos, y menos todavía a la construcción de una obra especulativa o a la estética del discurso incendiario que se contempla a sí mismo en sus fulgores líricos y se pone caliente. Esa teoría no existe efectivamente más que para su victoria práctica: aquí, "es preciso que los grandes pensamientos vayan seguidos de grandes efectos; es preciso que sean como la luz del sol, que produce aquello que ilumina". La teoría revolucionaria es el campo del peligro y la incertidumbre; está prohibida a quienes buscan las certezas somníferas de la ideología. La revolución de la que se trata es una forma de las relaciones humanas. Forma parte de la existencia social. Es un conflicto de intereses universales que concierne a la totalidad de la práctica social, y únicamente por eso difiere de otros conflictos. Las leyes del conflicto son sus leyes, la guerra su camino, y sus operaciones son comparables más al arte que a la investigación científica o a un cómputo de buenas intenciones. El único criterio que juzga a la teoría revolucionaria es que su *saber* ha de convertirse en *poder*.

47. La organización revolucionaria de la época proletaria se define por los diferentes momentos de la lucha, en cada uno de los cuales tiene que triunfar y, sobre todo, evitar convertirse en *poder separado*. No puede hablarse de ella haciendo abstracción de las fuerzas que pone en juego aquí y ahora ni de la acción recíproca de sus enemigos. Cada vez que actúa une la práctica y la teoría, que constantemente proceden una de otra, pero

nunca cree que esto pueda lograrse con la simple proclamación voluntarista de la necesidad de su fusión total. Cuando la revolución está todavía lejos, la difícil tarea de la organización revolucionaria es sobre todo *la práctica de la teoría*. Cuando la revolución comienza, su tarea difícil es, cada vez más, *la teoría de la práctica*; pero la organización revolucionaria reviste ya una forma completamente diferente. Allí, hay unos pocos individuos *en vanguardia*, y han de demostrarlo por la coherencia de su proyecto general y por la práctica que les permite conocerlo y comunicarlo; aquí las masas de trabajadores ven llegado *su momento*, y deben mantenerse en él como únicas poseedoras dominando el empleo de la totalidad de sus armas teóricas y prácticas, y rechazando especialmente la delegación del poder a una vanguardia separada. Allí diez hombres eficaces bastan para iniciar la autoexplicación de una época que contiene dentro de sí misma una revolución que no conoce todavía y que en todas partes le parece ausente e imposible; aquí, es preciso que la gran mayoría de la clase proletaria ejerza todos los poderes organizándose en asambleas permanentes deliberativas y ejecutivas que no dejen subsistir en parte alguna la forma del viejo mundo ni las fuerzas que lo defienden.

48. Allí donde se organizan como forma misma de la sociedad en revolución, las asambleas proletarias son igualitarias, no porque todos los individuos resulten tener en ellas el mismo grado de conocimiento histórico, sino *porque todos tienen efectivamente todo por hacer* y porque todos disponen de todos los medios para hacerlo. La estrategia total de cada momento es su experiencia directa; tienen que comprometer en ella todas sus fuerzas y asumir inmediatamente todos los riesgos. En los éxitos y fracasos de la empresa común concreta en la que se han visto obligados a poner en juego toda su vida, el conocimiento histórico se manifiesta en todos ellos.

49. La I.S. nunca se presentó como modelo de organización revolucionaria, sino como una organización determinada que se ocupó en determinada época de determinadas tareas, y que ni siquiera a este respecto dijo todo lo que era ni fue todo lo que decía. Los errores organizativos de la I.S. *en sus tareas concretas* se debieron a carencias objetivas de la época anterior y también a carencias subjetivas en nuestra comprensión de las tareas de tal época, de sus limitaciones y de las *compensaciones* que muchos individuos se crean a medio camino entre lo que quisieran y lo que pueden hacer. La I.S., que comprendió la historia mejor que nadie en una época antihistórica, *no la comprendió todavía lo suficiente*.

50. La I.S. fue siempre antijerárquica, pero casi nunca supo ser igualitaria. Tuvo razón al apoyar un programa organizativo antijerárquico y al seguir constantemente ella misma reglas formalmente igualitarias que reconocían a todos sus miembros el mismo derecho de decisión e instarles vivamente incluso a que pusiesen ese derecho en práctica; pero tuvo el enorme defecto de no *ver* y *decir mejor* los obstáculos, en parte inevitables y en parte circunstanciales, que encontró en este dominio.

51. El peligro de jerarquía, necesariamente presente en toda vanguardia real, tiene su verdadera medida histórica en la relación de una organización con el exterior, con los

individuos o masas que esa organización dirige o manipula. En este aspecto la I.S. evitó convertirse de ninguna forma en poder dejando fuera y apremiando muy a menudo a la autonomía a cientos de partidarios declarados o potenciales. La I.S., es sabido, nunca quiso admitir más que un número muy pequeño de individuos. La historia ha demostrado que esto no basta para garantizar en todos sus miembros, en el estadio de una acción tan avanzada, "la participación en su democracia total [...], el reconocimiento y la apropiación por todos [...] de la *coherencia de su crítica* [...] en la teoría crítica propiamente dicha y en la relación entre esta teoría y la actividad práctica" (*Definición mínima de las organizaciones revolucionarias* adoptada por la VII Conferencia de la I.S., julio 1966). Pero esa limitación serviría además para proteger a la I.S. contra cualquier posibilidad de *mando* que las organizaciones revolucionarias, *cuando triunfan*, pueden ejercer en el exterior. Por tanto, no es porque la I.S. fuese antijerárquica por lo que tuvo limitarse a una cantidad muy pequeña de individuos supuestamente iguales, sino que fue antijerárquica en lo esencial de su estrategia porque no comprometió directamente en su acción más que a esa pequeña cantidad.

52. En cuanto a la desigualdad que se manifestó a menudo en la I.S., y más que nunca cuando provocó su reciente depuración, por un lado cae dentro de lo anecdótico, puesto que al aceptar una posición jerárquica los situacionistas resultaban ser precisamente los más débiles, y al descubrir en la práctica su nada hemos combatido una vez más el mito triunfalista de la I.S. y hemos confirmado su verdad. Por otra parte, hay que sacar una lección a aplicar en general a los periodos de actividad vanguardista -como el que apenas dejamos atrás-, en los que los revolucionarios se ven obligados, aunque quieran ignorarlo, a jugar con el fuego de la jerarquía y no tienen, como tuvo la I.S., fuerza para no quemarse: *la teoría histórica no es el lugar de la igualdad*, los periodos de comunidad igualitaria son en ella páginas en blanco.

53. En lo sucesivo, los situacionistas están por todas partes, y su tarea también. Todos los que crean serlo tienen simplemente que probar "la verdad, es decir la realidad y el poder, la materialidad" de su pensamiento ante el conjunto del movimiento revolucionario proletario, allí donde empiece a crearse su Internacional y no ya únicamente ante la I.S. Nosotros ya no tenemos que *garantizar* de ninguna forma que tales individuos sean o no situacionistas, puesto que no tenemos *ya necesidad* de ello ni nos ha gustado nunca hacerlo. Pero la historia es un juez aún más severo que la I.S. Por el contrario garantizamos que no son situacionistas los que fueron obligados a abandonar la I.S. sin haber encontrado en ella lo que habían asegurado encontrar durante mucho tiempo -la realización revolucionaria de sí mismos-, sino el bastón para hacerse golpear. El propio término "situacionista" no fue utilizado por nosotros más que para *hacer pasar*, en la recuperación de la guerra social, cierta cantidad de planteamientos y de tesis: ahora que eso está ya hecho, la etiqueta situacionista, en un tiempo que todavía necesita etiquetas, permanecerá en la revolución de una época, pero de forma totalmente diferente. Las modalidades de la lucha práctica, y no un apriorismo organizacional, determinarán la forma en que cierto número de situacionistas tendrán que asociarse directamente entre sí -sobre todo para esa tarea actual de pasar del primer periodo de los nuevos eslóganes

revolucionarios recuperados por las masas a la comprensión histórica del conjunto de la teoría y su necesario desarrollo .

54. Los principales revolucionarios que han dedicado escritos inteligentes a la reciente crisis de la I.S. y que más se aproximan a una comprensión de su sentido histórico han descuidado hasta ahora una dimensión fundamental del aspecto práctico de la cuestión: la I.S. mantiene efectivamente, debido a todo lo que hizo, cierto poder práctico que nunca ha utilizado más que en defensa propia, pero que de caer en otras manos podía evidentemente hacerse nefasto para nuestro proyecto. Aplicar a la I.S. la crítica que tan justamente aplicó ella al viejo mundo no es únicamente cuestión de teoría en un campo donde nuestra teoría por otra parte no tenía adversarios: es una actividad crítico-práctica precisa lo que hemos llevado a cabo *destruyendo* la I.S. Una cantidad muy pequeña de arribistas, por ejemplo, que se aseguraron la fidelidad rutinaria de algunos camaradas honestos, pero que por debilidad se mostraban poco clarividentes y exigentes, trataron de mantener durante algún tiempo el control de la I.S, al menos como objeto de *prestigio negociable*. Los que estaban desarmados y carecían de importancia en ella tenían en ella su único arma y su única importancia. Sólo la conciencia de su incapacidad les impedía servirse de ella; pero podían sentirse a fin de cuentas obligados a hacerlo.

55. El debate de orientación de 1970, así como las cuestiones prácticas que hubo que resolver simultáneamente, mostró que la crítica de la I.S., que encontraba entre todos una inmediata aprobación de principio, no podía convertirse en crítica real más que llegando a la ruptura práctica, puesto que la contradicción absoluta entre el acuerdo siempre reafirmado y la parálisis de muchos en la práctica -incluida la mínima práctica de la teoría- era el eje mismo de esa crítica. Nunca fue tan previsible una ruptura en la I.S. Y esta ruptura se había hecho urgente. A lo largo de este debate, los que constituían entonces la mayoría de miembros de la I.S. -mayoría por otra parte informe, sin unidad, sin acción ni perspectiva confesable- se veían maltratados por una extremada minoría, y con razón. Ya no era posible andarse con contemplaciones con algunas personas sin mentir. Y ya se sabe que "los hombres deben ser tratados con muchas contemplaciones o eliminados, porque se vengan de ofensas ligeras, pero no pueden ya hacerlo de las graves".

56. Basta entonces declarar que se hizo necesaria una escisión. Cada cual tuvo que elegir su campo; y cada cual tuvo por otra parte oportunidad de hacerlo, ya que la cuestión a resolver era infinitamente más profunda que la clamorosa incapacidad de tal o cual camarada. No porque fuese incapaz de producir *del otro lado* ningún escisionismo sostenible deja esta escisión forzosa de ser una verdadera escisión. Ello confirma por el contrario su contenido. A medida que se reducía el número de miembros en la I.S. disminuía la capacidad de maniobra de aquellos que hubiesen querido mantener el *statu quo*. El hecho de que esta escisión tuviese como programa impedir el anterior confort de los "situacionistas" que no hacían nada de lo que decían o firmaban hacía imposible a los demás perseverar en el mismo *bluff* sin sacar pronto conclusiones. Los que no tienen medios para luchar por lo que quieren o contra lo que no quieren pueden ser muchos en poco tiempo.

57. Al contrario que otras depuraciones anteriores que, en circunstancias históricas menos favorables, apuntaban a reforzar a la I.S. y lo hicieron siempre, ésta apuntaba a *debilitarla*. Y no hay salvador supremo: nos correspondía a nosotros, una vez más, demostrarlo. El método y los objetivos de esta depuración fueron naturalmente aprobados sin excepción por los elementos revolucionarios de fuera con los que estamos en contacto. Se sabrá pronto que lo que ha hecho la I.S. reciententemente mientras mantuvo un relativo silencio y que se explica en las presentes tesis constituye una de sus mayores aportaciones al movimiento revolucionario. Nunca se nos ha visto mezclados en los asuntos, rivalidades y frecuentaciones de los políticos de la izquierda o de la inteligencia más avanzada. Y ahora que podemos jactarnos de haber adquirido entre esa canalla la más irritante celebridad vamos a hacernos *todavía más inaccesibles*, todavía más clandestinos. Cuanto más famosas sean nuestras tesis más oscuros seremos nosotros.

58. La verdadera escisión de la I.S. ha sido la misma que debe ahora operarse en el vasto e informe movimiento de la contestación actual: la escisión entre, por una parte, toda la realidad revolucionaria de la época, y por otra todas las ilusiones a su respecto.

59. Lejos de arrojar sobre otros la responsabilidad de los defectos de la I.S. o de explicarlos por las particularidades psicológicas de algunos situacionistas desgraciados, aceptamos por el contrario estos defectos como parte de la operación histórica que la I.S. llevó a cabo. La apuesta no se jugaba en otra parte. Quien crea a la I.S., quien crea situacionistas, ha tenido que crear también sus defectos. Quien ayuda a la época a descubrir lo que puede ser no está a salvo de las taras del presente ni libre de culpa de lo funesto que pueda venir. Asumimos toda la realidad de la I.S. y, en suma, nos alegramos de que haya sido así.

60. Que se nos deje de admirar como si fuésemos superiores a nuestra época; y que la época se aterre admirándose *por lo que es*.

61. Quien analiza la vida de la I.S. encuentra en ella la historia de la revolución. Nada ha podido hacerla mala.

Guy DEBORD, Gianfranco SANGUINETTI*

[Co-firma deseada por Guy Debord en homenaje a Gianfranco Sanguinetti expulsado de Francia por decreto del ministro del Interior el 21 de julio de 1971.]

CITAS

a) "¡Chotard! ¿Ves como eres un estúpido y un politiquillo de tres al cuarto? [...] ¿Te darás cuenta alguna vez de que no hay otra teoría ni otra práctica que la del proletariado, que una teoría es situacionista sólo en la medida en que expone los momentos y los datos? [...] Quienes creen que la teoría es una construcción de conceptos no pueden sino oponerse a los "conceptos" de otros. Su propaganda y su mentira llegarán a las masas y se preguntarán cómo ha podido ser. No sabrán jamás a qué atribuir su éxito, y ni siquiera en qué consiste. [...] Nadie se extrañará de que el proletariado realice la teoría si esto quiere decir para él transformar el mundo y el saber. Chotard, al menos, no se extrañará. Pero lo que le asusta es que el proletariado realice la teoría situacionista y no la suya." Juvénal Quillet y Schumacher, *Histoire du Conseil de Nantes* (Nantes, junio de 1970).

b) "A principios de 1968, al tratar sobre teoría situacionista, un crítico evocaba burlándose "un pequeño resplandor que se propaga vagamente de Copenhague a New York". El pequeño resplandor, ay, se convirtió ese año en un incendio que se levantó en todas las ciudadelas del viejo mundo. Los situacionistas han producido la teoría del movimiento subterráneo que fermenta la época moderna. Mientras los pseudoherederos del marxismo olvidaban lo negativo en un mundo cuajado de positividad y empeñaban la dialéctica en casa del anticuario, los situacionistas anunciaban el retorno de lo negativo y dirimían la realidad de esa dialéctica, en la que reencontraban el lenguaje, "el estilo insurreccional" (Debord)." François Bott, "Les situationnistes et l'économie cannibale" (*Les Temps modernes*, nos. 299-300, junio de 1971).

c) "Toma de conciencia (y de voz) que emana de las actividades intelectuales (y prácticas) de una minoría de contestatarios insolentes, pero lúcidos: la Internacional situacionista. Ahora bien, por una aparente paradoja de la que la historia guarda el secreto, durante diez años y polvaredas la I.S. ha permanecido prácticamente desconocida en nuestro país. He aquí algo que confirma esta reflexión de Hegel: "Todas las revoluciones importantes que saltan a la vista han de estar precedidas en el espíritu de la época de una revolución secreta, que no resulta visible para todos y aún menos observable para los contemporáneos, y que es tan difícil de expresar con palabras como de comprender"." Pierre Hahn, "Les situationnistes" (*Le Nouveau Planète*, nº 22, mayo de 1971).

d) "*La société du Spectacle* [...] ha nutrido las discusiones de toda la extrema izquierda desde su publicación en 1967. Esta obra, que predecía mayo de 1968, es considerada por algunos como *El Capital* de la nueva generación." *Le Nouvel Observateur*, 8 de noviembre de 1971.

e) "Lo que me sorprende en la publicidad de hoy es hasta qué punto está superado el lenguaje que utiliza. Data de antes de la gran ruptura que desde 1968, más o menos disimulada entre las zarzas, atraviesa en zig-zag la sociedad. [...] Es necesario que la publicidad integre los problemas de la civilización si quiere ser verdaderamente rentable, es decir si no se contenta con vender a corto plazo, sino que pretende reforzar al consumidor a medio y largo plazo. [...] Las encuestas de motivación -que yo he introducido en Francia- nos proporcionan medios para conocer de forma sólida al consumidor, pero no se utilizan en general más que para construir un discurso que tiene todavía un único sentido. La publicidad de mañana se verá obligada a entrar en la vía de la verdadera comunicación, donde cada uno de los dos interlocutores recibe el influjo del otro y lo tiene en cuenta en un diálogo con armas en la medida de lo posible iguales." Marcel Bleustein-Blanchet (*Le Monde*, 9 de diciembre de 1971).

f) "Son los *Señores de la Guerra* que reaparecen con el uniforme de generales "comunistas" independientes, tratando directamente con el poder central y llevando su propia política, particularmente en las regiones periféricas. [...] Es la dislocación mundial de la *Internacional burocrática* que se reproduce en este momento a escala de China en la fragmentación del poder en provincias independientes. [...] El *Mandato del Cielo proletario* está agotado." *Internationale Situationniste* nº 11, octubre de 1967.

g) "Camaradas, sólo una advertencia. Espero que el camarada Gierek nos anuncie verdaderamente una primavera. En ese caso hay que apoyarle. ¿Cómo? Hablando. Puesto que nuestro único arma es decir la verdad. Las mentiras no nos sirven de nada. Hay que orientar en lo sucesivo la discusión en esta dirección. Los trabajadores saben que se han formado dos corrientes en nuestras clases dirigentes. A las dos se les hinchan las narices. Si la corriente que llevaba la antigua política recupera terreno, todos los que hicimos la huelga nos veremos en chirona."

"Quisiera responder al camarada Gierek, cuando dice que tenemos que economizar el dinero, que el dinero es precioso entre nosotros. Somos conscientes de ello. Es nuestra sangre lo que contiene. Pero podemos sacar dinero de los que viven demasiado bien. Camaradas, lo diré claramente: nuestra sociedad se divide en clases." Intervenciones de dos delegados provinciales de astilleros navales "A. Warski" en Szczecin, el 24 de enero de 1971 (publicadas en *Gierek face aux grévistes de Szczecin*, Éditions S.E.L.I.O., París, 1971).

h) "Es evidente que los mineros han alcanzado una victoria casi total. [...] Operando dentro de límites legales, los huelguistas lograron bloquear las entregas de carbón ya salido de las minas, así como las de combustibles de sustitución destinados a las centrales térmicas. [...] Las subidas de

salarios aprobadas varían del 15 al 31%, y son por consiguiente muy superiores al techo del 8% que el gobierno impuso a las reivindicaciones salariales de los sectores público y privado. [...] En resumen, el reglamento no debe tener valor de precedente del que otras categorías de trabajadores puedan prevalerse. De esta forma el gobierno espera salvar su política salarial, pero los observadores cualificados de la escena económica no ven cómo el señor Heath resistirá ahora a los ferroviarios, los conductores de autobuses, a los educadores, a los enfermeros, cuyas reivindicaciones son del orden del 15 o el 20 %, cuando superiores." *Le Monde*, 20-21 de febrero de 1972.

i) "En veinte años (1950-1970), las declaraciones anuales de baja por problemas mentales se han cuadruplicado en Francia: actualmente, en la región parisina, una cuarta parte (el 24%) de las bajas están motivadas por estas afecciones. [...] Semejante aumento, constatado en análogas proporciones en todos los países llamados industrializados, no puede deberse evidentemente más que a algún tipo de rápida degeneración hereditaria de sus ciudadanos. No se debe ya, como en otros sectores de la patología, a un notable progreso en los medios de diagnóstico de los problemas mentales. [...] La función de los psiquiatras consiste en prevenir o tratar las perturbaciones mentales, no en remediar bien o mal esta ansiedad colectiva, desde el momento en que su cantidad no expresa problemas individuales, sino la inadecuación de las estructuras sociales al temperamento de la mayoría de los hombres." Dr. Escoffier-Lambiotte (*Le Monde*, 9 de febrero de 1972).

j) "El triunfo de la economía que se ha hecho autónoma debe ser al mismo tiempo su derrota. Las fuerzas que desencadena suprimen la *necesidad económica* que fue la base inmutable de las sociedades antiguas. [...] Pero la economía autónoma se separa para siempre de la necesidad profunda en la medida en que sale del *inconsciente social* que dependía de ella sin saberlo. [...] En el momento en que la sociedad descubre que depende de la economía, la economía, de hecho, depende de ella. Este poder subterráneo, que ha crecido hasta manifestarse soberanamente, ha perdido también su poder." *La sociedad del espectáculo.*

k) "Esta teoría no espera milagros de la clase obrera. Considera la nueva formulación y la realización de las exigencias proletarias como una tarea de largo aliento." *La sociedad del espectáculo.*

l) "Pero no pretenden hacer la única exégesis buena de Marx: en realidad "superan" a Marx y no son marxistas en el sentido corriente de la palabra. [...] Vemos lo que hay de radical en esta concepción; el corte que opera con todo el movimiento de izquierdas de este medio siglo le confiere un tinte milenarista, herético. [...] A mediados de los sesenta, si no antes, los situacionistas preven y anuncian el "segundo asalto proletario conra la sociedad de clases". [...] El estilo elaborado por ellos, que alcanzó una notable cohesión, recupera algunos procedimientos de Hegel y del joven Marx, como la inversión del genitivo (armas de la crítica, crítica de las armas), y el dadaísmo (flujo verbal rápido, palabras que se emplean en un sentido diferente del clásico, etc.). Pero es sobre todo un estilo penetrado de ironía. [...] En vísperas de mayo de 1968 los situacionistas creían que se aproximaba el momento decisivo. [...] En el curso de los "acontecimientos" de mayo-junio de 1968, los situacionistas tuvieron ocasión de aplicar tanto el contenido de sus ideas como su idea de organización, primero en el primer comité de ocupación de la Sorbona, y luego en el seno del movimiento para el mantenimiento de las ocupaciones (C.M.D.O.)." Richard Gombin, *Les Origines du gauchisme* (Éditions du Seuil, Paris, 1971).

m) "Cuando se leen o releen los números de *I.S.*, resulta sorprendente en efecto constatar hasta qué punto y con qué frecuencia estos *energúmenos* han llevado a cabo juicios y expuesto puntos de vista que se han verificado luego concretamente." Claude Roy, "Les Desesperados de l'espoir" (*Le Nouvel Observateur*, 8 de febrero de 1971).

n) "La regresión prositu fue considerada una aberración, un deshecho del movimiento, una vanidad mundana y nunca lo que realmente fue: la debilidad cualitativa del *conjunto*, un momento necesario en el progreso global del proyecto revolucionario. El *situacionismo* es la crisis de juventud de la práctica situacionista, que ha alcanzado el momento *decisivo* de un primer desarrollo extensivo importante, momento en que tiene que dominar prácticamente el espectáculo que se apodera de ella. Lo que caracteriza el *rol situ* es esta instalación confortable en lo positivo; y de hecho, cuanto más efectivo se hacía el lugar objetivo de la I.S. en la historia actual (y quedará en él para todas las organizaciones revolucionarias del futuro), más peligroso se hacía asumir su herencia para cada

uno de sus miembros. [...] Mayo de 1968 fue la realización de la teoría revolucionaria moderna, su grave confirmación, como fue también en parte la realización de los individuos que participaron en la I.S., particularmente por la lucidez revolucionaria que demostraron en el propio movimiento. Pero el movimiento de ocupaciones *siguió siendo para la I.S. la conclusión* de su larga búsqueda práctica, sin ser la superación. [...] Mientras que los situacionistas, que sirvieron vulgarmente de modelo para la corriente que suscitaron, practicaban su propio cuestionamiento y se obligaban a un "debate de orientación" que debía producir las modalidades superiores de su existencia, los grupos satélites, cien pasos por detrás, se constituían únicamente sobre la base inadecuada de una puesta en práctica reducida a algunas certezas sacadas de la experiencia anterior de la I.S." *Pour l'intelligence de quelques aspects du moment* (panfleto anónimo, paris, enero de 1972).

o) "La fuerza real de la teoría situacionista es su infiltración, como el aguardiente. *Sigamos*, no nos quedemos ahí. Y se replantea la cuestión de la superación no dialéctica. La política no ofrece ninguna respuesta. El campo está minado. No hace más que prolongar la cuestión. Entonces hay que volver a empezar, y así es como me hago situacionista en 1971. [...] Reemprender el trabajo de zapa de los situs del cincuenta y siete. He aquí la tarea. He aquí lo que queda de la I.S. [...] La I.S. tiene razón, ha pasado una época, tal vez ya el siglo XX, y efectivamente "su modo de caminar es el mejor hasta ahora para salir del siglo XX" (*I.S.*, 9). Tengo la convicción de que la distancia práctica y teórica que se ha instalado en estos últimos diez años entre la Primera Internacional y la Internacional Situacionista es la misma que hay entre la Internacional Situacionista y lo que hay que hacer. ¿No siente ella esto mismo?" Bartholomé Béhouir, *De la conciergerie internationale des situationnistes* (París, agosto de 1971).

p) "En la imagen de unificación dichosa de la sociedad por el consumo, la división real está únicamente *suspendida* hasta su próximo no-cumplimiento en lo consumible." *La sociedad del espectáculo.*

q) "El espectador no puede sino sorprenderse de la rapidez con que se propagó el contagio en la Universidad y en general en los medios de la juventud no universitaria. Parece por tanto que las llamadas al orden lanzadas por la pequeña minoría de revolucionarios auténticos conmoviese algo indefinible en el alma de la nueva generación. [...] Hay que subrayar este hecho: vemos reaparecer, como hace cincuenta años, grupos de jóvenes que se dedican completamente a la causa revolucionaria, que saben esperar según una técnica probada los momentos favorables para desencadenar o endurecer los problemas, de los que siguen siendo dueños para volver luego a la clandestinidad, proseguir el trabajo de zapa y preparar otros trastornos esporádicos o prolongados según el caso, con el objetivo de desorganizar lentamente el edificio social." Julien Freund, *Guerres et Paix* (nº 4, 1968).

r) "Los excesos, admirativos y luego hostiles, de todos los que hablan de nosotros como espectadores intempestivamente apasionados no deben encontrar base en una 'situ-jactancia' que, entre nosotros, haga pensar que los situacionistas son gente maravillosa que posee en su vida todo lo que enuncia o simplemente admite como teoría y programa revolucionarios. [...] Los situacionistas no tienen monopolio que defender ni recompensa que descontar. Se emprendió una tarea que nos convenía, y se mantuvo con lo que había bien o mal y, en conjunto, correctamente." Guy Debord, nota añadida a "La cuestión de la organización para la I.S. (*Internationale Situationniste* nº 12, septiembre de 1969).

s) La teoría se convierte en conocimiento permanente de la miseria secreta, del secreto de la miseria. Es por tanto también el cese del efecto del espectáculo. [...] La teoría, cuando existe, está por tanto segura de no engañarse. Es un asunto sin posibilidad de error. Nada la confunde. La totalidad es su único objeto. La teoría conoce la miseria secretamente pública. Conoce la publicidad secreta de la miseria. Todas las esperanzas le están permitidas. La lucha de clases existe." Jean-Pierre Voyer, *Reich, mode d'emploi* (Éditions Champ Libre, París, 1971).

(*) Extraído de la *Véritable Scission dans l'Internationale* Champ Libre, 1972. Versión aumentada de 1998 (Arthème Fayard).

índice

número 11.....467

El punto de ebullición de la ideología en China.....467
Dos guerras locales.....476
Nuestros fines y nuestros métodos en el escándalo de Estrasburgo.....486
Los situacionistas y las nuevas formas de acción contra la política y el arte. **René VIENET**.....494
Tener por fin la verdad práctica. **Raoul VANEIGEM**.....497
Contribuciones para rectificar la opinión del público sobre la revolución en los países subdesarrollados. **Mustapha KHAYATI**.....500
La separación consumada. **Guy DEBORD**.....503
Juicios escogidos sobre la I.S.....509
La práctica de la teoría.....514
Ficticios: 514; La séptima Conferencia: 514; Definición mínima de las organizaciones revolucionarias: 514; Expulsiones recientes: 515; Axelos encontró un discípulo: 516; Algunas negativas previsibles: 516; Un moralista: 517; La U.G.A.C. y su pueblo: 518; Seis añadidos al número anterior: 519; Miserias de librería: 521; El oro de la I.S.: 521; Sobre nuestra difusión: 521; Sobre dos libros de teoría situacionista: 522; Leer I.C.O.: 522; Precisiones sobre la traición en la C.N.T.: 524; Revuelta y recuperación en Holanda: 526; La escisiones de la F.A.: 528; La ideología alsaciana: 529;

número 12.....533

El comienzo de una época.....533
Reforma y contrarreforma en el poder burocrático.....563
Cómo se malinterpretan los libros situacionistas.....571
Juicios escogidos sobre la I.S.....580
Preliminares sobre los consejos y la organización consejista. **René RIESEL**.....588
Aviso a los civilizados con respecto a la autogestión generalizada. **Raoul VANEIGEM**.....600
La conquista del espacio en el tiempo del poder. **Eduardo ROTHE**.....607
La práctica de la teoría.....610
Cómo se politizaron los blousons noirs: 610; Ficticios (continuación): 610; ¿Qué es un situacionista?: 611; Las últimas expulsiones: 612; Añadido al libro de Viénet: 614; Notas sobre España: 615; Maniobra antisituacionista particularmente vil y torpe: 617; Una masperización: 618; El historiador Maitron: 619; Familiares del Gran Truco: 621: Los tratantes engañosos: 622; ¿Por que miente I.C.O.?: 623; La élite y el atraso: 626; El oro de la I.S. (continuación y final): 629; Se recupera lo que se quiere: 631; El retorno de Charles Fourier: 632; Sobre la represión: 632; Aviso: 633; A propósito de Nantes: 634; La historia de la I.S. se escribirá más tarde: 636; Sobre nuestra difusión: 637; El cine y la revolución: 638; La octava Conferencia de la I.S.: 639.
Documentos.....641
Razones para una reedición: 641; ¡Al basurero de la historia!: 642; Sobre la Comuna (**DEBORD, KOTÀNYI, VANEIGEM**) y El significado de la Comuna (**LEFEBVRE**): 644
La cuestión de la organización para la I.S: **Guy DEBORD**.....650
Correspondencia con un editor.....653

apéndice III
Tesis sobre la I. S. y su tiempo: **DEBORD, SANGUINETTI** (1972).....655